

Selección RNR

BEL DICIEMBRE

El
doctor

Colloidium.
Hof. Apothek. Lejonet.



Romance Histórico

El doctor

Bel Diciembre



1.^a edición: marzo, 2017

© 2017 by Bel Diciembre

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009

Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-682-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales

Maquetación ebook:

emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la

reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi único amor a quien sigo
queriendo como aquel primer día de
hace más de treinta años.*

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#) [Capítulo](#)

[7](#)

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Agradecimientos

Promoción

CAPÍTULO 1

La casa era imponente. En medio de la campiña inglesa, sus muros grises se alzaban majestuosos. Con una altura de tres pisos, más de mil metros cuadrados por planta y una extensión de casi tres mil hectáreas, no cabía duda de que la mansión del Conde de Gloucester era una muestra del poderío de aquel noble inglés.

Martin caminaba despacio intentando seguir el ritmo que su padre, con la pierna lesionada, no tenía más remedio que tener. Pero eso le permitía apreciar con mayor capacidad toda la inmensidad del lugar en el que se encontraba. Sin embargo, su padre no

paraba de gruñir y resoplar.

—No te preocupes. Vamos con tiempo suficiente. —Martin intentó tranquilizarle sabiendo que él sufría siempre por mantener lo que consideraba las mínimas formas, y entre las que se encontraba el guardar una correcta puntualidad.

—Lo sé, hijo, pero me siento un inútil viendo cómo debes contener tu paso. La edad no perdona y esto sólo es una muestra de lo que puede pasarme en un futuro muy cercano.

—No digas tonterías. No hay ningún futuro cercano que anuncie calamidades y, cuando llegue el futuro lejano al que te refieres, tendrás tu propia casa y el

jardín en la misma puerta para poder regarlo si quieres desde la misma ventana, sentado en tu butaca. De eso me encargo yo, te lo aseguro.

El señor Golsmith miró a su hijo con orgullo. Tenía ya veintisiete años y había heredado la hermosura de su madre, pero con una masculinidad propia. El color de su pelo era rubio mientras que sus ojos se acercaban al gris profundo abandonando el azul. Sin embargo, estaban siempre brillantes, muestra de una fuerte personalidad, curiosa y ávida de conocimientos, que disfrutaba con lo nuevo y lo antiguo sin distinción. El cuerpo atlético era el de alguien que siempre ejercía algún que

otro ejercicio físico y todos los esfuerzos realizados por su educación se dejaban ver en sus gestos y maneras, propias de cualquier miembro de la aristocracia.

El señor Golsmith nunca había ahorrado una sola libra en esa formación pero, además, había tenido la inmensa suerte de que el marqués de Standford, con quien estuvo trabajando durante más de veinte años, le dejó en herencia una cantidad que para John Golsmith fue toda una fortuna. Aquel dinero se dedicó en su integridad a su único hijo a quien, con catorce años, envió al mejor college de Inglaterra. Conocía los riesgos de esa decisión. Relacionarse con la

aristocracia cuando tus orígenes eran tan humildes como los que correspondían a un simple jardinero no iba a ser fácil para su hijo. Pero también era cierto que los tiempos estaban cambiando y que ya no era imprescindible poseer un título nobiliario para acceder a las mejores posiciones e, incluso, ser miembro del Parlamento.

Martin demostró ser un muchacho con una tremenda personalidad. Nunca se acomplejó ni se amilanó ante sus compañeros de altísima clase social. Muy al contrario, su carácter bondadoso, su liderazgo natural y su privilegiada capacidad intelectual le granjearon, en muy poco tiempo, grandes

amigos entre los que se contaban el vizconde de Ressay y el conde de Charmington.

Junto con ellos, estudió aquellos primeros años y nunca perdieron la amistad pese a que cada uno escogió caminos diversos para completar su formación, desde el mundo de las finanzas para el conde de Charmington hasta la formación en naviera militar preferida por el vizconde de Ressay, pasando por los estudios de medicina que habían sido la pasión de su hijo desde que, a los ocho años, se había quedado sin madre por una enfermedad que fue tan devastadora como cruel y repentina.

El orgullo de ir conociendo cómo su hijo iba progresando personalmente fue un sentimiento mucho más poderoso que la añoranza de no verlo más que muy de vez en cuando. Durante todos aquellos años se habían escrito cartas casi con frecuencia semanal y en todas ellas su hijo siempre le informaba de los más nimios detalles, al tiempo que nunca olvidada transmitirle un cariño que parecía ser incombustible a la distancia sin que nunca mediara un solo reproche. Era una prueba más del carácter bondadoso de aquel muchacho, que había sido siempre una constante en su personalidad.

Sin embargo, lo cierto era que cada

vez que lo miraba, John Golsmith veía a un hijo físicamente muy diferente y a veces temía no poder reconocerlo en la siguiente ocasión. No era de extrañar, la visitas que siempre suponían el traslado del padre donde estuviera su hijo, sólo se producían una o dos veces como mucho al año, y por muy breve tiempo. Para John Golsmith no era fácil viajar porque suponía abandonar su trabajo y tenía un coste importante. Traer a Martin a su lado tampoco era simple. Los jardineros siempre vivían en casas muy humildes y pequeñas ubicadas en las propiedades que cuidaban. Pero, por encima de todo, Mr. Golsmith quería evitar que su hijo tuviera que conciliar

de una manera excesiva sus posibilidades y entorno con lo que significaba su propia familia.

Hasta ese momento, Martin no había sido consciente de esa verdadera motivación, pero John Golsmith cometió el error en su última carta de informarlo de la caída que había sufrido y su incapacidad temporal y, sólo cuarenta y ocho horas más tarde, apareció ante su puerta. Sin admitir discusión, se empeñó en alojarse en la ínfima habitación que hacía las veces de despensa en la casita que le había sido asignada hacía dos años, cuando había accedido a aquel puesto como jardinero bajo los servicios del conde de Gloucester.

Y allí estaban padre e hijo, dispuestos a presentarle sus saludos al Conde y a solicitarle permiso para lo que había sido una imposición del hijo, imposible de discutir entre ellos. Martin se dedicaría a sustituir a su padre, aunque bajo sus órdenes e indicaciones, mientras la pierna no le permitiese hacerlo por sí mismo. John Golsmith sólo pudo prometerse que haría lo posible para que aquella pierna sanase rápidamente y así dejar de ver a su hijo, que justo aquel año se había licenciado en medicina, haciendo de simple jardinero.

Habían llegado ya a la entrada lateral de la casa, acceso obvio teniendo

en cuenta que se trataba de personal de servicio. Martin no había hecho ningún comentario a ese detalle pese a que, cuando él había visitado las casas de sus mejores amigos, siempre lo había hecho de manera natural por la puerta principal. Sólo unos segundos después de llamar a la puerta apareció James Forth, el mayordomo principal.

—Por Dios, Mr. Golsmith, ¿cómo ha venido andando hasta aquí con esa pierna? No va a sanar nunca si la fuerza de esa manera. —El afectuoso comentario del mayordomo le confirmó a Martin que su padre se encontraba rodeado de un buen ambiente y que, al menos por esa parte, no debía padecer.

—Nada, nada Mr. Forth. Era absolutamente necesario, tenemos que ver a su señoría para informarle de la visita de mi hijo, Martin, al que también quiero presentaros.

—Señorito Golsmith. —Martin pensó que el mayordomo le había tratado con una deferencia inusual o, cuando mínimo extraña teniendo en cuenta quién era, hasta que el Mr. Forth continuó hablando. —Aprovecho la ocasión para felicitarlo. Ya me ha dicho su padre que se ha licenciado recientemente en medicina y con las mejores cualificaciones.

—Gracias, Mr. Forth. Lo cierto es que con una formación tan importante

como la que mi padre ha tenido a bien facilitarme, todo es posible.

—Pasen al salón de las visitas. Le diré a Conde que están ustedes aquí.

—Gracias Mr. Forth —dijeron padre e hijo al unísono.

La estancia donde se les condujo tenía también una puerta lateral que muy probablemente conducía al despacho del conde de Gloucester y estaba decorada con elegancia en tonos verde manzana, tanto paredes como mobiliario. Martin procuró acomodar a su padre en una de las butacas más cómodas y paseó por el lugar admirando la calidad de los muebles. No había un solo detalle que no pareciera específicamente diseñado

para ese lugar, pero tampoco era de extrañar, el condado de Gloucester era uno de los títulos nobiliarios con más abolengo lo que suponía que, durante años, se habían acumulado en aquella mansión, y en las otras dos que la familia poseía, las mejores pertenencias.

Desde la sala, Martin comprobó que se podían ver parte de los jardines que adornaban tanto la entrada principal como ambos laterales, al más perfecto estilo inglés: setos podados con precisión matemática creando formas geométricas y flores, sobre todo primulas, violetas y caléndulas, que florecían en esos momentos con el esplendor que el mes de mayo les podía

proporcionar.

De pronto, la mirada de Martin se desvió hacia el camino principal por donde se veía cabalgar a gran velocidad un caballo negro de grandes proporciones. No era normal acercarse con esa premura si no era que había alguna urgencia que solucionar y, por un momento, Martin temió que trajesen malas noticias.

Sin embargo, sólo unos segundos después el animal había arribado a la casa deteniéndose casi en seco levantando las patas delanteras como si pretendiese hacer una acrobacia y, de un salto, descendió una muchacha delgada con el cabello rizado y de color cobrizo

algo alborotado. Un mozo de cuadras apareció corriendo para hacerse cargo del caballo mientras la joven con una gran sonrisa palmeaba el cuello del equino y parecía hablarle al oído.

Mr. Forth también apareció, aunque la expresión del mayordomo no parecía tan feliz, sino más bien incomodado. Martin no les podía oír desde el interior de la casa, pero era evidente que estaba realizando ciertos reproches, aunque con escasa autoridad, puesto que la muchacha todavía rio de manera más obvia e incluso llegó a darle un tierno beso en la mejilla al viejo mayordomo, que movía la cabeza a un lado y otro como si quisiera negar algo.

La joven entonces se dirigió con decisión hacia la puerta principal, lo que hizo intuir a Martin que debía ser de la familia, aunque su vestimenta sencilla y ni siquiera apropiada para hacer de amazona no había dado ninguna pista al respecto.

Al acercarse más, Martin pudo distinguir más rasgos de su cara y se sorprendió al apreciar, aunque muy rápidamente, un rostro ovalado que rayaba casi la perfección por sus proporciones exactas y un tono de piel que parecía de porcelana, aunque sus mejillas estaban algo coloreadas como efecto, tanto de la carrera, como de la chanza con el mayordomo.

En ese momento, la puerta lateral de la sala se abrió y apareció el conde de Gloucester.

—¡Querido amigo! No me lo podía creer cuando Forth me ha indicado que había venido andando. ¿Cómo no ha solicitado siquiera el carruaje para poder desplazarse? —No sólo las palabras del conde eran amables, también su rostro parecía afable, con una mirada nítida en un rostro perfectamente rasurado. El pelo algo canoso le confería mayor prestancia si es que no era suficiente con un traje que sin duda había sido cortado a medida y cosido con las mejores calidades.

—Milord, no iba a molestarle.

Puedo andar aunque no a la velocidad que yo quisiera.

—Golsmith, lo que tiene usted que hacer es descansar para poder recuperarse con más rapidez. Recuerde lo que le dijo el médico.

—Gracias, milord, lo tendré en cuenta; pero creo que el motivo de esta visita se merecía este pequeño esfuerzo. Quiero presentarle a mi hijo Martin.

El Conde dirigió entonces aquella franca mirada hacia Martin y, aunque siguió expresando esa franqueza, también es cierto que no pudo evitar que se pasease por toda la vestimenta del joven para constatar que él no iba vestido como el hijo de un jardinero.

—Martin, un placer saludarle. Tiene usted un padre del que espero que se sienta muy orgulloso. Es para mí un leal trabajador como pocos, aunque sólo hayan pasado dos años desde que pudo venir a prestar sus servicios en mis propiedades.

—Sin duda, milord. Le aseguro que así es. Me siento muy orgulloso.

—Pasen a mi despacho, por favor.

La estancia a la que se dirigieron era amplia y sobria a la vez. El centro lo ocupaba un gran escritorio de roble que conjuntaba con una silla principal a un lado y dos más pequeñas destinadas a las visitas. A un lado dos sofás contrapuestos de piel oscura creaban un

espacio singular enmarcado con una preciosa alfombra de colores anaranjados y rojos.

—Sentémonos en el sofá y le pediremos a Forth que nos sirva el té.

—Se lo agradezco, señoría —dijo Mr. Goslmith—, pero, si me lo permite, yo ocuparé una de las sillas. Me es mucho más fácil sentarme y levantarme.

—Claro, claro. Cómo no lo había pensado antes.

El mayordomo ya estaba entrando con el servicio del té, que dispusieron junto a cada uno de los asistentes.

—Milord —empezó John Golsmith cuando el ritual de la leche y el azúcar ya había finalizado—. Mi hijo Martin ha

querido venir a ayudarme al enterarse de mi accidente. Eso nos permitirá mantener sus jardines en el mejor estado sin necesidad de contratar nuevo personal y durante el tiempo de mi convalecencia que, espero, no será muy largo. Martin se hospedará en la casita. Hemos podido acomodarle en la segunda habitación. Siempre que no ponga usted ninguna objeción.

—Golsmith, amigo, cómo quiere que objete lo que, sin lugar a dudas, es un favor que me hace su familia a mí —y, dirigiéndose ya directamente a Martin, le preguntó—: Pero dígame, joven Golsmith, ¿sus conocimientos en medicina van a poder ayudarle en las

tareas de jardinero? Su padre dice de usted que se ha graduado con las mejores notas recibiendo incluso un premio.

—Descuide, milord. Seré un alumno aventajado de todo lo que mi padre me indique sobre flores y plantas. Debo reconocer que desconozco la mayoría de los secretos de la jardinería, pero creo que, al contrario de lo que pueda suponer, va a ser justamente al contrario y los conocimientos sobre flores y plantas van a aportarme un complemento en mi formación como médico.

—¿Qué me dice? —el conde parecía realmente interesado.

—Sí, milord. Las caléndulas que

acabo de ver en su jardín principal son conocidas por sus propiedades curativas sobre las amígdalas e, incluso, para aquellos días especiales de las mujeres. Los pétalos de rosas pueden ser buenos tanto para la circulación como para la depresión. Son muchos los ejemplos.

—¡Extraordinario! ¿Me está usted diciendo que tengo una botica en el jardín? ¿O que, si tengo un ataque al corazón, sólo tengo que salir a aspirar las rosas de mi balcón? —El conde parecía divertido pero también algo sorprendido.

—Algo parecido, señor. Aunque ya me gustaría que una parada cardíaca pudiese solucionarse con tanta rapidez.

No deja de ser una de las causas principales de muerte natural en nuestro país, como si fuera una plaga.

—Mi hijo, además, ha sido agraciado con una beca para especializarse en enfermedades del corazón. —John Golsmith quiso también intervenir.

—Lo que mi padre quiere explicar es que, en el mes de octubre, entro a formar parte del equipo del Doctor Patrick Szarkrij de la Universidad de La Sorbone, dedicado a las enfermedades cardiovasculares, por un periodo de seis meses. Ha sido una oportunidad de la que espero poder estar a la altura.

—No lo dudo, joven. Creo que la

pasión que muestra le hará superar cualquier dificultad. Y, dígame ¿qué sabe usted del cáncer? —El conde pareció algo ansioso al formular esa pregunta.

—Terrible enfermedad, milord. —Martin debía ser cauteloso pues sabía que tanto enfermos como familiares de esa patología padecían de manera especial en la medida que el sufrimiento era largo y la esperanza de curación casi inexistente—. Tuve la suerte de asistir durante el año pasado a un seminario impartido por el profesor Karl Thiersch quien, con sus investigaciones, ha podido determinar la causa de la rápida extensión de ese mal hacia cualquier

órgano del ser humano. Sin embargo, como usted debe saber, las investigaciones todavía no están aportando demasiada luz sobre una posible curación. Hay quien habla de las propiedades curativas de una planta extraña de Sudamérica, la Kalanchoe, pero su cultivo en Europa es muy complicado y su transporte no se hace con la suficiente celeridad como para conservar, si es que es cierto, esas capacidades que se le atribuyen.

El conde pareció satisfecho, pero al tiempo triste con la respuesta. Era evidente que él ya conocía parte de la respuesta, pero, como muchas personas relacionadas con esa enfermedad,

buscaban ansiosamente otras posibilidades.

—Mi mujer tiene cáncer de huesos, joven.

—Lo siento mucho, milord. Sé que es uno de los más dolorosos que existen. ¿Hace mucho que padece la enfermedad?

—Fue diagnosticada hace casi un año, pero la gravedad apareció hace un par de meses. Está prostrada en la cama desde entonces. Aguardamos el momento final... —La voz del conde de Gloucester perdió su firmeza—. El problema es aliviarla. Utilizamos cataplasmas de frío y calor impregnadas de vinagre, pero...

—Si me permite, milord, he visto también violetas en su jardín. Una infusión de sus pétalos tiene efectos muy poderosos sobre las inflamaciones y el dolor que las acompaña. Podríamos intentarlo.

—Se lo agradecería muchísimo, joven Golsmith. Creo que su gesto para ayudar a su padre va a tener más de un benefactor.

La conversación podía darse por finalizada en la medida que el noble parecía haber agotado todas sus fuerzas en aquellos últimos minutos, y toda la vitalidad que había mostrado en los primeros instantes de la presentación se había disuelto.

—Bien, milord —John Golsmith quiso aliviar ese momento—, sabemos que tendrá muchas ocupaciones y no querríamos molestarle más.

—De acuerdo, Golsmith. Muchas gracias por haber venido —y dirigiéndose directamente a Martin—: nos veremos por los jardines, supongo.

—Sí, milord. A su disposición.

—Vengan, les acompañaré hasta la puerta.

Era todo un detalle que el conde de Gloucester los acompañase, pero mucho más que los dirigiese hacia la puerta principal como si padre e hijo perteneciesen a una buena familia. Era una muestra más del carácter afable y

sencillo de aquel hombre de rancio abolengo. Las cosas estaban cambiando, efectivamente, pero lo hacían también gracias a aquel tipo de hechos.

Mientras atravesaban el amplio vestíbulo, ya casi a punto de llegar a la puerta a donde también se dirigía con rapidez Mr. Forth para poder abrirla y cederles de este modo el paso, unas voces resonaron por las escaleras y el ruido de unos zapatos taconeando a la carrera los distrajo de la dirección.

Bajando a todo correr, la muchacha del pelo cobrizo, esta vez recogido en un gracioso moño y vestida con un precioso vestido amarillo, apareció ante su vista.

—¡Papá, papá! ¡Espera! Necesito decirte algo.

No era propio de alguien educado al más estricto estilo inglés que corriese y mucho menos gritase, pero si eso ya era una sorpresa, mucho más que lo hiciese delante de visitas o desconocidos. La juventud de la muchacha no era excusa suficiente pero, al mismo tiempo, Martin pensó que era la criatura más adorable que había visto en su vida.

—¡Margaret, cariño! —El conde parecía también rendido ante sus encantos. Toda la tristeza anterior había desaparecido de su rostro y sus ojos brillaron mientras miraba embelesado a su hija. Pese a ello, intentó mantener una

especie de regañina—. Cariño, tenemos invitados. Compórtate como una señorita. —Y señaló a los Golsmith como si no fuera evidente que estaban allí.

La chica se detuvo en seco y se puso la mano en la boca escondiendo una exclamación de sorpresa, como si de verdad se acabase de dar cuenta. Sin embargo, sus ojos centelleaban y estaba claro que estaba tomándoles a todos el pelo y que, en realidad, no le importaban para nada las buenas formas.

—Les ruego que me disculpen, señores —y al tiempo hizo una ligera y graciosa reverencia—; creí que estaba a solas en la casa. No tomen en cuenta mi ímpetu.

—Ya, ya —el conde parecía molesto pero incapaz de imponerse a aquella arrolladora personalidad.

—¡Oh! ¡Mr. Golsmith! ¿Qué le ha pasado? —La voz de la chica sí reflejaba en ese momento sorpresa e incluso preocupación. Además, su mirada estaba claramente focalizada en la pierna hinchada y maltrecha del jardinero.

—Un accidente, milady. Me cayó todo el aparejo cuando intentaba colocarlo en las cuadras. Debe ser cosa de la edad.

—¡Dios mío! Pero, no debería caminar. Tiene una pinta horrible. —Margaret seguía mostrando de manera

espontánea su preocupación.

—Para eso ha venido el hijo de Mr. Golsmith, Margaret. —Ahora era de nuevo el conde quien hablaba—. Te presento a Martin Golsmith, quien se va a quedar con nosotros para ayudar a su padre mientras esté convaleciente.

Oír su nombre y ver cómo una mirada verde esmeralda se detenía en él, casi lo dejó sin respiración. Ella ladeó un poco la cabeza como si se extrañase de su presencia, aunque rápidamente reaccionó con una mínima reverencia, la que se dedicaba a personas de más bajo nivel, y extendiendo la mano pronunció las palabras de cortesía habituales.

Martin tomó la mano de la joven, y

sólo tocar su piel y notar su calidez, pareció que le había recorrido por el cuerpo una corriente eléctrica. Acercó la mano a su boca sabiendo que en ningún caso debía rozar sus labios, pues se hubiera entendido como de una suprema incorrección al estar él en un escalafón mucho más bajo. Si en lugar de haber sido presentados de aquella forma y en aquella estancia, lo hubieran hecho en una de las fiestas a las que Martin Golsmith había ido invitado por sus amigos, no habría habido ningún problema. Podría haber posado sus labios sobre aquella piel blanca e incluso haberla invitado a bailar, para asirla por aquella preciosa y espigada

cintura. Pero allí, él era el jardinero y ella la hija del conde. Martin sabía comportarse en cada lugar como era debido.

Margaret también se sorprendió a sí misma turbándose ante aquel joven quien, sin dejar de mirarla a los ojos, le tomó la mano y bajó la cabeza hasta casi besarla. La joven por un momento aguantó la respiración por si se producía el contacto de los labios, puesto que el simple roce de la mano le había producido un extraño movimiento en su interior. Pero pronto ese contacto se desvaneció y junto a su padre acabó de acompañar a los jardineros hasta la puerta, que Forth cerró con delicadeza.

—¿Qué querías, pequeña?

—Pedirte que me autorizases a ir en carruaje hasta el pueblo esta tarde. — Margaret recuperó pronto la compostura —. Al parecer, llegan de la ciudad tres grandes proveedores de tejidos y lazos. Me lo ha dicho Francine. Podré hacerme nuevos vestidos para la tremenda agenda de bailes a los que me quieres someter este verano.

El noble se rio. No iba a negarle nada a su hija, pero mucho menos aquel año. Ella lo sabía bien. Tenía sólo diecinueve años y todavía no era urgente casarla, según los cánones de la sociedad. Pero la inminente muerte de su mujer hacía que todos los calendarios

cambiasen. Charles de Gloucester sabía que lo más importante para su esposa, lo que le permitiría morir en paz, sería ver a su pequeña casada. Por eso, todas las prioridades habían cambiado aquel año y, pese a que su hija todavía estaba finalizando sus estudios y formación, la había hecho venir para someterla a una intensa vida social.

La joven no había manifestado ninguna contrariedad, aunque el conde reconocía que no iba a ser fácil. Por expreso deseo del matrimonio, Margaret había sido educada en colegios americanos. No era lo habitual. La aristocracia inglesa veía con malos ojos casi todo lo que provenía de aquel país

que, pese a hacer más de cien años que había conseguido la independencia, para muchos continuaba siendo una colonia. Pero los condes de Gloucester tenían una mentalidad mucho más moderna y, pese a acomodarse a las estrictas normas de protocolo impuestas por la sociedad en la que vivían, querían educar a su única hija con los nuevos tiempos, haciendo de ella una persona autónoma. Por eso, decidieron enviarla once años antes a Philadelphia donde, internada, recibiría una estricta educación, pero en una sociedad que se caracterizaba por la apertura ante nuevas ideas y la capacidad para ser más tolerante.

Sin embargo, aquella maldita enfermedad había trastocado muchos de los planes iniciales, y también muchas de las firmes convicciones de la condesa quien, súbitamente, manifestó sus miedos a que Margaret no pudiera asentarse como era debido. Y eso, en la Inglaterra del año 1895, sólo se conseguía con un buen matrimonio.

El conde de Gloucester tenía frente a sí una ingente tarea. Margaret era preciosa y tan pronto era presentada, provocaba una ola de admiradores quilométrica. Sin embargo, su carácter excesivamente espontáneo generaba desconfianza entre esos mismos jóvenes, quienes no parecían demasiado

contentos ante una mujer que, a las claras, tenía un carácter fuerte e impetuoso. Además, estaba el problema añadido de que la felicidad de Margaret pasaba por un matrimonio voluntario y, aunque la joven no le había manifestado ninguna objeción, mucho temía el padre que, llegado el momento, habría problemas.

De momento, sin embargo, prefirió no pensar y dándole un beso en la frente le dio su bendición para que gastase todo lo que quisiera en ser más bonita todavía de lo que era.

CAPITULO 2

Llevaba dos semanas en la casa y ya se había habituado a las tareas

habituales de la jardinería. La época del año no era demasiado exigente y eso le permitía incluso tener algunas horas libres, normalmente por la tarde, para pasear por el bosque cercano, hacer algo de ejercicio, buscar especies de otras plantas menos vistosas, pero también curativas, o simplemente observar el fenómeno de la naturaleza. Le maravillaba comprobar cómo las plantas, los animales o la tierra misma, estaban en continua evolución y cómo la muerte significaba siempre un renacer. Martin sabía que si no hubiese estudiado medicina, hubiese tenido serias dudas sobre si dedicarse a la geología o a la botánica.

Por las noches, una vez había ayudado a su padre a asearse y meterse en la cama, se quedaba en la entrada de la casa sentado en una silla mirando las estrellas, escribiendo aquello que había visto durante el día o leyendo un libro. A veces transcurrían horas antes de irse a la cama, pero su constitución fuerte y sana le permitía seguir rindiendo totalmente, aunque sólo se hubiese permitido dormir cuatro o cinco horas.

La oscuridad era total y, pese a ello, una pequeña vela le permitía dedicarse a la lectura, aunque empezaba a temer que los diez volúmenes que había podido cargar en la bolsa, sustituyendo al máximo la ropa que ponerse, iban a

acabarse demasiado rápido.

Cada dos o tres noches, su relajación nocturna se veía un tanto perturbada por la actividad de la mansión. Aunque apenas podía distinguir los sonidos, sabía que se trataba de fiestas que los condes ofrecían a los nobles aristocráticos de la zona. No era muy habitual para la nobleza inglesa ser tan activos fuera de la temporada, sin embargo, su padre le había dicho que la razón principal para ello era el deseo de la familia de casar a la joven Margaret aquel mismo verano.

La casa que él ocupaba estaba cerca del camino por el que pasaban todos los carruajes, tanto de ida como de vuelta, y

a unos quinientos metros de donde él se encontraba, la mansión se mostraba todavía más imponente cuando toda la planta inferior estaba iluminada.

Martin había estado en cientos de fiestas como aquellas durante su estancia en Londres acompañando a sus amigos. Pese a su origen humilde, había sido incluso aceptado en los mejores clubs privados y, por tanto, no le hacía falta acercarse hasta la mansión para saber con exactitud qué estaba pasando. Las mujeres estarían en los laterales de la sala abanicándose o hablando entre ellas de conversaciones absolutamente intrascendentes mientras los hombres se pavonearían frente a ellas,

removiéndose sin parar hasta que sonasen los primeros compases del vals que marcaba siempre el inicio. A partir de ese momento, los movimientos entre las personas que asistirían al baile estarían mucho más medidos y estudiados. Solicitar el vals no tenía la misma interpretación que una polka o una contradanza. Ser el primero tampoco significaba lo mismo que reservarse en último lugar. Y bailar más de un baile tenía miles de lecturas.

Para Martin ese era un mundo demasiado complejo al que no acababa de acostumbrarse y, aunque su comportamiento no tenía nada que envidiar al de cualquier marqués, lo

cierto es que desconocía la mayor parte de los significados ocultos, detalles formales o rígidas normas de cortesía que imperaban; y ello porque, en realidad, le importaban bien poco e incluso le aburrían.

Sin embargo, desde que estaba en Gloucester, su mirada hacia aquellas fiestas había cambiado ligeramente. Martin no podía dejar de imaginarse a aquella joven que conoció el primer día siendo el centro de atención de la fiesta. La imaginaba sonriendo, bailando o saliendo al jardín acompañada de alguno de aquellos jóvenes mientras fingía sentir calor para provocar así que en un ambiente más íntimo, la ansiada

petición de matrimonio se formulase. Y, cuando lo hacía, curiosamente sentía como si un pequeño nudo en la boca de su estómago le presionase y no le permitiese respirar.

Sentía que era una estupidez pero, al mismo tiempo, debía reconocer que, desde que la había visto el primer día, su mente se dirigía demasiadas veces hacia su recuerdo que además podía seguir creciendo dado que, casi todos los días, en algún momento la veía, aunque fugazmente. Ya fuese a caballo o andando, la joven condesa salía todas las mañanas muy temprano y no se sabía nada más de ella hasta bien entrada la tarde; momento en el que aparecía algo

más desgreñada y acalorada de lo que una jovencita de su posición debería permitirse. Su ritual a partir de aquel momento consistía en pasar largas horas en la habitación de su madre. lo cual sólo era interrumpido por la hora de la cena o por las fiestas convocadas.

Martin no sabía dónde iba o dónde, por ejemplo, tomaba su almuerzo; pero más le extrañaba observar por parte de su padre una total indiferencia hacia ese comportamiento y costumbres. Sólo Forth, el mayordomo, mostraba algún síntoma de inquietud si el sol se acercaba demasiado al ocaso y ella no había aparecido o, aun cuando haciéndolo, su aspecto no era el

deseable.

Tal vez era justamente el desconocimiento, la curiosidad o la intriga por esas relaciones tan extrañas lo que hacía que Martin tuviese una especial atención por Margaret.

Aquella tarde había acabado algo más temprano de lo que era habitual con sus tareas cotidianas. lo que aprovechó para iniciar con uno de los caballos un paseo más largo que, atravesando el bosque, le permitió dirigirse hacia una pequeña loma y a un lago de aguas transparentes donde, cuando podía permitírsele, se daba un baño dejando toda su ropa al abrigo de unos sauces. La temperatura además había subido

inusualmente y sentir el agua refrescar su piel resultaba tonificante. Le gustaba mucho nadar y así lo estuvo haciendo durante más de diez minutos.

Al finalizar se tumbó en el prado verde dejando que los rayos del sol lo secaran y sintiendo una brisa creciente en su piel. Así, con los ojos cerrados, notó cierta somnolencia y dejó divagar su pensamiento mientras respiraba acompasadamente. Imágenes de su día a día aparecían sin orden aparente hasta que, de pronto, apareció la de Margaret saltando desde la grupa de su caballo y con las mejillas sonrosadas y, sin poder controlarlo, su pene reaccionó y se endureció de manera evidente.

Martin se incomodó. Aunque nadie pudiera verlo, por cuanto aquel lugar era solitario, no se sentía cómodo con aquella reacción de su cuerpo. No la entendía. Era cierto que la joven era bonita y le había causado cierta sensación pero, maldita sea, era una condesa y, si algo tenía claro aquel recién licenciado doctor en medicina, es que él, en Gloucester, era y siempre iba a ser el hijo del jardinero.

Muy probablemente, sólo era el efecto de las condiciones del clima y la sensación placentera que ofrecía la combinación de temperatura, sol y aquel baño que acababa de tomar. Se giró sobre sí mismo para evitar que esa

sensación agradable siguiera sometiéndolo a unas necesidades que, si no podía controlar, iba a tener que aliviar de alguna otra manera y, aunque encontraba natural masturbarse de vez en cuando, prefería hacerlo en la intimidad de su habitación.

Tendido boca abajo cerró de nuevo los ojos y, de pronto, le pareció escuchar unas ramas quebrarse. Levantó la cabeza y escudriñó el bosquecillo de sauces intentando ver alguna cosa. Finalmente, decidió que podía haber sido algo originado por su imaginación o bien por algún pequeño roedor.

El sol había quedado cubierto por unas nubes que, con velocidad más alta

de la habitual, parecían amenazar la serenidad de aquel día, aunque justamente podía ser también el resultado de un excesivo calor y la cercanía de la costa que impregnaba el ambiente de una excesiva humedad. Notándose ya totalmente seco y con unas proporciones normales de su miembro más díscolo, se levantó y se vistió, montó sobre el caballo y se alejó a marcha ligera.

A sólo cinco o seis metros de allí, casi enterrada en las hojas que cubrían el suelo, Margaret se incorporó unos centímetros mientras expulsaba todo el aire que parecía haber contenido durante demasiado tiempo por temor a ser

descubierta.

No sabía qué le había pasado, cómo se le había ocurrido espiar al jardinero pese a darse cuenta que lo que tuviera que hacer un hombre solo cerca de un lago no era de su incumbencia. Pero no había podido evitarlo. Ella ya estaba en aquel bosquecillo disfrutando de un rato de lectura cuando Martin había llegado y, pese a que en algún momento había pensado en hacer notar su presencia, su curiosidad, el saberse oculta y su natural propensión a hacer lo incorrecto, le habían impedido hablar. Cuando quiso darse cuenta, Martin se había quedado totalmente desnudo y entonces ya fue demasiado tarde para todo. Para

avisarlo, puesto que se hubiera sentido terriblemente incómoda y para dejar de mirarlo, en la medida que Margaret nunca había visto el cuerpo desnudo de un hombre y no pudo evitar que sus ojos lo recorriesen con admiración. Espalda y pecho sin vello, piernas musculadas, vientre plano, culo prieto y, aquel otro miembro que ni siquiera se atrevía a nombrar.

Estuvo así, observando cómo se introducía en el agua, cómo nadaba con grandes brazadas, cómo se tumbaba en la hierba fresca y, mientras lo observaba, notó cómo sus propios pechos se endurecían y los pezones rozaban el vestido, cómo su vulva se

agrandaba y palpitaba; y la sensación le gustó porque parecía el preludio de algo mucho mejor.

Como no dejaba de mirar, rápidamente se dio cuenta también de cómo su pene había crecido, se había endurecido y había quedado tan recto sobre su vientre como si estuviese esperando algo. Y, aunque él en seguida se giró, la respiración de Margaret se agitó y no pudo más que intentar incorporarse para poder coger mejor el aire que parecía faltarle.

Ese movimiento fue fatal, pues en seguida se dio cuenta de que había hecho más ruido del necesario al comprobar que el joven levantaba la

cabeza y buscaba entre la arboleda.

Margaret hundió la cara entre las hojas caídas del suelo. Si la encontraba allí estaba perdida. No había explicación posible. Se mantuvo muy quieta sin atreverse siquiera a abrir los ojos hasta que oyó los cascos del caballo y supo que, por fin, el peligro de ser descubierta se había alejado.

Se quedó un rato más mirando hacia el lago. Por un momento pensó en bañarse ella también, tal y como había visto que lo hacía el joven; pero, en seguida descartó la idea. Además de que el sol ya había quedado escondido tras unas nubes que amenazaban lluvia, era obvio que no era un sitio seguro para

aparecer desnudo y si no lo era para él, mucho menos para una mujer. Margaret recogió su lectura y se sonrió a sí misma. «Tienes un amplio abanico de intereses, Margaret de Gloucester», y echó a andar de camino a su casa.

Mientras tanto, Martin se había detenido en el bosque húmedo que había junto a la casa. Las intensas lluvias de los últimos tres días habían roto bastantes metros del camino que lo atravesaba y se veía en muchos de los recodos el efecto de los deslizamientos. Descubrir cómo se movía la tierra producto de esos fenómenos naturales era muy interesante para él y, como quedaba suficiente luz, decidió

entretenerse un poco más para observarlo. Dejó al fiel caballo en un lado del camino y él se dispuso a subir por la cuesta empinada a través de los árboles alejándose sólo lo suficiente para seguir vigilando al equino. Si conseguía suficiente altura tendría mejor comprensión de lo que ocurría en aquel terreno y cómo la propia vegetación ayudaba a sostener el suelo.

Paseó la vista a su alrededor y pudo divisar cómo el bosque se deslizaba hasta el río en una pendiente bastante pronunciada que estaba cortada por aquel sendero con muy poca estabilidad y bastante destrozado por las lluvias. El río bajaba impetuoso, lo cual no era

típico de la época, pero sí la consecuencia de la última tormenta.

Mientras estaba allí encaramado apreció que la joven Margaret venía caminando por la senda. Paseaba con demasiada lentitud y se hubiese extrañado si no fuera porque pronto se dio cuenta que, al tiempo que andaba, tenía un libro en sus manos y parecía totalmente concentrada en la lectura. Martin sonrió. Sólo a una jovencita como aquella se le ocurriría leer mientras caminaba. Y, divertido, la siguió observando desde el anonimato que le permitía su posición.

Sin embargo, si la joven condesa seguía tan ensimismada en la lectura podría

tener un problema. A sólo unos pocos metros, la pista tenía una profunda brecha que se abría hacia el río en vertical. Martin dudó. Tal vez, ella se diese cuenta antes de llegar. Pero lo cierto era que veía cómo, poco a poco, parecía dirigirse directa al precipicio.

Dos pasos más y...

—¡Detente! —La voz de Martin sonó fuerte justo un segundo antes de que Margaret avanzase.

No fue suficiente. El grito de Martin la asustó tanto que acabó desestabilizada y, como estaba demasiado cerca de la brecha, a punto estuvo de caer, si no fuera porque soltó lo que llevaba en las manos para acabar

agarrada a un árbol cercano.

Martin bajo a toda velocidad, casi deslizándose por la loma hasta llegar a su lado. Ella todavía respiraba con dificultad como efecto del tremendo susto.

—Lo siento —dijo Martin al llegar —, creí que caías.

Margaret miró hacia la brecha y después hacia el río. Después lo miró a él. Recordó cómo lo había visto hacia tan sólo un par de horas y se sonrojó. Volvió a mirar al río y al camino y se olvidó del recuerdo del lago para apreciar cómo de cerca había estado de sufrir un grave accidente.

—Y lo hubiera hecho —respondió

ella—. ¡Dios mío! Me hubiera podido matar.

—Me alegro de haberlo evitado, aunque, con sinceridad, tendría que haberte avisado antes. Es que no me podía creer lo que estaba viendo. ¿Cómo se te ocurre caminar y leer al mismo tiempo? ¿Tan interesante es lo que estabas leyendo?

De pronto, Margaret pareció darse cuenta de que en sus manos faltaba algo y se movió rápidamente para asomarse al río. Caminó alternativamente hacia el sendero y hacia el borde de la caída que daba al torrente. Se mordió el labio inferior y con la mirada buscaba algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martin.

—Los libros.

—¿Qué?

—Los libros. Tengo que cogerlos.

Martin se asomó y a unos cinco metros justo en la orilla del caudaloso río, pudo ver dos libros abiertos.

—No se puede llegar allí.

—Tengo que cogerlos. —Margaret ya estaba en pie buscando la manera de bajar.

—¿Estás loca? —Martin estaba perdiendo la calma que le caracterizaba —. Es imposible bajar hasta allí.

—No puedo volver a casa sin ellos. —La mirada de Margaret se posó en sus ojos—. No te pido que bajes tú. Sólo ayúdame.

—No voy a permitir que te mates.

Margaret se giró hacia el caballo.

—¿No llevas ahí una cuerda?

—Pero, ¿estás hablando en serio?

No creo que tu familia se vaya a arruinar por un par de libros, ¿no?

—Tú no lo entenderías.

—A lo mejor, si me lo explicas...

La joven dudó, aunque finalmente decidió que si daba alguna explicación tendría más garantías de conseguir lo que se proponía.

—Mi padre no quiere que saque ningún libro de la biblioteca. Todo lo que tiene son ediciones originales. Si los libros no vuelven cuando haga el inventario mensual, creerá que alguno de

los sirvientes lo ha robado

—¿Inventario mensual? ¿Ediciones originales? ¿Todo?

—Bueno, no todo. Una gran cantidad... al menos uno de los que está ahí abajo.

Martin no podía creerse lo que estaba oyendo pero, sobre todo, lo que no podía creerse es lo que él estaba a punto de hacer. Sabía que iba a bajar y sabía que iba a hacerlo porque parecía imposible negarse a nada de lo que aquella joven pidiese.

Efectivamente, llevaba una cuerda en su caballo. La cogió y buscó dónde asirla. Los árboles parecían suficientemente robustos, pero

demasiado cercanos al precipicio. Bajar podría bajar pero subir ya sería más difícil. Finalmente, una gran roca le generó mayor confianza. Hizo una serie de nudos para pasarse la cuerda por las piernas de manera que pudiera bajar deslizándose.

—Vigila que la cuerda permanezca en la roca, por favor.

—Claro, claro.

Descendió poco a poco poniendo gran cuidado en cada uno de sus pasos. Prefería no tener que someter a la cuerda a un tirón brusco. El río rugía a sus pies. Por fin, pudo llegar al final del descenso, justo al lado de los libros. Eran dos. Uno de ellos bastante más

grande que el otro. Los recogió y los cerró para después ponérselos en el interior de su camisa. Necesitaría las dos manos y toda su fuerza física para el ascenso.

Margaret, desde arriba, observaba a Martin. Lanzó un suspiro cuando le vio coger los libros sintiéndose a salvo. Sabía que empezaba el momento más complicado. Miró hacia la cuerda y de pronto se aterrorizó. Se había ido deslizando hacia arriba y parecía que estaba a punto de salirse de la roca porque con cada tirón que hacia Martin subía más. Intentó bajarla, pero se lastimó las manos y le era imposible. Entonces vio al caballo. Lo acercó todo

lo que pudo hasta la roca.

—¡Chico! ¡Chico! —No recordaba su nombre pese a que sólo hacía una semana que se lo habían presentado—. ¿Puedes parar un momento y agarrarte a la pared?

—¿Qué ocurre? —La voz de Martin sonaba preocupada.

—Confía en mí. —Margaret alzó más la voz porque no podía acercarse—. Deja de subir un momento.

—De acuerdo.

Margaret notó que la presión de la cuerda se había aflojado, lo que indicaba que el joven había dejado de apoyarse en ella y lo había hecho en el momento justo porque la soga estaba ya

al final de la piedra. La acabó de sacar y la puso alrededor del cuello del caballo, se fijó que el roce por la piedra la había roto en muy buena parte. Esperaba que aguantase el peso para la última parte del trayecto.

—¡Vale! ¡Ya!

La cuerda volvió a tensarse. El caballo relinchó al notarlo y entonces Margaret también tiró de ella moviéndose hacia atrás al tiempo que empujaba al equino para que entre los dos pudieran hacer más fuerza.

Pasados unos minutos vio aparecer las manos del joven, seguidas de los brazos, de su cabeza, su torso... Un último impulso y pudo incorporarse,

aunque respiraba con dificultad. Miró a Margaret. Estaba despeinada y con gotas de sudor sobre su frente. La boca un poco abierta. Los ojos brillantes.

—¿Chico? ¿Me has
llamado

«chico»? —El tono de Martin era de semi-burla, aunque se sentía realmente ofendido.

—Lo siento. No recordaba... —De pronto el nombre apareció en su mente —. ¡Martin! Ahora me acuerdo. Yo...
los nervios...

Martin sonrió melancólicamente. Era lógico que ella no recordara su nombre; pero la constatación de este hecho no le hacía sentirse menos ridículo, teniendo

en cuenta que, en su caso, no había pasado ni un solo minuto en el que no recordase el nombre de ella e incluso lo hubiera evocado en voz alta.

Empezó a limpiarse el barro que se había acumulado en su ropa al realizar el descenso, pero sobretodo en el ascenso. Al hacerlo, notó los libros por dentro de su camisa y los extrajo. Margaret rápidamente alargó la mano para cogerlos y, en ese momento, Martin pensó que el interés de la joven era excesivo por mucho que se tratase de una edición original y reaccionó alejándolos de su alcance.

Margaret se mordió el labio inferior mientras lo miraba dudando de sus

intenciones. A Martin aquel gesto todavía le provocó mayores deseos de alargar esa devolución.

—Veamos qué era tan interesante para haber arriesgado una vida, aunque sea la de un... ¿chico? —pronunció esas palabras con malicia calculada.

La expresión de Margaret se transformó hacia un cierto miedo. ¿Qué ocurría? Miró el primer libro. Era una edición encuadernada en grandes medidas que, a simple vista, no parecía de gran valor.

—Mmmm... ¿Orgullo y Prejuicio? —Leyó el título y abriendo la tapa miró los detalles de la edición—. No parece que sea tan original como decíais.

Pese al juego que había iniciado le pareció mucho más correcto recuperar el tratamiento respetuoso hacia una persona miembro de la nobleza. Siguió ojeando algunas páginas. No había ilustraciones ni ningún detalle que pudiera indicar que se trataba de una obra de valor más allá de cómo gustaba aquella Jane Austen entre el público femenino, lo cual era bastante ininteligible para él, que siempre se había negado a leer ninguna de aquellas obras.

Seguidamente, reparó en el otro libro. El ejemplar era mucho más pequeño y de muchas menos páginas, pero su encuadernación sugería que sí se

trataba de una obra de mayor valor. Lo giró para ver el título y quedó estupefacto.

—¿«El Príncipe» de Maquiavelo?

—Ya veis —contestó Margaret también utilizando el tratamiento respetuoso—. Me pareció que iba a tratar de bellas historias de amor entre la realeza y me llevé una gran desilusión. ¿Me lo devolvéis, por favor?

Margaret sólo había pedido uno de los libros. Seguramente era lógico haberse equivocado, pero a Martin no le había pasado desapercibido.

—¿Este? —Levantó con el brazo derecho el libro grande de Jane Austen—. ¿O este? —E hizo lo propio con la

obra de Maquiavelo.

—Ambos. —La joven empezaba a mostrar más impaciencia que temor. El tono de su voz había cambiado hacia lo que parecía una orden.

Martin la miró a los ojos de un verde intenso. Después, su vista se dirigió hacia sus rizos cobrizos, que se movían al ritmo de un viento que había empezado a arreciar, y siguió por el cuello delgado y espigado, el escote que resaltaba su piel blanca, el corpiño que apretaba sus pechos y realzaba su cintura... Se obligó a detener tanto su mirada como su pensamiento. Al volver a mirarla a los ojos notó en la expresión de la joven cierto azoramiento.

—Tened. —Y le entregó los ejemplares que ella recogió con rapidez para, seguidamente, hacer un movimiento bastante extraño colocando la edición más pequeña entre las páginas del libro de Austen.

—Gracias —murmuró Margaret—, que tengáis un buen día.

Se recogió la falda y empezó a caminar con paso decidido hacia la mansión. En ese momento, una cortina de lluvia fina empezó a caer. Margaret se detuvo y pareció dudar; si continuaba, sin lugar a dudas iba a llegar absolutamente empapada, puesto que andando tenía todavía más de cuarenta minutos hasta llegar a refugio. Quedarse

quieta era también absurdo, puesto que la frondosidad de aquel bosque no era suficiente para guarecerla. Intentó proteger los libros poniendo un brazo sobre el lomo.

—Tengo una capa —dijo Martin—, no es de buena calidad, pero suficiente para protegerla de la lluvia y si os lleváis el caballo en tan sólo quince o veinte minutos podéis estar en caliente.

—¿Y vos?

—No os preocupéis por mí, milady. Estoy acostumbrado a la lluvia.

—Pero, ¡el caballo es vuestro!

—No, mi señora. El caballo es vuestro. Estaba en vuestras cuadras.

—Quiero decir que lo teníais vos.

No me parece justo.

—Milady, no perdamos más tiempo —le dijo mientras extraía la capa del zurrón y se la ponía sobre los hombros, alzando la capucha para cubrirle el cabello—. ¿Os ayudo a subir?

Margaret lo miró a los ojos y ahora fue Martin quien se sintió turbado. Aquella mirada era tan expresiva, tan brillante...

—Tengo una idea —y al decirlo, los labios de Margaret se curvaron en una sonrisa—. Utilicemos ambos el caballo.

—Eso sería extremadamente incorrecto. —Martin no podía creer lo que estaba oyendo. Si alguien los veía...

—Sólo lo será si alguien nos

descubre; pero, nadie va a salir a pasear con esta lluvia y vos os bajaréis antes de llegar porque vuestra casa es anterior.

Y sin más palabras, Margaret se subió con facilidad, montando a horcajadas, lo cual ya era suficiente prueba por sí misma de que las normas de protocolo y educación al respecto no eran demasiado importantes para ella; si no fuera porque, además, con ese movimiento dejó claro que quien llevaría las riendas sería ella.

—¡Vamos! —Y le tendió la mano.

Martin sonrió. Le aceptó la mano y subió colocándose detrás de ella, fuera de la silla de montar. Margaret espoleó al caballo para iniciar la marcha y él no

tuvo por menos que cogerse a su cintura. Lo hizo con el mayor de los respetos pero, ciertamente, aquella posición no era de lo más decorosa. Martin intentó no pensar en nada y se dijo a sí mismo que aquello no significaba más de lo que aparentaba. Se trataba tan sólo de una ayuda que una persona le ofrecía a otra y aunque el roce del vestido de ella sobre sus dedos se le antojó una tortura, el trayecto iba a durar sólo unos minutos y podría soportarlo.

Margaret sí se había sonrojado al notar esas manos, pero también al saberlo justo a su espalda y al recordar de nuevo su musculatura al sol de aquella misma tarde. Afortunadamente,

él no podía verla ni notar su turbación. Y decidió que aquella tortura no debía durar más de lo necesario poniendo al caballo al galope para llegar cuanto antes a destino.

CAPÍTULO 3

La mañana se había levantado con una ligera niebla. Sin embargo, la temperatura era alta y Martin pensó, mientras miraba a través del ventanuco que tenía su pequeña habitación, que pronto el sol de primeros de junio la conseguiría disipar.

Se levantó, se lavó con rapidez y se vistió con las ropas cómodas y sencillas que estaba utilizando desde que había llegado a Gloucester y que habían relegado a aquellas otras, propias de la ciudad, al baúl de equipaje, puesto que en la habitación no había espacio ni siquiera para un armario pequeño. Después se dirigió a atender a su padre

para poder levantarlo, como cada mañana, y ayudarlo a asearse, vestirse y desayunar.

Su padre parecía de mal humor. La pierna le seguía produciendo más dolor del que cabía esperar y no le había dejado descansar. Pero también era cierto que lo peor que llevaba aquel testarudo anciano era que no sanaba con la rapidez que se había propuesto y de poco servían la racionalidad o los recordatorios de las palabras que había dicho el médico sobre un tiempo mínimo de convalecencia de dos meses.

Sin embargo, nada de aquello iba a apartar a Martin del propósito que tenía para aquel día. En contra de lo que la

prudencia o la autodisciplina le indicaban, el joven se había propuesto seguir a Margaret en el mismo momento en que la viera salir de su casa para averiguar, de una vez por todas, qué hacía tantas horas perdida.

Por eso, una vez comprobó que su padre ya se encontraba suficientemente bien acomodado y que había desayunado como era debido, se dirigió hacia la mansión o, más bien, hacia las cuadras para observar desde allí.

Después de haberle dado muchas vueltas durante aquella noche, que para él también había sido de insomnio, había escogido ese lugar por dos razones importantes. La primera, porque nada

más llegar, había colocado allí un contenedor para el aprovechamiento y fermentación del estiércol como abono, que le permitía tener una excusa que pudiese explicar por qué se encontraba allí si llegaba el momento.

La segunda, porque desconocía si aquel día Margaret saldría a pasear a caballo o andando y, escogiese la opción que escogiese, él estaría preparado para utilizar el mismo medio y poder seguirla.

Saludó a Peter, el mozo de cuadras, y le dedicó unos minutos a hablar del tiempo y posteriormente del estado de salud de una de las yeguas que debía parir de un momento a otro.

Revisó el estado de los contenedores y se dirigió hacia el jardín de magnolias que se había plantado en los últimos días con los planteles que la propia Margaret había traído de Estados Unidos siguiendo instrucciones de su padre. Era la primera vez que cultivaban en aquellas tierras aquel bonito árbol de flores y, realmente, los resultados en esa primera primavera estaban siendo los esperados.

El sol ya había disipado la niebla y el día emergía con un cielo de un azul intenso cuando la vio aparecer. Caminaba con decisión dirigiéndose hacia las cuadras. Llevaba un vestido sencillo de color rosa pálido y de manga

corta. El vestido se ceñía a su bonito cuerpo hasta la cintura para deslizarse la falda en una caída ligera hasta el suelo. El pelo suelto reposaba sobre su espalda y por encima de sus hombros. Cruzado sobre su cuerpo llevaba una especie de bolsa grande que no era demasiado apropiada para una dama y mucho menos cuando parecía llevar algo pesado en su interior, lo que provocaba que ella tuviera que sostenerlo también con las manos para reducir la presión que ejercía la correa sobre su cuerpo.

Martin aprovechó las magnolias para evitar ser visto hasta que, unos breves minutos después, surgió Margaret montada a caballo.

Él observó hacia dónde se dirigía y cuando creyó tenerlo claro y haber dejado el mínimo espacio de tiempo para no ser descubierto, se dirigió también hacia las cuadras.

—Peter, necesitaría un caballo.
¿Cuál puedo coger?

—Vaya prisas parecéis tener todos hoy —refunfuñó—. El único que me queda totalmente limpio es Rock, pero ten cuidado, no es fácil de dirigir, tiene su propia personalidad y no le gusta ser tratado con excesiva autoridad.

—Tranquilo, lo recordaré.

Martin montó sobre aquel enorme caballo negro y con un ligero toque lo dirigió siguiendo la senda que Margaret

había iniciado poco antes. Todavía pudo verla justo en el momento en que se adentraba en el bosque cercano a la casa y eso le indicó que debía acelerar la marcha puesto que en el bosque la posibilidad de perderla de vista era mayor.

Mientras hacía trotar su caballo entre los árboles se alegró de que el viento soplase en su contra puesto que eso permitía evitar que el ruido de los cascos llegase hasta la joven. El color de sus ropas, pero también el de su pelo, le permitían continuar distinguiéndola pese a la distancia que había entre los dos, en la medida que resaltaban con claridad entre las tonalidades verdes de

aquel bosque cerrado.

Después de seguirla durante más de veinte minutos, Martin se percató que la muchacha reducía la marcha de su caballo e incluso lo detuvo. Él también desmontó, ató las riendas a uno de los árboles y acarició al caballo rogándole silencio. Les separaban unos doscientos metros, pero Margaret había desaparecido tras una enorme roca. Él se acercó muy cuidadosamente, puesto que no podía saber si ella se encontraba allí mismo, agazapada, o el relieve de la zona la había apartado a una distancia similar.

Cuando llegó a la altura de la roca, el caballo de Margaret lanzó un pequeño

relincho que denotaba nerviosismo ante su presencia. Martin le susurró unas palabras para tranquilizarlo y se encaramó muy poco a poco por encima de la gran piedra para poder observar desde aquella atalaya antes de arriesgarse a seguir el camino de la joven y que ella lo descubriese.

Al asomarse, se percató de que el terreno se deslizaba en una vaguada bastante profunda; pero no había ni rastro de ella. Descendió de la roca y se propuso entonces seguir por el mismo camino que ella había bajado. Al hacerlo, rápidamente se percató del motivo por el que Margaret ya no se veía.

Al abrigo de aquella roca se había levantado un pequeño refugio de madera donde Martin supuso que se había introducido la joven. Descendió poco a poco evitando hacer ningún tipo de ruido y, mientras lo hacía, se percató de que en el interior se debía haber encendido algún fuego puesto que la chimenea empezó a expeler un humo blanco. Lo cierto era que, en aquel sitio, la temperatura parecía haber descendido seis o siete grados de golpe y entendió, por tanto, la necesidad del fuego.

Acercándose sigilosamente a una de las ventanas pudo acceder a ver el interior de aquella casita.

Era un único espacio, amueblado

con sencillez con una mesa, cuatro sillas, un par de armarios, unas estanterías con algunos enseres de cocina y una cama doble. La chimenea ocupaba el centro de la sala y uno de los laterales aprovechaba enteramente la piedra junto a la que se encontraba y estaba bien provisto de leña para todo un invierno como mínimo.

Sobre la mesa, Margaret había depositado aquella gran bolsa y estaba, en ese momento, extrayendo de su interior lo que parecía el libro de Jane Austen. Lo dejó a un lado y continuó sacando de la bolsa un cuaderno de notas y la capa que él le había dejado el día anterior y con la que se cubrió los

hombros para, después, dirigirse hacia la puerta y salir al exterior.

Martin se agachó y rogó que ella no pretendiese desandar el camino realizado puesto que, en ese caso, sería descubierto. Sin embargo, oyó sus pasos distanciarse y al asomarse, todavía tuvo tiempo de ver cómo se había introducido de nuevo en el bosque a través de un pequeño sendero que sinuosamente se adentraba en la espesura.

Esperó unos minutos. Cuando estuvo seguro de que ella ya no podía verlo, se incorporó y accedió al interior del refugio.

La temperatura en su interior era muy agradable gracias al rápido efecto

de la fogata. Sobre la mesa todavía podía verse tanto la bolsa como el libro que, efectivamente, era el mismo que él había rescatado del río. Pero ya no estaba el cuaderno de notas. Abrió ligeramente la bolsa y vio que en su interior también había una serie de papeles escritos a mano. No pudo contener la curiosidad y los sacó para leerlos. Estaban escritos con una letra redonda y muy meticulosa sin perjuicio de que eran, en realidad, notas esquemáticas sobre temas diversos. En unas se relacionaban movimientos literarios con una explicación breve de sus características principales; en otras, había descripciones de países lejanos e,

incluso, en varias de ellas se listaban lo que parecían diversas teorías políticas. Se entretuvo un poco más en mirar estas últimas y vio que aparecían referencias al Estado, las clases sociales o el Parlamento. Entre unos y otros conceptos a veces había flechas que pretendían relacionarlos; pero también tachaduras o notas al margen. Observó que también había referencias a grandes teóricos: Rousseau, Hobbes, Montesquieu, John Smith y... Maquiavelo.

Volvió a mirar el libro de Jane Austen y comprobó lo que ya estaba intuyendo.

En su interior, continuaba la pequeña edición de «El Príncipe». Aquello ya no

parecía un error.

Miró a su alrededor. Allí no había mucho más por descubrir, así que volvió a salir al exterior y, sin pensárselo demasiado, se encaminó hacia la estrecha senda por la que hacía unos minutos ella se había adentrado.

Caminó sin premura, pero sin vacilación. Ya no le preocupaba tanto ser descubierto como satisfacer su curiosidad que ahora, después de lo que había visto, todavía había crecido más. El camino se transformó en una estrechísima vereda con raíces, piedras y desniveles tanto de subida como de bajada hasta que, unos diez minutos más tarde, el paisaje de alrededor fue

cambiando en la medida que el bosque perdía frondosidad, pero la senda bordeaba un terreno rocoso que le permitió apreciar que la altura que habían alcanzado era importante y que desde ese lugar privilegiado podía observarse, muy probablemente, todo Gloucester, incluyendo la mansión que se divisaba a lo lejos.

La vista era tan espléndida que Martin no pudo por menos que detenerse a contemplarla y admirarla. Debía ser increíble sentirse dueño de todo aquello. Sus bosques, sus prados, sus jardines...

—Esta vez debería ser yo quien os advirtiera de los riesgos del camino.

El corazón de Martin dio un vuelco,

pero no fue porque le asustase ser descubierto, sino porque aquella voz dulce, suave y melodiosa le despertaba muchas cosas, demasiadas cosas. Dirigió la vista hacia donde le parecía que provenía y, efectivamente, la vio.

Estaba subida a un árbol y parecía muy cómoda sentada sobre una rama que hacía las veces de asiento. En su regazo tenía el libro de notas. Se había vuelto a quitar la capa porque en esa posición conseguía de nuevo recibir todos los rayos solares, en toda su plenitud. Y, seguramente también por eso, sus ojos brillaban de una manera especial, la piel de su cara tenía un ligero todo rosado y su pelo parecía todavía más rojo de lo

normal. Era imposible mirarla y no caer rendido a sus pies.

—No es necesario, milady. Tengo la sana costumbre mirar muy bien dónde pongo los pies en cada uno de mis pasos.

Margaret lanzó una carcajada y dando un salto bajó del árbol. Desde luego no era la primera vez que ella estaba allí o que subía y bajaba de aquel gran roble.

—¿Qué hacéis por aquí a estas horas? —de nuevo era ella quien preguntaba.

—Nada en especial. Paseaba. — Martin no había pensado en ninguna excusa para justificar su presencia. Por

ello, pensó que lo mejor era ser bastante ambiguo.

—Pues no es normal veros hacerlo a estas horas, por no decir que ya es mucha casualidad que nos hayamos encontrado aquí.

Martin no sabía si con aquellas palabras la joven condesa pretendía hacerle llegar algún reproche, pero habían sido dichas con jovialidad, casi entre risas y, lo que sí consiguió es que él se quedase sin palabras, sabiendo que si intentaba contestar sólo llegaría a balbucear.

Margaret soltó una nueva carcajada al ver su expresión.

—¡No os preocupéis! No lo digo por

nada pero, yo sé que vuestros paseos se limitan a la tarde y que siempre tendéis a ir hacia el oeste.

El joven estaba todavía más perplejo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué sabía ella tanto sobre sus costumbres?

—Hacia el oeste... —repitió Martin e inmediatamente se maldijo por haberlo hecho y parecer todavía más estúpido.

—Sí, siempre. Imaginaba que lo hacíais porque así podíais disfrutar de más horas de sol.

El corazón de Martin seguía latiendo a un ritmo demasiado veloz porque cada palabra de ella le provocaba mayor turbación. ¿Margaret había imaginado

sobre él?

—Las vistas son espectaculares, ¿verdad? —Margaret pronunció estas palabras mirando hacia el valle, pero después giró de nuevo su cara y lo miró directamente a los ojos—. Conozco otro sitio también impresionante. ¿Queréis verlo?

—Claro —dijo él casi susurrando. Había tanta espontaneidad en sus gestos y en sus palabras que la turbación de Martin era más patética.

Y entonces ella hizo algo todavía más escandaloso: le cogió de la mano e inició la marcha. Caminaron durante un buen rato y eso le permitió a Martin reconocer en la joven que dominaba

totalmente el terreno. Sabía hacia dónde iba y conocía cualquier obstáculo que pudiera encontrarse por el camino. Eran muchas las horas que, con seguridad, había dedicado a recorrer todos aquellos caminos, veredas, bosques y laderas.

Mientras andaban la conversación no cesó en ningún momento. Fluía con tal espontaneidad que hubiera podido creerse que se conocían desde hacía años. También era cierto que todo parecía muy fácil con Margaret. Ella mostraba interés por todo, desde una piedra hasta una casa lejana, desde un pequeño hormiguero hasta el lejano nido de unas águilas, desde el color de la

tierra hasta el trabajo que se realizaba en una cantera cercana al camino por el que discurrían y, aunque sus comentarios traslucían conocimientos bastante amplios, los hacía surgir siempre buscando confirmación o ampliación en Martin tanto como coincidencia de criterios.

—Ya llegamos —dijo Margaret deteniendo un momento la marcha—. Está justo al girar aquella curva.

Su expresión denotaba cierto nerviosismo, como cuando alguien entrega un regalo y ha de esperar que se abra. Martin se sentía absolutamente embelesado por aquellas formas y consiguió que le contagiase esa

ansiedad.

Y, efectivamente, al girar el camino, apareció ante sus ojos un pequeño valle de no más de cuarenta hectáreas, con ondulado relieve y cubierto totalmente de una fina hierba y miles de flores de todos los colores, tamaños y formas.

Parecía como si se

hubiesen

concentrado en aquel pequeño punto todos los posibles colores y tonalidades existentes en la naturaleza, o como si hubiese habido una explosión de color. Era tan impactante y tan delicado a la vez, que podía considerarse casi algo divino.

—¡Dios mío! —murmuró Martin—.

Es increíble. Ni trabajando todo un año puede conseguirse esta maravilla.

—He contado hasta treinta especies distintas de flores —contestó Margaret perdiendo de nuevo el tratamiento—. Y, ¿sabes lo que me parece más curioso? Que ante esto los cánones clásicos de la belleza que hablan de la proporcionalidad, sincronía, regularidad, homogeneidad... desaparecen porque, justamente, las flores parecen buscar el destacar y no el de adecuarse al entorno y, sin embargo, es de verdad muy bello. Sabía que te gustaría.

—¿Lo sabías? ¿Cómo podías conocer mis gustos?

—Eres jardinero, ¿no?

—Sólo una aristócrata de verdad haría un comentario como ese — respondió Martin con una sonrisa irónica.

—¿Perdona?

—Sólo alguien de la nobleza dará por hecho que alguien se dedica profesionalmente a aquello que le gusta.

La mirada de Margaret se tornó más oscura, respiró hondo y se dio media vuelta para empezar a caminar de vuelta. Se había ofendido. Martin se odió por ello. Aquella joven sólo parecía querer hacer el bien y agradar. En ningún momento le había tratado ni siquiera con deferencia, pese a que estaban sin lugar

a dudas en clases sociales y posiciones muy diferentes. Y, sin embargo, él había sido descortés y prepotente con su comentario.

—Lo siento —murmuró.

Margaret seguía andando, no parecía querer escucharle.

—Margaret —se atrevió a llamarla por su nombre.

Ella, sorprendida, se detuvo, se giró y le miró a los ojos.

—Lo siento, de verdad. No pretendía ofenderte. Es lógico haber hecho esa relación...

—No, no —y movió la mano al mismo tiempo insistiendo en su negativa—. Tienes razón tú. Es absurdo. Quien

trabaja lo hace por necesidad, no por gusto, y supongo que puede llegar a odiar lo que hace. Yo odio lo que hago como condesa, así que, ¿por qué no te iba a pasar a ti? Ha sido ridículo suponer que te iba a gustar ver un campo lleno de flores.

—Pero es que sí me ha gustado — insistió Martin—. Sería un insensible si no me maravillara ante tremenda explosión de la naturaleza. Por favor, créeme. Ha sido, por mi parte, un comentario inadecuado. Aunque sí debo reconocer que, en mi caso, no me gustan las flores por ser jardinero...

Margaret levantó una ceja y lo miró con expectación.

—... porque, realmente, no soy jardinero. Sólo estoy aquí para ayudar a mi padre mientras se cura de su lesión.

—Y, si no eres jardinero, ¿a qué te dedicas? —La expresión de Margaret se había dulcificado de nuevo y ahora mostraba esa alegría casi infantil que parecía demostrar ante todo lo que le rodeaba—. Déjame adivinarlo... Mmmmm... eres.... ¡soldado!

—No —respondió Martin con una sonrisa—. sería incapaz de empuñar un arma.

—Pues... tal vez, ¿maestro?

—No —volvió a sonreír—, aunque no me importaría.

—¿Músico?

—No, no.

—¡Me rindo! Me muero de curiosidad. Dime a qué te dedicas.

—Bueno, lo cierto es que todavía no me dedico, pero he estudiado medicina. Me gradué esta primavera y en otoño debería empezar a trabajar en un hospital.

—¿Médico? ¡Es genial! ¡Tienes en tu poder curar a las personas!

—¡Oh Dios! ¡No, por favor! No es ningún poder. No existe tal poder. Los médicos, hablando con propiedad, no curamos. Es el propio enfermo quien se cura si encuentra en su interior aquello que le permita combatir el mal que le perturba. Nosotros sólo acompañamos,

ayudamos, paliamos.

—No seas tan modesto. Debe ser impresionante poder ayudar como tú dices, saber que tu ayuda está sirviendo de algo. —La mirada de Margaret reflejó cierta tristeza. Martin imaginó que estaba pensando en su madre.

—Vuestro padre me habló de la enfermedad de vuestra madre. Sabéis que es incurable ¿verdad? —Había vuelto al tratamiento formal. Le parecía que atacar su intimidad de esa forma sólo podía hacerse con un respetuoso lenguaje.

—Lo sé. Sólo podemos estar a su lado.

Mientras hablaban, habían

reanudado la marcha de camino hacia el refugio. Durante el trayecto, Martin le explicó lo que también le había comentado a su padre sobre algunas propiedades de las plantas y cómo ella también podía ayudar. Le habló de los efectos sedantes de algunas setas, aunque reconocía que faltaban meses para que llegara la temporada y no parecía tan claro que la señora condesa aguantase hasta el final.

Margaret escuchaba y hacía preguntas. Parecía tomar nota mental de todo lo que él le iba diciendo, más allá del habitual interés que ponía sobre todas las cosas.

Pasado un buen rato llegaron a las

inmediaciones del refugio.

—¿Dónde has dejado a Rock?

—¿Perdona?

—Tu caballo, ¿dónde está?

—¿Cómo sabes...? Lo dejé un poco más allá.

—Estará muerto de frío, pobrecito —contestó ella—. Yo dejé a Rex aquí porque gracias al efecto de la chimenea del refugio puede conseguir mejor temperatura. Esta zona es tan sombría que, incluso en verano, puede llegar a agradecerse un poco más de temperatura.

Se dirigieron primero donde estaba el caballo de Martin y lo llevaron junto a Rex, donde, efectivamente, la

temperatura era mucho más agradable. Después, ambos entraron al refugio.

—Tendrás hambre. —Margaret lo afirmaba sin preguntarlo mientras se dirigía a una pequeña alacena que había en una esquina de la habitación y mientras sacaba queso, fiambre y un enorme pan redondo. Depositándolo sobre la mesa, le informó—: Siempre tengo provisiones aquí. Así puedo alargar al máximo mis excursiones. Al menos mientras haya luz

—¿Has sabido todo el tiempo que te estaba siguiendo?

Margaret lo miró con sonrisa pícaro. La respuesta parecía obvia. A ella no se le escapaba nada de lo que había en

aquella zona ni a veinte millas a la redonda. Era sumamente perspicaz y observadora. Martin optó por no seguir insistiendo sobre todo aquello que la joven parecía saber, aunque él siempre había creído que el interés era unilateral y aun pese a sus esfuerzos por ocultarse esa mañana. En ese terreno, él estaba en franca desventaja continuamente, y esa sensación no era demasiado buena para él que, en todas sus relaciones, siempre había podido mantener la supremacía de quien pone más razón que corazón.

Miró hacia la mesa y decidió, finalmente, que lo mejor era reconocer que tenía mucha hambre después de haber salido tan temprano aquella

mañana casi sin desayunar. Se sentó frente a ella, que ya comenzaba a dar buena cuenta de la comida, sin demasiado recato pero con una elegancia innata que le maravilló.

El libro de Jane Austen más abultado de lo normal estaba en una esquina de la mesa.

—Antes me explicabas que te gustaba observar los hormigueros porque parecían ciudades en miniatura, pero el comportamiento de esos insectos parece ser bastante más disciplinado que el de los hombres, ¿no te parece?

—Sin duda, el «libre albedrío» es más bien un castigo que un regalo divino. Pero no deja de haber grandes

similitudes. En Philadelphia, desde la ventana de mi habitación, podía ver el movimiento de todos los obreros que se dirigían hacia las industrias textiles o del papel. Siempre a la misma hora de entrada y a la misma hora de salida. Miles de personas moviéndose al mismo tiempo, dirigiéndose a los mismos sitios. Incluso la visita de cada tarde a la taberna, parecía una obligación más, porque lo cierto es que apenas vi rostros felices saliendo de aquellos tugurios. Nunca he entendido por qué se empeñaban en perder todo su dinero y su dignidad tras una pinta de cerveza.

—Ya lo decía Hobbes —dijo Martin con lentitud—: «El hombre es bueno por

naturaleza, es la sociedad la que lo corrompe».

—¡No! —contestó Margaret algo impetuosa—. ¡Eso lo dijo Rousseau! Hobbes más bien creía que el hombre era malo de natural.

—Pero —Martin volvió a probar suerte—. ¿No fue Rousseau el que dijo que «Los hombres ofenden antes al que aman que al que temen»?

—No, no, no —Margaret parecía divertida—, eso fue Maquiavelo...

Y justo al decirlo enmudeció. Sus ojos se desviaron hacia el libro y después sobre Martin. Se mordió el labio inferior. Él tenía una medio sonrisa en su expresión y lentamente

levantó una ceja y ladeó su cara.

—Lo habéis hecho a propósito —
dijo Margaret.

—Veo que pese al error en la elección
pudisteis acabaros el libro — contestó
Martin—, al menos lo aprovechasteis
debidamente o, ¿debo decir que todavía
lo estáis aprovechando? —Y mientras
lo decía alargó el brazo para recuperar
el libro de Austen y abrirlo por la
página que escondía la edición más
pequeña.

Margaret se sonrojó, aunque más que
avergonzada parecía incluso temerosa.
Hasta aquel momento, le había parecido
que Martin era alguien en quien podía
confiar, pero lo cierto es que tampoco lo

conocía más allá de las veces que lo había observado en la distancia y la bondad que parecían traslucir sus profundos ojos grises.

Se levantó y, rodeando la mesa, se puso frente a él para quitarle el libro, aunque su gesto era inseguro y las manos le temblaban ligeramente. Él continuaba sentado y vio cómo sus hombros se tensaban. Alzó la cabeza para mirarla.

—No temáis —dijo él—, sólo quería saber la verdad. No deja de ser curioso que una bella joven lea a los grandes pensadores de nuestra historia.

—Sólo alguien del sexo masculino daría por hecho que a las mujeres jóvenes no pueda gustarles la filosofía.

—Y mientras lo decía levantó el mentón y lo desafió con la mirada.

—¡Touché! —La carcajada de Martin fue sincera—. Habías estado esperando el momento de devolvérmela, ¿eh?

Se quedaron los dos mirándose. Él todavía sentado. Una mano reposaba sobre el libro, la otra sobre sus rodillas. Ella, frente a él, de pie. También una mano había llegado a posarse sobre el libro, pero no llegaba a rozar la de él. Margaret pensó que sólo unos centímetros le bastarían para poner sus manos sobre aquellos hombros y permitir que él hiciera lo mismo sobre sus caderas. Imaginó por un momento

cómo podía ser ese contacto y cómo, si eso ocurriese, supondría la posibilidad de hacer que su cabeza descansara justo sobre su pecho.

Desde que había visto a aquel joven en su casa sintió que su corazón reaccionaba de manera distinta a la de cualquier otra persona. No sabía por qué, ni entendía ese mecanismo, sólo sabía que lo único que de verdad le apetecía era estar cerca de él y volver a notar su contacto. Ese contacto que sólo había podido sentir en dos ocasiones y de manera breve.

Él la estaba ahora mirando desde su posición más baja pero su mirada se posaba en ella con una fuerza

impresionante. Margaret se detuvo a repasar cada uno de sus rasgos faciales. Una frente amplia, una nariz recta, unas cejas perfiladas, su labio superior más fino que el inferior, pero siempre ligeramente curvados en una media sonrisa y la barbilla algo pronunciada.

Margaret vio cómo él tragaba saliva y apreció cómo abría un poco la boca, como si así pudiese respirar mejor. Pero ella sólo pudo pensar en cómo sería besarle y creyó notar un cierto vértigo e imaginar que ese beso podría transportarla lejos, muy lejos de allí, volando hasta tierras remotas.

En ese momento, un tronco cayó por el efecto del fuego sobre los otros

levantando algunas chispas. Ambos miraron al mismo tiempo hacia la chimenea y eso fue suficiente para que Margaret se retirase unos centímetros y pudiese volver a la realidad, permitiéndole fijar la vista en la ventana.

—¡Dios mío! ¡Si es casi de noche!

Nunca había vuelto después de anochecer y, sin embargo, aquel día parecía que así iba a ser.

—Tengo que recoger todo esto y...

¡Dios mío! Hoy era la recepción de los McAlister.

—¡Tranquila! Coge el caballo y corre. Yo me encargo de todo esto. Vete sin cuidado.

—¿De verdad? —Margaret estaba de verdad agradecida.

—Confía en mí —respondió Martin y empezó a guardar las cosas en la bolsa —. ¡Corre!

Margaret cogió la capa. Se la echó sobre los hombros y se dirigió hacia la puerta.

—¿Nos vemos mañana? —Su voz había surgido demasiado impetuosamente.

—No puedo volver a estar todo un día pero, si quisierais que nos viésemos para el almuerzo... —Martin hubiera deseado dedicar todo el día y toda la noche, pero eso hubiera sido incumplir con sus obligaciones para con su padre.

—¡Claro que sí! —respondió Margaret con alegría—. ¿Nos vemos aquí mismo? Todavía queda comida...

—Mañana pues. A la hora del almuerzo.

—Hasta mañana, Martin. —Y el nombre de él en su boca le pareció al joven mejor que un regalo.

Margaret salió y cerró la puerta. Segundos después, Martin oyó los cascos del caballo. Lanzó un suspiro. Aquello no estaba bien. Aquello no era correcto. Pero ¿qué podía hacer? Aquella joven era peor que una droga y él estaba absolutamente ligado a ella.

No debía preocuparse tanto. En breve su padre estaría mejor y él podría

marcharse. Iniciar sus prácticas en el Hospital de París. Ella tendría un pretendiente y cualquiera de esas noches anunciarían su compromiso.

Pero sólo pensar en eso, notó cómo su estómago se encogía. Y sin querer pararse a pensar en ello, siguió recogiendo mecánicamente y se dedicó a apagar el fuego de la chimenea.

CAPÍTULO 4

La mesa estaba dispuesta para empezar a comer todos los alimentos que Margaret había dispuesto con sumo cuidado. El pan, el queso, algunos fiambres y frutos secos de la temporada anterior. Margaret también había colocado unos manteles, pero ahora

dudaba sobre si aquello no parecía excesivo, si no delataría su estado de ánimo más allá de lo aconsejable.

Cuando todavía estaba dudando sobre si retirarlo todo o dejarlo como estaba, oyó el galope del caballo de Martin y su corazón se puso a latir con una fuerza similar. Se dirigió hacia la puerta y la abrió antes de que él hubiera descabalgado. Sabía que era demasiado inapropiado, pero no quiso refrenar su alegría al verlo. Aquello era lo que le apetecía hacer y estaba harta de las rigurosidades a las que su padre la sometía casi cada tarde y noche con las fiestas que daba con el único objetivo de buscarle marido.

—¡Hola! —exclamó.

Él le sonrió. Su mirada brillaba. Tal vez eran imaginaciones suyas, pero le parecía ver en él la misma ansiedad que ella sentía.

—¿Tienes hambre? Lo tengo todo preparado.

—¡Sí! ¡Mucha!

Entraron en el refugio. Si a él le extrañó ver la mesa tan cuidadosamente preparada, no hizo ademán ninguno para demostrarlo, lo cual Margaret agradeció sumamente. Le hubiera avergonzado mucho que él le hubiese hecho algún comentario. Sólo pareció dudar ante cuál debía ser su sitio y la miró a ella inquisitivamente, mientras señalaba una

de las sillas.

—Sí, sí. Aquí mismo. —Y mientras tanto, ella se sentó justo frente a él y empezó a cortar el pan. —Dime, ¿qué tal te ha ido el día?

Por un momento, volvió a avergonzarse. Parecía como si fuera una dulce mujercita que esperaba a su marido al volver de las tareas habituales, cuando en realidad se conocían escasamente pocas jornadas atrás y aunque el día anterior había sido intenso, no lo era tanto como para permitirse ese tipo de confianzas.

Sin embargo, él pareció no darse cuenta tampoco de ese detalle y empezó a explicarle cómo había atendido, en

primer lugar, el huerto de hortalizas que había plantado en la parte trasera de las cuadras y después, los jardines que rodeaban el pequeño estanque y que se habían colocado en estratégica posición para simular un pequeño laberinto.

Martin, en realidad, se mostraba mucho más orgulloso de sus avances en lo que tenía que ver con plantas comestibles. Le explicó cómo estaba aprendiendo a conocer las propiedades de cada uno de estos vegetales en la dieta de las personas y sus beneficios o perjuicios en la salud.

La joven pensó que para Martin todo, al final, era interpretable desde el punto de vista de la medicina y era tanta

la pasión con la que lo explicaba que contagiaba, y más para Margaret, a quien le era sumamente fácil también encontrar a cualquier tema un atractivo que justificara su dedicación.

Mientras hablaban, se habían acabado la comida y se habían sentado frente a la chimenea sobre una alfombra que protegía de la humedad del suelo. Cuando ya llevaban un buen rato, Martin pareció avergonzarse y le dijo:

—¡Dios mío! Perdona. Llevo demasiado rato hablando de mis cosas.

—Y ¿qué problema hay? Me parece increíblemente fascinante todo lo que explicas. Yo había leído algo del tema en una recopilación de artículos que mi

padre tiene en la biblioteca de un tal Chevreul, pero, debo reconocer que no lo entiendo todo.

—¿Chevreul? ¿Tienes obras de él?

—La expresión de Martin era de franca curiosidad y expectación.

—Sí, junto a otras de un tal Steinmann y algunos más. Están en la sección de ciencias químicas de la biblioteca

— Es que el procesamiento de los alimentos es, en realidad, un proceso químico. Me parece increíble que en tu biblioteca haya sección de ciencias químicas.

—Y de cualquier cosa que se te ocurra. ¿No has estado nunca?

—No, lo cierto es que no.

—Yo te la enseñaré. Esperaremos al sábado. Mi padre se va a Londres por unos días y no hay peligro. —Margaret se sentía feliz de poder mostrarle aquella habitación que para ella era uno de sus lugares preferidos

—No querría ponerte en ningún compromiso —respondió él con prontitud.

La joven creyó percibir cierto tono de molestia en su voz. Tal vez, la referencia a tener que hacer aquello a escondidas había herido su orgullo.

—¡Oh no! No eres tu quien me pondría en un compromiso. Mi padre no soporta que yo esté allí y, si bien no me

lo ha prohibido, sé muy bien que debo evitar que lo haga. Recuerda, soy una dama que sólo debe aspirar a casarse debidamente.

Martin la miró directamente a los ojos y Margaret sintió un escalofrío. En su mirada había tristeza y ver eso reflejado en ellos la hizo sentirse peor de lo que creía.

—No puedo entenderlo. Te has educado en Estados Unidos. ¿Con qué sentido quiere después someterte a las férreas costumbres inglesas?

—Mi familia es una eterna contradicción en sí misma. No podrás nunca comprenderla. Si lo intentas, sucumbirás a la locura. ¡Mírame a mí!

—Margaret procuró imprimir a sus palabras una alegría que, si bien no era real, ocultaba perfectamente sus verdaderos sentimientos. —En realidad, hay una poderosa razón. Mi padre quiere concederle a mi madre el deseo de verme vestida de blanco con un buen partido y, como sabes, el tiempo juega en su contra.

—Lamento mucho a lo que te ves sometida. —Martin se sintió incómodo por su propia torpeza. Aquella joven estaba viviendo uno de los episodios más tristes de su vida viendo cómo su madre moría sin remisión y, aun así, conservaba una alegría innata y contagiosa.

—No te preocupes. Lo cierto es que ese mismo tiempo es el que juega a mi favor. Mi padre no me forzará a casarme, pero si algún miembro de la aristocracia menor de treinta años pide mi mano y no tiene ninguna enfermedad contagiosa conocida, no se entendería que no aceptase. Así que, claramente, lo que hay que evitar es que yo sea un buen partido para cualquiera de esos pretendientes. Y sólo hasta que mi madre descansa, por fin, de esa maldita enfermedad.

—Y ¿cómo pretendes evitarlo? —
Martin podría haber añadido: ¿cómo pretendes evitarlo cuando eres preciosa, joven, vital y maravillosa?

Margaret esbozó una mirada pícaro, aunque pareció dudar de explicar lo que, para ella, era un secreto y la mejor de sus estrategias.

—Es muy sencillo. Mi formación en Estados Unidos funciona como una advertencia. A partir de aquí, sólo tengo que comportarme de manera inadecuada en algún que otro momento. No hace falta que sea demasiado evidente, sólo debe notarlo el interesado. Un comentario extemporáneo, alegar que tengo algunas costumbres un tanto licenciosas, contradecirle en público espontáneamente... No sé, son pequeños detalles que me están brindando ya la fama de excéntrica americana y, sobre

todo, que actúan perfectamente como disuasorios.

Martin no pudo por menos que sonreír ante la estrategia de Margaret. No dudada ni un momento de la verdad de sus palabras y no tenía más que imaginarla en cualquiera de esos instantes.

—¿Costumbres licenciosas? ¿Puedes ser un poco más concreta?

Margaret se sonrojó, aunque con rapidez afloró una sonrisa franca y clara.

—En este país, es muy fácil parecer licencioso; basta con reconocer que monto a caballo a horcajadas, que he leído libros de Beaudelaire o que no

tengo ningún problema en estar horas en una habitación sólo acompañada por un hombre.

Y al decir esto último abrió los brazos mostrando la habitación que les rodeaba y levantando las cejas con aire altivo.

—Me parecen estupendas sus costumbres licenciosas, querida condesa —respondió rápidamente Martin—, y espero que no dude en continuar alimentándolas durante todo el verano e incluso, si quiere, yo puedo ayudarla a hacerlas al mismo tiempo, siempre y cuando venga a verme montada a caballo y me lea en esta habitación esas obras de Beaudelaire.

—¡Eres un descarado! —volvió a

reír Margaret—, así que no voy a seguir dando pie a que mi mala fama crezca. Nos vamos a ir a pasear por la montaña. La tarde está preciosa y no quiero malgastarla en este habitáculo inmoral.

Rieron ambos y salieron al exterior, donde acabaron de pasar toda la tarde. Martin se sentía infinitamente afortunado al haber conocido a aquella maravillosa criatura que no sólo era inteligente sino además era preciosa. Para él, no había ser en la tierra que se le pudiera comparar.

A partir de ese momento, las citas fueron diarias y continuas. Martin cada vez se levantaba más temprano para poder asegurar acabar antes y reunirse

con ella. Permanecían juntos hasta que oscurecía menos los días que ella debía regresar antes para poder atender alguna de las fiestas que su padre seguía convocando.

Eso era, tal vez, lo peor que llevaba el joven; porque no podía evitar acercarse a la casa y espiarla. La veía moverse por el salón, luciendo preciosos vestidos diseñados para hacer que los hombres cayeran rendidos a sus pies y ella se comportaba con una soltura y una delicadeza innatas. Pese a que ella le explicaba después cómo había podido mantener a raya a cada uno de los pretendientes que noche a noche se le acercaban, a Martín le costaba

creer que eso fuera suficiente para disuadirlos, tan perfecta y maravillosa era ella.

Desde luego, si de él se tratase, no bastaría con ninguna de esas insinuaciones y pondría por delante su voluntad de pretenderla antes que la rígida moral inglesa. Pero, como ella, Martin sabía que la sociedad de la época era poco benevolente con aquellos que se apartaban del camino acostumbrado. Justamente porque esos valores en muy buena parte empezaban a resquebrajarse al acceder a esos encuentros hombres y mujeres que tenían mucho dinero, pero pocos títulos nobiliarios, la aristocracia inglesa se

volvía un tanto más dura con aquellos que se atrevían a contradecirla.

Al final, lo cierto era que Martin era uno de esos no iguales, que podía haber entrado en alguna de esas fiestas avalado por sus grandes amigos; sin embargo, allí en Gloucester, su lugar estaba bastante más alejado. En aquella pequeña casucha donde compartía espacio con su padre, el jardinero.

Tener por tanto la amistad y la atención de Margaret era algo que formaba parte de un sueño y a veces temía despertarse y darse cuenta que todo estaba en su imaginación. Por ello, cada noche, cuando llegaba a su cama, procuraba atesorar algún objeto del día

que le recordase a ella. A veces era la flor que ella le había diseccionado, otras la forma de un guijarro del río similar a los que habían estado lanzando; las menos, el libro que ella justo había acabado y que le traía para que él también pudiera leerlo; aunque justamente, era lo que más descuidado tenía, en la medida que todo su tiempo lo tenía repartido entre las obligaciones de la jardinería y Margaret.

Llegó, sin embargo, el sábado y cuando Martin vio partir al conde de Gloucester en su carruaje recordó la promesa de Margaret de visitar la biblioteca y aceleró sus trabajos para llegar al refugio de montaña con

suficiente tiempo para recordárselo.

No le dio tiempo sin embargo a hacerlo porque, mientras recogía la hierba seca que se había instalado bajo los rosales contiguos al ala norte de la casa, Margaret abrió la ventana del primer piso y se asomó con una gran sonrisa.

—Si fueras un príncipe que se preciase tendrías ahora que subir a rescatarme —
le dijo a modo de saludo.

Martin se maravilló de su rostro sonrosado y de su pelo rojizo que se balanceaba como invitándolo.

—Si fueras una princesa que se preciara deberías extender tu melena para que yo pudiera escalar por ella.

Margaret rio con alegría.

—Temo desilusionarle, príncipe de las flores. Pero vas a tener que escalar por esta fantástica pared o entrar por las escaleras del lateral si quieres tener tu recompensa.

El joven no había acabado sus tareas; pero la invitación de ella no admitía espera y no quería retrasarla. Se dirigió hacia los peldaños y ella cerró la ventana para salir a su encuentro en el primer descanso.

El acceso estaba en penumbra y Margaret le tomó de la mano para dirigirlo por los pasillos interminables, pidiéndole que no hiciera ruido. Después de unos minutos y de subir y

bajar varias escalinatas llegaron hasta una puerta de madera tallada con elegancia.

—Aquí es —susurró Margaret.

Y abrió la puerta. Martin entró y todavía con un pie en el exterior se quedó profundamente maravillado. La estancia era enorme. Tal vez, tenía más de cuatrocientos metros de amplitud y, además, mientras que la estancia principal era circular y tenía una altura de más de cinco metros, la mitad de la estancia se alargaba en forma rectangular y tenía dos pisos. Pero lo más impresionante es que toda, absolutamente toda, estaba forrada de estanterías de madera caoba y libros y

más libros. El acceso a éstos, en la estancia principal, se realizaba por unas escaleras manuales y unas estrechas galerías. En la estancia rectangular se accedía por unos escalones contruidos en la misma madera con una barandilla tallada con formas vegetales.

Margaret llevaba una lámpara de aceite, puesto que una particularidad de aquel aposento era que sólo tenía como iluminación el techo de la estancia circular, que era toda de cristal; pero lo avanzado de la tarde ya no permitía acceder con luz a la zona más alejada.

—Ven. Te voy a enseñar algo que te va a encantar —le dijo ella mientras le tomó de nuevo de la mano.

Subieron por las escaleras de madera y entraron en una de las galerías hasta la zona más profunda y, al final de todo, ella se detuvo e iluminó la estantería que quedaba a su izquierda.

—Mira —susurró.

Y Martin miró y empezó a leer los títulos que había almacenados. Allí parecía estar todo. Obras de Abraham Colles, Sir Benjamin Brodie o James Syme. También de Xavier Bichat o de Schleiden y Schwann o los tratados de Juan Curbo Semmedo o Francisco Canivell y una primera edición del Tratado de las Drogas y Medicinas de las Indias Orientales de Cristoval Acosta.

Martin los acariciaba con los dedos temiendo dañarlos, mientras Margaret lo miraba feliz de verlo tan emocionado. El joven médico la miró agradecido y, de pronto, creyó perderse en sus ojos verdes tenuemente iluminados por aquel quinqué. Su corazón empezó a latir con fuerza y su cuerpo reaccionó rápidamente con una excitación que le endureció su miembro.

En ese momento, oyeron unas voces en el exterior que la buscaban a ella y, con prontitud, Margaret apagó la luz y ambos se arrimaron lo más que pudieron a la pared que quedaba más oscura.

La puerta de la biblioteca se abrió y el ama de llaves pronunció el nombre de

ella varias veces esperando respuesta. Ellos permanecieron en silencio, casi conteniendo la respiración y sólo se movieron con mucho cuidado para quedar más protegidos en las sombras, aunque ello les supuso quedar casi abrazados y a escasos milímetros el uno del otro.

Cuando la puerta de la biblioteca volvió a cerrarse, se quedaron en la misma posición. Margaret tenía la espalda en la pared y realmente no podía moverse si Martin no se apartaba. Pero él no podía hacerlo. Notarla tan cerca, oír su respiración, oler su aroma, ver su pecho alzarse para respirar... paseó sus ojos por su cara, por su frente,

por sus labios y después la miró directamente a esos preciosos ojos verdes. Tan cerca estaban que sabía que ella debía haber notado su erección.

—Margaret —susurró sin dejar de mirarla.

Y entonces ella movió ligeramente su cara para atrapar con sus labios la boca de él. Sentir aquel tacto aterciopelado pareció la señal que estaba esperando y se lanzó con desesperación a apresarla con su boca. Primero en cortos besos y succionando su labio inferior para, después, introducir su lengua y sentir la suya, suave y fresca permitiéndole la entrada, pero jugueteando con ella. Tenía las

manos sobre sus hombros y acarició aquella dulce curva descendiendo hasta llegar a sus manos y alzarlas hasta la pared. Se unió más a ella notando cómo su erección parecía encajar perfectamente en sus caderas. Ella también se movió, restregando su cuerpo contra el de él.

Lo que Martin sentía en su interior era una verdadera locura. No es que no hubiera estado con ninguna mujer hasta ese momento, si no que nada de lo que había experimentado se parecía a ese instante. Su cabeza daba vueltas y sólo quería besarla y acariciarla.

Bajó una de sus manos hasta el nacimiento del pecho y se introdujo en

el interior de su vestido. Palpó aquella pequeña masa que cabía en su mano sin que sobrase ni faltase nada y jugueteó con sus pezones con extrema delicadeza.

La otra mano descendió hasta la cintura primero y su trasero después y lo empujó hacia sí mismo para seguir despertando ese cúmulo de sensaciones en su entrepierna.

El vestido de ella resbaló por los hombros ante la insistencia de su mano y al ver aquellas redondeces expuestas a su vista, se lanzó con la boca a besarlos y lamerlos, mientras con sus dos manos la ayudaba a subirse a horcajadas sobre él, haciendo que sus piernas le rodaran las caderas. Ese movimiento permitió

que la falda también resbalase e introdujo ambas manos por debajo subiendo por sus muslos hasta llegar a la suave piel tan cerca ya de la zona más oculta.

La oyó gemir y la boca recorrió de nuevo el camino hasta llegar a los labios de ella y apresó sus gemidos como si así pudiera devorarlos. La opresión de su duro miembro era cada vez más intensa y cuando acercó los dedos a la vulva palpitante de ella y la encontró absolutamente mojada, pensó que si lo último que hacía en su vida era penetrarla, moriría igualmente feliz.

De pronto, la puerta volvió a abrirse y esta vez, la voz del mayordomo resonó

fuerte y segura.

—¿Joven condesa?

Se quedaron paralizados, pero sabían que sus respiraciones eran demasiado fuertes e intentaron contenerlas.

—Milady, por favor, sé que está ahí. Haga el favor de salir. —La voz del mayordomo sonaba disgustada y apreciaron que se movía, porque la tibia luz inicial empezaba a ganar fuerza entre las galerías.

Margaret se libró del abrazo de Martin y se recompuso el vestido con presteza. Él la miraba sintiéndose tan abandonado como culpable de haberla puesto en esa situación. Pero, una vez

hubo acabado de arreglarse las ropas, ella lo miró directamente a los ojos y le dirigió una sonrisa pícaro.

—Estoy aquí, Forth —pronunció en voz alta y clara—, siempre tienes que estropearme las diversiones.

Y mientras pronunciaba estas palabras, volvió a dar más fuerza a la llama del candil y enviando un silencioso beso a Martin empezó a caminar hacia la salida y al encuentro del mayordomo.

Martin se quedó allí petrificado mientras oyó cómo Margaret llegaba hasta donde estaba Forth y con palabras cariñosas y zalameras, como si se tratase de su propia hija, se lo llevaba

de allí para permitir que él pudiera escapar sin ser visto.

Aquella noche, él no podía dejar de oler su olor y notar en su boca el gusto de sus besos. Con esa sensación se dirigió a los alrededores de la mansión para ver, a través de las ventanas iluminadas, cómo su princesa se movía con total dominio de la sala y de todos los invitados. La vio reír, saludar y también bailar todos y cada uno de los bailes de aquella noche y, mientras se moría de celos y le latía el corazón con una fuerza inusitada, se juró a sí mismo que aquella mujer debía ser suya y que algún día iba a ser él quien estuviera en el interior de una sala similar y quien bailase todos y

cada uno de los bailes.

El insomnio protagonizó el resto de la noche. No dejaba de hacerse preguntas a sí mismo sobre aquellos instantes en la biblioteca. Creía recordar que ella había iniciado aquel beso; pero, sentía miedo al pensar que su reacción había sido excesivamente sexual, tal vez poco atento a su verdadera voluntad. Quizás ella se había sentido acosada y con sólo pensar que pudiera rechazarlo, se le retorció el estómago.

Sólo cuando el día empezaba a clarear notó tal cansancio en sus músculos que creyó imposible poder aguantar todo el día. Pero debía hacerlo, así que se levantó, se aseó, se vistió y

salió al pequeño jardín para introducir en la casa los troncos que iban a dar un mínimo de calor a su padre mientras debía permanecer en la cama en aquella casi absoluta inmovilidad.

El cielo aparecía todavía en su mitad con la oscuridad de la noche mientras que desde el este la claridad iba ganando terreno en una lucha diaria que a Martin le gustaba recordar que siempre acababa en empate. Y, mientras estos pensamientos le ocupaban su mente, vio aparecer la figura de Margaret con un sencillo vestido gris perla con los hombros descubiertos, el talle ceñido y unos graciosos lazos azules decorando la falda. ¿Qué hacía

allí? ¿Cómo era que estaba despierta a aquellas horas? ¿Venía, tal vez, a recriminarle sus acciones y a echarlo de la casa?

Se restregó los ojos confirmando que no estaba soñando; pero, entonces, la vio sonreír y sabiendo que aquello era una realidad, pensó que le gustaba demasiado esa sonrisa y también la pícara, y aquella amable que destinaba a sus pretendientes; y con esos pensamientos notó cómo todo su cuerpo temblaba ante la emoción y la expectación que le provocaba su presencia.

—Hola —dijo ella.

Al decirlo, Martín advirtió su

timidez y un ligero temblor en sus labios y se quedó prendado mirándolos sin poder apartar su vista de ellos. Absolutamente ido, perdió todo sentido del tiempo y del lugar y, unos segundos más tarde, se vio a sí mismo apresándolos con su boca y perdiéndose de nuevo en aquel cuerpo y en aquellas sensaciones.

Sin embargo, momentos después, pareció recuperar la cordura. Su padre podía verlos en cualquier instante; pero, todavía peor, desde la mansión cualquier persona del servicio podía descubrirlos.

Se separó unos centímetros. Oyó su jadeo y creyó que era el único sonido

que podría rescatarlo de la muerte. La miró a sus preciosos ojos verdes.

—Dios, Margaret yo...

Calló unos segundos. Se giró un poco para ver si desde la casa se les podía descubrir. No había duda.

—¿Nos encontramos en quince minutos en el refugio? —Se atrevió a preguntarle, y el corazón se le disparó mientras esperaba la respuesta.

Margaret le miró, le sonrió y sólo bastó un breve y ligero movimiento de asentimiento con la cabeza para que Martin creyera que estaba en el paraíso.

—Necesito sólo esos minutos para dejar a mi padre listo —volvió a hablar él susurrando.

Ella sonrió de nuevo y, segundos después, la vio marchar en dirección al bosque con paso resuelto.

Por un momento se quedó petrificado viendo su preciosa figura, pero se obligó a reaccionar y entró rápidamente en la casa para ayudar a su padre en las tareas iniciales de la mañana, prepararle unos alimentos sobre la mesa e informarlo que no podría pasar durante todo el día porque había recordado repentinamente que debía ir a buscar unas tierras abonadas a la ciudad.

Sólo unos minutos más tarde, salió al galope hacia el refugio que en los últimos días se había convertido en el

centro de su amistad con Margaret y que, a partir de aquel día, podía serlo de sus encuentros más íntimos. Ese pensamiento fue suficiente para notar cómo todo su cuerpo reaccionaba y se preparaba para el encuentro.

En cuando abrió la puerta de la pequeña cabaña, y la vio de pie en medio de la sala, se lanzó a sus brazos y empezó a besarla en la boca, en el cuello, en la cara y, mientras tanto, sus manos la cogieron por la cintura y se pasearon por toda su espalda y por los brazos, y alcanzaron su pecho y lo masajearon.

Margaret gimió y ese sonido le recordó que además de saciar su pasión,

ella tenía sus necesidades y no podía lanzarse como un animal. Así que se detuvo.

—Espera —le dijo—, vayamos más lentamente.

—¿Por qué? —dijo ella—. No sé si puedo.

Él la miró, maravillado ante su espontánea sinceridad.

—Margaret, ¿sabes cómo puede acabar esto?

—Creo que sí. —Y miró hacia el lecho del fondo de la sala.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar Martin.

Por respuesta, Margaret se lanzó hacia su boca y le besó una vez tras otra

en los labios mientras posaba sus manos sobre los pectorales de él.

Martin la aupó en brazos y la condujo hasta el lecho sin esperar más. La depositó en la cama mientras seguía respondiendo a sus besos y acariciándola con delicadeza. Poco a poco fue desabrochando los botones de su vestido y retirándoselo de su cuerpo mientras besaba cada zona de su piel que quedaba al aire, pensando que no conocía goce mayor y que cada vez que rozaba con sus labios alguna zona aumentaba su locura.

Poco después la tenía totalmente desnuda frente a él y no pudo más que detenerse un momento para poder

contemplarla. La pasión que sentía era increíblemente fuerte y sabía que tendría que hacer acopio de todo su autocontrol para no dañarla y, sobre todo, sabiendo que iba a ser su primera vez. Nunca había estado con una mujer virgen, pero sabía que podía ser doloroso y que sólo conseguiría que no lo fuera si se armaba con toda la paciencia de que fuera capaz.

Mientras no dejaba de mirarla, Martin se desnudó y dejó que ella, sin aparentar ningún recato, también le observase. Sonrió al notar que ella detenía su vista más tiempo del preciso en su pene erecto. Pero él tampoco podía avergonzarse. Lo que sentía por

aquella mujer superaba con creces cualquier otro sentimiento y le parecía tan natural estar desnudo ante ella como si toda su vida hubiese sido guiada sólo para ese momento.

Se acostó a su lado y abrazándola dejó que todo su cuerpo pudiera también tener el derecho a acariciar el cuerpo de ella, lo que hasta ahora le había sido limitado a sus manos y su boca. Pero, enseguida, sus manos retomaron el lento movimiento de las caricias que sobre todo se concentraban en su pecho pero que ya bajaban en círculos hasta el vientre plano de Margaret y sus dedos empezaron a llegar a la zona escondida bajo unos preciosos rizos.

La notó mojada, preparada para recibirlo, pero quiso todavía demorarse un poco más y esta vez fueron sus labios los que desde el cuello fueron descendido, parándose un poco sobre los pezones, primero uno y luego el otro, pero, continuando su camino hasta llegar al pequeño bosque.

Entonces, abandonó un momento ese recorrido para levantarse y colocarse a sus pies e iniciar ese sendero de besos por su pantorrilla y en las rodillas, para llegar de nuevo a su vulva recorriendo la boca, muy despacio por la cara más oculta de sus muslos.

En ese momento, notó cierta tensión en ella y quiso relajarla, acariciando sus

piernas hasta llegar a sus caderas y su vientre mientras no dejaba de besarla. Mientras lo hacía, llegó a su objetivo y sacó la lengua para notar su sabor y notar cómo, de inmediato, ella daba un respingo y no pudo evitar que sus gemidos, hasta ese momento bastante quedos y retenidos, se convirtiesen en dulces grititos y jadeos, lo que lo invitó a continuar besando cada pliegue de su vulva y moviendo la lengua en pequeños círculos que llegaban al botón mágico que, por experiencia sabía, era el centro del placer en las mujeres, y que para Margaret estaba siendo, lo sabía, todo un descubrimiento.

Ella puso sus manos sobre la cabeza

de Martin en un gesto que para él fue de absoluto placer pues parecía peinarlo; aunque sabía que era el producto de una pasión casi descontrolada.

Se demoró todavía unos segundos más, pero controlando todos sus movimientos pues, si bien no quería excederse en su ímpetu para no hacerle daño, tampoco quería que ella tuviera lo que bien podría ser su primer orgasmo con una masturbación oral.

Prefería estar dentro de ella y poder sentirlo. Así que ascendió de nuevo por su vientre, hasta sus senos y su cuello, y cuando estuvo a la altura de su boca, se introdujo en ella intentando demostrarle con aquel beso cuánta pasión podía

entregarle. Mientras tanto, notó que su pene estaba justo en la entrada de su vagina e inició la penetración muy poco a poco, con delicadas incursiones, al tiempo que empezaba el movimiento oscilante y, con cada nueva acometida, cada vez podía entrar un poco más, notando cómo se abría y lo abrazaba con su piel interna aterciopelada. La respiración de Margaret pareció acompasarse a los suaves embates de él y alzó las rodillas para quedar mejor posicionada en esa penetración.

Finalmente, Martin notó cómo, en un momento dado, todo su pene quedó introducido y se detuvo sólo un segundo para mirarla a ella, que abrió los ojos y

él pudo leer en el brillo de su mirada que todo estaba bien. Por ello, reinició el movimiento, esta vez, realizando un pequeño círculo cuando bajaba que estimularía su clítoris.

Él estaba a punto de correrse, pero intentó controlarse un poco más. Debía conseguir que ella llegara al éxtasis antes. Por eso, apoyó todo su peso en una mano mientras que, con la otra, descendía hasta su clítoris y, sin dejar de penetrarla con suaves movimientos, masajéó también su pequeño botón.

Ella volvió a proferir aquellos pequeños y delicados gritos. La vio cerrar los ojos y abrir la boca. Bajó las piernas de nuevo y las tensó y él supo

que quedaba ya muy poco, por lo que incrementó la fuerza y el ritmo de su mano, al tiempo que su penetración.

De pronto, notó el palpar en sus dedos y seguidamente en su pene y oyó un grito desgarrador que pareció el detonante para que él también se precipitara hacia un orgasmo liberador.

Se oyó a sí mismo también gritar y sintió como si el mundo entero se desvaneciese.

CAPÍTULO 5

Se había quedado dormida. Respiraba sosegada y su cuerpo absolutamente desnudo se mostraba ante él sin ningún tipo de rubor. Así él podía contemplarla a placer y, mientras lo hacía, le parecía estar en un sueño. ¿Cómo aquella increíble persona podía estar a su lado? Todavía no habían hablado de amor, pero a él no le hacía falta. Se decía a sí mismo que nunca más en la vida podría sentir por nadie lo que sentía por aquella mujer. Era preciosa, era inteligente, era divertida... Se estremeció pensando en cómo se le había entregado. Con cierta timidez pero, al tiempo, confiada. ¿Y si era un

sueño? ¿Y si despertaba y se encontraba en la soledad de su habitación? Sabía que sería absolutamente terrorífico porque desaparecería la esperanza; aunque no podría hacerlo ese intenso sentimiento que notaba en su corazón y en la boca de su estómago.

Se levantó con cuidado para no despertarla y cogió papel que había visto en la cómoda. No había pluma, pero en la chimenea había restos de carbonilla suficientes. Se colocó en una silla cercana y empezó a dibujar el contorno de sus caderas y sus piernas, la suave caída de su cintura y la redondez de sus pechos. No era un artista, aunque como médico había tenido que dibujar

bastantes veces órganos del cuerpo para ayudarlo después a memorizar sus partes y funciones. Nada que ver con aquella tarea y, sin embargo, pudo aplicar años de práctica para que el resultado final de su dibujo fuera muy cercano a la realidad.

En ese momento, Margaret abrió los ojos. Lo hizo poco a poco, sin ningún movimiento brusco; aunque Martin notó en su mirada que, en los primeros segundos, no recordaba bien dónde se encontraba y que precisó unos momentos para recordar y ser consciente de todo. El corazón de Martin quedó paralizado un instante. Tal vez ella ahora se arrepintiese.

Ella posó sus ojos sobre los de él y, al instante, un brillo apareció en su retina. Sonrió y se desperezó indolente. Miró hacia la ventana e hizo un mohín.

—Voy a tener que irme a casa. ¿Por qué me has dejado dormir tanto rato? —lo dijo mientras se cubría con la sábana. —Parecías cansada —respondió él.

—Pero hemos perdido un rato precioso.

—Yo no. —Y le mostró el dibujo que había hecho de ella.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho?
—Te he inmortalizado.

Margaret hizo el ademán de cogérselo, pero él se apartó.

—Haremos una cosa. Lo

guardaremos aquí. Bueno, más bien lo esconderemos. —Entonces se levantó y dobló el papel con cuidado. Levantó una de las tablas del suelo que ya había visto que estaba medio suelta e introdujo el dibujo en su interior—. Será nuestro secreto.

Martin se dio cuenta que Margaret, todavía acostada, lo miraba sin disimulo y entonces reparó en su desnudez y se sintió algo avergonzado. Ella se percató de su azoramiento.

—Me gusta tu cuerpo —dijo ella con total franqueza—. Nunca había visto a un hombre desnudo, aunque sí había visto alguna estatua.

—¿Y qué tal salgo en la

comparativa? —preguntó Martin.

—Sales ganando. —Y decidió volver a retirar la sábana para quedar, ella también, totalmente desnuda frente a él.

Martin notó cómo su miembro volvía a endurecerse. Ella le sonrió mientras posó su mano sobre la cama y la acarició. Él pensó que no había insinuación más provocativa. Se acercó lentamente, pero antes de introducirse en la cama se arrodilló a su lado y tocó el muslo de ella que, recostada sobre un lado, se estremeció al notar su contacto. Martin dio unos golpecitos suaves con las yemas de los dedos y después los empezó a desplazar con lentitud

subiendo por su pierna mientras hacía pequeños círculos. Llegó hasta la cadera y se entretuvo deslizando los dedos primero hacia el vientre y después hacia sus nalgas como si estuviera amasando una materia muy sensible. Vio cómo los pezones de ella se habían endurecido y eso le animó a continuar. Rozó los senos de manera delicada. La piel de Margaret se erizó. Él se incorporó un poco hasta sentarse a su lado y la movió muy suavemente para recostarla totalmente. Se apoyó con dulzura sobre los hombros y deslizó la caricia por sus brazos. Entonces, los elevó por encima de su cabeza y volvió a hacer rozar sus dedos por la parte interior de aquellas sedosas

extremidades hasta llegar a las axilas y de ahí a sus pechos. Jugeteó con sus pezones. Margaret movió sus caderas y alzó una de las piernas. Martin acercó sus labios a uno de sus pechos y primero lo besó con suavidad para después, sacando la lengua, jugar con su pezón. Una de sus manos siguió acariciando como si se tratase de una pieza frágil el otro pecho mientras que la otra inició el descenso hacia aquel vientre plano. El ritmo de respiración de ella se hizo más intenso y volvió a mover las caderas alzándolas, pidiéndole con los gestos otra cosa. Él no se hizo más de rogar. Descendió hacia el triángulo escondido y llegó

hasta los pliegues húmedos. Ella bajó los brazos para acariciarlo a su vez en la espalda. Martin abandonó las caricias para volver a alzárselos y la miró a los ojos indicándole con la mirada que debía quedarse quieta. Margaret pareció entender, así que él volvió al juego que había iniciado con su boca y sus manos. Ella lanzó un pequeño gemido cuando uno de sus dedos se introdujo en su vagina mientras con el pulgar masajeaba el clítoris. Notaba que se estaba deshaciendo y eso todavía le produjo a él un deseo mayor. Se dedicó con mayor esmero manteniendo esta vez la presión sobre los brazos de ella para impedir que bajaran y su boca alternaba ahora el

pecho izquierdo, ahora el derecho. Ella empezó a retorcerse bajo sus caricias y tensó las piernas. El orgasmo estaba muy cerca así que sólo tuvo que posar toda la palma de su mano sobre su punto más sensible mientras ya eran dos los dedos que estaban en su interior y moverla en círculos. Margaret empezó a jadear sonoramente mientras cerró los ojos y, en dos movimientos más, un grito escapó de su garganta mientras notó en sus dedos el palpitar de su vulva.

Casi sin dejarle un tiempo de respiro, Martin se puso sobre ella y esperó un momento a que ella abriese los ojos. Cuando lo hizo se introdujo con decisión en su interior y entonces

vio cómo su mirada se oscureció y se mordió el labio inferior. Inició los movimientos de entrada y salida y a cada sacudida él notaba como si se estuviera a punto de licuar y sufría doblemente por intentar alargar aquel momento. Las caderas de ella se movieron al unísono y ella volvió a proferir aquellos jadeos que tanto le estimulaban. Ya no podía más, las embestidas fueron más fuertes, él ya no podía pensar más que en sí mismo cuando, de pronto, oyó de nuevo un grito de ella y supo que había conseguido que tuviera otro orgasmo y eso ya fue suficiente para abandonarse él y notar cómo todo su ser se desvanecía y sentía

el placer más inmenso que hubiera experimentado en su vida.

Al acabar, se derrumbó sobre ella intentando recuperar el aliento. Ella empezó a reírse.

—Es increíble —dijo Margaret—. Había leído que generaba dependencia y no lo entendía. Ahora sí.

Martin se recostó a su lado sin permitir que hubiese demasiado espacio entre ellos y le acarició la cara. Ella le miró y en sus ojos refulgía aquel brillo especial que él adoraba. Sin embargo, su mirada finalmente se alzó hacia la ventana.

—Ahora sí me tengo que ir.

Se incorporó y empezó a buscar su

ropa. Él también lo hizo y después de ponerse rápidamente su propio pantalón y la camisa empezó a ayudarla a ella.

—Podría hacerte de doncella —dijo él mientras le ataba el corpiño.

—Sería divertido, sin duda, pero creo que eres más diestro quitando la ropa que poniéndola —respondió ella entre risas.

—Eso es sólo por el esmero que pongo a cada cosa.

Una vez se hubieron arreglado salieron fuera. Martin tomó las riendas del caballo y se lo entregó a ella.

—Tú tienes más prisa.

—No —respondió Margaret—. Si algo tiene Peter es una memoria

increíble para saber quién y cuándo se han llevado un rocín. Has de devolverlo tú. Llévame a caballo hasta el inicio del camino como hiciste cuando nos conocimos.

Iniciaron por tanto la marcha ambos subidos al animal. Martin recordaba, efectivamente, todo lo que había sentido la primera vez que la llevó en su grupa; sin embargo, esta vez era diferente. Si aquella vez había deseado a aquella mujer, ahora sentía como si no pudiera separarse de ella sin desgarrarse. Aquel sentimiento era totalmente nuevo para él y seguía sin poder pensar, ni siquiera, en el día siguiente sin estar absolutamente atemorizado por si ella prescindía de su

compañía. A punto de llegar al cruce donde debían separarse, Martin se armó de valor.

—¿Nos podremos ver mañana?

Ella se mantuvo callada unos breves segundos. No fue demasiado, pero a él se le paralizó el corazón.

—¿Tú quieres? —respondió ella.

—¿Que si quiero?

Martin ya había detenido el caballo. Si avanzaba más les podrían ver desde la casa. Ella aprovechó para desmontar y desde abajo volvió a requerirle.

—Sí, eso digo. Siempre me han prevenido que esto es lo que querían todos los hombres y que, una vez conseguido, ya desaparecían.

Él la miró totalmente sorprendido. ¿Qué significaba aquello? Ella no le hablaba como una doncella enamorada. Parecía constatar un hecho y plegarse a sus consecuencias sin asomo de emoción. No sabía si aquello le suponía una ofensa o le resultaba enternecedor. ¿Quién creía ella que era él?

—¿Me crees capaz de algo así? — respondió.

—Te conozco poco, debes reconocerlo.

Notó un ligero temblor en su labio inferior y además desvió la mirada nerviosa. Tal vez, ella estaba sólo reprimiendo sus sentimientos por orgullo, o incluso por miedo.

—Margaret, no sé qué idea tienes de mí, pero te aseguro que después de lo que ha ocurrido esta tarde, yo no podría hacer otra cosa más que desear verte.

Ella sonrió muy quedamente y lo miró a los ojos. Parecía que su mirada volvía a tener aquel brillo.

—Mañana pues, ¿a la hora del almuerzo?

—Contaré los minutos —respondió él.

Y entonces ella azuzó al caballo desde la grupa y provocó que saliera al trote.

Los encuentros que ya eran diarios se concentraron en la casa desde aquel día y ya no salían a merodear por el

bosque. Era demasiada la pasión y demasiado el placer que encontraban mutuamente. Aquella casita se había convertido literalmente en un nido de amor continuo. Martin no se cansaba de acariciarla, ella parecía no tener nunca suficiente y podían hacer el amor dos y tres veces, aventurándose a nuevas posturas a nuevos deleites y con todo disfrutaban y ganaban confianza.

Sólo había algunos momentos de relajación que dedicaban a comer y a leerse uno a otro párrafos de libros que previamente había sacado ella de la biblioteca.

También era demasiado el horror que sentía Martin cuando la espiaba por

las noches. Verla bailar en brazos de cualquiera de aquellos que la pretendían se le hacía agobiante. Sabía que su obsesión empezaba a ser enfermiza. Ella le había dicho muchas veces que se veía obligada a hacer aquello por su madre. Incluso tenía ya planes sobre su futuro que no contemplaban en absoluto unirse en matrimonio a cualquiera de aquellos aristócratas. Según le había dicho, su intención era poder ir a Londres y buscar trabajo como institutriz o como profesora de alguna escuela de niñas. No se lo había dicho a sus padres por no contrariarlos. Para Margaret, toda la presión desaparecería con el, cada vez más cercano, desenlace de su madre.

Quando hablaba de ello aparecía en ella un rostro casi imperturbable; pero Martin había aprendido a leer en esas facciones mucho más de lo que ella hubiera querido. Veía el temblor casi imperceptible de sus labios o entendía sus miradas esquivas. Margaret era una mujer joven acostumbrada a guardarse sus sentimientos más tristes y sus miedos más recónditos para mostrarse siempre alegre, vivaz y capaz. Había mucho de orgullo en ese carácter; pero también era pura supervivencia. El haber vivido prácticamente sola toda su vida, sin los mimos exagerados de unos padres y sujeta a las pequeñas tiranías de una escuela femenina, le había moldeado esa

personalidad autónoma y fuerte. Martin la miraba con orgullo; aunque también era cierto que esa manera de ser le hacía sufrir. En sus planes ciertamente no estaba lo de casarse con un aristócrata; pero tampoco parecía hacerlo a él partícipe y aunque cuando la veía gozar le parecía intuir en ella un claro y profundo sentimiento, lo cierto es que ella no pronunciaba nunca las palabras «Te quiero». Por ello, él tampoco se atrevía y cada vez más, día a día que pasaba, se debatía entre la duda de confesarle su eterno amor o guardárselo por temor a provocarle un rechazo. Así que Martin estaba viviendo los días más felices de su vida, pero también los más

complicados y angustiosos.

Además, después de varias semanas, le estaba resultando cada vez más difícil librarse de su padre, quien estaba mejorando, esta vez sí, a marchas forzadas de la lesión de su pierna y eso provocaba que, cada vez más, pudiera salir a ayudarlo. Aunque eso suponía que él podía acabar con más rapidez sus tareas y, por tanto, teóricamente, podía llegar más rápidamente donde ella lo esperaba, lo cierto es que lo que no tenía era la excusa para separarse de su padre que ya lo miraba con cierto recelo.

Pero el último día de agosto ocurrió algo que pareció cambiarlo todo para

mejorarlo. Martin estaba con su padre arreglando unos parterres que habían quedado maltrechos por efecto del paso de un rebaño de ovejas descarriado.

Estaban acabando cuando vieron llegar al galope un carruaje que se detuvo en la casa.

El padre de Martin se dirigió hacia la mansión visiblemente preocupado y él lo siguió. Cuando llegaron a la puerta que había quedado abierta, confirmaron que algo grave estaba pasando, puesto que diversos sirvientes corrían por el vestíbulo acarreando palanganas de agua y toallas.

—¡Forth! —dijo Mr. Golsmith cuando vio al mayordomo—. ¿Qué

ocurre?

—Una crisis de la señora —
respondió el mayordomo, bastante
afectado.

—¿Podemos ayudar? —alcanzó a decir
el jardinero.

En ese momento, el conde de
Gloucester apareció por la baranda del
piso superior y gritó:

—Por favor, ¡rápido! No se
demoren.

Sin embargo, se fijó en el jardinero
y su hijo y su expresión pareció cambiar.

—¡Joven! —volvió a gritar
dirigiéndose a Martin—. ¡Suba, por
favor!

El Conde no había olvidado que los

consejos sobre algunas propiedades de las plantas habían ayudado a su querida esposa a pasar un verano mucho mejor del que esperaban. Incluso el doctor había comentado extrañado que la evolución, pese a no invertirse, estaba siendo mucho menos traumática de lo esperado y cuando le habían informado de cómo habían seguido los consejos de aquel joven médico, se había mostrado proclive a conocerlo, aunque hasta entonces no había habido ocasión.

Sin embargo, aquel día parecía el final y el dolor de su mujer la había sometido a unas convulsiones que no podían detener y que había sido el motivo de haber ido en busca del doctor.

Martin subió y al llegar a lo alto de la escalera fue empujado, casi literalmente, por el conde de Gloucester hasta la habitación de su esposa. Allí vio al doctor aplicando unas sangrías sobre el brazo de una mujer que parecía consumida sobre la cama, aunque la tenían atada para impedir que se moviera. El joven todavía pudo ver en una esquina de la habitación, de pie, rígida y absolutamente aterrorizada, a Margaret; y verla tan desvalida, le puso el corazón en un puño.

—¿Puede hacer algo más? — preguntó entonces el conde de Gloucester y, dirigiéndose al doctor dijo —: este es el joven del que le hablé.

El doctor levantó la vista y movió la cabeza a modo de saludo, pero continuó concentrado en su tarea. La enferma gemía y lloraba. Martin pensó que la sangría sólo iba a debilitarla, aunque también era cierto que eso podía provocar que con más rapidez se desmayara y, al menos, dejara de sentir dolor.

Recordó unas plantas que, salvajes, crecían cerca del arroyo y se lanzó a buscarlas. Era conocida como reina de los prados, aunque su nombre científico era Ulmaría. Sabía de sus propiedades para calmar dolores articulares tanto en infusión como en cataplasmas. Antes de salir pidió a una de las doncellas que

calentase agua. Así, cuando volviese, todo iría más rápido.

Efectivamente, sólo diez minutos más tarde, pudo estar de nuevo en la habitación y, con toallas humedecidas en aquella infusión, ir aplicándola sobre las piernas de la enferma, así como sobre sus hombros. Y unos segundos más tarde, los gemidos de la mujer empezaron a ser más tenues hasta remitir totalmente. Todo ello provocó que el doctor decidiese taponar la sangría y ayudar a Martin en la aplicación de aquellas compresas calientes.

Cuando salieron de la habitación ya esperaban en el salón de abajo tanto el Conde como su hija Margaret, que

habían salido sin que los médicos se hubieran dado cuenta, tan dedicados a los cuidados de la madre como habían estado.

Mr. Golsmith también esperaba en la casa, pero se había situado en el vestíbulo como correspondía a alguien de menor linaje. Pese a ello, se sentía feliz y orgulloso. Aquel hijo suyo estaba junto a un gran doctor prestando ayuda a toda una condesa. Sabía que llegaría lejos.

Martin lo saludó con un simple gesto de la cabeza al pasar por su lado y entrar en la sala. Mr. Golsmith se quedó en la puerta y vio cómo el doctor se dirigió al Conde y le resumió el estado

de salud de su mujer. Había sido una crisis grave, pero podía darla por superada. Entonces miró hacia Martin y

le indicó con el brazo que debía acercarse a ellos. El doctor sólo tuvo palabras de elogio para el remedio de aquel joven. El Conde le tendió la mano y se la apretó con verdadero afecto.

—Acércate, Margaret —le dijo entonces a su hija—. Quiero que le agradezcas a estos eminentes médicos lo que han hecho por tu madre.

Margaret se acercó y tendiendo una mano al doctor en primer lugar, dejó que se la besase y le dio las gracias. Después le tocó el turno de Martin. Ella lo miró a los ojos y él no pudo evitar

estremecerse. Verla allí, en su lujosa mansión, al lado de su padre, con la preocupación todavía en su mirada, le conmovía y lo que de verdad hubiera querido hacer era abrazarla y llevársela de allí para que pudiera olvidarse de todo lo que le podía hacer daño. Le tomó la mano y mientras bajaba la cabeza para hacer el ademán de besársela sin llegar a rozarla como marcaban las buenas costumbres dada su diferencia social, notó cómo Margaret le apretaba la mano y suavemente, con el pulgar, le acariciaba. Al levantar de nuevo la cabeza, Martin la miró directamente a los ojos e intentó infundirle todo lo que sentía en una

única mirada.

—Joven, ¿cree usted que podría venir a ayudarme algunos días? —era el doctor quien hablaba en ese momento.

—Bueno, yo... Debo suplir a mi padre que...

—Tonterías —dijo Mr. Golsmith desde la puerta e inmediatamente se le notó avergonzado, pero ya no podía evitarlo ni, en el fondo, quería—, yo ya estoy bien. Mi hijo podrá ayudarlo, doctor, tanto como vos necesitéis.

—Pues no se hable más —respondió el doctor sonriendo—. Os agradecería, Martin, que pudierais venir a mi consulta cada día sobre las doce. Es cuando empiezo las consultas

domiciliarias.

Martin dudaba todavía. Esa era la hora de sus encuentros con Margaret y no pudo evitar mirarla un momento. Ella notó sus dudas.

—¡Genial! —dijo

Margaret

sabiendo que su intervención no era demasiado correcta, pero intentando con ello que él se lanzase—. Con los conocimientos que adquiráis podréis ayudar también a mi madre.

—Es una estupenda idea —se apuntó el Conde—. Por favor, joven. No dudéis.

—Por supuesto que no dudo, milord. Estoy absolutamente honrado con la

petición. —Y dirigiéndose al doctor—: Mañana mismo me tendréis allí.

Y así fue como la rutina de Martin varió sustancialmente. Sin embargo, pese a los miedos iniciales, ello no les impidió seguir viéndose. Lo cierto es que, al final, la opción de ayudar al doctor mejoró bastante toda la situación. Por un lado, ciertamente, tuvo la oportunidad de acompañar al doctor y aprender con la práctica todo lo que tenía que ver con la atención directa de los pacientes, la necesidad de una atenta escucha antes de actuar, lo importante que era fijarse en detalles tanto del domicilio como de los familiares para poder atender con corrección una

supuesta enfermedad, sobre todo cuando se trataba de procesos infecciosos. Pero lo más importante es que las visitas, en realidad, acostumbraban a acabar sobre las cinco de la tarde salvo que hubiese alguna urgencia. Eso le permitía llegar al refugio antes de que anocheciera y todavía podía quedarse con ella unas tres horas sin que nadie le apremiase puesto que su padre, creyendo que seguía con el doctor, ya no parecía extrañarse de que volviese tan tarde.

Margaret, además, se desveló como una voraz oyente de todas las anécdotas que acumulaba durante todo el día, aunque siempre después de haber hecho el amor a veces apasionadamente, otras

lentamente, las más, profundamente unidos.

Martin encontró además una perfecta excusa para poder estar los domingos, en los que no había consultas médicas, con Margaret durante todo el día. Manifestó que era el momento en el que podía hacer recolecta de todas aquellas plantas que podían, después, mejorar la calidad de algunos enfermos. Como, efectivamente, traía a la pequeña casa del jardinero algunas de ellas, su padre no le preguntó más que alguna vez, un tanto extrañado que para ello tuviera que destinar todo el día, aunque Martin le comentó que muchos de aquellos arbustos estaban a bastantes horas de

camino.

La libertad de los domingos en los que compartían todo el día fue lo que le permitió a Margaret pedirle algo a Martin que había querido hacer desde que el principio.

—Llévame al lago y enséñame a nadar —le pidió.

—¿A nadar? ¿Para qué quieres nadar? Tampoco es tan necesario y no sé por qué supones que yo sí puedo enseñarte.

—Porque te vi —le confesó ella.

—¿Me viste? ¿Cuándo?

Margaret se sonrojó. Retiró la vista de él y se mordió el labio. Martin le acarició la barbilla y le pasó después el

pulgar por ese labio.

—Adoro ese gesto tuyo. Pero me vas a decir cuándo me viste.

—Al inicio del verano —contestó ella—. Yo estaba en el pequeño bosque de sauces que hay junto al lago y tú apareciste y casi sin darme tiempo a reaccionar te metiste en el agua y empezaste a nadar.

—¿Me metí en el agua? —Martin intentó en vano recordar todos los momentos en los que había estado en el lago. De pronto se percató de un detalle —. ¿Desnudo?

Esta vez el sonrojo de Margaret fue más que perceptible y Martin no pudo más que echarse a reír.

—¿Eres una *voyeur*?

—No te rías de mí —le respondió Margaret—, ya te dije que pasó todo muy rápido. ¿Me vas a enseñar o no?

—No va haber mayor placer para mí, milady. No en vano serán unas clases en las que ambos vamos a tener que estar desnudos.

Y, rebosante de felicidad, Martin la abrazó y aprovechó la cercanía para oler, como siempre, su aroma a violetas.

CAPÍTULO 6

Hacia un sol radiante y la temperatura todavía muy alta, pese a que ya se encontraban a primeros de septiembre. Martin y Margaret miraron al unísono las aguas tranquilas del lago y después se miraron mutuamente.

—Llegó el momento de su formación, milady —dijo él muy serio.

Ella lo miró directamente a los ojos. Se había puesto un sencillo vestido color crema decorado con flores rosas. Se giró indicándole que debía desabrocharle los botones que le ajustaban la ropa a su cuerpo. Él obedeció sin decir una sola palabra y, cuando hubo acabado, ella volvió a

darse la vuelta. Se retiró sólo dos pasos y sin dejar de mirarle empezó a bajarse muy lentamente el vestido, primero las mangas, el cuerpo y la falda. Una camisa casi transparente cubría sus senos que, al mismo tiempo, estaban realzados por el ceñido corsé hasta las caderas. Después unos pantaloncitos cubrían sus caderas y desde allí unas medias blancas. Margaret volvió a girarse para que él pudiera desabrochar el corsé. Se lo quitó mirándolo de nuevo directamente a los ojos y después la camisa dejando desnudos sus pechos.

Martin ya estaba muy excitado y se revolvió incómodo. Ella le hizo un gesto reclamándole paciencia. Mientras tanto,

continuó con su tarea y se deslizó el pantaloncito hasta que cayó a sus pies. Él tragó saliva. No podía haber imagen más excitante que la de aquella mujer desnuda con sólo las medias en las piernas.

La sonrisa de Margaret delataba que sabía perfectamente el influjo que estaba ocasionándole. Volvió a acercarse a él y posando una mano sobre su hombro le hizo arrodillarse ante ella. Luego levantó una pierna indicándole que él hiciese lo mismo para que, colocándola sobre su rodilla, fuese él quien acabase de quitarle las medias.

Martin tembló de una manera clara cuando posó sus manos sobre el muslo

de ella, justo donde empezaba la media. Se obligó, sin embargo, a hacerlo tan poco a poco como podía, deslizando la seda sobre aquellos muslos nacarados. Primero una pierna y luego otra. Cuando acabó, alzó la vista para mirarla suplicante. Era ella la que estaba totalmente desnuda, pero era él quien se sentía a su merced y esclavo de sus deseos.

Margaret le tendió una mano y al cogérsela él interpretó correctamente que debía volver a ponerse en pie. Y entonces inició lo que a Martin le pareció un suplicio mayor. Era ella quien empezó a desvestirlo a él. Muy poco a poco. Desabrochando los

botones de su camisa y quitándosela por la cabeza al tiempo que besó su pecho desnudo. Después, sus manos se posaron sobre el pantalón y también, alargando increíblemente el momento, desabrochó uno a uno sus botones y, al hacerlo, rozaba un poco su pene que Martin sentía a punto de explotar. Entonces fue Margaret quien se arrodilló y tomando el pantalón con ambas manos lo hizo descender por sus piernas dejando su miembro totalmente a la vista y justo a la altura de su boca.

Martin creyó enloquecer cuando notó sus labios en su glande introduciéndola muy poco, como si sólo la estuviera probando para después,

sacando la lengua, pasársela por todo su pene. Volvió a temblar y no pudo reprimir un gemido brutal. Ella volvió a poner su boca en el inicio de su pene y entonces lo hizo. Muy poco a poco.

Pero, sin duda alguna, fue introduciéndola mientras con una mano le acariciaba los testículos y con la otra sus nalgas.

Los gemidos esta vez no pudieron reprimirse y se parecían mucho más a gritos de placer. Eso pareció excitar más a Margaret que chupaba cada vez más rápido. Él miró hacia abajo y verla allí a sus pies, arrodillada, y percibir la excitación de sus pechos, con los pezones absolutamente erguidos, le

pareció que era estar más allá del paraíso. Se dio cuenta, sin embargo, de que si seguía un minuto más así, no iba a poder retenerse y no estaba seguro de que ella estuviese preparada para asumir la eyaculación en su boca. Así que, con gran esfuerzo, le puso la mano la cara y le pidió que se detuviese apartándose un poco para evitar seguir dentro de aquella maravillosa cavidad.

—Dios mío, Margaret. Si sigues no podré parar y tendremos que dejar las clases para otro día.

Ella sonrió con gesto pícaro desde abajo, pero le obedeció y se levantó.

—¿Al agua, entonces?

—Al agua —respondió él y, sin

pensárselo más veces, acabó de quitarse los pantalones y los zapatos y tomándola de la mano se acercó a la orilla.

El agua estaba fresca, lo que su pene y testículos agradecieron inmediatamente. La miró y creyó ver algo de miedo en su mirada.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—Totalmente —respondió Margaret.

—Ha de ser así. Quiero que sepas que el agua no es un medio hostil. Piensa que nuestros primeros nueve meses de vida en el interior de nuestra madre, es justamente en un medio líquido. Si te relajas suficientemente y no te resistes al agua, verás que nuestro cuerpo puede flotar sin hacer ningún esfuerzo. Pero se

trata de eso, de que no te resistas en absoluto.

A partir de ese momento, Martin se transformó en un perfecto profesor. Hizo que ella se tendiese horizontalmente sobre el agua y apoyándose en la relajación que podía estimularse con una correcta respiración, posibilitó que Margaret flotase absolutamente quieta mientras le hablaba con suavidad y le inspiraba confianza. Ella pudo comprobar que, efectivamente, sin ningún tipo de esfuerzo, su cuerpo se acoplaba al agua y sentía cómo el pequeño movimiento la mecía y todavía le suponía mayor relajación.

Posteriormente, Martin le enseñó a

contener la respiración y a soltarla poco a poco por la nariz. Primero fuera del agua y, después de unas cuentas veces, se zambulleron cogidos de las manos y mirándose a los ojos para seguir infundiéndole confianza, ella pudo también percatarse de que su cuerpo podía resistir bastante tiempo en el interior sintiéndose cómoda.

Una vez esos preliminares acabaron, llegó el momento de enseñarle los movimientos básicos de la natación a braza. Es la que Martin consideraba más fácil y menos intrusiva en el agua, ya que otros movimientos podían salpicar y él sabía, por experiencia, que eso podía a veces asustar al principiante.

Sin embargo, lo cierto era que Margaret era una increíble aprendiz, muy probablemente porque, pese a su carácter fuerte e impulsivo, había conseguido refrenar cualquier tipo de resistencia y obedecía todas las órdenes que él le daba.

Un rato después, Margaret ya podía nadar sola unos metros y regresar hasta donde estaba él y lo hizo sonriendo y con un brillo de felicidad en los ojos. Cuando llegó a su altura, su sonrisa se transformó en clara carcajada y se le abalanzó al cuello y después a su boca en señal de agradecimiento.

Al notar su boca fresca en sus labios, el miembro de Martin volvió a

reaccionar claramente, pese a que durante las clases había conseguido mantenerlo a raya. Pero la cercanía del cuerpo de Margaret desnudo y suave, sus besos y su alegría desbordante fueron suficientes para poner de nuevo en marcha su órgano más autónomo.

Ella lo percibió y, en lugar de alejarse, todavía se acercó más a él y se restregó con su cuerpo.

—¿También se puede hacer el amor en el agua? —le preguntó coqueta.

—También —respondió él.

Y, al hacerlo, no esperó más. La tomó de la cintura y provocó que ella pusiera las piernas sobre sus caderas. Notó su pene erecto justo en la vagina

de ella y con un sólo movimiento introdujo toda su extensión en su interior. Los ojos de ella se agrandaron, pero su sonrisa delató que le había gustado. Martin empezó a moverse y sintió cómo el agua se movía a su alrededor haciendo más fácil tanto la penetración como más ligero el peso de ella. Margaret también colaboró activamente. Puso sus manos sobre sus hombros y le seguía el movimiento en perfecta sincronía. Mientras se movían al unísono él quiso mirarla a los ojos. Los tenía brillantes y más oscuros que de costumbre. Su pelo mojado y rizado le caía sobre la espalda. La boca entreabierta jadeando. Le atrapó los

labios y el beso fue tan intenso que ella se sintió penetrada también por la boca y eso le generó tal excitación que el orgasmo apareció de repente, sin aviso, y el placer que sintió pareció mayor porque no pudo gritarlo al tener su boca llena con la boca de él.

Martin notó su orgasmo en su miembro y, aunque hubiera podido, prefirió contener el suyo propio. Sabía que ella era de esas mujeres que en sólo unos segundos podía volver a correrse de placer. Así que detuvo por un momento los movimientos y esperó a que ella se relajase poniendo su barbilla sobre sus hombros. Ella jadeaba, pero le dio pequeños besos en el cuello que

provocaban que se le erizase toda la piel.

Entonces se movió hacia la orilla todavía con ella sobre él y la depositó en el margen donde un manto de hierba verde parecía estar esperándolo. Empezó a besarla por todo su cuerpo, bajando desde el cuello hasta los pechos y de allí hasta su ombligo donde introdujo su lengua y le provocó cosquillas. Observó cómo su piel se había erizado. Siguió descendiendo con los besos y llegó hasta su clítoris. Ella dio un pequeño respingo como siempre que le tocaba ese punto. Depositó la mano sobre su vagina e introdujo dos dedos en su interior mientras con la

lengua siguió rozando su clítoris. Notó como toda su vulva reaccionaba con la dulzura de su flujo.

Poco después se detuvo y besándola en las caderas la giró sobre sí misma y se lanzó a lamer sus nalgas mientras que introdujo una de las manos en su vulva, pero por detrás. Ella se restregó y levantó respingonamente su trasero. Le pareció una señal, así que la levantó poniéndola a cuatro patas. Ella lo miró girando la cabeza y sonriendo. Él entonces se aproximó a su trasero y colocando de nuevo el pene sobre su vagina la penetró. Ella lanzó un gemido y volvieron a moverse, esta vez guiados por las manos de él que se apoyaban en

sus caderas. Martin notaba cómo el placer de ella volvía a llegar al momento más alto. Esta vez él no podría aguantarse. Ver sus nalgas era, tal vez, un placer mayor, y reconoció sentirse poderoso.

De pronto, los jadeos de ella se transformaron en gritos y él sólo pudo dejarse llevar y sin más espera se derramó en su interior absolutamente extasiado. Entonces puso su cuerpo sobre ella y mientras ella seguía en aquella posición él quiso acariciarle la espalda, los pechos y los brazos.

Finalmente, ella se dejó caer y él tuvo que salirse de su interior, pero la acercó a su cuerpo de manera que cada

centímetro de su piel pudiera estar pegado al cuerpo de ella.

En su mente apareció de manera espontánea una realidad. «Te quiero», pensó. Pero no se atrevió a decirlo. Consideró, con miedo, que quizás esas palabras la atemorizarían. Ella nunca se lo había dicho y le pareció demasiado pretencioso que, desde su posición, pudiera siquiera plantearse esa posibilidad.

Sin embargo, ciertamente estaban juntos. Ella le sonreía. Ella aparecía siempre y cada uno de los días. Ella le hablaba y le explicaba sus experiencias e incluso sus sueños. Ella se le había entregado y lo hacía con pasión, con

abnegación y con dulzura.

La estrechó otra vez entre sus brazos y le besó el cuello. Ella se removió coqueta y fue suficiente para que su miembro volviese a reaccionar con rapidez. Al notarlo, ella se giró y poniéndose frente a él lo miró a los ojos y le dio un tierno beso en los labios. Él no esperó ninguna nueva señal y se apoderó de nuevo de su boca y poniéndole las manos en las caderas la acompañó hasta que ella se puso sobre él y volvieron a hacer el amor, aunque, esta vez, muy lentamente.

Era todavía media tarde cuando Margaret le pidió que se fueran. Aquella noche se volvía a convocar uno de los

bailes en busca de pretendiente. A Martin se le torció el gesto. Cada día llevaba peor lo de aquellas veladas y tampoco le ayudaba mucho el hecho de espiarla y verla sonreír a diestro y siniestro sin poder intervenir.

Margaret le había explicado varias veces que aquél debía ser su comportamiento, pues de otra forma disgustaría a su padre, cosa que no quería hacer. Pero también le afirmaba día tras día que tenía muy claro que no iba a casarse con ninguno de aquellos petimetres. Lo cierto es que ella añadía que no iba a casarse nunca, porque en sus planes estaba dedicarse a la enseñanza en algún colegio de señoritas,

que es todo lo que ella conocía.

Mientras la estaba acompañando a la casa pensó, de nuevo, en esos planes suyos que nunca lo incluían y sintió cierto malestar. Notó su cuerpo pegado al de él a lomos del caballo y le tomó la mano que rodeaba su cuerpo. Si le explicase lo que él sentía... pero se quitó rápidamente esa idea de la cabeza.

Él allí era el hijo del jardinero.

—Estás muy callado esta tarde —le dijo ella al oído—. Mi condado por tus pensamientos.

Martin, por toda respuesta, sólo le acarició la mano. No se atrevía a decirle lo que su cabeza barruntaba. Ya llevaban más de tres meses viéndose y el verano

estaba acabando. Su padre estaba ya bien y no tenía más excusa para permanecer allí que la supuesta experiencia que estaba adquiriendo con el doctor. Sin embargo, lo cierto era que debía regresar a Londres como máximo en un par de semanas y eso significaría abandonarla.

—¿No estamos demasiado cerca? — le dijo entonces ella.

Detuvo el caballo sobresaltado. Efectivamente, estaban ya a las puertas de la pequeña casa del jardinero. Él siempre desmontaba antes para no ser vistos juntos, pero se había despistado con sus pensamientos.

Se apeó y desde abajo la observó,

intentando expresarle con la mirada todo lo que sentía por ella. Ella lo miró a los ojos y le sonrió, pero una sombra delató que estaba preocupada. En ese momento, oyó cómo se abría la puerta de su casa y su padre apareció en el quicio.

Martin se apartó rápidamente y saludó a su padre.

—¡Hola! Me he encontrado a Lady Margaret y la he acompañado.

Le pareció una triste excusa, pero no se le ocurrió otra. Su padre lo miró con expresión interrogativa y frunció el ceño.

—¡Buenas tardes, Mr. Golshmith! —dijo entonces ella—. Su hijo ha sido muy amable.

Y entonces lo volvió a mirar y azuzó su caballo hacia la mansión. Martin se introdujo en la casa pasando por delante.

—Martin —empezó su padre a hablar, pero detuvo sus palabras cuando comprobó la mirada de él.

Mientras tanto, Margaret llegó a las puertas de la mansión. Dejó que Peter recogiera el caballo y subió rápidamente a vestirse. No tenía demasiado tiempo para cambiarse. Era la última noche de aquellas interminables fiestas y, a partir de aquel momento, su vida tendría que cambiar. Su padre tendría que desistir de su intento de casarla y ella se quedaría con su madre cada noche hasta

que, finalmente, pudiera descansar definitivamente.

La doncella la estaba esperando con la bañera humeante. Ella no sabía que aquel día ya había tenido suficiente agua, pero también agradeció aquel baño relajante. Su mente volvió a repasar los acontecimientos del día. Se sentía tan feliz junto a Martin que le parecía imposible. Aquella tarde él había estado más apasionado que nunca, pero también más tierno que nunca. Ella estaba total y absolutamente enamorada de él. No podía decírselo porque eso podía suponer descargar sobre él una pesada carga. Martin tenía un futuro como médico. Un futuro prometedor.

Había oído hablar al doctor de él a su padre y sólo tenía alabanzas para su trabajo y su dedicación. Si ella le confesaba su amor, él iba a modificar todos sus planteamientos y ninguna de las opciones que ella imaginaba que podía seguir era buena.

Si él decidía pedirle a su padre en matrimonio, iniciarían una dura y fatigosa batalla contra el conde de Gloucester, que no tenía muy claro quien ganaría al final. Su padre era una piedra muy difícil de combatir y nunca iba a dar su brazo a torcer. Ella sólo tenía diecisiete años. Hasta los veintiuno podía someterla a todo tipo de infortunios para que abandonase.

Si decidían fugarse, él tendría que abandonar sus proyectos de futuro. Nadie iba a contratar a un médico sin ningún tipo de recomendación y eso es lo que pasaría entre toda la aristocracia y, aunque él le había hablado que gozaba de la amistad de un hijo de un conde y de un vizconde, Margaret desconfiaba que esa amistad pudiese doblegar a la férrea nobleza.

Desde su punto de vista sólo les cabía futuro de una manera. Ella esperaba a que él consiguiese su posición como médico y, una vez estuviera totalmente establecido, le confesaría su amor y le pediría que le buscase trabajo como institutriz allá

donde él estuviese. Entonces, ella se fugaría de casa y estarían un tiempo visitándose sin levantar ningún rumor malintencionado que pudiera afectar la carrera profesional de él. Pasado ese tiempo, tal vez, podrían casarse.

La bañera ya se había enfriado y la doncella la ayudó a secarse y a vestirse. Cuando hubo acabado, recordó que debía haber saludado a su padre y bajó las escaleras. Oyó su voz grave en la biblioteca y supuso que tenía visitas. Todavía quedaba un rato para que llegaran los invitados y, por tanto, dudó si debía acercarse.

De pronto, la puerta se abrió y vio salir de allí a la última persona que se

esperaba. Se trataba de Mr. Golsmith. Sus miradas se encontraron por un instante, aunque el jardinero la apartó con rapidez. No le gustó ese gesto. Parecía avergonzado y, entonces, se acordó de que él los había visto aquella tarde.

Su corazón empezó a latir con fuerza y las piernas le temblaban. Vio cómo el jardinero salía por la puerta y dudó si entrar o no en la biblioteca. Si él le había dicho algo a su padre estaba perdida. Pero debía saberlo.

Entró en la biblioteca y se encontró al Conde de pie mirando por la ventana. Su figura era imponente.

—Padre —dijo con voz suave.

Él se giró muy lentamente y ella contuvo la respiración hasta poder mirarle a los ojos. La mirada de él era demasiado fría e inexpresiva.

—Lamento no haber pasado antes a saludarte. Llevo un rato aquí.

Su padre siguió mirándola sin decir nada y ella tragó saliva. No tenía muy claro qué ocurría, pero no sería ella quien se delataría.

—Espero que te lo hayas pasado bien esta tarde —dijo él finalmente.

—Sí, sin duda. Como siempre —respondió ella—. Subiré a ver a mamá.

—Debes comprobar que Mr. Forth lo tiene todo preparado para esta noche primero —le respondió él—. Recuerda

que es nuestra última recepción y ha de ser la más sonada.

—Claro que sí, papá. Ahora mismo voy. Después saludaré a mamá.

Margaret salió de la biblioteca lanzando un fuerte bufido. No había estado tan nerviosa en mucho tiempo. Pero parecía que su padre no sabía nada.

Se dirigió hacia las habitaciones del servicio y, cuando encontró al Mr. Forth, hicieron juntos todo el recorrido, tanto de la sala de baile como del comedor, y acabaron en la cocina comprobando el estado de la comida que aquella noche se iba a servir.

Al acabar se dio cuenta de que ya

habían empezado a llegar algunos de los invitados, que esperaban con tranquilidad en el porche con un aperitivo que les estaban sirviendo. Escondida tras las cortinas vio al conde de Maine y a su hijo. Ya era la tercera noche que aparecían y se temía que aquella velada las insinuaciones que constantemente le había lanzado iban a ser bastante más claras. Pese a que ella se había mostrado ya varias veces imprudente en su comportamiento, en el caso de aquel pretendiente le estaba costando un poco más que al resto desanimarle.

Subió las escaleras dirigiéndose a los aposentos de su madre para darle un

beso antes de dedicarse a la fatigosa fiesta.

Cuando entró, pese a la penumbra que había en su interior, se dio cuenta rápidamente de que su padre estaba dentro, sentado en una silla junto a la cama. Le sorprendió verlo allí y mucho más verlo cogiendo una mano de su madre. Por un momento pensó que, tal vez, estaba peor; pero ella estaba incorporada en la cama, casi sentada, y no vio en su rostro dolor gracias, muy probablemente, a las infusiones que Martin seguía trayendo para ella. — Margaret, pequeña — dijo, tendiéndole la otra mano para que se acercara.

—¿Estás bien? — preguntó ella.

—Sí, querida. No te preocupes. —Y levantó su mano hasta la mejilla de su hija en una tierna caricia.

—Tu madre quiere hablar contigo —dijo entonces su padre.

Margaret le miró. El tono de él había sido firme y denotaba cierta furia.

—¿Mamá? —dijo ella.

La mujer le sonrió dulcemente. Miró hacia su marido y Margaret notó cómo le apretaba la mano como si le pidiese paciencia.

—Cariño, sabes que me queda muy poco, ¿verdad?

Margaret tragó saliva. Era obvio que su madre se moría, pero lo cierto era que procuraban no hablarlo. No sabía

qué debía responder, aunque ella continuó.

—Si quieres que mi cuerpo descansa en paz, Margaret, necesito que me prometas una cosa.

Ella sabía qué era lo siguiente que le iba a pedir. Miró a su padre. Recordó al Mr. Golsmith saliendo de la biblioteca. Él lo sabía. Lo sabía todo. Y había actuado de la peor manera. Poniendo a su madre en medio de aquello.

Chantajeándola con la situación.

Mamá, escucha, yo...

—Por favor, Margaret. Para mí es muy importante lo que debo decirte y no tengo mucho tiempo.

Se hizo un incómodo silencio.

Ninguno de los tres se atrevió a mirarse.

—Pequeña —siguió la mujer—, yo sólo deseo que puedas casarte y casarte con alguien que te merezca. Eres la próxima condesa de Gloucester. Tu padre se está desviviendo y no habría cosa que mi hiciera más feliz que saberte colocada ya en un buen matrimonio. Sé que eres apasionada y joven. Sé que eres muy distinta a todas esas jovencitas criadas en Inglaterra. Pero te aseguro, y debes confiar en mí, que lo mejor para tu bienestar es que te cases con un hombre que pueda ser tu igual. Por eso te ruego que aceptes, sin más dilación, cualquier proposición de matrimonio que se te pueda hacer esta

noche que, todos sabemos, es nuestra última oportunidad.

Margaret se quedó paralizada. No sabía si gritar o llorar. Se mordió los labios y apretó los puños. Su madre no se merecía aquello, pero nunca se lo podría perdonar a su padre. ¿Aceptar cualquier proposición que se le hiciese esa noche?

De pronto, sin embargo, pareció recuperarse. Ella no era virgen. No era doncella. Ningún candidato soportaría aquello. Sólo tenía que prometerle lo que quería, porque lo cierto era que aquella noche no se iba a producir ninguna proposición. De eso se iba a encargarse ella, aunque fuera a costa de su

deshonra.

—Te lo prometo mamá. Aceptaré al hombre que esta noche quiera proponerme en matrimonio.

Y seguidamente le dio un beso en la frente y, sin esperar más, se dirigió hacia la puerta, desde donde miró a su padre y le dijo:

—Tenemos ya invitados que nos esperan.

Vio cómo él también se levantaba y le daba un tierno beso en la mejilla a su madre. Le supo mal ver aquello porque le conmovió y no quería, en aquel momento, tener ningún tierno sentimiento sobre su padre.

Bajaron las escaleras juntos,

posando ella su mano sobre el brazo de él, y mientras bajaba vio las miradas de algunos de sus invitados e imaginó que aquella última noche también iba a ser la última en la que las miradas fuesen de admiración. Perder la dignidad no era algo muy común y mañana podría estar en boca de todos

CAPÍTULO 7

Su padre carraspeó por enésima vez. Martin siguió haciendo ver que no lo notaba. Intuía que quería hablar con él de lo que había visto aquella tarde. Había sido un descuido al llegar tan lejos con Margaret. Estaba convencido de que su padre había visto demasiado y que aquello le preocupaba. Habían cenado en absoluto silencio y ahora, que estaban haciendo la sobremesa sentados en el porche, no parecía que hubiese ninguna posibilidad de que pudieran iniciar una conversación intrascendente como había pasado en noches anteriores.

Además, Martin sólo estaba haciendo tiempo para que su padre se

durmiese, como siempre, y él pudiera dirigirse a la mansión escondido en la penumbra para martirizarse una vez más, mientras veía a Margaret maravillosamente vestida brillando en una de aquellas fiestas.

—Martin —se atrevió su padre—. Sé que tienes por amigos a gente de la aristocracia y que ellos te aprecian y te respetan; pero... —titubeó— aquí... aquí sólo eres mi hijo. Tal vez en Londres puedas llevar una vida distinta, pero en el campo... aquí todo es diferente.

—Padre, déjelo, por favor. Soy muy consciente de todo.

—¿Estás seguro? ¿Qué he visto esta

tarde?

—Nada.

—Ella es la futura condesa.

—Nada —repitió de nuevo Martin con un tono duro y cortante.

Le dolía tratar así a su padre, sin embargo, no debía permitir que se inmiscuyese en su vida. Él estaba anclado en las viejas costumbres, en una vida absolutamente compartimentada para todos los habitantes del planeta, donde cada uno ocupaba su lugar y, aunque ciertamente le había proporcionado una educación prohibitiva para las personas de su escalafón social, una cosa era dedicarse a ser médico y otra, muy distinta,

pretender por ello o pese a ello ocupar socialmente otro lugar o aspirar a nada de lo que los nobles tenían, incluidas sus mujeres.

—Sólo quiero que me digas que tienes claro que ella no puede estar en tus miras.

—Padre, Margaret no es como vos ni como su padre. Margaret es una persona inteligente y, por encima de todo, bondadosa. No mira a su alrededor buscando títulos nobiliarios.

—¡Dios Mío, Martin! No te creía tan ciego ni tan estúpido. Ella es una aristócrata. No busca títulos a su alrededor porque da por hecho que va a estar rodeada de ellos. Tú no eres para

ella más de lo que puede ser su mayordomo.

—Te equivocas con ella, no la conoces.

—¡Sí la conozco! —Su padre había alzado la voz ostensiblemente. Su enfado era mayúsculo—. Llevo cincuenta años trabajando con todas las Margarets del mundo. Sé lo que digo. Eres más necio de lo que imaginaba si por un solo segundo te has imaginado que puedas, ni siquiera, tener una amistad con esa mujer.

—No me lo imagino. La tengo. Somos, por encima de todo, amigos.

Su padre se quedó unos minutos en silencio. Su rostro reflejaba real

preocupación. Se pasó la mano por la frente intentando despejar los malos pensamientos.

—Pero, Martin, tú en dos semanas te irás. Tienes una plaza en La Sorbone. — A lo mejor, las enfermedades cardiovasculares no son mi pasión.

—¡Maldita sea! —Mr. Golsmith no pudo ahora reprimir su ira y golpeó la mesa, provocando que las tazas de té cayeran al suelo y se hicieran mil pedazos.

Martin lo miró con preocupación. Su padre tenía carácter, pero nunca se había dejado llevar por sus sentimientos de una manera tan poderosa.

—Te va a hacer daño y me vas a

provocar la ruina.

—No es cierto. Te repito que ella es distinta. Los tiempos están cambiando. No hemos hablado de futuro, pero no voy a descartar, porque tú me lo pidas, la posibilidad de que estemos juntos algún día. —Se reprimió hablarle de su amor. Ni siquiera se lo había dicho a ella, por tanto, no iba a confesárselo a él.

Volvió a hacerse el silencio entre ellos dos, aunque eso le permitió oír los primeros acordes de la fiesta que, tan sólo unos metros más allá, se estaba iniciando en la mansión. Martin imaginó a Margaret con un radiante vestido, como cada noche, descendiendo

aquellas escaleras de mármol y empezando a sonreír a todos los invitados.

—Se va a prometer esta noche — dijo entonces su padre.

Martin lo miró fijamente. No sabía hasta qué punto le estaba informando de una noticia sobre la que pudiera tener mejores conocimientos que él o tan sólo era una suposición en la medida que aquella era la última fiesta que los condes iban a poder dar antes de que, lo que había de aristocracia, se marchase a Londres.

—En serio, Martin —prosiguió—. Está el conde de Maine aquí. Ya lo han arreglado con el conde de Gloucester.

Esta noche lo anuncian.

Martin hizo una mueca con la cara. Conocía a Margaret. Que su padre hubiera acordado con otro conde un matrimonio no era suficiente para conseguir que realmente ella se casara.

—Habrá que esperar que ella acepte —contestó.

—Ella es menor de edad. Su opinión no cuenta.

—Creo que no conoces en absoluto a esa joven. Te aseguro que su opinión cuenta.

—¡Pues aceptará! —Mr. Golsmith volvió a alzar la voz—. Es un conde y un conde muy apuesto. Ella sabe lo que le conviene. Así ha sido educada.

—¡No! —ahora era Martin quien alzaba la voz—. Ella ha sido criada fuera de estas malditas normas, en América. Tiene el espíritu libre y una mentalidad progresista. No soporta los convencionalismos y no le asustan los comentarios sociales.

—¡Por Dios! ¡Que absurdo eres! ¿Quieres comprobarlo por ti mismo? ¡Te va a partir el corazón, estúpido! ¡Pero tú lo has querido! ¡Corre! ¡Corre hacia la mansión y escúchalo con tus propios oídos!

—¡Eso haré!

Y, dando un portazo, salió de su casa y echó a andar en medio de la oscuridad, fijando la vista en las luces que salían

de la gran casa. La música cada vez era más fuerte y ya podía oír algunas de las risas que anunciaban la felicidad de los que estaban dentro. Debía ir con cuidado porque, a aquellas horas, algunos invitados podían empezar a perderse por los jardines, costumbre muy habitual entre las parejas que, esperaban así, encontrar un mínimo de intimidad y osar darse algunos tímidos besos o explorar, con caricias rápidas, el cuerpo del otro.

Martin pensó que él, sin embargo, era un afortunado. Con Margaret nada había sido ni tímido ni fugaz. Ella era una mujer muy apasionada y absolutamente ajena a

convencionalismos. Se le había entregado con franqueza, sin vergüenzas, sin tamicés. Él podía disfrutar cada día de su cuerpo sedoso, de sus pechos turgentes, de sus nalgas prietas... Sus pensamientos le habían llevado por derroteros nada recomendables teniendo en cuenta que hasta el día siguiente no podía verla y que su más que evidente erección iba a tener que ser calmada esa misma noche en la soledad.

Llegó a una de las ventanas que daban al gran salón de baile y que quedaban resguardadas gracias a la acción de un gran roble que hacía centenares de años estaba junto a la casa. Su tronco ancho y robusto le

permitía gozar de un buen escondite, mientras que la situación de la ventana también le daba una amplia visión del salón. Eran ya varias las noches que se había situado allí y había disfrutado a distancia de la belleza de Margaret.

La buscó con la mirada. Aquella fiesta parecía reunir a mucha más gente que de costumbre, casi con seguridad porque, efectivamente, era la última de la temporada de verano y, a partir del día siguiente, progresivamente, toda la nobleza se trasladaría de nuevo a Londres para continuar con su vida de ocio y normas sociales.

Los vestidos de miles de colores se arremolinaban al compás de un vals que,

por los conocimientos que tenía Martín de aquel tipo de eventos, era el baile que más pasiones despertaba.

De pronto la vio.

Lucía un

impresionante vestido blanco con flores violeta bordadas en el tul. El escote en forma de uve permitía ver el inicio de sus pechos y sólo unas pequeñas mangas vaporosas cubrían brevemente parte de su antebrazo.

Estaba bailando. La tenía fuertemente asida un joven vestido con pantalón gris, chaleco blanco y levita azul marino, a juego con una corbata de seda atada a su cuello con elegancia.

Martín se fijó en el hombre y

apreció que era realmente guapo. Era un joven de unos veinte años. De facciones regulares y pelo rubio, lacio y brillante, y que le cubría hasta las orejas a la moda del último año. Sonreía y lucía también una immaculada dentadura.

Margaret también le estaba sonriendo y los giros del vals los estaban haciendo cada vez más rápidos y profundos, de manera que los rizos cobrizos de ella se movían por efecto del viento que levantaba el mismo movimiento.

El joven doctor pensó que hacían buena pareja y eso le provocó un nudo en el estómago y, por un momento, volvió a recordar las palabras de su

padre llamándole necio por imaginar siquiera que él pudiera ser un amigo de aquella preciosidad.

Realmente, Margaret estaba hecha para aquella vida, para lucir en aquellas fiestas, puesto que refulgía como pocas podían hacerlo. Toda aquella gente, sin embargo, poco sabían de ese corazón palpitante y esa mente inquieta que no se podía atar a las férreas normas sociales.

La música del vals acabó y los bailarines aplaudieron a la orquesta agradeciendo la composición y, en parte también, animándolos a tocar otra pieza.

Margaret desplegó su abanico y lo movió dándose aire. Realmente se la veía acalorada, pero también estaba

sonriente, aunque a Martin le pareció que su mirada delataba cierto nerviosismo paseándose por toda la sala.

Por un momento deseó que ella reparase en él, agazapado en la ventana, y que decidiese salir para estar a su lado; pero rápidamente pensó que eso sólo lo colocaría a él en una posición mucho más vulnerable y vergonzante. Bastante era no ser de la misma escala social para que, además, se le pillase espiando como un mozo de cuadras.

Se oyó entonces una voz fuerte que intentaba llamar la atención por encima de los murmullos de la gente.

—¡Atención! ¡Escúchenme todos,

por favor!

Las voces empezaron a remitir, ayudadas también por otros invitados que pedían silencio a su alrededor. Quien llamaba al orden era el notario Volrstock desde uno de los laterales del salón, justo allí donde se encontraba la orquesta y que quedaba a la derecha de donde estaba Martin. Él vio cómo Margaret también miraba hacia allí girando su cara de manera que él la veía de perfil. Notó cómo su sonrisa se había congelado y su cuello tragaba saliva de manera evidente. Definitivamente, estaba nerviosa. Él la conocía lo suficiente, conocía todos sus gestos y sus miradas.

—¡Señores y señoras! ¡Les ruego guarden silencio! ¡El conde de

de

Gloucester tiene algo que anunciarles!

El padre de Margaret apareció por uno de los lados vestido elegantemente con una levita dorada. Aquel hombre sabía cómo destacar en una sala, no sólo por su vestimenta si no por la autoridad que despedía al caminar.

Miró a toda la audiencia y esperó unos segundos a que acabase de acallarse hasta el último de los murmullos.

—Apreciados amigos —inició el discurso—, como sabéis, he dedicado toda mi vida a mantener este condado y

todos sus bienes. Creo que el fruto de mi trabajo y dedicación salta a la vista y de ello me siento muy orgulloso. —Los asistentes murmuraron con aprobación —. Sin embargo, debo decir que de lo que realmente me siento más orgulloso es de mi hija, de mi única hija Margaret. —Y la señaló, de manera que todas las miradas se dirigieron hacia ella.

Con el brazo le indicó que se acercase y Margaret pareció obedecer al instante, moviéndose hacia la orquesta sabiéndose el centro de todas las miradas, pero con una tranquilidad y una serenidad que al propio Martin le sorprendió. Se puso al lado de su padre y miró ella también a toda la

concurrancia. Seguía manteniendo una ligera sonrisa, pero sus ojos tenían una sombra evidente que impedía que la supuesta alegría de su boca no llegase hasta ellos.

—La bella Margaret —era el Conde quien proseguía con su perorata—, ha estado muchos años apartados de su madre y de mí, educándose en América por expreso deseo de mi esposa, que deseó para ella una educación que, sin abandonar nuestras costumbres, pudiera llegar más allá y ser suficientemente abierta. Y el resultado ha sido la persona más encantadora del mundo, si me permiten todas las bellas jóvenes aquí reunidas, que pueda halagar con

orgullo un padre dedicado. Pero, un padre ha de saber que llega un día que debe desprenderse de su más preciado tesoro, y ese día ha llegado para mí. Tengo el honor de anunciarles que mi hija Margaret de Gloucester, próxima condesa de Gloucester, ha decidido aceptar la proposición de matrimonio de Robert de Maine a quien le pido que venga aquí para entregarle la mano de mi adorada hija.

Mientras la concurrencia aplaudía y sonreía, Martin notó como si su corazón se hubiese detenido, congelado. Su mirada continuaba fija en Margaret, que ahora sonreía más abiertamente e, incluso, le pareció que se ruborizaba.

El joven que había estado bailando el vals hacía unos minutos apareció de entre la multitud y, al llegar a la altura de los Gloucester, el Conde le entregó simbólicamente la mano de Margaret que el conde de Maine se llevó a los labios para después girarse también él y saludar a los invitados.

Martin no podía dejar de mirar esas manos entrelazadas y, mientras tanto, recordaba cómo sólo unas pocas horas antes, él también había tocado aquella palma y la había acariciado. Ahora su corazón había reaccionado, pero galopando exageradamente, de manera que notaba todo su cuerpo temblar. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad

para no saltar por encima de la ventana y dirigirse a la pareja para deshacer aquellas dos manos unidas.

De pronto, las notas de un nuevo vals volvieron a sonar y la pareja recién comprometida se movió con elegancia hacia el centro de la sala mientras todos los invitados les dejaban pasar en honor a su anuncio. Martin vio cómo se colocaban mirándose a los ojos. La mano de él en la espalda de ella, justo al final de la misma. La otra mano todavía asiendo la de ella y alzándola en la posición del vals. Todavía apreció cómo el conde de Maine presionaba la espalda de ella de manera que sus cuerpos se acercaron más. Seguramente

un punto por encima de lo que era absolutamente decoroso, pero que se permitía ante el anuncio de matrimonio que acababan de dar.

Martin no pudo resistirlo más. Se apartó de la ventana y empezó a caminar alejándose de allí. Miro hacia la humilde casa del jardinero. Estaba a oscuras, pero sabía que su padre estaría esperándolo. No tenía ganas de aguantar de nuevo sus palabras porque ya las oía en su interior: «Te lo advertí». Le costaba respirar porque su corazón no dejaba de palpar con fuerza en el pecho. No sabía si era rabia, odio o tristeza lo que lo estaba consumiendo, pero sí que el sentimiento le recorría el

pecho y se le instalaba en el estómago haciéndole sentir náuseas.

Se detuvo un momento y volvió su rostro hacia la mansión. Las luces continuaban mostrando todo el brillo de la residencia. La música seguía sonando alegre. Toda aquella gente se estaba divirtiendo y él se desgarraba por dentro.

Mientras tanto, en la pista de baile, Margaret seguía deslizándose cogida de aquel hombre que, en breve, debía ser su marido. Las vueltas que daba por toda la pista no hacían más que acrecentar su estado de ánimo interior. Sentía como si su vida entera estuviese dando vueltas en una noria de la que nunca pudiera

bajarse.

El resto de la noche pasó así, entre felicitaciones y saludos de unos y otros y siempre, a su lado, aquel que iba a ser su marido, notando su brazo, aspirando su olor y pensando que, a partir de aquel momento, aquellas iban a ser las sensaciones que iba a sentir, por encima de otros recuerdos, otras caricias, otros olores.

Cuando el último invitado se fue, Margaret esperó pacientemente al pie de la escalera mientras veía cómo su padre estrechaba la mano de los Maine; primero de Robert y después de su padre, como si estuviesen ultimando los detalles del acuerdo que habían cerrado,

un acuerdo en el que el principal objeto era ella misma.

Al cerrar la puerta su progenitor se giró y la miró a los ojos. Su mirada era firme, pero también se le veía agradecido.

—Tu madre está muy orgullosa — dijo por fin.

Margaret calló. Tenía un nudo en la garganta, pero podía contenerlo.

—¿No te vas a tu habitación a descansar? —le preguntó su padre.

—Tengo que irme un momento — dijo Margaret segundos más tarde.

—¡Ni hablar! —profirió él alzando la voz.

—Voy a ir —volvió a responder ella

sin ceder un ápice.

—¿Como una vulgar mujerzuela? —
Las palabras del conde parecían salir escupidas.

—Como alguien que sabe enfrentarse a sus responsabilidades. Vos así me lo enseñasteis.

Su padre no pudo más que callar. Efectivamente, él siempre le había inducido a hacerse cargo de todos sus problemas, sin ningún tipo de miedo.

—Si en treinta minutos no estás aquí,
mandaré a buscarte.

Margaret salió con paso firme. Era negra noche, pero no hacía frío y ella conocía el camino a la perfección. El vestido que llevaba no era el mejor para

caminar por el campo, pero no quería perder más tiempo cambiándose.

Al llegar a la casa del jardinero, apreció que todavía había una vela encendida en el interior que producía unas sombras que, en otro momento, le hubieran parecido agradables, aunque en ese instante le producían cierto temor.

Era muy tarde, así que llamó quedamente a la puerta. Oyó los pasos de alguien arrastrándose en el interior y poco después la puerta se abrió. Era Mr. Golsmith, con los ojos enrojecidos, pero no pareció sorprendido con la visita a tan intempestiva hora. Margaret reconoció en seguida que en esa casa ya sabían de su compromiso. Imaginó

incluso que Mr. Golsmith se había enterado aquella misma tarde, cuando estuvo con su padre. Pero no podía recriminárselo. Las costumbres inglesas eran lo que eran y atenazaban por igual a la nobleza y a sus sirvientes. Tal vez era injusto, pero era la realidad.

—Milady, ¿en qué puedo ayudarla?

—He de ver a Martin, señor —dijo ella.

—Lo siento de veras, milady. Martin está descansando desde hace rato. No va a poder atenderla.

Seguían en la puerta. Era de muy mala educación por parte del jardinero que no le permitiese la entrada y la dejase allí, pero Margaret sabía que aquella

situación era de todo menos correcta, así que tampoco esperaba corrección en las formas.

—Debo insistir, Mr. Golsmith. He de hablar con su hijo esta misma noche.

—Oh Milady, es que... —ahora dudaba. Estaba claro que Mr. Golsmith sabía que una nueva negativa era muy peligrosa para su propio futuro. Ella era la futura condesa.

—Mr. Golsmith, no me deje en la puerta. Es tremendamente maleducado.

—Lo siento. —Y lo dijo apartándose con inmediatez para que ella entrase en la casita.

Margaret entró poco a poco y miró hacia la única puerta que había en la

sala. Aquella que daba a una pequeña habitación donde imaginó que estaba Martin. No se podía creer que realmente estuviese durmiendo.

—¡Martin! —alzó la voz—. ¡Martin, sal! Por favor.

—Condesa, por favor. Déjelo correr. Es lo mejor —suplicó a sus espaldas Mr. Golsmith.

—Silencio, señor —le ordenó ella—. Le exijo que entre ahí y le diga que salga. Debo hablar con él y no me moveré de aquí hasta que lo haga.

Su voz había surgido más rígida y ruda de lo que ella hubiera querido, pero, por un momento, no pudo evitarlo, sumida en el enfado de lo que se había

visto obligada a aceptar aquella tarde.

En ese momento, la puerta se abrió y Margaret vio aparecer a Martin.

Inmediatamente el cuerpo se le encogió. El rostro de él denotaba todo lo que ella había imaginado. Ira, tristeza, odio, desolación. Y ella era la responsable. Lo sabía. Todas las conversaciones que habían tenido, todas las fantasías que habían imaginado, se desmoronaban. Respiró hondo y advirtió su olor. El que ella había aspirado mientras le besaba el pecho, el abdomen, el pene, la boca.

—No vuelvas a hablar en ese tono a mi padre —dijo él.

Margaret se mordió el labio inferior. Nada de aquello era como había

imaginado aquella mañana que acabaría el día y todo iba de mal en peor.

—Tenemos que hablar, Martin.

—No hay nada de lo que hablar — respondió él.

—Yo creo que sí.

—Y yo creo que no. Debes irte — volvió a contestar él con dureza.

Mr. Golsmith carraspeó y decidió pasar a través de ellos para introducirse en la habitación y cerrar la puerta. De esta forma se quedaron solos en la pequeña sala, donde la tenue luz de aquella triste vela les permitía verse las caras.

—Martin, sólo quiero pedirte algo. Creo que lo entenderás.

—¿Pedirme algo? Margaret, o mejor, milady, le ruego que regrese a su hogar y nos permita a mi padre y a mí descansar. No creo estar en disposición de darle nada que vos podáis realmente necesitar.

La conversación estaba resultando muy difícil y Margaret se sentía mareada. Miró a su alrededor y vio una silla, donde fue a sentarse.

—No lo hagáis milady. La visita ha terminado.

—Martin, por favor. Debes escucharme. Sé que parece que te he engañado, pero te aseguro que no es así, yo...

—Mirad, condesa. —El tono de

Martin era absolutamente desapasionado, aunque sus ojos delataban cierto sufrimiento—. Vamos a ser sinceros el uno con el otro. Hemos pasado un verano entretenido y nos hemos acompañado para hacer más ligero este periodo que, para ambos, era absolutamente temporal. Ambos lo sabíamos. Nadie ha engañado a nadie. Como vos comprenderéis, si no hubiéramos sabido que se trataba de un pasatiempo sin ningún tipo de compromiso, con toda probabilidad no nos hubiéramos permitido ciertas licencias que no se suelen dar entre las parejas honradas. Tal vez lo que deberíais cuidar es que no sea vuestro

futuro marido el que se lleve ciertas sorpresas y se sienta engañado.

La crueldad con la que Martin pronunció estas palabras sorprendió a Margaret.

No imaginaba que él pudiera tratar de lo que había ocurrido entre ellos con esa frialdad y haciendo esa interpretación que, efectivamente, podía ser habitual entre personas de baja estofa. Martin la había llamado poco menos que vulgar mujerzuela.

—Robert no podrá sentirse engañado. Se lo he explicado todo — respondió ella como única defensa de las acusaciones de él.

El rostro de él pareció petrificarse por un momento. Ella no entendió

aquella expresión pero, por un momento, parecía que aquella confesión le había hecho más daño que todo lo que había sabido hasta el momento.

—Me alegro —respondió finalmente él hablando con mucha lentitud—. Eso significa que vuestra relación se asienta sobre cimientos sólidos. Os deseo lo mejor, milady.

Y se inclinó hacia ella para después dirigirse a la puerta, abrirla, y mostrarle el camino de salida, dando por concluida la visita.

Margaret se movió hacia la puerta. Reconocía cuándo debía abandonar una batalla y aquel era un momento idóneo. Decidió irse pensando, sin embargo, que

lo iba a intentar al día siguiente. A fin de cuentas, pese a que la boda se había programado para un mes, todavía tenía dos semanas hasta que él regresase a Londres.

Pasó por su lado y aspiró de nuevo su aroma. No pudo resistirse en el último momento y puso su mano sobre la de él. Martin la retiró inmediatamente, como si le quemase.

—Volveré —le dijo ella.

Él miró hacia otro lado y se limitó a cerrar la puerta tras ella. Margaret se dirigió de nuevo hacia la casa. Su cabeza daba vueltas. Dormir le sentaría bien. Al llegar a su habitación su doncella todavía la estaba esperando

para desvestirla. Se tendió en la cama pero, desgraciadamente, no pudo conciliar el sueño.

Al amanecer, se levantó y decidió que volvería a dirigirse a la casita del jardinero. Debía hablar con Martin. Lo haría. Le pediría lo que había decidido y él aceptaría. Su vida cambiaría, pero ella no tenía por qué renunciar a todo lo que había imaginado.

Se asomó a la ventana y, de pronto, se le heló el corazón. Lo que vio no daba lugar a dudas. Martin sobre un caballo se estaba alejando por el camino. El equipaje de la grupa no engañaba. Martin se iba. Martin la abandonaba.

CAPÍTULO 8

El vizconde de Ressayre lo esperaba en lo alto de la escalera con los brazos en jarras, las piernas ligeramente abiertas y una mirada burlona en su rostro. Martin lo miró desde abajo y cogió aire para ir expulsándolo lentamente mientras subía y se preparaba para recibir, todo lo estoicamente que pudiera, la regañina que, de bien seguro, le iba a propinar su amigo.

Al llegar al último peldaño, la altura de Michael Firth, vizconde de Ressayre, seguía estando media cabeza por encima de la de Martin, puesto que pertenecía a una familia cuyos miembros sobrepasaban todos ellos los dos

metros. Sin embargo, pese a ello, el carácter de todos los Ressayre era dulce y bondadoso y por más que Michael quisiera aparentar dureza con su postura, Martin sabía que no era más que teatro.

—¿Y bien? —El tono del vizconde se mantenía acorde con su ademán—. Continúas, por lo que veo, emperrado en arruinararte la vida. ¿Qué es lo que no entendiste de «olvídala»?

Martin lo miró directamente a los ojos. Sabía que sus palabras estaban pronunciadas desde el cariño que brinda la amistad. Él también le había aconsejado en el mismo sentido cuando su amigo tuvo un desengaño amoroso unos pocos meses atrás. Y Michael Firth

conocía con todo lujo de detalles sus pensamientos, sus ansiedades, sus anhelos. Fue en casa del vizconde de Ressay donde fue a parar cuando tres años atrás sintió cómo su corazón se partía en dos.

—Michael, sólo quiero prepararme para cuando la vea.

Sabía que el tono había sonado más a súplica que a otra cosa. Cuando le había dirigido la misiva el día anterior solicitándole acceso al edificio que la Naviera Nacional poseía en el puerto de Londres, había podido mantener la corrección de las formas. Una simple petición para poder ver atracar un barco que llegaba de Nueva York no tenía por

qué comportar mayores riesgos. Pero su amigo conocía toda la historia y estaba presente el día en el que lady Scandy les anunció que la condesa de Gloucester y viuda del conde de Maine había aceptado la invitación y llegaría en barco en menos de un mes.

—Sólo te haces daño a ti mismo y lo sabes.

—Michael, el mal ya está hecho. Ella estará aquí en unos minutos. La encontraré en las fiestas, coincidiremos en los actos sociales. Estoy seguro de que ya no puede perturbarme, pero necesito confirmar que mi reacción va a ser la adecuada.

El vizconde de Ressay le puso una

mano sobre el hombro y lo guió al interior del enorme edificio que ocupaba la Naviera Inglesa. Al acceder, Martin pudo comprobar el intenso bullicio que regía en su interior, con más de cien personas que parecían muy ocupadas entre libros, cuentas y mapas. No era para menos. La actividad comercial estaba en su máximo auge y el puerto copaba el ochenta por ciento de las transacciones económicas de Inglaterra. Martin Golsmith se sintió orgulloso de su amigo, que dirigía todo aquel entramado con habilidades increíbles.

Caminaron a través de la estancia para llegar a unas escaleras que en forma de caracol les permitían el acceso

a una torre que se alzaba tres pisos por encima de aquella sala. Mientras subían, el inmenso parloteo que había en la sala inferior se fue apagando, lo que indicó a Martin que podría tener cierta intimidad.

Al llegar al último piso, Michael abrió la puerta situada justo frente a las escaleras y se introdujeron en una pequeña salita que no parecía corresponder a aquel edificio, si no al de un palacio de cualquier noble inglés. Las paredes estaban forradas de una tela aterciopelada y el suelo cubierto por una gran moqueta mullida. Dos sofás y un sillón eran los únicos asientos, pero suficientes para atender a unas siete u ocho personas. En una esquina un

mueble bar mostraba varias botellas de líquidos de diferentes colores, desde el ámbar del whisky hasta la transparencia de lo que parecía una ginebra, pasando por otras tonalidades que debían corresponder a brebajes de otros mundos.

Frente a los sofás, una gran cristalera mostraba en toda su inmensidad el muelle principal del puerto y realizando las últimas maniobras del atraque podía verse a El Britania, el enorme trasatlántico que la compañía Cunard Line había construido algunos años atrás para, regularmente, atravesar el Océano Atlántico y establecer una ruta entre Nueva York y

Londres.

Las dimensiones del vapor eran tales que, pese a que ellos se encontraban en lo más alto de la torre, tenían justo a su misma altura la cubierta del navío, donde ya se veía a los pasajeros, expectantes, buscando a familiares y amigos entre los centenares de personas que se agolpaban en el muelle.

Martin se acercó a la ventana. La luz del atardecer sometía la habitación a una oscuridad relativa mientras que el barco estaba siendo iluminado por un sol en el ocaso que confería a todo cierta tonalidad anaranjada.

Paseó la mirada con cierta avidez por la cubierta, aunque se congratulaba

de notar su pulso firme y su respiración relajada. Sólo un ligero sudor en sus manos podría traicionar su aparente calma. Se veían niños correr por la cubierta, damas recogiendo sus faldas mientras caminaban hacia la pasarela con cierto nerviosismo, caballeros apurando sus puros y mozos cargando maletas. El pasillo de acceso al interior también parecía abarrotado de personas que esperaban para poder salir.

El barco acabó de realizar sus últimas maniobras y, completamente detenido, se colocó la pasarela de descenso por la que, en fila de a dos, empezaron a bajar los primeros pasajeros.

Martin seguía escrutando la cubierta, reparando en cada una de las personas que veía, sin descartar ninguna de ellas. Tres años no era demasiado tiempo, pero Margaret había tenido un hijo y había modificado mucho su estilo de vida, por lo que él había podido averiguar. Por tanto, no era impensable que su apariencia fuese muy diferente a la que él recordaba.

De pronto la vio. Estaba de pie, muy cerca ya de la pasarela de salida. Era ella, sin duda alguna, aunque su semblante era serio, demasiado serio. Eran sus rasgos, pero esa expresión parecía convertirla en otra persona. Alguien más maduro, tremendamente

triste. Sólo podía ver la mitad de su cuerpo, de cintura hacia arriba, pero también percibió su extrema delgadez. Su tez continuaba siendo blanca y seguía contrastando con su cobrizo cabello que, aunque recogido y oculto bajo un sombrero, dejaba escapar algunos rizos. Vestía de riguroso luto y, tal vez, eso todavía resaltaba más tanto la seriedad de su expresión como la delgadez y blancura. Pero estaba preciosa, como una muñeca de porcelana, y Martin se supo perdido cuando el corazón empezó a latir con tal velocidad y tal fuerza que tuvo que empezar a respirar con cierta dificultad.

—¿Dónde está? —preguntó Michael

atento a la reacción física de su amigo y adivinando que ella ya había parecido.

—A la izquierda de la pasarela. La mujer de negro.

En ese momento, Margaret pudo avanzar unos pasos. En breve le iba a tocar su turno para acceder a la pasarela y, justo cuando estaba a punto de acceder, la vieron detenerse, girarse en redondo y agacharse de manera que por un momento desapareció de su vista, oculta por la balaustrada que decoraba la borda.

Al alzarse de nuevo llevaba en sus brazos a un niño pequeño vestido con un traje de paño gris y un sombrero a conjunto. Desde la posición en la que

Martin estaba, era incapaz de ver su cara o ningún rasgo físico que le caracterizara, sin embargo, el brazalete negro en su brazo unido al cambio radical en la expresión de Margaret eran suficientes indicios para intuir que debía ser su hijo. Margaret lo miraba y parecía hablarle con palabras cariñosas y tranquilizadoras. El niño puso sus manitas sobre el rostro de ella y la besó en la boca. Un beso tierno y dulce que provocó que la cara de la joven resplandeciera con una sonrisa. Con el niño en brazos inició su paso sobre la pasarela y, en ese momento, un mozo se le acercó pretendiendo llevárselo. Era lo lógico. Una dama jamás cargaría con

su hijo en público y el mozo sólo estaba haciendo su trabajo. Pero Margaret se giró un poco para evitarlo y se intuyó cómo indicaba al mozo y le insistía que ella misma iba a llevarlo. Era un detalle, pero, el que Martin necesitó para darse cuenta que sí era la misma Margaret que él había conocido. Independiente, terca y decidida.

—Es realmente hermosa. —Michael lo había dicho como si sólo constataste una realidad pero, en su interior, lo que sí que pretendió transmitir es la comprensión del padecer de su amigo. Con una belleza así era muy difícil mantener la distancia.

Margaret ya estaba a punto de

alcanzar el muelle. La altura de su posición ya no les permitía ver su rostro, pero observaron cómo el mayordomo de lady Scandy ya la había localizado y se dirigía a ella con paso firme. Una reverencia al llegar que fue correspondida por Margaret, quien seguía manteniendo al niño pegado con firmeza a su cuerpo y con su cabecita reposada en el hombro.

Mr. River señaló el carruaje y rápidamente Margaret accedió a su interior y ya no la pudieron ver más.

Martin expiró profundamente, reparando en ese momento que había estado casi todo el tiempo conteniendo la respiración. Puso sus manos sobre el

alféizar y la frente descansó sobre el vidrio. Cerró los ojos. Aquello no iba bien, no iba nada bien. Si no lograba contener su reacción sería muy complicado compartir espacios comunes. Pero eso era lo que iba a ocurrir. ¿Cómo podía ser que, después de tres años, su reacción continuase siendo tan física?

El vizconde de Ressay le tendió un vaso con whisky que había preparado sin que Martin se enterase.

—Sentémonos.

Martin obedeció, aunque más que sentarse se dejó caer como si estuviese totalmente derrotado en uno de los sofás. Se pasó las manos por el pelo y miró a

su amigo.

—¿Qué voy a hacer, Michael?

En ese momento, la puerta se abrió de par en par y la figura del conde de Charmington entró como una exhalación. El escenario con el que se encontró no dejaba mucho a la imaginación.

—¿Ya ha bajado? —lo dijo dirigiéndose a la ventana.

—Sí, está en el carruaje. No la podrás ver. —Había contestado el Vizconde—. Es muy bonita, Charles. No hay duda que nuestro amigo Martin tiene buen gusto pero, además, de lo que no hay duda es de que su angustia está plenamente justificada. Sería difícil evitar caer bajo los influjos de esa

beldad.

—Eso sólo la hace más peligrosa y, por tanto, tú y yo, querido amigo, vamos a tener mucho más trabajo con este pobre hombre. Para empezar, déjame compartir ese whisky que, casi con toda seguridad, es escocés.

—No me estáis ayudando demasiado —dijo Martin.

Los dos amigos ocuparon asientos al lado de Martin y durante unos segundos mantuvieron el silencio y tan sólo se limitaron a saborear el magnífico whisky que Ressay tenía en aquella pequeña estancia.

—Es muy fácil, amigo —era el Conde Charmington quien iniciaba la

conversación—. Céntrate en Florence. Es una joven bonita, elegante y virgen.

La última palabra la había pronunciado con un énfasis especial y alzando las cejas al mismo tiempo.

—Lo de la virginidad es una virtud demasiado pasajera, Charles —contestó el vizconde de Ressay.

—Sí, pero es justo la virtud que la distingue claramente y la que te permitirá recordar que Margaret, la dulce Margaret de tus sueños ha estado disfrutando, jadeando...

—¡Basta, Charles! —bramó Martin.

—¿Ves? Es justamente esa reacción, esos recuerdos... Dime, querido Martin, ¿sientes ahora tentación de besarla o

más bien de ahogarla?

La mirada de Martin era suficientemente explícita para no tener que verbalizar sus sentimientos.

—Te olvidas de un detalle —susurró Martin—. Florence está alojada en casa de su tía, con su prima, con la madre de la niña a quien Margaret ha de instruir. Si visito a Florence muy probablemente me la encuentre.

—Bien, es cierto, pero Margaret ahora formará parte del servicio. Toda una condesa relegada a un segundo plano. Tu venganza, muchacho, es completa.

—No sé si deseo venganza.

—Martin, Martin —ahora

era

Michael Firth quien hablaba—. ¿Hasta ese punto eres buena persona? ¿Por qué no ha de ser la venganza lo que te guíe? No debería importarte. No creo siquiera que puedas dañarla porque no creo que tenga demasiado corazón. Te utilizó como se utiliza al servicio.

—Tal vez tengas razón pero, con sinceridad, Michael, cabe otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que el conde de Maine tuviese mejores virtudes, que ella se hubiese enamorado. Pasado tanto tiempo, empiezo a pensar que fui pretencioso creyendo que sólo era una cuestión

económica. Reconozco que es más fácil para mi ego, pero no por ello más cierto.

—¿El conde de Maine con mejores virtudes que tú? Pusilánime, pedante y ególatra. Eso es lo que era aquel tipejo. Yo no voy a ser de los que hablan bien de alguien únicamente porque esté muerto. Es imposible que nadie en su sano juicio pudiera considerar que ese mequetrefe fuese mejor que tú salvo en la cartera.

—Tú no la has visto, Charles. — Martin se acercó a la ventana mientras hablaba para volver a mirar hacia el barco y recordar su primera impresión al verla—. Parecía francamente muy afectada.

—Está arruinada, Martin —contestó Michael—. Acaba de perder hasta la mansión de Gloucester pese a que durante un tiempo los marqueses de Fraiser le pagaron un alquiler como residencia de verano; pero ni con ello pudo mantenerla bajo su propiedad. Eso afectaría cualquiera.

—Olvídala ya, Martin. Si debes recordarla que sea sólo para odiarla y si debes relacionarte con ella utiliza el desprecio.

Martin no quiso discutir más con sus amigos. Sabía que todo lo hacían por su bien, pero ellos no podían ni siquiera imaginar cuáles eran sus sentimientos.

Haberla visto no sólo le había

removido todos sus recuerdos. Había provocado en su interior una verdadera conmoción. Era como si se hubiese trasladado físicamente al Gloucester de hacía tres años. Olía los mismos olores, oía los pájaros cantar, notaba el aire cálido de aquel verano. Pero, por encima de todo, sentía el tacto de la piel de Margaret en sus dedos, escuchaba su risa, exhalaba su aroma. De pronto se sentía vivo. Aquellos tres años que habían pasado se le antojaban grises, como si hubiese estado dormido o semi muerto.

Al mismo tiempo, la visión de Margaret a través de aquella ventana, sonriendo al conde de Maine mientras le

tomaba la mano y anunciaban el compromiso, apareció en su mente y sintió aquella punzada de dolor, de rabia y de odio. Sin embargo, eso también le ayudaba a sentirse vivo. Había logrado aquellos tres años aplacar ese odio, pero a costa de convertirse en un ser sin vida.

Florence. Debía pensar en Florence. En su pelo rubio, en sus ojos inocentes mirándolo casi con devoción, en su mano delicada y delgada posada sobre su brazo, en el rubor de sus mejillas cuando se sentía observada.

Charles y Michael tenían razón. Tenía ante sí una oportunidad única. Aquella joven le estaba demostrando día

a día su amor, y aunque él no se había lanzado todavía a pedir su mano, estaba convencido de que sería aceptado. Otra cosa iba a ser su estricto padre, el marqués de Fanthon, pero contaba con la sincera amistad de lady Scandy, cuñada del Marqués. Ayudaba también mucho el hecho de que su fortuna era una de las más importantes del Londres de la época gracias a dos factores: el haber sido escogido médico de la familia real, lo que provocaba que todo aristócrata que se preciase luchase por ser cliente suyo, y los consejos inversores de su amigo Charles de Charmington, experto en el mundo de las finanzas.

Esa combinación le convertía en uno

de los seres más ricos del Londres de aquel momento, por encima de la de muchos nobles que, pese a conservar el título, no tenían bienes suficientes. Igual que le había pasado a Margaret, cuya ruina al parecer era total. Tanto la de los Gloucester como la de los Maine. Martin desconocía qué había ocurrido con exactitud para que una de las fortunas más sólidas de Inglaterra se hubiera evaporado en menos de tres años.

Margaret, otra vez. Era imposible dejar volar su mente y no volver a ella. Siempre a ella. Se odiaba a sí mismo por no poder controlarlo. Siempre se había tenido por alguien suficientemente

racional. Pero ese control se volatilizaba cuando de ella se trataba. Y no sólo porque haber estado enamorado era suficiente motivo para perder en muy buena parte la razón, sino porque estar a su lado, junto al torbellino de emociones que ella despertaba o la pasión con la que parecía dirigirse al mundo, era sumamente contagiosa.

Su expresión mirando al conde de Maine volvió nítida a su mente.

Recordó cada detalle de su cara. Cómo la odió. Cómo la odiaba.

Se dio la vuelta. La conversación de sus amigos había derivado y estaban charlando amigablemente sobre la última carrera de caballos y la compra

de uno de los corceles por parte del conde de Charmington.

—Salud, amigos —dijo alzando el whisky—, brindo por el olvido, el odio y el desprecio.

—¡Bien por nuestro doctor!

Mientras tanto, desde la pequeña ventana del carruaje, Margaret intentaba mirar la ciudad en la que viviría a partir de aquel momento, aunque la noche ya se había cernido sobre ella y no le era fácil. Además, Londres era bastante desconocida para la joven, quien sólo había estado durante un mes y, cuando ya casada, tuvieron que esperar que una serie de borrascas encadenadas pasase de largo y les permitiese zarpar a ella y

a su recién estrenado marido hacia Norteamérica.

Aquellos días, y justamente debido al mal tiempo, tampoco había podido salir demasiado, ni siquiera para acudir a ninguna reunión o evento social, por lo que la ciudad se mostraba ante ella totalmente extraña. Su padre la mantuvo siempre o en la mansión de Gloucester o interna en aquel College de Philadelphia, pese a que la familia era propietaria de una de las más lujosas casas de la ciudad. Pero a Londres sólo se acudía durante el invierno, y ni siquiera eso cuando uno era niño y descendiente de una buena familia aristocrática, puesto que su aire se

consideraba insalubre para los pequeños. La mayoría de las familias empezaba a acudir a la ciudad cuando los hijos o las hijas entraban en la edad de casarse para empezar la temporada, que iba de septiembre a mayo, y encontrar un buen marido o esposa. A ella también se le había mantenido alejada de esa costumbre tan inglesa y su particular temporada había tenido lugar en verano y en el campo.

Pero así había sido su padre. Un hombre teñido de contradicciones, las mismas que ella sentía ahora cuando lo recordaba, aunque hiciera tanto tiempo desde su fallecimiento. Sólo había sobrevivido dos meses a la muerte de su

madre. Margaret no había podido estar ni con ella ni con él en sus últimos momentos. Su precipitada boda y su marcha lo habían hecho imposible, pero la joven debía reconocer que, en aquellos momentos, tampoco ella deseaba quedarse. En las familias inglesas las manifestaciones de cariño eran escasas, y aunque los Gloucester justamente podían caracterizarse por todo lo contrario, lo cierto era que las circunstancias que habían rodeado su boda y su consiguiente marcha no eran las más apropiadas para manifestaciones cariñosas. Además, en cuanto a sentimientos, la relación con sus padres siempre había sido de una contradicción

permanente.

Se trataba de un juego continuo en el que, presencialmente, pero en la intimidad, su padre o su madre le daban besos y la acariciaban sin pudor; sin embargo, paralelamente, los contactos presenciales con sus padres eran mínimos incluso en las temporadas que, supuestamente, pasaba en familia. Tanto era así que Margaret intuía que se le había permitido una libertad casi absoluta, justamente para asegurarse de que no les molestara demasiado, y también procuraron mantenerla a cargo de una gran cantidad de sirvientes a los que, además, cambiaban cada poco tiempo para evitar una relación

demasiado estrecha.

Además, en cuanto Margaret cumplió ocho años, la internaron en aquel colegio y sólo podían verse dos veces al año. En Navidad, sus padres se trasladaban a Philadelphia y, pese a que ella continuaba durmiendo en el internado, durante el día la recogían y visitaban juntos algún museo o a alguna de las amistades que su padre tenía allí, por cuanto parte de sus inversiones estaban en aquella ciudad. Pero aquello duraba escasamente una semana o diez días. En verano, sin embargo, ella podía ir a Gloucester, donde, a excepción del último año, su estancia se alargaba un máximo de dos meses que dedicaba casi

íntegramente a pasear por los campos y los bosques adyacentes y sólo veía a sus padres en las horas de las comidas. El último verano cambió en dos cosas esenciales: su permanencia se prolongó más del doble y su libertad estuvo mermada por su obligada asistencia a las fiestas convocadas exclusivamente para encontrarle marido.

Pasados, sin embargo, tres años largos cargados de experiencias absolutamente inimaginables para aquella joven casadera, Margaret había madurado y, sin guardar demasiado rencor, recordaba en su padre a un hombre afable, con una mirada profunda y una voz grave y suave con la que

siempre respondía a cualquier pregunta que ella le hiciese, por muy inoportuna que fuera. Le había visto muy poco, había compartido con él una mínima parte de su vida, pero eso no era obstáculo para que aquella pequeña parte hubiera sido de una influencia brutal para ella. Recordaba muchas de sus recomendaciones y aseveraciones. Aquellas con las que pretendía hacer de ella una «mujer por sí misma», como le repetía hasta la saciedad mientras procuraba transmitirle unos valores que, según manifestaba, se resumían en la integridad y la honestidad.

Con su madre era diferente. Era una mujer siempre delicada que parecía más

bien una sombra que una persona real. Margaret había crecido creyendo, incluso cuando tan sólo era una niña, que su madre era quien necesitaba de todos los cuidados porque así era como la trataban tanto su padre como todos los sirvientes. La joven nunca supo si aquella actitud general era la consecuencia de conocer ya la enfermedad que al final la mató o sólo una intuición avanzada de cómo iban a ser las cosas. En cualquier caso, ella nunca tuvo una figura materna en la que resguardarse. Esa sí que había sido la mejor lección para ser una «mujer por sí misma».

Margaret miró a su hijo sentado a su

lado. Estaba muy callado mientras lo miraba todo con sus enormes ojos grises. Si ella estaba en cierto modo asustada, no quería ni imaginarse lo que podía estar pasando por la mente de su adorado Arthur, con poco más de dos años.

El modelo de familia en el que había crecido era del que huía cuando pretendía criar a su pequeño. Pero era muy difícil hacerlo sin tener un modelo real que seguir y además hacerlo absolutamente sola. Sin familia, sin amigos. Por eso, había decidido volver a Inglaterra.

La sociedad inglesa era la que era, estaba sumida en hipocresía y en

cinismo, pero también era fiel a unas costumbres férreas. Una condesa siempre sería una condesa aunque, como era su caso, fuese una condesa arruinada. En Norteamérica, los títulos nobiliarios no servían para nada, tal vez incluso sonaban grotescos y ridículos. Lo único importante en los Estados Unidos de América era tener patrimonio, y aunque las oportunidades para conseguirlo eran también muy altas incluso para una mujer, Margaret no se veía con fuerzas después de aquellos últimos años en los que, primero con un marido irresponsable, jugador y pendenciero, y luego con su suegro enfermo, desagradecido y huraño, había

tenido que desplegar toda su madurez, entereza y vocación de sacrificio para salir adelante.

En Inglaterra, la iban a acoger en sociedad y, sobre todo, iban a acoger a su hijo. Tan sólo por su título nobiliario.

Seguramente a costa de que, en algún momento, tuviera que soportar alguna mirada de desprecio o de conmiseración por el hecho de que toda una condesa tuviera que dedicarse a ser institutriz, pero al tiempo, sabiendo que nunca se iban a permitir que muriera de hambre o no tuviese un techo bajo el que vivir. Eso era impensable porque, los nobles, entre ellos, siempre se iban a ayudar, aunque sólo fuese porque les

aterrorizaba verse reflejados en la miseria ajena si de alguien con su misma posición se trataba. Muy posiblemente iba a recibir más de una presión para casarse, puesto que tampoco era del agrado de aquella sociedad que ella tuviese que trabajar.

Pero, mientras su hijo fuese pequeño también podía tener cierta excusa. Era difícil encontrar a ningún pretendiente que quisiera asumir la carga de un niño que no fuese de su propia sangre. En eso, eran muy parecidos a aquellas especies animales que había leído en los libros.

Sumida en esos pensamientos, Margaret no había sido apenas

consciente de que habían llegado a destino.

El carruaje se detuvo y su pequeño puso su manita sobre las de ella en un gesto instintivo que solicitaba protección ante lo que él intuía que iba a ser el inicio de algo diferente.

La puerta se abrió y Margaret observó una lujosa mansión de paredes blancas.

—¿Preparado, Arthur?

El niño cogió aire y movió su cabecita asintiendo. Margaret descendió primero y mientras ayudaba a su hijo bajar del carruaje por sí mismo, la puerta de la mansión se abrió de par en par.

—¡Mamá! ¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!

Una niña de unos seis o siete años, de pelo rubio y lacio, daba saltitos de alegría y aplaudía desde la puerta.

Margaret la miró y supo que debía ser Lucinda, su pupila, y al punto pensó que allí podía ser feliz. Aquella criatura era encantadora. Su espontaneidad iba a tener que ser reprimida, pero era también un buen síntoma para disfrutar viéndola formarse.

A la espalda de la niña ya aparecían también las que muy probablemente eran su madre y su abuela, con una gran sonrisa y muestras de expectación, mientras que en el interior se

vislumbraba la sombra de una joven que no lograba reconocer y de un hombre, seguramente el vizconde de Scandy quien, siendo el único noble de verdad en aquella familia, sabía que no podía ni debía salir a recibir a una simple institutriz a la puerta de su casa por muy condesa que fuera, pero a quien no le tocaba más remedio que tolerar la espontaneidad de su esposa, de su suegra y de su hija.

Margaret sonrió e hizo una pequeña reverencia desde el carruaje para, seguidamente, acelerar el paso con el objetivo de que no fueran las señoras de la casa quienes salieran si no ella la que accediese, y así corregir todas las

informalidades de aquel encuentro.

Definitivamente estaba contenta. Parecía que allí, por fin, iba a poder iniciar su propia vida.

CAPÍTULO 9

Margaret observó todos los vestidos que había sobre la cama, sofás y muebles de aquella luminosa habitación que le había sido asignada y se sentía un tanto abrumada. Pertenecían todos al vestuario de lady Scandy, quien se había mostrado muy contraria a que ella siguiera manteniendo el luto basándose en la curiosa teoría de que sólo se guardaba el año entero por la muerte de un esposo. El hecho de que su suegro hubiese muerto tan sólo hacía cuatro

meses, diez más tarde que su marido Robert, lo consideraba un infortunio que, como mucho, debía generar algún lazo negro y sólo durante el primer mes.

Por ello, se había empeñado en hacerle llegar todos sus vestidos de temporadas anteriores y había hecho venir a tres de las mejores modistas de Londres para que rápidamente los ajustaran a las medidas de Margaret y le aportaran algún detalle que evitase la embarazosa situación de que alguna de sus amistades, a las que en breve sería presentada, pudiera reconocerlo. Y, todo ello, mientras que no pudiera hacerse un vestuario propio y de plena actualidad. De poco servía que Margaret le

indicase que no veía bien que, en su actual situación, ella acudiese a ninguna de las fiestas que se convocaban en la temporada, sumado el hecho de que consideraba que sus obligaciones como institutriz la forzaban a atender a Lucinda si por las tardes o noches la necesitaba.

Para lady Scandy no había nada que discutir. Arruinada o no, institutriz o no, Margaret iba a pasar a ser un miembro más de la familia y eso la incluía en todas las celebraciones. Finalmente, pudieron llegar a un acuerdo que ambas partes consideraron el menos malo, accediendo la joven condesa a asistir siempre que el acto social se produjese

en la mansión de los Scandy, pero permanecería en la casa si el acontecimiento se daba en otra casa, y, siempre y cuando no hubiese una invitación real de por medio, en la medida que las convocatorias del Rey o cualquiera de su familia obligaban, sin ningún género de dudas, a todos los miembros de la nobleza.

La espontaneidad que había mostrado lady Scandy desde el primer momento se complementaba con una personalidad arrolladora y difícil de aplacar. Sobre todo para Margaret a quien, en el fondo, también le era muy fácil dejarse llevar. Sin embargo, ella no debía olvidar que, en muy buena parte,

su selección se debía a que pertenecía a la aristocracia, lo cual debía asegurar que transmitiese a Lucinda esas correctas y contenidas buenas formas.

Mostrarse tan elocuente, desenfadada y campechana como las mujeres de la casa debía ser totalmente reprimido, aunque reconocía que la hacía sentirse feliz, una sensación que hacía mucho tiempo que no percibía.

Diferente era con Florence de Fanthom, aquella jovencita de dieciocho años que había vislumbrado desde el carruaje y que había sido enviada por sus padres a pasar su primera temporada en Londres, en la medida que el Marqués debía atender asuntos de

estado derivados de su nombramiento como embajador. Lady Fanthom tenía un carácter dulce y afable y en aquella semana que Margaret llevaba en la casa, habían podido coincidir en más de una ocasión para comprobar que tenía en aquella jovencita una posible amiga. En su caso, no había ninguna duda que había sido educada en la más absoluta corrección, pese a que su madre era hermana de lady Scandy y ambas eran originarias de familias burguesas sin títulos nobiliarios.

Margaret conocía la historia de las dos hermanas a través de la doncella de lady Scandy, quien no había perdido el tiempo y, la misma tarde de su llegada,

había ido a presentarse y la había puesto al día de todos los detalles de la familia. Para la doncella era también una novedad el poder intimar con una condesa en la medida que, pese a su título, formaba parte del servicio y, buscando su amistad, le relató el escándalo que casi veinte años atrás habían protagonizado aquellas hermanas gemelas, hijas de un párroco de campo con escasos bienes, al haber enamorado a dos jóvenes primos entre sí y amigos desde la infancia: el marqués de Fathom y el conde de Scandy. La historia se completaba con un embarazo, un abandono, súplicas, llantos y promesas, incluso un pequeño duelo;

pero como en los mejores cuentos de hadas, al parecer ambas hermanas tuvieron sus propios finales felices, que es lo único que importó a Margaret sabiéndose, por tanto, en el seno de una familia construida sobre el amor.

Esa característica se notaba mucho en la pequeña Lucinda, con la que había compartido muchas horas de aquella primera semana. La niña se mostraba ávida por conocer, atenta a sus explicaciones, alegre y risueña. Habían salido a pasear en dos ocasiones por los alrededores de la casa, lo cual permitía a Margaret poner en funcionamiento lo que consideraba el mejor de los métodos educativos, el conocimiento

partiendo de la propia experiencia. Pero también habían dedicado tiempo a la lectura de libros sobre naturaleza o historia, tanto como la de cuentos infantiles. Lucinda, además, era muy cariñosa con Arthur, a quien no sólo le permitían estar en todas las sesiones que tenían, si no que ocupaba la habitación de la segunda planta, al lado de la pequeña como si fueran hermanos. A Margaret le sorprendió esa decisión tanto como la que la colocaba a ella en una de las habitaciones de la primera planta, justo bajo la de su hijo lo que, afinando el oído, le permitía oírlo; pero provocando con ello que la niñera, contratada normalmente sólo para los

primeros años de vida, continuase prestando sus servicios ahora ampliados con la atención del niño, que debía ser tratado también como uno más de la familia.

Margaret volvió a mirarse todos los vestidos sabiendo que, al haber llegado perfectamente arreglados y ajustados, debía escoger uno y abandonar del todo el luto. Además, aquella misma tarde lady Scandy había convocado una sesión de música de cámara con unos cuarenta invitados, que habían sido escogidos con minuciosidad de entre las amistades más cercanas, pero respecto de los que no había que dudar que buena parte de su motivación estribaba en conocerla a

ella.

Era, por tanto, su presentación en sociedad y Margaret pensó que debía escoger algún atuendo suficientemente sobrio como para recordar que se trataba de una condesa, pero, también, de una viuda y, por encima de todo, de una institutriz con la que no debían caber intimidades.

El vestido escogido fue uno de un azul marino intenso que, pese al escote, permitía llevar a juego un chal negro que le cubriría los hombros. La joven condesa imaginaba que a lady Scandy le parecería demasiado recatado y no pudo por menos que sonreír imaginando su cara de consternación. Empezó a

vestirse totalmente sola porque en esa cuestión sí había podido imponer su criterio de no contar con doncella personal. No sólo es que eso ya le hubiera parecido el colmo del abuso, sino que durante su larga estancia en Norteamérica se había acostumbrado a no contar con doncellas para ese tipo de menesteres, y lo cierto era que empezaba a considerarlo una costumbre una tanto ridícula, pese a que reconocía que la moda en Inglaterra exigía tal ahuecamiento de la falda que podía resultar difícil para una persona sola.

Una vez vestida descendió por las escaleras escuchando ya el murmullo que salía del salón, donde ya debían

encontrarse la mayor parte de los invitados atendidos por lord Scandy. Al pie de las escaleras la esperaba lady Scandy y su madre, ambas con una gran sonrisa.

—Esta preciosa, querida —dijo la anciana.

—Algo oscura pero sí, querida amiga, preciosa —replicó la hija.

—Os lo agradezco, aunque sabía que algún inconveniente al color ibais a poner —sonrió Margaret.

—Bien, querida —continuó Lady Scandy—, han llegado casi todos los invitados. Bueno, la verdad es que la última vez que pregunté a Mr. River me había dicho que el Doctor no había

llegado pero, o ya lo ha hecho o debe estar a punto. Estoy convencida de que tendrá muchas ganas de saludarla.

—¿El doctor? —Margaret la miró sorprendida—. No entiendo.

—Pues, sí... El Doctor. Fue él quien nos hizo su recomendación ¿No se lo había dicho? ¡Que tremenda torpeza!

—No, no ocurre nada, pero es que no sé de quién me habláis.

—¿No? ¡Claro que sí! Él nos explicó que habíais coincidido en la mansión Gloucester hace unos años. Estoy hablando del Doctor Golsmith.

Margaret se detuvo al instante, casi ya en la puerta del salón. Sintió como si su estómago se hubiese comprimido de

golpe, notó la habitación girar y en sus oídos oyó replicado sin parar aquel apellido.

—Querida, ¿le ocurre algo? Ha perdido todo el color.

Debía pensar deprisa. No estaba preparada para esa noticia, ni para ese encuentro. Por un momento se le ocurrió imaginar que podía poner alguna excusa y salir corriendo de allí.

—Margaret, ¿necesitáis algo? — Ahora era la madre de Lady Scandy quien preguntaba.

—No, lo siento —intentaba reponerse recuperando la normalidad en la respiración—. Tal vez he bajado demasiado rápido las escaleras.

—Sí, debe ser eso, parece que ya recupera el color. ¿Se encuentra mejor? ¿Prefiere que le pida antes un vaso de agua?

—No, no, de verdad. Ya estoy bien

Pero no era cierto, no estaba bien. El dolor en el estómago seguía presionando y tenía la boca absolutamente seca. Lo cierto es que le hubiera ido muy bien ese vaso de agua, pero también corría el riesgo de ser incapaz de introducirlo en su interior.

Las dos mujeres empezaron a caminar y a Margaret no le quedó otro remedio que seguirlas. Atravesó el marco de la puerta y una gran cantidad de personas se giraron al unísono para

mirarlas. Ella sabía que aquel momento iba a ser de una absoluta incomodidad pero, encima, ser consciente que Martin estaba allí, entre los asistentes, tal vez mirándola, examinándola, esperándola...

Los saludos y presentaciones no tardaron en iniciarse. Margaret era incapaz de memorizar todos los nombres, posiciones y relaciones de las que le estaban informando. En cualquier otra circunstancia sí hubiera podido. Había sido educada también para eso, para recordar perfectamente quién era quién, y así no olvidar con quién valía la pena malgastar su tiempo y sus buenas formas. Sin embargo, su mente estaba

demasiado pendiente del momento en que llegase frente a él y sus ojos sólo reparaban un segundo en la persona que le estaba siendo presentada para buscarle con la mirada.

De pronto le vio. Estaba de pie junto a la ventana y la estaba mirando fijamente. Vestía levita, pantalón ajustado y camisa perfectamente conjuntada. Era todo un caballero, como los dos jóvenes que le acompañaban y que también la miraban con demasiada insistencia. Margaret se preparó para el saludo intuyendo que los acompañantes serían amigos de Martin y, a la vista de su insistente mirada, conocedores de su historia.

—Y aquí, Margaret, tenemos al conde de Charmington. —Margaret retiró la vista de Martin y tendió la mano al Conde aunque, al hacerlo, notó que temblaba ostensiblemente y eso provocó que su corazón todavía latiese con más fuerza.

Debía ser capaz de controlarse, pero le estaba siendo imposible. Si seguía así, temía que no podría resistirlo y que acabaría montando algún espectáculo, justo su primer día de presentación ante las amistades de lady Scandy, justo el día en que él aparecía.

El conde de Charmington le tomó la mano y mirándola a los ojos bajó su cabeza, pero la dejó tan sólo a un

centímetro de la mano mientras le dirigía una sonrisa nada agradable. Margaret supo qué significaba aquél gesto. Un conde no besaría su mano, puesto que ahora ella formaba parte del servicio. Lo cierto era que no le importaba, si no fuera porque intuía que en aquel ademán había mucho más que una simple norma social que podría haber soslayado teniendo en cuenta que ella conservaba su título. Se trababa de una declaración de guerra y eso significa la confirmación de que el conde de Charmington estaba informado de sus antecedentes y la información le venía directamente de Martin, con todo lo que aquello podía significar.

—El vizconde de Ressay, Margaret.

El saludo del Vizconde fue, sin embargo, el correcto entre dos aristócratas. Tal vez, su menor categoría le impedía retarla de esa manera. O, tal vez, no era esa su intención. La mirada de aquel joven parecía menos amenazadora y, aunque su inmensa estatura causaba cierta impresión, no lo era hasta el punto de parecer temible.

—Y aquí, querida, nuestro amigo común, el doctor Golsmith.

—Doctor. —Margaret hubiera querido que su voz fuese, como mínimo, audible, pero se había dado cuenta demasiado tarde de que apenas le quedaba porque parecía tener el corazón

en su garganta.

—Condesa.

Martin la había llamado por su título prescindiendo del nombre pero, aun así, su voz le trajo recuerdos inmediatos, e incluso imágenes nítidas de su rostro frente a ella, algo sudoroso, su mirada fija, su cuerpo terso completamente acoplado al suyo... y, al punto, Margaret notó como si sus piernas se hicieran mantequilla. El hecho de que él ya hubiese cogido su mano y se la estuviera llevando a los labios, parecía que era suficiente para no caer allí mismo desplomada. Él tampoco llegó a rozar sus labios sobre la piel de ella y le recordó la primera vez que lo conoció.

—¿Amigos comunes? —Era la baronesa de Certain, con un grupo de cinco o seis invitados más que estaban a su lado y que se unieron rápidamente a lo que les pareció un momento jugoso de cotilleo.

—Sí, Baronesa —respondió Lady Scandy—, el doctor Golsmith me recomendó a Margaret de Gloucester muy encarecidamente, puesto que la había conocido hacía unos años en la mansión de los Gloucester.

—Me limité a informar de unas características concretas con objetividad —era Martin quien hablaba con un tono desprovisto de ninguna emoción, pero empujado a aclarar las

palabras de lady Scandy.

—Y, dígame, doctor Golsmith, ¿cuáles fueron esas características? — Era otro de los invitados quien se acercaba ahora a preguntar.

—Sólo dije que conozco pocas personas que deseen con tanta pasión adquirir conocimientos y que ese sentimiento es siempre contagioso, por lo que resulta ideal como ascendente sobre una mente que se está formando.

—¿Pasión? Nunca había oído hablar de pasión cuando se trata de conocimientos. Además, ¿la pasión no es un sentimiento pasajero? —En ese momento era Mr. Smith, constructor de los navíos más buscados de la época,

quien hablaba—. Os arriesgasteis mucho, lady Scandy. Mirad sino cualquier matrimonio. Se inicie con la pasión que se inicie siempre acaba desapareciendo. ¿No lo creéis, doctor Golsmith?

—Yo creo que la pasión puede mutar cuando ha sido colmada, como posiblemente ocurre en un matrimonio. —Era Martin de nuevo quien hablaba como si fuera un erudito y Margaret apreció que estaba acostumbrado a que la gente le escuchase cuando hablaba—. Pero, cuando no es satisfecha, más que desaparecer, yo creo que se instala en el interior de una persona y hace que todo gire en torno a ese sentimiento cada vez

más fuerte. Y le aseguro, Mr. Smith, que la pasión por conocer es inagotable.

—Puedo dar fe que pese a los pocos días que llevamos junto a la condesa, no exageró ni un minuto. —Lady Scandy volvía a intervenir en la conversación —. Lucinda está desconocida y está ejerciendo una influencia sobre ella impresionante. Estamos muy contentos de contar con la condesa.

—Con sinceridad, pese a que el doctor es mi mejor amigo y creo en sus capacidades para diagnosticar toda clase de enfermedades, déjenme que lo ponga en duda cuando se trata de sentimientos más sencillos. —Ahora era el conde de Charmington quien hablaba

y su voz no auguraba ningún halago más —. Olvidan todos ustedes que una mujer es incapaz de ser apasionada. Esa característica es únicamente de los hombres que son quienes, por pasión, deciden ir a la guerra, retarse en duelo o casarse con alguien que no es de su misma clase social. Las mujeres, sin embargo, son frías y calculadoras, su principal decisión en la vida, el matrimonio, siempre responde a cálculos en libras. ¿No opina igual que yo, condesa de Gloucester? ¿O debería llamarla condesa de Maine? ¿De qué título se siente más orgullosa?

Margaret había intuido que aquel hombre robusto del que sabía la amistad

que le unía con Martin, no iba a ser amable con ella, pero sus palabras, proferidas en voz demasiado alta y un claro tono de desprecio, habían generado un silencio total en aquella sala, pese a ser más de cuarenta personas. Ella notó todos aquellos pares de ojos sobre su persona esperando su respuesta. Sin saber bien por qué, desvió su mirada sólo un momento para fijarse en Martin. Él era el único que no la miraba a ella, sino a su amigo.

—Yo creo que si alguno de ustedes, caballeros, viera a una mujer retarse en duelo o ir a la guerra, tendría ciertas inclinaciones a internarla en algún hospital psiquiátrico, y eso a nosotras

nos supondría, cuando menos, algún que otro problema para lucir nuestros preciosos vestidos de encaje. —

Algunas risas afloraron entre los asistentes ante la evidente ironía de

Margaret al hablar

—. Reconozco, sin embargo, que desconozco lo que guía la mayoría de matrimonios pero, si como usted dice, los hombres siempre se casan por amor y las mujeres sólo por interés, esos hombres enamorados tendrán mucha pasión pero poco juicio y una inexistente capacidad para reconocer los sentimientos ajenos.

Las risas explotaron a su alrededor mientras Margaret y Charles se miraban

fijamente a los ojos.

—Vamos, vamos, damas
y
caballeros, dediquémonos a escuchar la
orquesta de cámara que hemos
contratado para esta velada.

Todos los invitados ocuparon
asientos alrededor del cuarteto de violín
y violoncelo que ocupaba la pared
frontal.

—Ha estado usted magnífica,
Margaret —le susurró lady Scandy al
oído mientras los primeros compases
sonaban—. Charles de Charmington es
un arrogante, siempre lo ha sido.

Margaret no estaba tan segura de su
comportamiento. Tal vez hubiera sido

más inteligente haber rehuido la confrontación y aguantar aquella noche algo de humillación. Haberle retado verbalmente sólo podía ocasionar nuevos encuentros desagradables. Pero ahora ya estaba hecho y, además, como siempre le ocurría, la adversidad le provocaba un sentimiento positivo. Sacaba fuerzas de donde parecía no haberlas y, si minutos antes de la conversación creyó que podía llegar a desmayarse, ahora su cuerpo permanecía estable, su mente plácida y sólo un leve temblor de sus manos delataría algún tipo de emoción que podía, con facilidad, ser confundido con una ira aceptable.

Martin, sin embargo, era quien no podía controlar sus sentimientos. Todo él temblaba, aunque afortunadamente se había colocado al final de la sala y nadie podía verle. Sentía deseos de asesinar a su amigo. Sabía que le guiaba un noble sentimiento, pero cuando le oyó insultarla de aquella manera se hubiera tirado a su cuello.

Margaret había estado muy acertada en su respuesta. Claramente acostumbrada a lidiar con comentarios malintencionados dichos con la mejor de las correcciones formales gracias a su educación. Pero percibió su dolor y se supo responsable. Charles nunca hubiera sido tan descortés con nadie pero,

mucho menos, con una mujer si no fuera porque sentía hacia la condesa de Gloucester un odio inusual, producto de la historia que conocía precisamente de sus labios.

Hablaría con sus amigos de inmediato. No podría tolerar que una escena similar volviera a darse y, o no conocía bien a sus amigos, o muy probablemente las probabilidades de que se repitiera habían aumentado muchos puntos después de la respuesta que había recibido.

Más allá de la lealtad hacia su amigo, Charles no permitiría que aquella humillación a la que al final ella lo había sometido quedase impune.

Los compases de la pequeña orquesta eran dulces y melodiosos. Eso le permitió serenar el ánimo. Tenía frente a sí las espaldas de los invitados y buscó la de ella. Encontró su cuello recto y altivo. El vestido azul marino resaltaba su piel blanca. El recogido de su cabello permitía observar la armonía de su espalda.

A su lado se había sentado Florence. Con un coqueto vestido de color amarillo, también se había recogido su larga melena rubia. Pero a su cuerpo le faltaba la rotundidad de una mujer. Al lado de Margaret, su belleza se apagaba, su mirada se infantilizaba y perdía toda pasión.

Martin se frotó los ojos intentando evitar cualquier comparación. Era injusto y sobre todo, era absurdo. No iba a decepcionar a Florence. No cuando llevaba un año cortejándola. Pero no sabía si podría dejar de pensar de esa manera en Margaret. Si algo sabía era que todo era cuestión de tiempo. Tal vez, si dejaba pasar el tiempo suficiente, podría respirar con normalidad cada vez que estuviera en una sala donde ella estuviese y, tal vez, podría dedicarse a Florence sin tener que compadecerse por no estar con ella en su lugar. Pero, ¿qué ocurriría si el tiempo no suavizaba esos sentimientos?, ¿qué pasaría si sus deseos por acariciar a la mujer que más

dolor le había causado en su vida, no disminuían y se veía abocado a sufrir día tras día por no tenerla pero también por verla?

El gran problema era que, pese a que nadie era conocedor, Martin ya estaba prometido a Florence.

Lo habían hablado hacía tres meses y si acordaron mantenerlo en silencio sólo era porque a ninguno de ellos les pareció oportuno hacer pública la noticia sin que el marqués de Fathom estuviera presente para expresar su parecer.

No podía hacerlo. No podía desdecirse. No podía abandonar a aquella dulce criatura que desde hacía

un año le había dedicado todas sus atenciones, con esa inocencia que le caracterizaba.

Las últimas notas del adagio quedaron flotando en el aire cuando los asistentes, incluidos los tres amigos, ya se levantaban y se dirigían al salón donde se ofrecería un té.

Los Scandy con la condesa de Gloucester, ocupaban el centro de atención, aunque, sin duda alguna, era Margaret la que debía responder a casi todas las preguntas que se formulaban, puesto que el hecho de que ella hubiera estado viviendo tanto tiempo en los Estados Unidos causaba gran curiosidad.

Y así fue durante toda la tarde hasta que, cuando empezó a oscurecer, todos los invitados fueron desapareciendo paulatinamente, previo saludo cortés a los anfitriones.

—Florence, querida, estás un tanto mustia esta noche ¿te ocurre algo? —Era la madre de lady Scandy quien preguntaba y, en ese momento, ciertamente Margaret apreció que la jovencita había estado demasiado callada.

—No, nada —murmuró. Pero sus ojos estaban tristes.

—Di la verdad, cariño. Estamos en familia ¿Ha pasado alguna cosa que te haya causado esta desazón?

—Más bien es lo que no ha ocurrido —respondió Florence.

Las tres mujeres la miraron con atención. Ahora que empezaba a hablar su aflicción afloró sin demasiados tapujos. Era tan joven e inocente.

—No te entiendo, cielo —dijo lady Scandy.

—El doctor no me ha dirigido la palabra en toda la tarde, ni siquiera me ha mirado.

Al oír hablar de Martin, Margaret volvió a notar, por tercera vez aquella tarde, cómo su corazón daba un vuelco.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Dulce criatura! Es cierto que hoy el doctor parecía más pendiente de sus amigos que de ninguno

de sus invitados, pero, querida, no debes tener ninguna duda. ¿Por qué si no estaría viniendo casi cada día a verte?

—Pero hacía una semana que no venía ni le veíamos por aquí. Sólo me lo encontré en casa de las Hampton el miércoles pasado —protestó Florence.

—Avisó de que estaría fuera ¿no lo recuerdas? ¡Ah! querida niña, tu corazón te juega malas pasadas. Dale un poco de tiempo y espera. —Y dirigiéndose ahora a Margaret para ponerla en antecedentes, como creía que era su obligación, continuó—. Amiga mía, nuestro amigo el doctor Golsmith ha mostrado cierto interés en nuestra pequeña desde hace un tiempo. No

podemos todavía afirmar nada, puesto que en ningún momento su actitud ha sobrepasado los límites del decoro, pero intuimos que muy pronto podría decidirse.

Margaret asintió con la cabeza. Ya no podía más. Lo único que necesitaba en aquel momento era hundirse bajo la almohada. La tarde había sido un castigo pero acabarla así, oyendo que Martin muy pronto se comprometería con aquella preciosa niña, era más de lo que podía escuchar.

Pronunció unas palabras de excusa y despedida y, cuando llegó a su habitación, se tumbó en la cama y cerró los ojos deseando que el sueño

apareciese rápido y se la llevase lejos de allí. Cuando creía que más feliz iba a estar, todo se torcía.

CAPITULO 10

Martin llegó al palacete del conde de Charmington con tiempo suficiente para hablar con él antes de que tuvieran que dirigirse a casa de lady Scandy para asistir a las carreras de caballos, tal y como habían convenido días atrás.

El mayordomo parecía esperarlo y lo condujo directamente a la biblioteca, donde su amigo solía recibir a las visitas más íntimas.

No estaba a solas, pese a lo que había imaginado, pero el acompañante era el vizconde de Ressay, por lo que la

confianza seguía siendo total.

—Mi querido Martin, estaba convencido de que hoy no habría retrasos por tu parte. —Charles estaba risueño—. Dime, entonces, ¿voy a ser reprendido severamente?

—Tú estás diciéndolo y no yo. Creo que eres consciente de que te extralimitaste —respondió Martin, y mirando a Michael continuó—, y creo que su presencia confirma que no soy el único que lo piensa.

—Y sólo digo que me encontré con una fantástica oponente —le dijo Charles—. Y lamentablemente, amigos, vosotros me conocéis. Esto es todo un reto para mí. Ella no sabe todavía con

quién se las va a ver.

—Te lo ruego, Charmington. —
Martin se dirigía a él por el título cuando se trataba de algún asunto serio y aquél lo era y mucho—. No empieces... no sigas. No me ayudas nada así, más bien al contrario.

—La guerra la ha empezado ella.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —Ahora era el vizconde de Ressay quien hablaba—. Tendrás que reconocer, Charles, que esa mujer es mucho oponente para ti. Demasiado inteligente diría yo. En cualquier caso, Martin es quien tiene aquí la última palabra y si él te pide que abandones, abandona.

Charles de Charmington no estaba

seguro de que aquella fuera la mejor opción, pero también era cierto que no quería volver a salir malparado de un encuentro con aquella condesita y si, además, a su amigo le hacía más mal que bien...

—Sólo con una condición.

—Dime —respondió Martin con rapidez.

—Prométeme que estarás bien, y que si en algún momento por su causa empiezas a sentir algún tipo de tristeza, provocaremos que se vuelva por donde ha venido.

Martin asintió con la cabeza. Eso era fácil. No suponía tampoco un gran problema. La ascendencia que tenían

cualquiera de ellos tres sobre los Scandy era suficiente y, además, esa posibilidad no tenía por qué generarle a ella un sufrimiento insoportable. Buscarían otra casa donde pudiera prestar sus servicios.

Seguramente esa era la solución que debía aplicar. Era sólo cuestión de tiempo, como había dicho antes y, por lo tanto, debía imponerse un plazo determinado, pasado el cual pudiera tomar las decisiones necesarias.

—Estoy de acuerdo, Charles. Pero dame un respiro. Necesito acomodarme a esta situación o, más bien, superarla.

—Y, ¿vas a ser capaz de pedir la ayuda necesaria cuando sea necesario?

—Claro que sí. Lo he hecho en otras ocasiones.

—Bien pocas veces, amigo — replicó el vizconde de Ressay.

—En cualquier caso, sólo serán seis meses de aflicción, amiguito —era el Conde de Charmington quien hablaba.

—¿Seis meses? ¿Seis meses para qué?
¿Seis meses por qué?

—Para cuando los

Scandy

abandonen Londres para volver al campo, la condesa de Gloucester será enviada a trabajar con mi familia en Canterbury. Mi hermana Elizabeth espera un hijo para finales de verano y necesitará ayuda.

—No creo que a los Scandy ese cambio de planes respecto a su hija Lucinda les satisfaga —contestó Martin.

—Es posible, pero no pueden negarse. Ese fue el contrato establecido con el conde de Scandy cuando hicimos venir a la condesa de Gloucester. El problema lo tendrá él cuando se lo tenga que explicar a su esposa.

—Pero, ¿por qué? ¿Lo sabe Margaret?

—No, no lo sabe. Ya se enterará cuando llegue el momento. Qué más le dará. Recibe alojamiento, es tratada como una noble...

—Es una noble.

—Venida a menos, Martin. Tienes tú

más fortuna que ella, y mejores amistades. Tu trato directo con el Príncipe te da entrada directa en cualquier evento social. Y esto es lo que debes aprovechar, doctor, ya sea con Florence o con cualquiera de las jovencitas que beben los vientos por ti en cada velada, tu deber es prometerte.

Martin se sintió doblemente afectado, no sólo por la noticia de que Margaret marcharía en breve, si no por el hecho de no poder explicarle a sus amigos la verdad sobre su compromiso real con Florence. Pero la promesa mutua que se habían hecho le obligaba al silencio incluso con aquellas personas que para él eran casi como sus

hermanos.

—¿Qué os parece si dejamos ya esta conversación y vamos a atender nuestra cita? —Era el vizconde de Ressay quien los interrumpió—. No me gustaría llegar tarde.

Salieron al exterior, donde les esperaba la berlina Clarence de los Charmington. Había escogido el carruaje cerrado que normalmente, utilizaba para sus innumerables conquistas. La decoración interior era tan cómoda que, como Martin y Michael sabían, muchas de las compañías femeninas que Charles había tenido, habían acabado perdiendo su virtud directamente en aquel carruaje, sin

esperar a llegar a ninguna alcoba. La elección de aquella calesa aquel día, sólo se hacía porque el tiempo no parecía demasiado apacible, aunque normalmente el conde Charmington, cuando lo utilizaba con sus amigos o solo, prefería los carruajes abiertos.

Llegaron a casa de los Scandy con tiempo suficiente. Los condujeron a los tres a una de las salas de espera de la planta principal, advirtiéndoles ya que las señoras no estaban preparadas pero que para aligerar la espera, les servirían una taza de té.

Charles y Michael se sentaron en uno de los sofás, conformados a tener que esperar más tiempo del que les

gustaría.

Martin primero dio una serie de vueltas por la sala. Desde que Margaret había llegado, estar en aquella casa le producía cierto nerviosismo. Sabía que aquella tarde ella no les acompañaría. Así se lo había confirmado lady Scandy, pero saberse próximo a ella le era incómodo. Cuando entró el servicio con el té, sin embargo, tomó asiento en una de las sillas.

—Tengo la sensación que nos van a hacer esperar un buen rato, estas señoras —dijo el vizconde de Ressay—. ¿Alguien sabe si serán tres o serán cuatro las que nos acompañen?

—Sólo las damas Scandy y lady

Fanthom —respondió Martin—. Según me han explicado, tienen un pacto. Margaret le ha solicitado a lady Scandy estar liberada de compromisos en el exterior y sólo comparece cuando se trata de eventos convocados en la casa.

—Vaya, vaya. Así pues, hoy no corremos peligro de que nuestro amigo Charles sea incapaz de cumplir su palabra —respondió jocoso el vizconde.

En ese momento, unas fuertes risas se oyeron en el jardín. Tan alegres parecían y tan continuadas, que los tres amigos no pudieron resistir la curiosidad y se dirigieron a la ventana. El conde de Charmington fue el primero en llegar.

—¡Dios mío! —murmuró—. Hay cosas que sólo se entienden cuando son vistas.

Al acercarse a la ventana, el vizconde y el doctor pudieron ver a qué se refería el conde. Margaret estaba en medio del jardín. Vestía un vaporoso vestido de un suave color violeta estampado con flores, con un escote amplio que permitía ver el inicio de sus senos. El chal que debía cubrirla de una temperatura no demasiado plácida, colgaba holgado de sus brazos. Pero Margaret no daba señales de frío. Estaba riendo con tal espontaneidad que casi contagiaba con sólo mirarla. Esa risa sana, franca, abierta y continuada,

provocaba un brillo en sus ojos claramente visible y, al tiempo, daba a su blanca tez un color sonrosado.

A su lado Lucinda, también muy feliz, depositaba unas hojas de árbol junto a unas piedras mientras Margaret aplaudía y la animaba a que volviera a correr hacia el interior del jardín para buscar más, mientras Margaret, entre risa y risa, lanzaba una palabra que parecía ser la señal esperada para el juego que estaban realizando.

Ambas figuras parecían rebosar felicidad estando ajenas a cualquier convencionalismo, libres de las ataduras de las correcciones formales. La imagen era pura belleza. No había ninguna duda.

—Esa es la Margaret que yo conocí —
dijo Martin.

Pero mientras la miraba no sintió la misma sensación que le había atenazado hasta ahora. Antes, al contrario, se sintió relajado y tranquilo. Como si de golpe se hubiera liberado. Se daba cuenta en ese momento, que verla así de feliz era lo único que deseaba. Haberla visto bajar de aquel barco y descubrir la inmensa tristeza que parecía ocupar todo su ser, era lo que le había roto el corazón. Sabía que seguía amándola, que nunca jamás podría dejar de hacerlo, pero también sabía que podía renunciar a tenerla siempre y cuando pudiera verla así de feliz.

—¡Oh! Están aquí, señores. —Era la voz de la anciana madre mientras entraba en la sala.

Los tres caballeros se giraron al unísono hacia la puerta.

—¿Han podido tomar el té, caballeros?

—Sí, señora. El servicio, como siempre en esta casa, ha sido impecablemente atento —contestó el vizconde—, y, cuando quiera, les llevaremos a esas carreras de caballos que tanto ansiaban ver.

—Muy bien —aplaudió lady Scandy.

—Milady —esta vez era Martin quien, dirigiéndose a Florence, le ofrecía su brazo para acompañarla hacia

la puerta de salida.

Florence se ruborizó, pero rápidamente posó su mano sobre el brazo tendido, al tiempo que le dirigía una mirada suficientemente explícita. Martin la reconoció enseguida. Era la confirmación de su afecto, de su inocencia y de la confianza que había depositado en él. Las risas del jardín volvieron a oírse, francas, diáfanas, cantarinas.

Martin se giró de nuevo sólo un momento, como si así pudiera despedirse de la ventana y reafirmar lo que ya era una realidad. Entonces se dio cuenta de que Charles de Charmington todavía continuaba allí, con la mirada

perdida hacia el jardín. Su expresión era bastante enigmática, pero a Martin le produjo una súbita alarma, su corazón volvió a dispararse, la mandíbula tembló. Miró hacia su otro amigo y apreció que también se había dado cuenta de lo extraño de la situación. Se cruzaron las miradas. Martin casi le suplicó con la suya para que interviniera ante lo que estaba sucediendo.

—¿Charles? —dijo con suavidad el vizconde—. Nos esperan.

El conde de Charmington les miró y todavía volvió a girar la vista un momento más hacia la ventana.

—Oh, sí. Por supuesto —respondió. Martin no quiso pensar más y,

dirigiéndose hacia la puerta, las seis personas salieron del palacete mientras las risas del jardín se iban difuminando.

Mientras tanto, Margaret, ajena a todo lo que estaba ocurriendo en el interior, seguía disfrutando de la compañía de aquella preciosa niña que tanto le recordaba a sí misma. Toda ella estaba siempre deseosa de aprender. Era un pozo sin fin. Su compañía le estaba siendo muy beneficiosa porque podía olvidarse de todo y además suponía para Arthur algo similar al cariño de una hermana. Ese amor que no iba a poder conseguir de otra forma por cuanto Margaret sabía con seguridad que nunca más iba a tener otro hijo.

Lucinda se dejó caer a su lado abriendo los brazos totalmente y respirando con fuerza.

—Ya no puedo más —dijo riendo—. Estoy muy, pero que muy cansada. —Relájate ahora, Lucinda. Has aprendido a reconocer hasta diez especies de árboles diferentes.

—Vamos a despertar a Arthur y vayámonos a pasear —propuso la niña con alegría.

—Tal vez llueva —dijo Margaret mirando al cielo.

—Y ¿qué problema hay? —respondió de nuevo riendo—. Dime una cosa, ¿en Philadelphia también tenían este horrible clima?

—Es diferente. —Margaret evocó los años que había vivido de niña—. Los inviernos son más fríos, pero no tan lluviosos, aunque a veces puede nevar. Los veranos sí son lluviosos, pero con altas temperaturas.

—Nunca he visto la nieve. Debe ser increíble.

—Bueno, ciertamente, la primera vez que la ves es impresionante, aunque es más impresionante comprobar sus efectos cuando todo está cubierto de un manto blanco. Donde sí vi mucha, pero mucha nieve, fue en Chicago, donde viví cuando me casé. Pero te aseguro que convivir con la nieve no es nada fácil. Es como un combate. Precisamente hoy

estrenan en la ópera una obra rusa sobre ese combate, se llama «La doncella de la nieve».

—¿De veras? ¿Y podemos ir?

—Bien, yo... Creo que tu madre tiene pensado ir. Pero no sé si es posible que los niños puedan asistir.

—¡Sería genial!

—Yo también quiero. —Arthur había aparecido en la puerta del jardín por su propio pie.

—¡Arthur! —Margaret se levantó para recogerlo—. ¡Ya te has despertado!

—Mami, ¿yo también ir?

—¡Vamos los tres! Por favor, por favor. —Lucinda se estaba apasionando

—No sé si Arthur es capaz de

aguantar una ópera entera —dijo Margaret mirando a su pequeño.

—Sí puede —respondió Arthur.

—«Sí puedo» —le corrigió su madre—. Cariño, no sé si podremos ir. No levantemos expectativas ¿de acuerdo? Y ahora, vayamos adentro. Empieza a hacer frío. Si queréis, podemos leer un rato. ¿Qué os parece?

Los niños se mostraron conformes y así dedicaron el resto del día, hasta que la familia Scandy regresó de las carreras de caballos a la que habían asistido como la mayoría de la sociedad londinense del momento.

—¡Mamá! ¡Margaret y yo hemos tenido una excelente idea!

—Dime, querida, ¿cuál es esa idea?

—Acompañaros a la ópera esta noche.

—Oh, lady Scandy —intervino con rapidez Margaret—, no ha sido exactamente así. Lucinda manifestó deseos de asistir, pero ya le avancé que no sabía hasta qué punto los niños tenían acceso.

—¡Pues claro que sí, querida! —respondió lady Scandy—. Es una idea excelente. Es cierto que no es muy común que asistan niños, pero a mí me parece que no hay mejor manera de educar el oído de alguien que asistiendo a un evento musical en directo. No hay nada más que hablar. Preparémonos y,

esta vez, querida mía, la quiero con el vestido dorado. Debe usted resplandecer.

Dos horas más tarde, habiendo ya anochecido, todos los habitantes de la casa de los Scandy estaban accediendo al Palacio de la Ópera de Londres y dirigiéndose directamente al palco que el Conde tenía asignado.

Margaret se negó totalmente a ocupar los primeros asientos, que estaban reservados para las personas importantes, alegando que sentada en las filas traseras podía estar junto a los niños e ir respondiendo a lo que, ya imaginaba, iba a ser una interminable cantidad de preguntas. Pero lo cierto es

que ya había notado suficientes miradas cuando había entrado vestida con aquel impresionante traje de seda y prefería estar a salvo de ellas en la oscuridad del interior del palco.

La ópera empezó y los niños mostraron el típico nerviosismo. Desde su posición, y debido a su baja estatura, se perdían parte del escenario, lo que llevaba a que, de vez en cuando, algo inquietos, se levantaran para poder ver mejor. Como Margaret se temía, no pararon de hacer preguntas, sobre todo Lucinda; pero Arthur también demostró una impresionante sensibilidad para un niño tan pequeño. No era la primera vez que la especial inteligencia de aquel

niño la sorprendía.

Al acabar el tercer acto, el conde de Scandy se ofreció a ir a buscar unas bebidas y, mientras lo esperaban, las cuatro mujeres y los dos niños aprovecharon para comentar lo que les había parecido la primera escena.

Margaret estaba disfrutando del momento. Encontrar a aquella familia era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. El único problema con el que debía todavía enfrentarse, era Martin. Al pensar en él miró a Florence. Era tan bonita y tan buena persona. Era la mejor pareja para él, y él se lo merecía sin duda alguna.

Justo en ese momento irrumpió el

conde de Scandy.

—¡Mirad a quien me he encontrado!
—Y entró, cargado de unas botellas,
seguido de Martin y sus dos amigos.

Sólo verla, Martin mostró su sorpresa. Estaba claro que no esperaba encontrársela allí, pero sus amigos tampoco lograron evitar la expresión de asombro que apareció.

—¡Oh! Qué gran sorpresa, amigos
—dijo lady Scandy—. Como verán,
hemos venido todos hoy. Incluso los
niños. A Lucinda ya la conocen, pero
creo que al jovencito Arthur todavía no
le habían visto.

Margaret vio cómo los tres hombres miraban hacia su pequeño, el cual

reaccionó ocultándose tras las faldas de su madre.

—Saluda, Arthur. Son tres amigos de lady Scandy —dijo Margaret, pero al hacerlo, procuró ajustarle mejor el sombrero que llevaba y que no sólo le cubría el pelo si no que casi no permitía verle media cara.

—Hola —susurró el niño.

—Se dice «encantado» —corrigió la madre.

—No pasa nada, jovencito —intervino el vizconde—. ¿Te está gustando la ópera?

—Sí, señor —respondió de nuevo el niño.

En ese momento, se anunció el

último acto y todo el mundo parecía estar ya casi acomodado.

—Quédense con nosotros —dijo el conde de Scandy. Ya está acabando y así después podríamos tomar algo juntos.

—Encantado, señor —contestó el conde de Charmington y, mientras lo decía, se sentó al lado de Lucinda en la única silla que quedaba libre.

El vizconde se quedó detrás de ellos, mientras que Martin se apoyó en una pared justo al lado. La música empezó y de nuevo los niños mostraron ese infantil interés. Los personajes libraban la batalla final y la emoción de los pequeños iba ascendiendo.

En un momento dado, Lucinda se

levantó de la silla y se acercó hacia el balconcito colocándose junto a Martin. El joven la miró y vio sus vanos esfuerzos por ver lo que ocurría justo en la parte más interior del escenario. Sonriendo, la cogió de la cintura y la aupó para que pudiera observar ese rincón. Todos los ocupantes de la parte interior del palco estaban mirando la escena que estaba protagonizando el joven, antes que lo que estaba ocurriendo en el escenario, complacidos por el detalle de Martin para con la niña. Pasados unos instantes, la depositó de nuevo en el suelo y el conde de Charmington le indicó a Lucinda que podía sentarse en sus rodillas, lo que le

permitiría ver mucho mejor. Margaret intentó protestar, pues ello podía incomodarle, pero Charles, haciendo un gesto con la mano, descartó la queja. Martin, entonces, notó que algo le estiraba la chaqueta. Al mirar hacia abajo se encontró con el pequeño Arthur mirándole con los ojos muy abiertos, casi suplicantes. Volvió a sonreír y, sin dudar, se agachó y se levantó con el niño en brazos. Al hacerlo, el gorro del niño cayó al suelo, pero Martin no se dio cuenta.

Margaret vio la escena sucediéndose con demasiada rapidez para poder intervenir. Ver a su hijo en brazos de Martin era más de lo que podía soportar,

pero no sabía cómo intervenir. Estaba petrificada mirando aquellos dos perfiles. Su hijo señalando con el dedo hacia el escenario y Martin girándose para hablarle en el oído e informarle de lo que estaba preguntando, para después volver a mirar hacia el escenario. Los dos rostros juntos eran tan fácilmente analizables...

Miró primero hacia atrás y luego hacia el lado y se dio cuenta de que tanto el vizconde como el conde estaban mirando exactamente aquella misma escena. Su expresión podía significar cualquier cosa.

Margaret se levantó con rapidez, recogió el gorro del suelo, e intentando

colocárselo de nuevo mientras todavía estaba en brazos de Martin, murmuró:

—Vamos, Arthur, ven conmigo, no molestes al doctor.

—No me molesta, de verdad —dijo Martin.

Arthur se revolvió un tanto e impidió ponerse el gorro.

—Margaret, por favor —suplicó Lucinda—, que no veo.

—Shhhsss. —Se giró la anciana madre para hacer callar a su nieta, y al hacerlo también reparó en el niño en brazos del doctor Golsmith.

Margaret, aterrada, vio la expresión de la mujer y reaccionó sin pensárselo dos veces, arrancando al niño de los

brazos de Martin. La criatura lanzó un sollozo excesivamente sonoro, que con toda seguridad se había oído en toda la sala, y la condesa empezó a maldecir mentalmente el momento en el que había accedido a ir a la ópera con el pequeño.

—Arthur —le susurró al oído mientras lo llevaba todavía en sus brazos—, por favor te lo pido, no llores. Perdóname si te he hecho daño, pero no llores, por favor.

El niño hizo un pequeño puchero pero, demostrando una obediencia bastante difícil para su edad, contuvo el llanto. Margaret miró a su alrededor y observó cómo progresivamente, tanto los tres amigos como la anciana madre

desviaban la mirada.

La condesa de Gloucester mantuvo la mirada al frente el resto de la escena y contó uno a uno los minutos que restaron hasta que la obra finalizó. Se levantó y empezó a expresar lo que había estado pensando todo aquel rato.

—Lady Scandy, yo voy a irme con los niños a la casa, si no le parece mal. Creo que están cansados.

—Pero, querida, podemos enviar a los niños con la doncella y así viene usted con nosotros.

—Se lo agradezco, pero es mejor que yo también vaya con ellos —respondió Margaret—. Tomaré un coche de alquiler con los niños y la doncella.

—No será necesario —se oyó la voz fuere de Charles de Charmington—, yo la llevaré. Tengo aquí mi carruaje y no pensaba ir a tomar algo porque mañana debo levantarme muy temprano.

—¡Oh, conde, es una lástima! Pero la verdad es que se lo agradezco —contestó lady Scandy.

Estaban ya en la puerta exterior y, efectivamente, el gran carruaje de los Charmington parecía estar esperándolos. Abriendo la puerta, el conde de Charmington les indicó que accedieran. Lucinda y Arthur subieron en primer lugar.

—¡Hala! ¡Cuántos cojines! —exclamó la niña.

Margaret se asomó y comprobó que estaba repleto de mullidos cojines. Miró al conde arqueando una ceja. Era obvio que la comodidad era algo que buscaba aquel hombre, aunque prefería no pensar para qué. Antes de subir, se giró para hacer una pequeña reverencia a modo de saludo al resto de la concurrencia. Se percató de que Martin estaba junto a Florence, pero no fue eso por lo que se fijó en él, sino por su expresión. Tenía la mandíbula apretada y la mirada fija en el conde de Charmigton.

Pasados unos minutos, Margaret estaba cómodamente sentada en aquel carruaje y a cada uno de sus lados tenía a los niños. Lucinda se había

acomodado y estaba casi dormida. El Conde estaba justo frente a ella mirándola muy fijamente. Finalmente bajó la vista hacia el niño que miraba por la ventanilla.

—Mírame, Arthur —le dijo el conde al pequeño.

El niño obedeció con naturalidad y el conde lo observó con detenimiento sin formular palabra. Volvió la vista hacia la madre.

—Tiene los ojos grises —dijo él, pronunciando cada palabra con lentitud.

Margaret tragó saliva, pero decidió no contestar.

—No es un color muy habitual —insistió el conde.

—Su padre también lo decía —
respondió ella rezando porque la
respuesta suficientemente ambigua fuese
suficiente.

—Yo conocí al conde de Maine —
replicó él.

—Ah... ¿eran amigos?

—No. Sólo he dicho que le conocí.
Coincidimos con diecisiete años en el
campamento para cadetes de
Nottingham. Tres meses encerrados en
un cuartel sin más compañía que
centenares de otros jóvenes hombres.

Margaret asintió. Arthur aprovechó
para acomodar la cabeza en las piernas
de su madre con visibles muestras de
sueño.

—Cuando estás tanto tiempo rodado de otros jóvenes y con esa edad, rápidamente se hacen dos grupos. ¿Lo sabíais?

Ella tenía la sensación de que la pregunta no esperaba respuesta, por lo que siguió callada.

—Son dos grupos bien definidos que se distinguen por sus gustos en lo más importante. Es un momento delicado en el crecimiento de un hombre, pero ayuda a perfilar con claridad quién eres y lo que eres.

—Me alegro, conde, pero no sé dónde quiere ir a parar.

—Que su marido y yo no coincidíamos en las afinidades.

Margaret aguantó un momento la respiración. No sabía con exactitud qué era lo que estaba insinuando el noble. En ese momento, el carruaje se detuvo. Habían llegado a la casa.

—Le agradezco el favor, conde. Espero que descanse usted bien.

Margaret se bajó del carruaje y, ayudada por la doncella que había viajado en el pescante, llevó a los niños al interior de la casa.

El conde de Charmington golpeó la pared indicando al cochero que prosiguiera su camino. Su cabeza estaba en plena ebullición. Al día siguiente iría a ver a su amigo, el vizconde, a planificar muchas cosas. De eso no

había duda.

CAPITULO 11

Durante las semanas que siguieron a la velada en la ópera, Margaret había podido evitar bastante los contactos personales con Martin, pero no así con sus amigos.

Las mañanas solían ser más tranquilas, por lo que ella podía hacer planes con los niños tanto en el interior de la casa como en el exterior, dado que el mes de marzo que estaba a punto de entrar en el calendario asomaba con una temperatura más alta de lo habitual y con un clima mucho más benévolo.

Sin embargo, las tardes estaban siendo mucho más difíciles de gestionar. Su promesa a la familia que la estaba

acogiendo, por la que siempre iba a comparecer cuando ellos fueran los anfitriones, la sometió a lo que ya iba siendo la tortura de la vida social de la que había podido escapar la mayor parte de su vida por circunstancias que, aunque no siempre eran preferibles, le permitieron eludir esas obligaciones.

Margaret pensó en un principio que la promesa no supondría demasiado esfuerzo. Pero estas veladas londinenses no sólo eran continuas, sino muy numerosas. Siempre había, como mínimo, unas cuarenta personas y, aunque eso le permitía poder mantener una distancia razonable con Martin, la presión con el resto de invitados era

bastante agotadora. Ella seguía siendo una especie de mono de feria. Sin aparente maldad, todo lo que ella era generaba curiosidad.

Era una noble venida a menos, lo que suponía ser un espécimen para aquellos que no eran aristócratas, porque la hacía mucho más accesible, como para los que sí lo eran, que la miraban con cierta condescendencia. Era también una mujer que había vivido en Estados Unidos incluso más tiempo que en la propia Inglaterra, lo cual la hacía aparecer como una aventurera en algunos casos, como una estrambótica en otros y, en cualquier caso, como una no igual.

Era una viuda joven y todavía en edad de casarse, lo que provocaba que muchos hombres se acercaran a ella estudiando las posibilidades de un cortejo, por lo que había de procurar disuadir rápidamente sin ser descortés.

Pero, por encima de todo, la actitud del conde de Charmington era lo que le producía un desasosiego mucho mayor. Aquel hombre grande y rudo se acercaba siempre con sigilo y su mirada la atravesaba. Hablaba muy poco y nunca volvió a intentar ridiculizarla como había hecho la primera vez, pero imponía con su presencia un control absoluto e, incluso, en algunos momentos, parecía rondarla con

intereses nada honrados. Lo hacía sólo en momentos muy concretos, tal vez buscando que nadie pudiera verlos o detectar ningún tipo de señal pero, si Margaret se separaba un momento del evento que se estuviera celebrando o llegaba un poco más tarde, aparecía repentinamente y la distancia a la que lo hacía era absolutamente intimidante. Parecía como si la estuviera cortejando, pero sin palabras y abusando de su físico imponente. Un cortejo que, cuando menos, a la joven se le hacía extraño o imposible, ya que había suficientes razones para descartarlo.

En primer lugar, era un conde con capacidad económica indudable. Por lo

tanto, no podía imaginar que la causa de su acercamiento fuera el título. En segundo lugar, se trataba de un candidato que podía encontrar cualquier doncella mucho más digna y adecuada. Para empezar, una doncella virgen, sin hijos a los que tener que cuidar y criar. Pero, en tercer y último lugar, precisamente por la gran amistad que le unía a Martin.

Margaret había entendido rápidamente que el ataque despiadado al que se vio sometida el primer día respondía, justamente, a una protección o venganza por cuenta de otros. Estaba también segura de que Martin no lo había enviado y era incluso posible que le hubiera pedido que la dejara en paz.

Pero el cambio de actitud no podía ser baladí. No entendía a qué respondía, pero seguro que tampoco era a un repentino interés amoroso.

Lo único que de verdad la desconcertaba, es que sí había advertido que procuraba realizarlo siempre que nadie podía verlos. Así que lo único que no podía descartar del todo es que aquel sujeto creyese posible convertirla en su amante. Era lo único que no era descabellado. Podía despertar ese interés para determinados hombres que, libres de ataduras y compromisos, buscaban un divertimento fácil y al tiempo experimentado.

Esa sensación la hacía sentirse

claramente más infeliz, y no sólo por lo que de burdo interés representaba, si no porque sentía como si el único sentimiento que pudiera despertar en los hombres, era justamente aquel respecto del que ella menos podía aportar. Al final, acababa pensando que su vida estaba siendo sometida a una constante y continua espiral que la llevaba siempre a las mismas experiencias. Todo lo que ella había querido ser, con lo que había soñado, se deshacía cada minuto, y quedaba relegada a lo que cualquier otra mujer de la época o, mejor dicho, a cualquier otra mujer sin excesiva suerte.

Con Martin era más fácil, aunque no por ello la facilidad resultaba, en este

caso, más reconfortante. Lo cierto es que él no mostraba ningún interés en acercarse a ella si no que, más bien al contrario, parecía que buscaba también el punto más equidistante. Cuando, más allá de esos eventos sociales, venía casi cada tarde a recoger a Florence, la mayoría de las veces se quedaba fuera en la puerta, esperando.

Margaret había intentado no pensar en ello, mostrarse absolutamente hierática. Si no pensaba, si se negaba a sí misma ningún tipo de reflexión sobre el tema, podría conseguir su propósito que parecía que, cada vez, era más posible: impedir que su corazón se lanzase a una loca carrera cada vez que

le veía.

En alguna ocasión, no había podido evitar espiar esos encuentros entre Martin y Florence. Los miraba empezar a caminar uno al lado del otro, sin tocarse, pero lo suficientemente cerca para notar la presencia del uno junto al otro. La veía a ella cómo lo miraba con absoluta devoción. Reconocía la sonrisa amable de él, aquella que buscaba infundir confianza y tranquilidad. Y Margaret sentía cómo el estómago se reducía y unos deseos enormes de gritar la atenazaban. No era tan sólo que su tiempo ya había pasado. Es que era obvio que Martin no sentía nada por ella y que aquella dulce criatura ocupaba

todo su pensamiento. Afortunadamente, si algo había aprendido en aquellos tres años, era a reprimir sus propios sentimientos e, incluso, ser capaz de poner al mal tiempo toda la buena cara posible. Los niños se lo ponían fácil y resignarse a que aquello tenía que ser su presente y su futuro, pese a lo que suponía, era mucho mejor que la vida de aquellos últimos años.

Sin embargo, todo ello la estaba sometiendo a una continua presión y, aunque Margaret creía que estaba soportándolo debidamente, desde hacía un par de días había notado cómo la cabeza le daba continuas vueltas y un malestar continuo la atenazaba. Intentó

especular sobre la causa y, en ese sentido, debía reconocer que el insomnio estaba siendo una característica continua desde que había llegado a Londres, lo que no debía ayudar mucho. Pero también podía deberse a un virus y eso le preocupaba por el contagio que podía suponer al resto de miembros de la familia, de manera muy especial a los niños.

En cualquier caso, en las últimas horas, le era muy difícil mantener la estabilidad cuando intentaba estar en pie y casi era peor cuando se tumbaba en la cama. Como consecuencia de ello, tampoco había sido muy fácil probar bocado y, cuando lo había hecho, no lo

había podido mantener en su estómago.

Empezaba a estar realmente preocupada. Lady Scandy le había prohibido hacer nada más que velar por su propia salud, de manera que la doncella se ocupó aquel día totalmente de los niños; pero, en un par de ocasiones, su hijo Arthur había asomado su cabecita por la ventana y su expresión le partió el corazón. En ese momento, fue plenamente consciente de lo que significaba ser la única persona de referencia de aquella criatura y eso todavía le produjo mayor ansiedad.

—Margaret. —Era la voz dulce de Florence desde la puerta, ya que habían decidido, por si acaso, que nadie la

traspasaría—. ¿Estáis visible? Ha venido el doctor a visitaros.

Margaret sintió un ahogo. Martin estaba allí. Tenía que haberlo supuesto. Si era el médico de la familia, lo lógico era que lo hubieran avisado.

—Sí, por supuesto.

Y, mientras lo decía, sin darle tiempo a nada más, lo vio entrar y cerrar la puerta a su espalda. Intentó levantarse con rapidez, pero eso sólo provocó muchos más mareos, por lo que su objetivo de aparentar salud se fue al traste inmediatamente.

—Eh, eh, eh —dijo él muy suavemente—. ¿Qué pretendéis? Esperad que yo me acerque. Eso me toca

a mí.

Margaret cerró los ojos, a ver si así conseguía que su sensación de estar en un tiovivo desapareciera. Sin abrirlos, notó su olor y su cercanía. Oyó cómo dejaba el maletín sobre la cama y sintió cómo se sentaba en el borde. Si hubiese podido desaparecer allí mismo, lo habría hecho.

—A ver, explicadme ¿cómo son esos mareos?

Abrió los ojos y los fijó en él. Si se mantenía muy quieta parecía que remitían. Le explicó eso y también que, cuando se levantaba, la sensación era muy similar a la de ir viajando en barco, por lo que las náuseas podían ser la

consecuencia y no la causa.

Martin escuchaba atento e hizo un par de preguntas para intentar descubrir más sobre la dolencia de la condesa. La trataba con una corrección exquisita. Con suprema delicadeza. Como si de verdad lo que primara entre ellos fuera una buena amistad.

Margaret apreció que esa actitud era producto de su profesionalidad. Imaginó que acercarse a un enfermo pasaba por ganarse la confianza del mismo y eso estaba haciendo él. Procuraba relajar el ambiente, distender los ánimos y crear un clima de total confianza.

Al cabo de unos instantes sacó del maletín un tubo largo.

—Esto es un estetoscopio ¿lo conocéis?

Ella negó con la cabeza.

—Necesito escuchar vuestro corazón. ¿Me permitís?

Margaret accedió y entonces vio cómo Martin primero desabrochaba los primeros botones del camisón. Un tumulto de recuerdos apareció en su mente. Otros momentos en los que no había estetoscopio de por medio, ni mareos, ni formalidades. Aquellos instantes en los que todo venía precedido de unos ojos llenos de pasión taladrándola y un sentimiento que rayaba la felicidad más absoluta. Cerró los ojos y aguantó la respiración para impedir

que se le desbocara.

—Tenéis que respirar, Margaret. Inspirando y expirando con suavidad.

Ella pensó que eso era mucho más fácil decirlo que hacerlo, pero lo intentó. Él colocó aquel cilindro sobre su piel en el inicio de sus pechos y se preguntó si iba a notar que el corazón se le había desbocado. Tal vez creyera que esa era la causa de todo, cuando en realidad nada tenía que ver con los mareos, o eso creía ella. Si él escuchaba esos latidos ¿lo confundiría con la enfermedad que la estaba asolando o se percataría de que ella no podía hacer otra cosa en su presencia? Se revolvió inquieta.

—Margaret —le dijo él de nuevo con una especial suavidad—. Respirad hondo. Relajaos.

Ella le miró y entonces él inspiró muy hondamente como si así, mostrándole cómo debía hacerlo, ella pudiera imitarlo. Ella le siguió sin dejar de mirarle a los ojos. Parecía que sí, que de esa manera se relajaba.

—Bien, eso está mejor —pronunció Martin—. Ahora necesito auscultaros en la espalda. Incorporaos con cuidado.

Para hacerlo, él la tomó de uno de los brazos. Notar su mano en su piel volvió a lanzarla a la locura de su corazón galopante. Con su ayuda se incorporó y, en ese momento, la

embargó de nuevo un horrible mareo. Él notó que las cosas no iban bien.

—¿Os mareáis?

—Sí —murmuró ella.

—Levantad las rodillas. Poned la cabeza sobre ellas y esperad —y pasados unos segundos le volvió a preguntar—. ¿Remite?

—Sí —dijo ella—, bastante mejor.

—Bien. Vamos a auscultar por aquí.

Y empezó a bajarle el camisón por los hombros dejando su espalda desnuda para poder colocar de nuevo el aparato sobre su piel y escuchar los latidos. Margaret se concentró en sus rodillas y procuró respirar como él le había mostrado.

—Ahora, dejadme veros de nuevo. Le levantó la cara tomándola por la barbilla y le observó la línea de los ojos. Después puso sus dedos por detrás de su oreja y fue dando ligeros toques hasta llegar a su garganta, donde también palpó como si estuviese tocando una canción en el piano. Cada contacto de él era una tortura para ella por dos sentimientos absolutamente distintos. Por un lado, y pese a su debilidad general, sentir sus manos la hacía desearlo profundamente. Casi le hubiera suplicado que posase la palma de la mano completa en su piel, que la poseyese allí mismo,

que la hiciese temblar como ella recordaba y aplacar la humedad que se le estaba concentrando en su vulva sin remedio. Por otro lado, quería que se fuera, que desapareciera inmediatamente, que se disolviese en la nada.

Cerró de nuevo los ojos, justo en el momento en que sus manos se posaron en sus hombros, cada una a un lado y recorrieron, dando ligeros círculos, la distancia que iba desde los hombros hasta el cuello.

Al llegar allí, Margaret sintió una especie de dolor sordo y dejó escapar un leve quejido. Martin primero dejó las manos muy quietas, aunque casi al

mismo tiempo volvió a presionar ligeramente en ese último punto.

Margaret volvió a gemir quedamente.

—¿Os duele? —preguntó él.

—Un poco.

—Bien, vamos a hacer una cosa.

Vais a estiraros sobre la cama atravesándola en horizontal y boca abajo, pero de manera que vuestra cabeza quede fuera de la cama.

Margaret le obedeció, aunque algo turbada. El camisón era suficientemente ligero como para que la forma de su cuerpo fuese evidente. No era vergüenza. Él ya la había visto, incluso totalmente desnuda. Pero aquella situación le estaba haciendo recordar

demasiadas cosas y su cuerpo estaba reaccionando físicamente con una fuerza incapaz de que su mente lo controlase.

Ponerse, además, boca abajo, le impedía ver lo que pudiera haber a su alrededor incluido él, así que a partir de ese momento tuvo que añadir la sensación de vulnerabilidad.

Oyó a Martin dar la vuelta a la cama y situarse delante de su cabeza. Abrió por un momento los ojos y vio sus zapatos, brillantes y lustrosos.

—Margaret, voy a necesitar que te relajes. —Su voz había sonado de nuevo suave y profunda al tiempo que no le pasó desapercibido que la tuteara—. Voy a intentar hacer algo que vi en uno

de mis viajes porque creo que eso te mejorará, al menos parcialmente, muy rápido. Pero no es una técnica que pudiera aplicar en este país de manera indiscriminada. Sólo me atrevería con alguien de muchísima confianza.

—¿Va a hacerme daño? —preguntó ella algo espantada.

—En absoluto. Pero sí vas a tener que confiar en mí y relajarte. ¿Estás preparada?

—Sí —murmuró ella.

—Bien.

Entonces, se arrodilló frente a ella y volvió a posar sus manos en su cuello. Margaret notó un escalofrío, seguido de nuevo por aquel sordo dolor. Martin

empezó a masajear en círculos la zona y cada vez ampliaba más esos círculos. Del cuello pasó a los hombros y de allí a los omóplatos para seguir bajando, siempre en círculos y por debajo de su camisión, por la espalda. Reconociendo casi, casi, cada una de sus vertebras y volviendo a subir cada cierto tiempo a su cuello para ejercer una pequeña presión allí donde aquel remitente dolor se encontraba.

Margaret estaba cada vez más turbada. Sentir sus manos recorriendo su espalda hasta la base misma de las caderas, era mucho más intenso que lo que había experimentado hasta ese momento. Su zona íntima estaba más y

más húmeda y un ligero cosquilleo estaba recorriendo todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Deseaba a aquel hombre. Lo deseaba por encima de cualquier cosa, y esa sensación tan física no la estaba ayudando en absoluto a combatir el sentimiento que de verdad la roía: el profundo amor que todavía sentía por él.

Se concentró sin embargo en percibir aquellas manos como las de un profesional porque, en realidad, todo aquel deseo que se le había despertado provenía, totalmente, de su mente calenturienta. Martin en ningún momento parecía tratarla de otra forma que como un médico con su paciente y,

aunque a la vista del masaje que le estaba practicando, entendía a la perfección su comentario a la necesidad de que mediase entre ellos total confianza, se trataba sólo de eso, de una práctica profesional.

Además, lo cierto era que empezó a sentirse mucho mejor. El dolor del cuello parecía remitir y la sensación de bienestar era total.

Al cabo de bastante rato, los movimientos en círculo perdieron intensidad en la presión hasta casi tratarse de un leve roce de la punta de sus dedos. Margaret se sentía plácida y no se movió.

Finalmente, Martin le puso las

manos en los brazos y le dijo en voz muy baja:

—Ahora, incorpórate y túmbate de nuevo boca arriba sobre las almohadas.

Ella hizo lo que le pidió y al hacer todos esos movimientos se percató de que muchas cosas habían cambiado.

—No me mareo... ya no me mareo.

Martin sólo sonrió mientras la acomodaba y la cubría con las mantas.

—Decidme, ¿cómo dormís?

Margaret no pudo responder. Un punto de decepción se había despertado en su interior cuando reconoció de nuevo el tono formal, pese a que esa pregunta estaba siendo mucho más íntima de lo que él creía. Se ruborizó y desvió la

vista de él. Era absurda esa reacción si no fuera porque ella sabía que el insomnio estaba plenamente ocupado por los pensamientos sobre él.

—Me lo temía —continuó él aceptando con toda naturalidad ese gesto—. El sueño es una de las mejores medicinas. Es muy reparador. No dormir genera muchos más problemas de los que podáis pensar, Margaret.

Mientras hablaba, se había dirigido a su maletín y estaba rebuscando en su interior hasta que encontró una pequeña botella con un líquido en su interior. Buscó a su alrededor y, cuando descubrió en la mesita de noche junto a la cama el vaso de agua que andaba

buscando, se dirigió hacia allí y contó hasta diez gotas del líquido sobre el agua.

—Bebed —dijo tendiéndole el vaso—. Esto os hará dormir hasta mañana y creo que ya os sentiréis bastante recuperada. De todas formas, vais a necesitar algo más para vuestra total recuperación. Debéis descansar más y comer mejor. Eso os hará dormir bien. Creo que, en unos días, si os portáis bien, podréis daros por curada. Si no fuera así o al mínimo síntoma que podáis sentir, será imprescindible que me llaméis. ¿Lo habéis entendido?

Margaret sólo pudo asentir con la cabeza, aunque sus pensamientos le

estaban indicando que iba a ser difícil resistirse a mentir si con ello podía conseguir volver a notar esas manos cálidas sobre su espalda.

—Bien, pues nada más. Que tengáis un buen día, condesa.

Y el uso del título fue casi peor que un jarro de agua fría. No había habido ningún síntoma de que las cosas hubieran cambiado entre los dos, pero por algún momento, Margaret había querido creer que todo lo malo que les separaba había desaparecido, cuando en realidad el muro infranqueable continuaba allí sin duda.

Martin se alejó. Abrió la puerta y salió al pasillo cerrándola tras él. Justo

al hacerlo se quedó absolutamente inmóvil. Empezó a respirar muy profundamente. Era él quien intentaba relajarse. No podía bajar al salón en aquel estado. Había procurado, y creía que conseguido, que Margaret no se diese cuenta de su estado de excitación. Haber visto sus hombros desnudos, tocar su espalda por debajo de la ropa, notar su piel, oírla respirar y casi gemir... Era demasiado para él y, pese a que se había concentrado todo lo que había podido en no olvidar que, en aquel momento, estaba actuando como médico, la parte más sensible de su cuerpo no lo había conseguido y mostraba una tremenda erección.

Así que, antes de bajar las escaleras, debía serenarse, buscar la manera de que aquello se aplacase. Pensó en Florence, pero no fue suficiente. Intentó repasar la tabla periódica de los elementos que tanto le había costado memorizar en sus tiempos de estudiante, aderezándolo con las maldiciones a Mendeleïev. Siguió con la lista de los huesos humanos. Y, aunque entre nombre y nombre, la imagen de Margaret iba apareciendo, pudo conjurar la excitación y conseguir el estado de relajación necesario.

Descendió las escaleras poco a poco y, al oír voces en el salón se dirigió hacia allí. Al llegar, vio a los Scandy

sentados en sus respectivas butacas, mientras que Florence hacia labores de costura en un pequeño sofá cercano. Sin embargo, lo más extraño fue ver al conde Charmington.

—Oh, querido doctor, díganos ¿debemos preocuparnos por la condesa? ¿Hemos de aislarla de los niños?

—No, lady Scandy, no padezcan. No es nada grave y mucho menos contagioso.

—Gracias a Dios —esta vez fue el conde de Scandy quien habló.

—¡Oh, sí! —dijo su esposa—. ¿Se da cuenta, Conde? —y lo dijo dirigiéndose a Charmington—. No tiene de qué preocuparse.

Martin miró a su amigo con gesto inquisitorial. Al parecer, por el comentario que estaba haciendo la señora de la casa, su presencia no era circunstancial ni casual; había venido preguntando por Margaret. Recordó cómo en las últimas veladas sociales, había visto a su amigo fijando la mirada en ella con más insistencia de la que podía considerarse normal. Hasta esos momentos no había reparado especialmente o no lo había analizado, pero, ahora, todos esos momentos se le antojaban esenciales para entender la presencia de Charles de Charmington en aquella sala.

—Pero, entonces, ¿qué le ocurre?

Parecía tan enferma —preguntó Florence.

—Se trata de un problema tensional. Me temo que está sometida a una presión que deberá relajarse, al menos inicialmente, y ver hasta qué punto puede ir asumiéndola.

—Pero, ¿presión?, ¿a qué se refiere?

—Lady Scandy, no he podido hablar con la Condesa hasta ese punto, no sólo porque en estos momentos estaba muy indispuesta, sino porque requeriría un tiempo y un grado de confianza que yo no poseo. Pero me atrevería a decir que esa mujer ha pasado, en demasiado poco tiempo, por experiencias excesivamente convulsas y que, encontrarse aquí, fuera

de su hogar, lejos de su arraigo, absolutamente huérfana de familiares cercanos, al tiempo que debe mantener las formas y la compostura por las convenciones sociales, pero también como responsable y tutora de dos niños, no está ayudando nada.

—Dios mío, visto así, doctor, creo que hemos sido todos unos absolutos desalmados. —El conde de Scandy estaba realmente afligido

—Por favor, no se sientan culpables. No creo que el doctor haya querido decir eso —ahora era Charmington quien hablaba—. Piensen que su situación, de no estar aquí, sería infinitamente peor.

—Sin duda —respondió Martin—, es cierto. Lo único que, tal vez, no hemos calculado bien es al ritmo al que debía incorporarse a la intensa vida social de Londres.

—Se me ocurre una idea magnífica —volvió a intervenir el conde de Charmington—. Puedo llevarla a mi mansión de Canterbury. Yo tengo que ir a recoger a mi primo, el marqués de Cien, que viene de Francia, de curarse unas dolencias pulmonares. La dejo con mi hermana que en breve va a tener una criatura y le sentará bien rodearse de otros niños. Cuando regrese de Dover con mi primo, volveríamos a Londres. Serán unos diez o quince días. Suficiente

para su descanso.

—Y, mientras tanto, ¿los niños? — preguntó lady Scandy.

—No los llevamos también — respondió el conde.

—Sería una idea excelente, ¿no le parece, doctor? —ahora era el conde de Scandy quien hablaba.

Martin tenía los ojos clavados en su amigo. Un sentimiento doloroso le atenazaba el estómago, aunque no sabía definirlo con exactitud. Por un lado, se trataba de la posibilidad de que Margaret desapareciese de su esfera más próxima. Él había procurado todo aquel tiempo mantenerse lo más alejado de ella. Pero de lo que se hablaba era

justamente de llevársela lejos, a un día de distancia, y no saber nada de ella durante como mínimo diez días unido a la leve amenaza o recordatorio de que el tiempo avanzaba inexorable y Margaret se iría con la familia Charmington. Por otro lado, saberla cerca de Charles de Charmington, el poderoso, guapo, joven y arrollador conde. Él era su amigo. Siempre lo había sido. Supuestamente no era capaz de traicionarlo, pero tampoco estaba claro si aquello podía ser catalogado de traición. A fin de cuentas, nada le unía a Margaret e, incluso, se suponía que iba a casarse con otra mujer. Sin embargo, debía reconocer que los celos recorrían cada

neurona de su cerebro sin que el sentido común pudiera aplacarlos.

—Doctor —insistió el conde de Scandy—, la propuesta de Charmington ¿sería saludable para nuestra Margaret?

—Ciertamente, sí —tuvo que reconocer Martin—. El campo le sentará bien y la presencia de los niños la ayuda mucho.

—¡Bien! —Su amigo estaba exultante— ¡No hay nada más que hablar! Prepararé mi equipaje y pasado mañana por la mañana recogeré a la condesa.

—Y a los niños —recordó el doctor.

—Y a los niños, sin duda, querido amigo.

Los dos hombres se
miraron

directamente a los ojos. En la mirada de Charmington había un brillo de diversión y de reto. En la mirada de Golshmit preocupación y advertencia.

—Yo ayudaré a Margaret con las tuyas y con la de los niños —dijo Florence.

Martin decidió irse. Su presencia allí no era necesaria y, además, necesitaba aire puro para respirar. Recogió sus cosas y, saludando a la familia, se dirigió hacia la puerta. En el último momento se giró hacia su amigo.

—¿Te quedas, Charles?

—Sí —respondió—, un poco más.

Quiero hablar con el Conde. Nos vemos,
Martin.

—Nos vemos.

Y cerró la puerta tras de sí.

CAPÍTULO 12

Aquella noche había sido él quien no había podido pegar ojo. Debería haberse tomado también las diez gotas del Mulungu, la misma planta que le había administrado a Margaret y que se había descubierto hacía relativamente poco tiempo desde los confines de Sudamérica.

Durante toda la mañana, intentó estar lo suficientemente ocupado para no tener que pensar, así que se dedicó en cuerpo y alma a las tareas habituales del

hospital, pero quiso también acudir a las urgencias, donde no era habitual ver a un médico ya acomodado como él. Sin embargo, era el mejor espacio para tener la mente ocupada, ya que los asuntos que aparecían solían requerir una especial diligencia y velocidad, concentrando todos los sentidos.

A primera hora de la tarde, todavía sin comer, recibió una nota del ayudante de cámara del príncipe Alberto para que fuera a visitarlo. La amistad que les unía desde que habían compartido meses de viajes no siempre fáciles por tierras ignotas, no le hacía suponer que estuviera enfermo, pese a que esa amistad era en muy buena parte la causa

de su éxito en Londres, al haberse convertido en el médico personal de la familia real y, por ende, del resto de la aristocracia londinense de la época.

Se cambió con rapidez de ropa y se dirigió al palacio pero, a esas alturas del día, la angustia ya le atenazaba el estómago con demasiada fuerza como para poder mostrarse tranquilo.

Sólo quedaban unas horas para que ella se fuera. Mejor dicho, para que Charmington se la llevara. Así que lo único que de verdad quería hacer era ir a casa de su amigo y pegarle un puñetazo en toda la cara. Sabía, con toda seguridad, que la idea de Charles no había sido inocente. Sabía que estaba

tramando algo. Y no se sentía nada tranquilo pese a la amistad que supuestamente les unía.

Al llegar a palacio sólo tuvo que esperar unos minutos antes de que apareciese el esposo de la reina.

Impecablemente vestido, como siempre, le mostró una gran sonrisa al verlo y se abrazaron, pues hacía mucho tiempo que no se habían visto. Pasaron a uno de los salones y después de intercambiar los típicos saludos más protocolarios, el príncipe Alberto no dudó en tratar el asunto que le preocupaba.

—Me explican que el número de enfermos por insuficiencias

respiratorias está subiendo alarmantemente en los últimos días. ¿Es esto cierto, Martin?

—Sí, Majestad. No os han informado mal. Los niveles de insalubridad son muy importantes. Pese a que no está siendo un invierno duro, lo cierto es que la combustión del carbón sigue siendo importante y la falta de lluvia no ayuda a limpiar el ambiente.

—¿Y qué me aconsejáis?

—Deberíamos indicar a la población que restrinjan el uso de las calderas a las noches y esperar a ver si, por fin, la lluvia vuelve a nuestra ciudad.

—De acuerdo, doctor. Así se lo haré

saber al Primer Ministro.

El príncipe se quedó unos instantes con la mirada perdida. Cómoda y relajadamente sentado, parecía no tener prisa para dedicar su tiempo a una larga conversación. Martin, sin embargo, se revolvió inquieto. La continua amenaza de la marcha de Margaret estaba presente en su cabeza con insistencia y, aunque dudaba hasta qué punto debía ir a verla con alguna excusa, prefería no sentirse atrapado en aquella estancia y poder decidirlo con libertad de movimientos.

—¿Os preocupa alguna cosa, querido amigo? —El príncipe Alberto lo miraba inquisitivamente.

Martin no quería mentirle, pero tampoco quería insistir más en su propia agonía. Cuanto menos lo verbalizara, más pronto conseguiría adormecer esa tensión, de la misma manera que lo había conseguido durante aquellos tres años largos.

—Nada que deba preocuparos a vos, majestad.

El príncipe levantó una ceja como respuesta, pero insistió en la mirada.

Martin sabía que eso sólo podía significar una cosa: la respuesta no había sido suficiente.

—Os lo prometo, Majestad. Creo que tenéis suficientes problemas con vuestras ocupaciones habituales como

para preocuparos con los avatares domésticos de un médico. —Martin procuró hacer aflorar un tono que delatase cierta chanza—. Además, ni siquiera mis pensamientos son verdaderas preocupaciones, sólo pequeñas perturbaciones que, con toda probabilidad, estén dotando de color una existencia un tanto monótona.

—He hablado con Charles —respondió el príncipe, dando por hecho que la respuesta era suficientemente explícita.

Martin notó cómo la rabia le subía por el cuerpo. Charles. Siempre él. ¿A qué venía que se inmiscuyese? ¿A qué jugaba?

—Charles haría bien en concentrarse en sus propios asuntos.

—Ja, Ja, Ja —la risa del Príncipe sonó franca y cantarina—. Hablando de Charles de Charmington eso es materialmente imposible.

—Pero a veces va mucho más allá de lo recomendable.

—En cualquier caso, Martin, quiero que sepáis que yo también puedo ser vuestro amigo, y que no siempre los remedios más convencionales son las mejores soluciones para resolver todos nuestros problemas.

—Tal vez no, Majestad, pero sí son con toda seguridad las más contrastadas y aceptadas.

—Martin, ¿recordáis cómo nos hicimos amigos?

—¿Cómo olvidarlo? —Y en su mente aparecieron las imágenes horrendas que lleva aparejada una violenta batalla y los sonidos terribles que hacen los hombres cuando ven tan de cerca la muerte.

—Me salvasteis.

—Nos salvamos ambos.

—Encadenamos una acción tras otra, de acuerdo, pero todo empezó con la acción más arriesgada de todas.

Martin recordó el momento en el que vio a aquel que ahora era su amigo, pero también su monarca, aunque en ese instante no pudo reconocerlo. Gritaba de

dolor y su cuerpo estaba semi cubierto por el agua que ya amenazaba con hundir el barco. En una rápida mirada, el joven doctor pudo constatar que una astilla de gran tamaño cruzaba su pierna derecha, aunque la temperatura del agua había reducido la hemorragia suficientemente. Cuando quiso ayudarle a salir de allí, se percató de que su brazo estaba totalmente atrapado con las gruesas cadenas de hierro que anclaban los cañones y por más que intentó sacarlo de allí, aplicando toda la fuerza que podía, no hubo manera. El agua seguía subiendo y el tiempo se acababa. Los dos hombres se miraron a los ojos en lo que podría ser una muda despedida.

Martin se resistía a abandonar a aquel hombre pero sabía que, si no lo hacía en breves minutos, sería él quien también se encontraría en serios apuros. Volvió a mirar la cadena y vislumbró la solución. Una locura, seguramente, pero prefirió no dudar ni un segundo y, con un rápido y certero movimiento, dislocó el hombro de aquel hombre encadenado y eso le facilitó arrancarlo de aquella trampa.

El grito que lanzó el herido fue aterrador, aunque al sentirse segundos después liberado, casi lloraba de alegría. Martin se lo cargó a su espalda y emprendió una rápida huida hacia el exterior del barco, justo a tiempo de poder subir al último bote que unos

marineros estaban arriando.

El barco se hundió sólo unos minutos después de que los hombres, todavía jadeando, se alejaran de aquella masacre. Martin miró a la víctima y pronunció unas breves palabras:

—Y ahora señor, hay que arreglar de nuevo este desaguisado y ocuparnos de una vez por todas de la herida principal.

El príncipe Alberto se preparó para sentir de nuevo aquel dolor agudo, sin embargo, sus escasas fuerzas ya no le permitieron aguantar mucho más y se desmayó.

Al despertarse, ya en el hospital, lo primero que hizo fue preguntar por su salvador y, a partir de ese momento y

durante todo un año, fueron inseparables y tuvieron infinidad de nuevas oportunidades por las que unas veces uno y otras veces el otro, se salvaron la vida, se protegieron y se comprendieron con sólo mirarse.

—Tuvisteis que dislocarme un hombro para salvarme. No me diréis que esa era la solución más convencional.

—Majestad, esa era la única solución. Pero, si hubieran existido dos opciones, no dudéis que hubiera optado por aquella que tuviera la aprobación de la mayoría.

—Os mentís a vos mismo. No olvidéis que tenéis el maletín repleto de extrañas esencias nada aconsejables por

la Academia.

En ese momento, el Jefe de Gabinete entró en la estancia y con discreción le hizo un gesto al príncipe, que indicaba que debía atender otras obligaciones.

—Majestad, creo que debo irme.

—Sí, Martin —y le tendió la mano—. Por favor, no olvidéis lo que os he dicho y recordad que yo también soy vuestro amigo.

—No sólo no lo olvido, sino que me siento sumamente orgulloso.

Martin abandonó el palacio con la mente algo confusa y empezó a andar sin proponerse ningún rumbo determinado, sólo dejando que sus pies marcasen el camino y perdiéndose así en sus propios

pensamientos.

Sin embargo, su subconsciente jugó bien su papel y cuando todavía quedaba algún vestigio de la luz de la tarde, pero ya podía verse la luna, se encontró frente a la casa de los Scandy. Había luz en su interior, tanto en el piso de abajo como en el de arriba, lo que significaba que su aparición no se consideraría excesivamente intempestiva pese a la hora. Martín se debatió por unos minutos sobre cuál había de ser su comportamiento. Debía buscar una excusa a su presencia y la tenía, así que llamó a la puerta.

Si el mayordomo que le abrió consideró su visita inoportuna, en ningún

momento hizo ademán que lo confirmase y lo dirigió sin mediar palabra a la salita donde las visitas solían esperar. Martin no podía sentarse y empezó a dar vueltas por aquella pequeña habitación.

Finalmente, oyó cómo la puerta se abría y se preparó para saludar a lady Scandy. Sin embargo, se quedó petrificado al ver a Margaret. Tenía mucho mejor color de cara, aunque su mirada continuaba presa de aquella sombra gris de tristeza que sólo parecía abandonar en contadas ocasiones y sólo cuando estaba con los niños.

Llevaba un vestido de color lavanda con los hombros descubiertos y unas mangas que acababan en unos bordados

de color avellana, el mismo color que ribeteaba el escote y recogía en pliegues su falda.

—Doctor —murmuró ella.

—Condesa —respondió él tomándole la mano y acercándola a sus labios para mantenerla a tan sólo unos milímetros.

—Los Scandy se encuentran en la ópera. No van a poder atenderle. Tampoco está lady Fanthom.

—¡Ah! Lo siento. Tal vez debí avisar antes o... lo cierto es que sólo quería saber si os encontrabais mejor.

—¡Oh, sí! —respondió rápidamente Margaret, sin poder evitar ruborizarse—. Estoy mucho mejor. No tendríais que

haberos molestado.

—Pero, ¿habéis notado nuevos mareos? —insistió Martin.

—Ligeros, muy ligeros. Casi imperceptibles.

Margaret se restregaba las manos en señal evidente de nerviosismo. Martin no estaba tampoco más tranquilo. El corazón le palpitaba a ritmo galopante. Ambos estaban recordando, sin lugar a dudas, el masaje que había tenido lugar el día anterior. Él se sintió ruin al colocarla en aquel aprieto. Sabía que no había sido fácil para ella puesto que para la sociedad inglesa aquel tipo de tratamientos correspondería, poco más o menos, al comportamiento de una mujer

de los bajos fondos.

El día anterior, Martin había actuado totalmente como un médico y sabiendo que aquella era la solución, la única solución, aunque no la convencional. En el día de hoy, sin embargo, sus intenciones ya no eran tan profesionales. De eso era consciente. Sólo sabía que Charles se la iba a llevar y que no la podría ver y eso le atenazaba el estómago y la garganta.

—¿Me permitís?

Ya estaba dicho. Estaba siendo detestable. Se estaba aprovechando de su condición de médico para poder tocarla otra vez. Margaret lo miró a los ojos. Su expresión era casi suplicante,

casi podía leerse la duda en sus ojos. La pregunta era obvia, pero Martin no podía ceder. Ahora ya no. Se acabó ser un caballero. Cualquier hombre de bien del mundo aristocrático se daría cuenta en esos momentos.

—Es sólo para comprobar que todo está bien —insistió.

Y entonces ella accedió. Se quedó muy quieta. Bajó la mirada y esperó. Martin se acercó y alargó las manos hasta su cuello. Ese cuello largo, de piel suave. Puso sus dedos en la base del cráneo y masajeó un poco la zona. Vio cómo la garganta de Margaret tragaba saliva y sintió bajo sus dedos su escalofrío. Extendió un poco más el

masaje hasta los hombros y notó cómo su miembro se endurecía hasta casi el dolor físico. Ella tenía ahora los ojos cerrados y él podía mirar su dulce rostro, su recta nariz, sus labios gruesos que no tenían todo el color, por cuanto ella los apretaba procurando mantener la boca cerrada.

Martin notaba en su interior la ácida sensación de un comportamiento incorrecto. Ella, que siempre había sido la espontánea y atrevida, estaba manteniendo claramente la compostura. Para el joven doctor sólo podía significar una cosa: estaba claro que los sentimientos de cada uno eran radicalmente opuestos. Ella era ahora

esa perfecta condesa. No había rastro de ningún tipo de sentimiento, ni siquiera de un ligero deseo. Ella, que había mostrado aquella tremenda fogosidad que a él tanto le había vuelto loco, estaba allí, contenida, tan sólo perturbada, con toda probabilidad, por una sensación de vergüenza ante el contacto excesivo desde los rígidos cánones de las normas de la aristocracia.

Siguió masajeadando toda la piel libre. Subiendo hacia la nuca y rozando su cara con los pulgares para luego descender hasta los hombros y alargar también los dedos acercándose al escote y al inicio de sus pechos.

Su erección se volvió cada vez más evidente y su respiración se agitaba hasta que, sin quererlo, surgió cierto rugido de su interior. Ante el sonido, Martin pudo comprobar cómo ella abrió ligeramente sus ojos, aunque, al mantener la vista baja, su mirada se posó ante la más que evidente protuberancia de su pantalón. Y entonces vio cómo sus labios se entreabrían y su pecho empezó a mostrar signos de una fuerte respiración. El deseo había aparecido. Él lo sabía. Ella volvió a cerrar los ojos buscando, muy probablemente, la calma en su interior.

Martin no pudo contenerse más. Detuvo bruscamente el masaje. Levantó

su barbilla con una mano y besó los labios de Margaret, notando su suave tacto como de terciopelo. Entonces ella abrió de nuevo los ojos y lo miró.

Su expresión fue de una profundidad que le dejó paralizado. No había miedo. No había vergüenza. Pero tampoco encontró deseo, ni odio, ni amor, ni rabia. Era más bien como si con ella pudiera explorar en el interior de él, como si se materializase en una pregunta, pero también parecía una advertencia.

—Lo siento —murmuró él apartándose. Y bajó la mirada.

Margaret se quedó quieta mirándolo. Esperó unos minutos hasta ver si

reaccionaba. Él se había girado y no podía verle la cara, pero sí notaba que su respiración era todavía muy fuerte.

En ese momento, se oyeron voces del exterior y, en seguida, la puerta de entrada se abrió para dar paso a los Scandy y a la joven Fanthom. Margaret salió presurosa a atenderlos.

—Amigos, ¿cómo ha estado hoy la representación?

—Fabulosa, querida —respondió el conde de Scandy—, creo que este nuevo tenor está rompiendo todos los moldes.

—¿Doctor? —exclamó

Lady

Fanthom—. ¿Qué hacéis aquí?

Todos los presentes se giraron hacia

la puerta de la pequeña sala donde se veía a Martin.

—Ya me iba. Sólo quería saber si la Condesa seguía bien. El camino hasta Canterbury es largo y no demasiado relajante.

—¡Oh, qué detalle, doctor! Es usted la bondad personalizada.

Margaret notó cómo Martin la miraba ante el comentario. Su expresión expresaba culpabilidad.

—El conde de Charmington vendrá a buscarles mañana por la mañana, muy temprano. ¿Lo tenéis todo preparado, Margaret? —Volvió a intervenir el conde de Scandy.

—Sí, milord. Tanto lo de los niños

como lo mío —y dirigiéndose a Martin prosiguió—: gracias por preocuparse por mi recuperación, doctor. Buenas noches.

Margaret se dirigió hacia su habitación sin volver a mirar atrás, aunque podía notar la mirada de Martin clavada en su espalda. Su único objetivo estaba ahora en intentar que la noche pasara rápida y marchar al día siguiente lejos de allí. Había sido un tremendo error quedarse en aquella casa. Desde el momento en que lo vio, debería haber ingeniado cualquier excusa y marchar, alejarse. El problema no era ya que su corazón se revolviese inquieto cada vez que le veía, sino que, además, podía

salir muy malparado de aquella situación.

Estaba claro que Martin la deseaba. Su reacción, sumamente física, así se lo había confirmado. Pero aquel beso le había demostrado súbitamente que el final de aquella historia sólo podía abocarse a la desgracia. Martin estaba casi comprometido con la sobrina de la mujer que con tanta amabilidad la había acogido a ella. Mayor traición por su parte no cabía. Y, al final, ella se vería también arrastrada a ser la amante, durante unos pocos meses, los pocos en los que Martin pudiera saciarse para después continuar con una mujer mucho más bonita y mucho más joven. Después

la abandonaría y qué sería entonces de ella. Aunque pudieran mantener la discreción, su corazón quedaría destrozado, puesto que no podía evitar amarle con desesperación. Es cierto que el amor también la estaba matando en ese momento, pero la resignación había sido una constante en su vida y, si procuraba no dejarse engañar por ilusorias esperanzas y no daba alas a sus sentimientos, podría acabar llevando una vida suficientemente plácida.

Pero es que, además, el riesgo de que alguien se enterase era demasiado alto. Eran demasiadas miradas, demasiada la cercanía y los encuentros comunes. Si alguien se percataba de

aquello, la vergüenza podía ser el menor de los castigos. El rechazo y la expulsión de ella y de su hijo podían ser mucho más dolorosos.

Aquella noche sólo pudo conciliar el sueño a ratos y lo que ocurría por su mente la llevaba una y otra vez a angustiosas pesadillas. La imagen de Martin, su mirada oscura al haberla besado, sus manos sobre su cuello acariciándola para al siguiente apresarla y no permitirle respirar, era todo lo que surgía de entre los sueños.

Finalmente, el día empezó a clarear y Margaret se levantó rápidamente, como si así pudiera acelerar el momento de su marcha, que era más bien una

huida.

Se vistió, acabó de meter las últimas cosas en la maleta que había dejado medio dispuestas el día anterior y bajó hasta la cocina para poder almorzar alguna cosa y preparar unos sándwiches para Lucinda y Arthur.

Cuando ya lo tenía todo listo, se dirigió a la habitación de los niños y, primero con uno y después con el otro, les ayudó a vestirse y también a introducir los últimos enseres en sus maletas.

Sin que todavía se hubieran levantado las doncellas de la casa, Margaret se encontraba a punto y sólo tenía que esperar el coche del conde

Charmington y, aunque la perspectiva de pasar todo el día en ese habitáculo minúsculo con aquel hombre imponente no era demasiado agradable, desaparecer de aquel Londres oscuro y gris era, siempre, mucha mejor perspectiva.

Para entretener a los niños, les estuvo leyendo un rato y también iniciaron un juego por el que escribieron todos aquellos objetos que creían que podrían encontrar en el ambiente rural. Margaret tenía pensado hacer excursiones cada uno de los días que pudiera disfrutar de aquellas inesperadas vacaciones y buscar aquellos objetos como si fueran tesoros.

Al final, los sonidos habituales de la casa empezaron a emerger y la joven intuyó que faltaría muy poco para que Charles de Charmington apareciera. Optó por dirigirse a la sala donde las voces de los Scandy ya se oían y así permitir que se despidieran de su hija.

Mientras estaban, justamente, abrazando a la pequeña y dándole los últimos consejos, la campana de la puerta sonó y Margaret, presa de la excitación, casi se abalanzó sobre ella para poder salir.

—Mi querida condesa —pronunció el conde de Charmington con ironía—, os veo impaciente por marchar.

Margaret se dio cuenta de que debía

serenarse si no quería dar un espectáculo allí mismo. Así que se apartó a un lado para franquearle la puerta. Charles accedió al interior y cuando el mayordomo iba a cerrar, la sombra de otra presencia se hizo visible: Martin.

Al verlo, la sangre pareció abandonar su rostro y situarse toda ella en el estómago. Era demasiado temprano para las visitas y tampoco podía justificarse bajo motivos médicos puesto que, tan sólo hacía unas horas, había utilizado esa misma excusa, si es que lo que había alegado la noche anterior había sido una excusa.

—¿Qué hacéis aquí? —balbuceó.

—Debo hablar con los Scandy —
respondió Martin.

Margaret se apartó mientras veía cómo Martin se dirigía hacia la sala de estar de los Scandy. Charles de Charmington se había quedado a su lado con una media sonrisa en la cara.

—Si no os parece mal, Margaret, el mozo recogerá vuestro equipaje y lo irá depositando en mi carruaje

Era el conde quien hablaba y eso provocó que ella, por fin, pudiese reaccionar.

—Oh sí, por supuesto. Pero, ¿debo preocuparme? —dijo Margaret señalando hacia la sala de estar por donde había desaparecido Martin.

—Pues, no lo sé con seguridad, milady —respondió el conde renovando el tono irónico—. ¿Creéis que el doctor pueda decirle algo a los Scandy que pueda preocuparos?

Margaret creyó desvanecer ante esas palabras. ¿Qué estaba insinuando aquel hombre? ¿Sería posible que Martin le hubiera explicado a su amigo el incidente de la noche anterior? ¿Con qué objetivo?

—No, cuyo origen sea mi causa —respondió ella con firmeza, y mirándolo fijamente a los ojos continuó—: ¿insinuáis alguna otra cosa?

—¡Por Dios, condesa! Yo no osaría jamás —alegó mientras sus ojos

brillaban con una chispa entre divertida y retadora.

La condesa se dirigió hacia la sala justo en el momento en que oía al conde de Scandy decir con voz preocupada:

—Pero, ¿podemos, al menos, esperar a que deje mis asuntos en buenas manos?

—Sin duda, la alarma a la población se le hará llegar durante el día de mañana. Yo me he permitido avanzar la situación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Margaret al ver las caras de preocupación.

—El doctor nos ha avisado de que, en breve, van a dar aviso de evacuación

de la ciudad por la alta contaminación —respondió la anciana madre—. Es una suerte, querida, que pueda llevarse usted a los niños inmediatamente.

—Pero, ¿no debo ayudarles? Tal vez...

—No, por favor, querida Margaret. Adelántese usted. Nosotros llegaremos en unos días para recogerles e irnos a nuestra residencia de verano en Southampton.

—Bien, yo debo dejarles ya. Tengo muchas ocupaciones —interrumpió el doctor.

—Pero, doctor, ¿usted no abandonará Londres con nosotras? —ahora era la joven Fanthom quien

hablaba y su voz delataba ansiedad y preocupación.

—No lo sé, de momento debo organizarlo todo para que los pacientes del hospital de Londres sean trasladados al Oakwood. Una vez estén allí instalados, veremos dónde va a ser mi presencia más necesaria.

—Vamos, vamos, vamos —se oyó la voz socarrona de Charles de Charmington—, dejemos que nuestro querido doctor haga una vez más de héroe como lo hizo durante sus viajes de aventura y dediquémonos los simples mortales a huir como conejillos.

—Charles —la voz de Martin no dejaba lugar a dudas sobre su enfado—,

te ruego que no te lo tomes a chanza y llévate ya a Margaret de aquí.

Oír su nombre de su boca le provocó un respingo del que todos fueron conscientes y que generó más dudas sobre la conveniencia, por parte del doctor, de haber dado esa orden.

—Quiero decir... —continuó Martin — que los niños son más vulnerables a esta situación y deben partir los primeros.

—¡Oh sí, claro que sí! —Ahora era lady Scandy quien se mostraba asustada —. Por favor, Margaret, no se demoren.

—No habrá ninguna demora — respondió el conde de Charmington—. No lo dude, mi señora.

Y cogiendo a Margaret del codo la condujo hacia la puerta de salida donde los pequeños, ajenos a todo lo que estaba pasando, esperaban con la doncella.

Se introdujeron en el carruaje, sentándose ella al lado de Arthur y frente a Charles de Charmington mientras que la pequeña Lucinda se acomodaba junto al conde. El equipaje ya estaba bien colocado en el pescante y el día volvía a presentarse falto de lluvia.

Margaret miró por la ventanilla y vio las caras de todos los ocupantes de la casa, que habían salido a despedirlos, al igual que Martin, quien mostraba una

expresión neutra.

—Cuídate, querida —le dijo la anciana madre—. Disfruta de estos días alejada de nuestro tedioso ritmo.

—¡Oh, señora! No digáis esas cosas —respondió Margaret—, sois como mi propia familia.

—Estoy seguro —interrumpió Martin— de que el Conde sabrá darle lo que necesita para su disfrute.

No había asomo de sentimientos en esa voz, pero Margaret sintió las palabras como si de una tremenda puñalada se tratasen. Miró a Charles, quien seguía con esa medio sonrisa en la boca y un brillo especial en los ojos.

—No lo duden, amigos —se esmeró

en responder—. Margaret y los niños recibirán todas mis atenciones.

Y, dando un pequeño golpe en el techo del carruaje, anunció al chófer su decisión de partir. Los niños aplaudieron y durante los primeros minutos de aquel viaje se dedicaron a mirar por las ventanas y a hacer preguntas sobre todo lo que veían.

CAPÍTULO 13

Llevaba sólo quince días en la mansión de los Charmington en Canterbury y tenía la impresión de que había pasado mucho más tiempo. Casi diría que toda una vida, pues la sensación de tranquilidad que la embargaba hacía años que no la notaba

y, por tanto, se sentía como si fuese otra persona o si hubiese recuperado aquella Margaret llena de esperanzas que paseaba por los jardines de su casa en Gloucester.

Canterbury estaba impregnada del olor y el sabor de un mar mucho más cercano, pero tenía alrededor de la mansión tanto lomas suaves, alfombradas de una hierba verde, como frondosos bosques de abedules y nogales.

La rutina diaria de Margaret la había devuelto también a aquellos lejanos días de felicidad puesto que, nada más levantarse, podía salir a pasear por aquellos paisajes; aunque esta vez ya no

iba sola, sino que siempre la acompañaban tanto los niños como Elisabeth de Charmington, la hermana del conde de Charmington, quien compartía con su hermano únicamente la belleza indudable, aunque impregnada de la feminidad que la caracterizaba. Sin embargo, afortunadamente, el carácter en nada se parecía a su hermano. Ella era afable, considerada, sensible, atenta... en definitiva, en muy poco tiempo se habían hecho muy amigas.

No dejaba de ser, sin embargo, una experiencia muy interesante la compañía de los niños. Margaret veía en su pequeño Arthur que había emergido un carácter inquieto y dicharachero,

siempre atento a recibir novedades, curioso, pero al tiempo, reflexivo. Siempre se había caracterizado por una inteligencia bastante por encima de la media de lo que le correspondía por edad, pero las circunstancias que le habían rodeado habían escondido bastante sus aptitudes en la medida que había de quedar relegado a otras prioridades. Sin embargo, en aquel entorno libre, Arthur había demostrado que su inteligencia le permitía disfrutar de las mismas actividades no sólo que Lucinda, sino incluso las de Elisabeth y su madre. De manera que participaba también en las conversaciones, competía en los juegos a los que Margaret les

sometía para motivarlos, e incluso podía aportar reflexiones que ninguna de las otras tres personas había llegado a pensar, aunque formuladas con una inocente espontaneidad que les hacía reír.

Lucinda se desveló también como una niña encantadora. Tenía una intuición especial que la hacía también sobresalir, fundamentalmente en todo aquello que tenía que ver con la psicología humana. Sólo mirar a los ojos a una persona podía adivinar su estado de ánimo, pero no era esto lo que la hacía tan especial sino el hecho de que, como si fuera una persona adulta, adaptaba su manera de ser, sus deseos y

sus preferencias a ese estado de ánimo, sin que nadie tuviera que decírselo, avanzándose a las necesidades y evitando que nadie se sintiese incómodo. Margaret ya había comprobado durante los meses que habían estado en Londres, que además Lucinda también estaba ávida de nuevos conocimientos; pese a ello, la experiencia que ella les estaba haciendo vivir iba más allá de la lectura de los libros. Se trataba de vivir en la propia piel y descubrir la mayor parte de las cosas que iban aprendiendo. Y la intuición natural de Lucinda suponía una ventaja en esa enseñanza que no era explícita si no que iba encontrándose

con cada minuto, con cada paseo, con cada libro y con cada nueva persona que conocían.

Y es que, una de las actividades a las que aquellas cuatro personas se dedicaban sin descanso, era a contactar con la gente del pueblo, descubrir cómo el panadero hacía el pan, cómo el jornalero plantaba todas las hortalizas, cómo el ganadero extraía la leche o esquilaba la oveja... y cada una de esas actividades era después comentada, contrastada con lo que en los libros aparecía y buscaban si en todas las culturas se desarrollaba de la misma forma o había diferencias y discutían si una fórmula era mejor que otra.

Todo aquel conjunto de circunstancias había hecho de Margaret la persona más feliz del mundo y, extrañamente, se había olvidado casi por completo tanto de su condición actual como la amenaza futura de la que Charles de Charmington la había informado sin contemplaciones durante su trayecto hacia Canterbury y que pese a que, en apariencia, pendía de la voluntad de Margaret, se trataba de una voluntad demasiado limitada a la menos mala de las opciones.

Aquella mañana, sin embargo, no sabía por qué, sólo abrir los ojos, había recordado una por una las palabras que llenaron la conversación que

mantuvieron una vez el Conde se percató de que los niños se habían dormido, vencidos por el cansancio que la expectación del viaje había provocado.

Charles la miraba fijamente, manteniendo cierta sonrisa displicente en la boca. Parecía esperar algún comentario o explicación pero, como no se producía, finalmente optó por iniciar él la conversación.

—Espero que, de verdad, estos días en el campo puedan serle de ayuda para su recuperación.

—No lo dude, Conde. Creo que no ha sido más que un malestar pasajero pero, si con este viaje podemos hacer que los niños disfruten y, además, a la

vista de las noticias, sólo adelantamos en días lo que va a hacer medio Londres, no habrá más que considerarlo como un ligero avance.

—Efectivamente. Pero debo reconocer que en mi caso hay otra causa que me ha motivado con más hincapié.

Margaret levantó una ceja esperando a que el conde de Charmington acabase de informarla de sus intenciones y motivaciones.

—Mi hermana, querida Margaret, está sola en nuestra casa de Canterbury desde que su marido partió a las Américas por encargo del príncipe Alberto.

—¡Ah! Cierto. Creo que algo me

comentó lady Scandy. Espera un hijo ¿no es cierto?

—Así es —respondió Charles de Charmington—, y tengo esperanzas en que usted podrá darle la compañía que necesita tanto ahora como cuando el bebé haya nacido.

—Así lo haré, milord. Hasta que los Scandy vengan, me dedicaré a atender a su hermana.

—Tal vez deba alargar ese cometido, condesa —respondió Charles—, tal y como quedé con el conde de Scandy. Una vez que mi hermana tenga al bebé, usted pasará a prestar sus servicios en mi familia. No olvide que fuimos nosotros los que intercedimos

para su vuelta y eso es lo mínimo que se me debe por estos servicios.

Margaret palideció. El tono utilizado y la completa indiferencia hacia sus intereses, le advertía que su opinión allí no contaba y que era tratada como un vulgar objeto o como se trataría a cualquier doncella de baja clase social. Ella siempre había tratado bien a sus empleados, pero era obvio que nunca había podido imaginar cómo se sentían realmente cuando, entre los nobles, se intercambiaban sus servicios cuando así lo consideraban necesario. La referencia, además, a la intercesión no era más que una forma diferente de recordar que alguien se había hecho

cargo de todos los gastos que había supuesto el cierre de su casa en Boston y su embarque hasta Londres.

—Como indiquéis, milord. No dude que sabré recompensar las atenciones que su familia está teniendo conmigo.

—No son necesarias las gratificaciones, querida Margaret —respondió el conde—. No voy a negar que su presencia está siendo mucho más interesante de lo que creí imaginar cuando la hicimos venir de Estados Unidos y ese entretenimiento es suficiente estímulo.

Margaret se mordió el labio inferior para no responder y miró hacia el exterior dejando perder su mirada.

Charles de Charmington se incorporó un poco y se acercó a su oído para poder hablar en un tono en el que los niños, que dormían, pero sometidos a la ligereza del descanso que provocaba el traqueteo del carruaje, no pudieran escuchar.

—No hagáis eso, condesa — le susurró—, no os podéis imaginar cómo de irresistible se os ve cuando hacéis ese gesto.

Margaret le miró sorprendida. Ese hombre del demonio era descortés hasta cuando lanzaba un piropo. Dirigió su vista directamente a sus ojos y procuró recordarle con la mirada que ella seguía siendo condesa pese a todo.

El conde de Charmington volvió a sonreír. Sin dejar de mirarla retrocedió hasta su asiento, y de nuevo se acomodó.

—Lo cierto es, lady Margaret, que pese a lo interesante que es toda esta situación, yo, tal vez, la lamente tanto como vos —dijo otra vez él.

Margaret lo miró y sólo elevó un poco las cejas, como invitándole a continuar sin necesidad de hacer nuevas preguntas.

—Me refiero a que Martin es mi amigo. Yo diría que mi mejor amigo, puesto que el tarambana de Ressayre tiene demasiados amigos y conocidos con los que repartir su afecto. Y por eso, Margaret, mi preocupación y mi

desagrado son elevados.

—Conde, lamento decirle que no le entiendo, ni puedo entenderlo. — Margaret respondió con firmeza y convencimiento.

—Vamos, vamos, vamos. A estas alturas creo que es absurdo que neguemos lo evidente, ¿no, querida condesa?

—No sé a qué se refiere —volvió a insistir Margaret.

—Sí lo sabe. Deberíais reconocer que le partisteis el corazón a mi amigo y que vuestra presencia aquí sólo está sirviendo para revivir momentos dolorosos y someterlo a una dura prueba.

—Os recuerdo, señor, que yo vine

sin conocer las circunstancias que me iban a rodear, pero que tanto el doctor Golsmith como vos, creo imaginar, sabíais perfectamente de qué se trataba. Por tanto, no creo que los efectos de mi presencia no hubieran estado ya analizados y valorados, antes de tomar ninguna decisión.

—Tal vez, mi querida condesa, pero, a veces, las reacciones reales distan mucho de parecerse a la conducta imaginada o apropiada.

—Creo que está muy equivocado Conde, la conducta ha sido totalmente apropiada. El doctor Golsmith y yo tenemos una vieja amistad que, aunque puedo reconocerle que se contaminó de

otros sentimientos y finalmente se torció, ha prevalecido con la corrección que se merece, y no olvide que el doctor está a punto de comprometerse con lady Fathom.

—¿Está usted segura, Margaret? —Y mientras pronunció estas palabras, Charles apoyó los codos sobre sus rodillas en una posición intimidante.

Margaret dudó por unos segundos. De nuevo desconfiaba sobre si Martin le habría explicado a aquel hombre lo que había habido entre ellos en los dos últimos días y, sin poder evitarlo, volvió a notar el tacto de sus manos sobre su cuello y el de sus labios sobre su boca y no pudo por menos que estremecerse.

—Creo, Margaret, que no sois tan ingenua como aparentáis ser —prosiguió Charles— y, permítame que os lo diga con brusquedad, tampoco sois tan inocente ni tan víctima.

—Y yo creo, milord, que esta conversación debe acabar —pronunció intentando que su voz sonase suficientemente convincente.

—No, condesa. La conversación no ha acabado todavía. Pero voy a daros una alegría. Creo que vos y yo podemos compartir un objetivo común.

—Lo dudo, pero le escucho.

—¿Coincidís conmigo en que esta situación debería finalizar cuanto antes?

—Sí —respondió.

—Y ¿coincidirías también en que el final natural es que nuestro amigo Martin se case felizmente con su verdadera amada?

—Sí —susurró, ahora notando como si su corazón hubiese sido comprimido en un puño.

—Bien, pues no está ayudando nada que vos toméis esa actitud de dama recatada, tímida y alejada de los placeres que da la vida.

—¿Cómo? ¿De qué estáis hablando?

—No finjáis, Margaret. Si algo nos había explicado Martin de vuestro carácter, desde luego no era que fuerais una perfecta dama de la sociedad, ni que os caracterizarais por la prudencia o por

ser una mojigata. —Y al decirlo, el conde de Charmington dejó escapar una sonrisa de suficiencia.

La joven notó cómo su corazón se disparaba. No sabía si le ofendían más las palabras de aquel ser o pensar en lo que Martin habría explicado de su relación. Aunque lo cierto era que no por haber sido dichas con crudeza aquellas palabras no eran más cercanas a la realidad. Debía reconocer que ni su vida, ni sus circunstancias, ni cómo se enfrentaba al mundo, eran típicos de una dama de la sociedad inglesa. Bien lo sabía y bien recordaba cuántos problemas le había ocasionado esa manera de ser. Sin embargo, también era

cierto que la vida le había demostrado con creces que esa actitud no le iba a proporcionar ninguna felicidad, sino más bien al contrario, y ella se había propuesto con su vuelta a Inglaterra, donde no esperaba encontrarse a nadie, que respetaría todas y cada una de las normas sociales, no tanto por ella sino por conseguir labrarle un futuro más esperanzador a su hijo Arthur.

—Lo que yo sea o deje de ser no es el problema, conde de Charmington —respondió ella mirándolo fijamente a los ojos.

—Sí lo es, querida mía, porque esa actitud es la que está sumiendo a Martin en la confusión y está incluso llegando a

tener la habilidad de hacerle creer que tienen algún tipo de responsabilidad o culpa de su falta de espontaneidad recubierta de infinita tristeza.

Margaret reflexionó sobre lo que estaba oyendo. Podía ser que Charles de Charmington tuviera razón. Lo cierto es que eso explicaba muy bien su aparición la tarde anterior y también su preocupación por sus mareos. Por otro lado, oír pronunciar a aquel hombre las palabras que definían su verdadero estado de ánimo le generó todavía un mayor desánimo. Era verdad, se sentía absolutamente triste; sin embargo, no creía que aquello tuviera solución. No se trataba de una actitud fingida. Era la

consecuencia de haber aceptado la vida que le había tocado vivir y nada más podía hacer, porque no estaba sola en el mundo, si no que tenía una responsabilidad que no podía obviar.

—Milord, desconozco si es cierto lo que decís, pero confío que el doctor Golsmith reencuentre la paz en cuando se case con lady Fanthom.

—Tal vez —respondió Charles— pero, como ya le he dicho, creo que somos un tanto responsables de ayudarle para que no dude de cuál deben ser las acciones a tomar para conseguir su felicidad.

—Yo no soy responsable de nada y no puedo hacer nada. Si lo que insinúa

es que me aleje, no tengo inconveniente ninguno, aunque le recuerdo que yo no pedí venir. Supongo que si me dedico a atender a su hermana y a su sobrino pasaré suficientemente apartada y...

—Olvidáis que Martin es mi mejor amigo y que mi familia lo tiene por un miembro más. ¿Creéis que no estará cerca para atender a mi hermana?

—Maldita sea —se le escapó a Margaret—. ¿Qué pretendéis entonces?

—Pretendo que la Margaret espontánea, risueña y algo libertina vuelva a aparecer.

—No os entiendo.

—Si Martin os ve disfrutar de la

vida no se va a sentir culpable de nada y si además os viera bien escoltada por compañías esporádicas y divertidas, no tendría ninguna duda.

—¿Me estáis pidiendo que me dedique a flirtear con todos los hombres que me vaya encontrando?

—No hace falta que sea con todos —respondió Charles con aires de suficiencia—, pero también puede ser un buen entretenimiento para vos.

—Disculpad, Charles. —Margaret utilizó el nombre de pila a propósito para realzar la poca consideración que su título le merecía en aquellos momentos—. ¿Y qué ocurre si esos hombres no se conforman con un simple

flirteo?

—Eso es cosa vuestra, milady. Pero, si lo preferís, yo os puedo aportar hombres que no dudarían en ponerse a vuestros pies, aunque sólo sea para cubrir unas apariencias. Por ejemplo, podéis empezar mostrándoos más amable conmigo. Con la fama que yo tengo nadie dudará de que tenemos una aventura.

—Pero, Martin... ¿es vuestro amigo!

—Entre amigos todo es posible. Y os aseguro, milady, que si preferís disfrutar de verdad en lugar de hacer creer que tenemos una aventura, también estoy totalmente dispuesto.

—¿Por quién me estáis tomando?

—Os lo vuelvo a repetir, Margaret, no finjáis. Podéis perfectamente adoptar esa actitud. ¿No es lo que hacen todas las jóvenes casaderas? ¿No es lo que hicisteis vos aquel verano en Gloucester, añadiendo entre vuestras conquistas a mi amigo Martin? Si él os ve como os recuerda, tal vez revivirá de nuevo algún deseo, pero no lo dudéis, querida mía, lo que estoy convencido que recordará es cómo se sintió cuando lo abandonasteis.

Margaret calló por unos instantes. Recordó la mirada de Martin cuando fue a verlo a la casa para explicárselo. Había odio, un odio feroz.

—Vos mismo lo habéis dicho. Es una

actitud que puede ser permitida para una joven casadera justo hasta que contrae matrimonio. Si lo hago yo, nadie va a verlo como el coqueteo inocente de una doncella y mi prestigio va a estar en juego —respondió intentando buscar otros argumentos.

—Eso no os lo discuto, pero no sabía que vuestra fama os preocupase tanto. Lo que yo sabía de vos os colocaba muy por encima de esas habladurías.

—Sí, conde. Hasta que mi prestigio o la falta de él pueden afectar a otras personas. ¿Qué cree que iban a decir los Scandy si su institutriz está en boca de todos?

—Olvidáis, de nuevo, que los Scandy en breve dejarán de ser vuestra familia de acogida.

—¿Por qué hacéis esto? —dijo Margaret, mientras notaba cómo sus labios temblaban ligeramente.

—Ya os lo he dicho, es mejor para Martin.

—¿Qué pasará con Arthur? Él se merece un futuro entre los nobles y no lo podrá tener si consideran a su madre una vulgar...

—Margaret, Arthur es muy pequeño todavía y siempre habrá tiempo para refrenar las habladurías. Además, entre la aristocracia, como sabéis, todo se acaba perdonando.

—Menos ser pobre —murmuró ella.

—Tal vez, pero os prometo que a vos no os faltará nunca de nada. Todas mis amantes siguen estando bien provistas y en vuestro caso, también será, aunque sólo lo hayáis fingido. Yo también tengo un prestigio que proteger. —Y se echó a reír de su propia ocurrencia.

Ella se quedó unos momentos pensativa. Tal vez aquel hombre horrible tenía razón. Le dolía en el alma ver a Martin sufrir. Ya le provocó suficiente sufrimiento otra vez y, si era así, si eso le hacía despreciarla era lo que ella se merecía. Lo que le dolía era si las consecuencias las pagaba el pequeño

Arthur.

Sin embargo, una nueva idea cruzó su mente. Tenía una solución a todo aquello. Charles notó que su expresión había cambiado y alzó las cejas esperando su comentario.

—Lo haría con una condición.

—Estoy expectante, milady.

—Mi casa de Boston.

—¿Disculpad?

—Tenía una casa en Boston. Si a finales de año no se paga la hipoteca entrará en subasta pública. Cuando la cerré creí que no iba a volver y no me preocupó en exceso pero, milord, si es cierto que cubrís bien todas las necesidades de quien os hace favores,

yo os digo que mis necesidades quedarían totalmente cubiertas si abonáis el importe de la hipoteca y ponéis esa casa a mi nombre.

Ella le miró directamente a los ojos, mostrándole su absoluta determinación. Por un momento, sin embargo, el conde de Charmington pareció dudar. Margaret no sabía si era porque estaba haciendo cálculos.

—Eso significaría que no os quedaréis en Inglaterra. ¿Cuándo daríamos por finalizado el pago con sus servicios? Las condiciones de todo trato deben estar bien claras desde el principio.

—En el momento que Martin pida en

matrimonio formal a lady Fanthom.

—Mejor cuando se case.

—¡Eso puede tardar meses! — exclamó ella—. El marqués de Fanthom puede preferir realizar la boda la próxima temporada.

—Bien, tenéis razón. ¿Qué os parece si lo dejamos en cuando Martin se case o, en cualquier caso, antes de que empiece el año nuevo?

—Me parece justo.

—Una pregunta, condesa. Aunque ponga la casa a vuestro nombre ¿habéis pensado de qué vais a vivir?

—Eso, querido conde, no es vuestro problema.

—Sí lo es si después he de pagar las

consecuencias. Quién me dice que no me chantajearéis una vez todo haya pasado.

—¿Chantajearos? —Margaret rio sinceramente—. ¡Qué estupidez! Pero no me importa decíroslo. En Boston sigo teniendo la propiedad de unos almacenes que rendían lo suficiente para vivir con dignidad si no fuera porque no tenía dónde hacerlo. Con la casa a mi nombre, todo es posible.

—De acuerdo pues, condesa. Acepto vuestra propuesta. Antes de un mes las escrituras de vuestra casa de Boston estarán en mi poder y os las entregaré siempre que me firméis antes un acuerdo con todas estas condiciones.

—Tenéis mi firma y mi palabra,

conde.

Durante el resto del viaje, la actitud del conde de Charmington pareció cambiar drásticamente. Se tornó amable con los niños una vez se despertaron y dispuesto a responder a todas sus preguntas. También con Margaret sus atenciones fueron las normales y correctas entre dos nobles conocidos que compartían carruaje. No hubo más insinuaciones, ni más incorrecciones.

Más bien al contrario, disfrutaron de un juego iniciado por Margaret en el que, simulando que todos ellos eran Gullivert, el último libro que les había leído a los niños en la casa de Londres, convertían cada imagen del paisaje,

cada persona que se encontraban por el camino o cada animal, en un país lejano en el que todo funcionaba al revés de como se suponía que debía funcionar en la vida real.

Al llegar a la mansión de los Charmington, pese a lo cansado que había sido todo un día de camino en aquel carruaje, Margaret se sintió feliz al poder respirar el aire limpio y fresco del campo y, de inmediato, notó que allí podía sentirse, por fin, mucho más feliz y, por un momento, le contentó vivir únicamente el presente.

Elisabeth y ella entablaron rápidamente una amena conversación y pronto se dieron cuenta de que

compartían una afición casi enfermiza por los libros cuando, mientras le enseñaban las instalaciones de la casa, llegaron a una gran biblioteca que, aunque tal vez no tenía la majestuosidad de la que había sido suya en Gloucester, reunía también colecciones completas y ediciones originales, además de ser lo bastante variada y surtida para no tener ni un segundo de tiempo de tedio.

Cuando al día siguiente desayunaron en el comedor, Margaret todavía se sintió mucho más tranquila cuando el Conde le confirmó que él partía inmediatamente hacia Dover para recoger a su amigo y primo, el marqués de Cien y que, posiblemente, no

volvería en un par de semanas.

Y sólo ver partir a galope a aquel hombre, la joven se olvidó de la obra que tendría que representar una vez estuvieran de nuevo rodados de gente y cómo tendría que hacerse pasar por la amante de él y, tal vez, de unos cuantos más. Nada de eso le importaba, la mañana era azul, la brisa suave y tenía todo un día por delante. Sólo debía concentrarse en esas pequeñas cosas y seguir visualizando su casa y su futuro en Boston.

Por eso, desde el primer día, convenció tanto a Elizabeth como a Lucinda y a su pequeño Arthur para que se dedicaran a reconocer y descubrir

hasta el más pequeño rincón de la casa y de los alrededores y visitar el pueblo que sólo estaba a un par de millas. Juntos compartieron horas de intenso ejercicio físico y conversaciones y juegos.

Elisabeth, pese a estar ya de siete meses, tenía un excelente estado físico y una vitalidad que parecía no acabar nunca y tenía que ser Margaret quien la refrenase en su ritmo al caminar o en las actividades que le apetecía hacer.

Para prevenir cualquier tipo de contratiempo, se hacían siempre acompañar por uno de los mozos de las cuadras, Thomas, que debía seguirlas a escasos metros, con la carreta. Margaret

así intentaba prevenir que no tuviera ningún accidente con los niños que provocase que tuvieran que volver rápidamente, o que Elisabeth no iniciara el parto lejos de la casa.

Pese a ello procuraba no alejarse nunca demasiado hacia zonas deshabitadas y sus paseos se concentraron bastante por los alrededores de la casa o del pueblo, hasta el punto que se hicieron en muy poco tiempo totalmente habituales entre los habitantes del mismo, que las saludaban desde lejos y les regalaban a los niños fruta, galletas o incluso algunas artesanías.

Elisabeth y Margaret, además, por la

noche, cuando los niños ya dormían, se quedaban un rato más en la preciosa biblioteca leyendo por turnos o simplemente explicándose alguna que otra intimidad.

Así fue cómo Margaret se enteró de que Elisabeth se casó con su amado Ron absolutamente enamorada y que, aunque en un inicio su familia se opuso por tratarse del segundo hijo de una noble familia, lo que comportaría que no heredaría ningún título, combatió todo tipo de obstáculos y, finalmente, convenció a todos que el amor estaba por encima de cualquier otro precepto.

Cuando le tocó a Margaret explicar alguna cosa de su vida, no tuvo más

remedio que presentarse a sí misma como alguien que no supo vencer esa misma serie de tribulaciones aunque, al principio, se reservó informar de los detalles. No podía olvidar que Martin Golsmith era amigo de la familia y que también lo eran los Fanthom.

—Las circunstancias no son las mismas, Margaret —le dijo Elisabeth—, no puedes compararlo. Tu madre estaba por encima de todo. También lo hubiera estado en mi caso. Tal vez fue tu amado quien debió esperar.

Al final, Margaret le confesó incluso la identidad de todos los protagonistas de su vida, pero Elisabeth sólo cambió su actitud para ser todavía más

benevolente con Margaret.

Lo que nunca se atrevió a confesarle, sin embargo, era el pacto que había hecho con Charles. Era demasiado vergonzoso y Elisabeth tenía en un alto concepto a su hermano mayor. No iba a estropear esa amistad. Cuando él llegase, ya se plantearía cómo solucionar aquel embrollo. Mientras tanto, sólo quería disfrutar.

CAPÍTULO 14

Llevaba horas cabalgando junto al carruaje de los Scandy, al igual que el vizconde de Ressay, quien había decidido acompañarles. Estaba cansado, pero la expectación que sentía al saberse cerca de la casa de Charmigton era superior a

cualquier otro sentimiento.

Habían tenido que ir a caballo porque en el carruaje hubiera sido demasiado incómodo, dado que ya eran cuatro los que se desplazaban en él pero es que, además, Martin necesitaba disponer de su fiel equino Tron, dado que su marcha hacia el campo sólo era con la condición de que durante el día viajaría al Hospital de Oakwood, cerca de Maidstone, donde habían ingresado a todos los enfermos de Londres habituales, más los que habían enfermado dadas las condiciones insalubres del ambiente. Los médicos estaban absolutamente desbordados y necesitaban la ayuda de todos aquellos

que, como él, podían ofrecer sus conocimientos y tiempo.

Eso le obligaría a tener que cabalgar cada día casi tres horas de ida más otras tres de vuelta, pero era también una de las razones por las que los Scandy habían renunciado a iniciar su estancia de veraneo en su casa de Southampton, y eso garantizaba que Margaret continuaría en Canterbury y podría verla a diario.

Efectivamente, cuando los Scandy estaban ultimando las tareas para cerrar su casa de Londres recibieron nota del marqués de Fanthom, a quien habían avisado en cuanto se enteraron del desalojo. Les solicitaba que siguieran

haciéndose cargo de su hija Florence dado que, paralelamente, su hija menor había enfermado de escarlatina y, tanto ella como toda la familia, se veían obligados a guardar cuarentena, lo que retrasaría bastante su viaje. Enterado de que los Scandy debían recoger a su hija

Lucinda por Canterbury, se atrevía también a solicitarles que se quedaran allí esperándoles, ya que quedaba más cerca del condado de Essex y cuando tuviera que recoger a la mayor de sus hijas, podría hacerlo con más rapidez.

Los Scandy, sin embargo, no querían perder la oportunidad de que, finalmente, Martin se decidiera a pedir en matrimonio a la joven Fanthom, y

dado que el hospital que debía atender se encontraba casi más cerca de Canterbury que del propio Londres, no tardaron mucho en convencer al joven doctor de que lo mejor era que les acompañara.

Martin necesitó pocas excusas. Aquellos quince días sin saber nada de Margaret, pero imaginándola en la casa de Charmington, había hecho trizas su sensatez y su templanza habitual. Por eso, ahora que reconocía la última loma que debían atravesar antes de visualizar la enorme mansión de su amigo Charles, estaba expectante.

Pocos minutos después, Michael lanzó gritos que anunciaban la llegada y

cuando el sol había iniciado su descenso, pero todavía se sentía el calor que sus rayos hacían llegar, toda la comitiva estaba entrando en la casa y los criados estaban colocando sus equipajes en la puerta.

La Señora Right, el ama de llaves, daba órdenes a diestro y siniestro no sin mostrar un tanto de nerviosismo. Aunque la mansión permitía alojar allí a más de cincuenta personas sin ningún tipo de incomodidad, lo cierto era que nadie había avisado de la llegada y que, a la vista de que debían permanecer un mínimo de cuarenta días, debía acondicionar con rapidez las mejores estancias. Todo ello sin ningún tipo de

dirección y supervisión, puesto que el Conde todavía no había regresado de Dove, donde había marchado hacía días y milady se pasaba el día entero con aquella nueva condesa, quien estaba introduciendo en aquella casa demasiados cambios en demasiado poco tiempo.

Cuando creía que nada podía empeorar, apareció justamente Charles de Charmington a galope y acompañado de dos hombres más a los que debía también atender, pero su atoramiento fue mayúsculo cuando apreció que se trataba del marqués de Cien y del barón de Sonset, marido de la joven Elisabeth y cuñado por tanto del amo y señor de

aquella casa.

Tras unos momentos de saludos, abrazos y risas, al percatarse de la coincidencia de haber llegado todos el mismo día, el barón de Sonset se lanzó escaleras arriba buscando a su querida esposa y un tanto alarmado por el hecho de que, pese aquel barullo, no estuviera en el vestíbulo saludando.

—¡No, Barón! —exclamó la Sra. Right—. No va a encontrar a milady.

—¿Y eso? —preguntó alarmado el Barón, al tiempo que todos los demás quedaban en silencio y expectantes.

—Se va cada día muy temprano y regresa más tarde de lo que sería recomendable para su estado, si se me

permite opinar —respondió la Sra. Right sin evitar un tono de voz que traslucía totalmente su malestar.

—Pero, no entiendo —respondió nervioso el joven marido— ¿Dónde va? ¿Sola?

—No, la condesa viuda la tiene absolutamente embelesada —y esta vez, el disgusto afloró solo—, por más que les he insistido que no es decoroso, pero tampoco seguro, que se vayan solas con los niños, nadie me hace caso y no suelen regresar hasta que no quedan unos pocos minutos para la cena. Con el estado de la Señora Elisabeth me parece una verdadera temeridad, sí señor.

El barón de Sonset dejó traslucir, ahora

sí, una auténtica cara de terror mientras miraba al resto de las personas que había allí y detuvo al fin la mirada en su cuñado Charles en busca de ayuda.

Charles de Charmington,
sin

embargo, algo perplejo también ante la noticia, dudó sobre lo que procedía hacer y así lo manifestó:

—No sé ¿salimos a buscarlas?

—No creo que sea necesario —respondió Martin con calma—. Estoy convencido de que saben lo que se hacen.

—Discúlpeme, doctor, pero la Baronesa está muy avanzada en su embarazo y no creo que...

—¿Ha manifestado tener dolores?
—y ante la negativa con la cabeza de la
Sra Right continuó—. ¿Mareos?
¿Dolores de cabeza intensos?
¿Cansancio?

—¡No! ¡No! ¡Va por el mundo como
si no fuera una señora casada y a punto
de tener su hijo! Dando saltitos en lugar
de caminar cuando está por la casa y
riéndose con cualquier tontería que le
pueda decir la condesa como si ambas
tuvieran quince años. ¿No le parece que
no debería, doctor?

Martin sonrió. Miró a Ron de Sonset
con la máxima serenidad que pudo y
también a Charles de Charmington.

—Es una absurdistad creer que una

mujer embarazada debe hacer reposo si no es que tiene alguna complicación. Lo mejor, justamente, es que tenga una perfecta forma física y los paseos van a ayudarla, siempre y cuando no vaya más allá de sus propias fuerzas. Por lo que dice la Sra. Right, su estado físico es excelente y me extrañaría que Margaret no hubiese puesto las suficientes prevenciones. Es una mujer muy dinámica pero muy sensata también.

Todos parecieron respirar tranquilos ante aquellas palabras pero, pese a todo, optaron por tomar un té juntos en el porche de la entrada antes de irse a vestir cada uno a su habitación y de vez en cuando, con disimulo, más de uno

miraba hacia el camino para ver si llegaban.

Pasados unos minutos, escucharon unas voces cantando y, como se imaginaron, aparecieron por el lado este desde un pequeño puente, que cruzaban las figuras de aquella pequeña comitiva seguidas de Thomas y su carruaje.

—Sra. Right, las acompaña Thomas —dijo Charles un tanto molesto—. Eso no nos lo había dicho para tranquilizarnos.

El ama de llaves murmuró unas palabras que, pese a que no entendieron claramente, dejaban traslucir su absoluta discrepancia ante que ese detalle tuviera ninguna importancia. Pero, mientras

tanto, Ron de Sonset ya había empezado a salvar los escasos cien metros que había entre la casa y los excursionistas, corriendo hacia su amada.

—¡Elisabeth!

La comitiva dejó de cantar y la baronesa cambió totalmente su expresión por una de una alegría infinita y también se lanzó a una carrera, esta vez sí que no tan recomendable, dado su avanzado estado de gestación.

—¡Ron! —gritó ella también.

Segundos más tarde, fue Lucinda la que se lanzó a la carrera para abrazar a sus padres, a los que había reconocido de inmediato.

Los abrazos del joven matrimonio y

las fiestas que Lucinda hacía a sus padres, a su abuela y a su prima Florence, a quienes inmediatamente empezó a explicar mil y una historias de los días pasados, ocupaban la mayor parte del escenario, mientras que Martin, Charles de Charmington, Robert de Cien y Michael de Ressay esperaban detrás, observando.

A Martin se le habían congelado la expresión y la mirada al percatarse de que Margaret llevaba de la mano a Arthur y éste, a su vez, cogía de la mano a un hombre al que no supo reconocer, pero respecto del que, de inmediato, pudo hacerse la idea de que era alguien sin demasiados bienes económicos, pero

vestido con elegancia. Ver aquella escena que parecía la típica de un matrimonio con su hijo le provocó un dolor sordo en la boca del estómago, y no le tranquilizó observar cómo el hombre, al reconocerse en una situación de excesiva intimidad frente a todos aquellos testigos, soltó precipitadamente la mano del niño y retrasó un tanto el paso.

—Vaya, vaya, vaya —era Charles de Charmington—. Querido cuñado, vas a tener que refrenarte un poco y dejar que pueda saludar a mi hermana.

El Barón, un tanto azorado, se separó un poco de su amada, aunque parecía embrujado y no poder dejar de

mirarla. Elisabeth sonrió, también llena de emoción, y se dirigió a su hermano a saludarlo besándolo en la mejilla.

—¡Querido Robert! —dijo también al ver a su primo—. No sé si sabes bien lo que has hecho viniendo aquí este verano. ¡Con lo aburrido que ha de ser comparado con la agitación francesa!

—Para nada, primita —le respondió él —, nunca es aburrido asistir a fiestas campestres donde haya jóvenes inglesas casaderas.

Y lanzó una sonora carcajada ante su propia ocurrencia, mientras hacía alarde de una fama que lo colocaba entre los peores libertinos de la época.

—Michael, bribón —le dijo ahora al

vizconde de Ressay—, hacía demasiado tiempo que no nos veíamos.

—Un vizconde siempre tiene demasiadas obligaciones que atender y poco servicio para ayudar —bromeó el aludido.

—Y, Martin. —Elisabeth le tomó la mano. Saberlo el objeto de las tribulaciones de su reciente, pero al mismo tiempo mejor amiga, le generó un sentimiento de ternura y, en ese momento, pensó que debía hacer algo para acabar con el sufrimiento de Margaret—. A vos también hacía demasiado que no os veía.

—Milady —respondió él mientras le cogía la mano para saludarla con la

debida cortesía.

Elisabeth acabó de saludar también a los Scandy y, en ese momento, parecieron percatarse todos de que había tres personas más que habían quedado a la espera de poder saludar convenientemente.

—Margaret, querida. —Era la anciana madre quien hablaba—. Está usted muy cambiada. Impresionante diría yo.

Era cierto, Margaret estaba preciosa. La piel de su rostro tenía un color sonrosado producto de su exposición al sol que la había rejuvenecido. Su cuerpo había ganado algo de peso y sus formas eran

espectaculares. Su mirada mucho más risueña. Su cabello, pese a no recoger todos sus rizos por el efecto de todo el día de excursión, se veía brillante y sedoso. En pocas palabras, resplandecía sin lugar a dudas, y todos los hombres que allí había no pudieron por menos que reconocer el impresionante cambio que en pocas semanas había podido efectuarse pasando de una imagen frágil a otra de rebotante energía.

—Espero que hayan tenido un buen viaje —respondió Margaret con cierta timidez al ver las miradas de todos ellos.

—Milady, el viaje, por largo que haya sido, es una nimiedad comparada

con la posibilidad de conocerla —era el marqués de Cien quien hablaba, iniciando el típico galanteo que le caracterizaba y, que tanto Charmington, como Ressay o el propio Martin, conocían a la perfección por haberlo presenciado infinitas veces.

—Se lo agradezco, Marqués. —Y Margaret le tendió la mano con absoluta seguridad, dominado perfectamente la situación, acostumbrada como estaba a ese tipo de personas

—¡Oh! ¡Disculpad! —Ahora era Elisabeth quien hablaba—. Os presento al Mr. Prenty. John Prenty es el maestro de la escuela, bibliotecario de la vicaría y nuestro guía más fiel.

Se sucedieron los saludos formales entre todos y, al acabar, John Prenty hizo el ademán de iniciar su vuelta hacia el pueblo.

—¡Mr. Prenty! —dijo la pequeña Lucinda—. ¡Me prometió que hoy acabaríamos la partida!

—Señorita Lucinda, creo que hoy no va a ser el mejor momento. Debe usted atender a su familia —respondió John.

—¡Oh, no! ¡Es cierto! —exclamó de nuevo Elisabeth y, dirigiéndose a su hermano y a su marido—: Habíamos invitado a cenar al Mr. Prenty. Bueno, lo cierto es que ya llevamos cenando juntos tres noches y al acabar se enzarza con Margaret y Lucinda en una apasionante

lucha en una única partida de ajedrez que no parece acabar nunca.

—¿Luchas de ajedrez, Margaret? — intervino Charles de Charmington y, fijando la vista directamente en los ojos de la joven condesa mientras se le escapaba una sonrisa maliciosa, continuó—. Extraño pasatiempo para una mujer. ¿No erais vos quien decíais que las batallas pasionales eran propias de los hombres?

—El ajedrez, mi querido Conde — respondió Margaret levantando la barbilla e iniciando con aquellas últimas palabras la representación a la que se había comprometido—, tiene muy poco de pasional y mucho de estrategia e

inteligencia. Cuando queráis, comprobaremos si vos, como digno representante masculino, podéis iniciaros en semejante campo de batalla.

—Eso es todo un reto, milady. — Miró hacia el profesor y continuó—: Mr. Prenty, haga el favor de quedarse con nosotros tal y como había sido invitado por mi hermana, y nos deleitará con esa demostración con mi querida Margaret. —Y subrayó la palabra «querida» mirándola de nuevo a ella.

—¡Eh, que Margaret tiene ayuda! — exclamó Lucinda muy orgullosa de sí misma.

—Se lo agradezco, señor, pero debo declinar la invitación. No llevo ropa

adecuada —respondió John Prenty.

—¡Tonterías! —volvió a contestar el Conde—. Mi mayordomo sabrá buscarle algo adecuado. —Y dirigiéndose a su hermana añadió—: Elisabeth, tengo la sensación de que no habéis respetado la etiqueta mientras estábamos fuera.

—¡No sólo eso! —respondió la aludida—, sino que, además, cenábamos todos en la cocina para desesperación de la Sra. Right

Todos rieron e iniciaron la entrada a la casa para dirigirse a sus habitaciones a cambiarse para la cena. Martin también lo hizo, pero al llegar a su alcoba se dejó caer en el sillón sintiéndose absolutamente confundido.

La presencia de John Prenty le había generado una ansiedad interior. Sin embargo, era tal vez peor percibir una excesiva familiaridad entre Charles y Margaret, que había empezado a notar en Londres y que se hacía evidente allí.

Una hora más tarde, estaban todos los habitantes de la casa accediendo al enorme salón donde ya estaba la mesa puesta con total formalidad.

Charmington había dispuesto dónde se iba a sentar cada comensal, reservándose la cabecera de la mesa, pero poniendo a su lado derecho a Margaret y al izquierdo a su hermana Elisabeth. Al otro lado de Margaret, colocó al profesor Prenty, y más allá, a

lady Scandy junto al vizconde de Ressay, seguido de la anciana madre. Al lado de Elisabeth puso a su cuñado, el barón de Sonset, seguido de su primo el Marqués quien, junto con Martin, guardaban ambos lados de Florence. En la otra cabecera, el conde de Scandy hacía los honores.

Martin podía ver con claridad a Margaret, aunque no siempre podía escuchar todo lo que decía. Y es que la cena transcurría agradablemente, con una conversación fluida en la que muchas veces podían participar todos los comensales, pero, en ocasiones, se mantenían breves conversaciones más privadas. No fue ajeno, sin embargo, a

las atenciones que Charles de Charmington le dirigía a Margaret tal y como le había visto hacer docenas de veces con otras doncellas a las que había pretendido. Ella respondía a sus atenciones con tranquilidad y alguna que otra sonrisa. Parecía cómoda y, para colmo, veía cómo también, de vez en cuando, era ella quien intentaba que el Mr. Prenty pudiera sentirse agradablemente y participar en cualquier conversación. Repasó a todos y cada uno de los comensales y se percató de que era él quien estaba más fuera de lugar. Florence repartía sonrisas entre Michael, quien parecía estar explicándole alguna de sus aventuras, y

el marqués de Cien, quien había iniciado su propia cruzada para agradar tanto a Florence como a Margaret. Elisabeth y el barón de Sonset no podían dejar de mirarse. Lady Scandy, feliz de ocupar el centro, podía sumarse a cualquier conversación que hubiese y la anciana madre y el conde de Scandy habían iniciado hacía un rato una educada disputa comparando el arte americano con el inglés. De muy buena gana se hubiera levantado y se hubiera ido galopando a toda velocidad hasta que sus fuerzas le fallasen. De pronto, el conde de Charmington lanzó una risotada enorme y pidió silencio a todo el mundo:

—¡Escuchen, escuchen! Esto no deben perderselo. ¡Elisabeth, querida! Explica a todo el mundo cómo conocisteis al Mr. Prenty.

El aludido parecía un tanto avergonzado y bajó la vista hasta su plato, deseando desaparecer para impedir que todas las miradas se posasen en su persona, lo que denotaba una personalidad tímida.

Elisabeth parecía encantada de haber atraído toda la atención y no dudó un momento en relatar de nuevo la historia que tanto había parecido agradar a su hermano.

—Fue hace diez días. Margaret, los niños y yo, ya habíamos recorrido los

alrededores a lo que dedicábamos toda la mañana y, cuando el tiempo lo permitía, también la hora del almuerzo haciendo un picnic en algún sitio resguardado. Las tardes siempre las hemos reservado para acercarnos al pueblo y conocer toda la producción local. Pues bien, aquel día Margaret nos había preparado una sorpresa que no era otra que leernos un rato mientras recuperábamos fuerzas con el almuerzo y, justo cuando iba a empezar, oímos a alguien declinando un precioso poema que yo al principio no reconocí, pero sí lo hizo Margaret. Eran las Baladas líricas de Wordsworth y Coleridge. Y lo más curioso de todo es que era

justamente el libro que Margaret había escogido para leernos aquel día, no sólo las baladas, sino aquel mismo poema. Margaret lo tenía señalado en el libro y mientras oíamos a Mr. Prenty leérselas al viento, no teníamos más que seguirlas en el ejemplar de Margaret.

—Vaya, vaya, Mr. Prenty. ¿Se entrenaba para algo o para alguien? —dijo socarronamente Charles.

—No, milord. Con sinceridad, el placer de la lectura es una actividad bastante solitaria. No tiene más beneficiario que uno mismo —respondió Prenty.

—Entonces, ¿por qué hacerlo en voz alta?

—Porque entonces, el placer es mayor, Charles —respondió ahora Margaret dirigiéndose por el nombre al conde, lo que no pasó desapercibido por ninguno de los que allí estaba—. Son dos los sentidos que participan, la vista y el oído, y eso estimula una mayor comunión con lo que se está leyendo. Cuando se trata de poemas, debería ser siempre así, pues están escritos para ser oídos como si se tratase de una canción.

—Pero lo más divertido es la tremenda casualidad de haber escogido el mismo poema ¿no les parece?

Había sido lady Scandy quien había intervenido, y eso dio pie a que el resto de los participantes de la cena se

enfrascasen de nuevo en una entretenida conversación sobre las casualidades y su significado.

Martin vio cómo Margaret miraba de reojo a John Prenty y le decía algo que no alcanzó a oír, pero que parecían palabras tranquilizadoras ante lo que podría haber sido un momento algo bochornoso para el pobre profesor en manos de Charles de Charmington, si no hubiera sido por la intervención de la propia Margaret. Entonces se fijó en su amigo, quien lanzaba miradas casi asesinas sobre el profesor y, alzando la voz un poco más de lo que hubiera sido aconsejable, aunque nadie más que Martin pareció escucharlo, dijo:

—¿Margaret? ¿Debo
sentirme celoso?

Antes de que ella pudiera responder, fueron interrumpidos por la Sra. Right, quien no había podido contener mucho más rato a Lucinda, que apareció detrás junto con Arthur dado que ambos, como correspondía a los niños, había cenado en la cocina, expectantes por reiniciar la famosa partida de ajedrez.

Todos se levantaron y se dirigieron hacia la biblioteca donde, efectivamente, un tablero con las fichas claramente dispuestas indicando que se encontraba en medio de una partida les esperaba.

John Plenty ocupó el asiento que

correspondía a las fichas negras mientras que Margaret con Lucinda en sus piernas y Arthur a sus pies, ocuparon el otro asiento. Todos los demás se ubicaron en diferentes sitios de la sala. Florence, por ejemplo, no parecía demasiado interesada en la partida y junto con el vizconde de Ressay se colocaron en un extremo. Elisabeth se sentó en el piano y decidió acompañar la velada con los compases de «Sueños de amor» de Liszt mientras su marido la miraba embelesado. La familia Scandy al completo ocupó el sofá situado en medio de la biblioteca e hicieron los honores de servir el té.

Sólo Charles de Charmington,

Robert de Cien y el propio Martin se quedaron de pie rodeando a los ajedrecistas, quienes no dudaron en iniciar la partida donde la habían dejado. Martin no pudo dejar de pensar que viéndoles allí jugar, no había ninguna duda de que se había instalado entre ellos una complicidad, muy posiblemente basada en las aficiones comunes. Margaret hablaba al oído a Lucinda para ayudarla en las piezas que debía mover y hacia dónde y, cuando se producía el movimiento, el doctor veía cómo el profesor solía mirarla a ella directamente a los ojos, como si aprobase el movimiento o le reconociese el valor de no hacerle la

partida fácil pese a que, con toda probabilidad, él fuera un experto. No le gustaban nada esas miradas. Era obvio que aquel hombre sentía por Margaret una atracción muy por encima de la amistad. Se los imaginó todos aquellos días anteriores paseando por los bosques de alrededor como lo habían hecho ellos en bosques muy parecidos años atrás.

Levantó la vista y su mirada topó con la visión del Marqués, quien sí parecía interesado en la partida por encima de todas las cosas, y en su amigo Charles, pero lo que vio en él todavía le inquietó más. El conde de Charmington también espiaba las miradas que se

producían entre Margaret y Prenty y su expresión denotaba más que mera curiosidad. Era disgusto, desaprobación, y muy probablemente una inquietud parecida a la suya. No podía ser.

—¡Oh, por favor! ¡Pobre criatura!
—Era la anciana madre quien hablaba señalando a los pies de Margaret, donde su hijo Arthur se había recostado contra ella quedándose totalmente dormido.

Margaret se apresuró a tomarlo entre sus brazos recogéndolo del suelo mientras parecía murmurarle una disculpa por las horas que se habían hecho.

—Lucinda, cariño —dijo entonces lady Scandy—, es muy tarde también

para ti. Debes despedirte e ir a dormir.

—¡Oh, mamá! —protestó
con

timidez la niña; pero la Sra. Right ya estaba entrando con dos de las doncellas, siempre atenta a todo lo que se producía, para llevarse a los niños.

—No te preocupes, Lucinda —se oyó a Mr. Prenty—, acabaremos la partida en otra ocasión—. Y, rápidamente, como dándose cuenta de su falta de protocolo al haberse autoinvitado para una próxima ocasión, añadió mirando a Charles de Charmington—: siempre que haya posibilidades, sin duda.

Charles sólo ladeó la cabeza en una

expresión indefinida y siguió con la mirada a los niños hasta verlos desaparecer de la habitación.

—Bien, creo que también es tarde para mí —dijo, de nuevo, el profesor.

—¡Oh no! Mr. Prenty. Espere unos minutos y dispondré que mi carruaje lo lleve de regreso al pueblo. Antes tengo que hacer unos regalos que he comprado expresamente en Dover.

—¿Regalos? —Se oyó decir a Elisabeth, que dejó inmediatamente de tocar el piano.

—Sí, querida hermana, pero yo creo que tu regalo hace rato que está abierto, ¿no crees? —Y dirigió una mirada significativa a su cuñado. Cuando

Elisabeth se percató y sonrió a todo el mundo, como dándose por satisfecha, Charles continuó—: Pero lo cierto es, querida hermanita, que te merecías algún pequeño presente más.

Charles se dirigió a un rincón de la biblioteca donde, al parecer, había escondido los presentes, y extrajo unos lazos de color verde que tendió a su hermana.

—Para ti, mi maravillosa hermana, unos lazos del color de la esperanza, como lo que llevas en tu interior.

Todos celebraron la ocurrencia.

—Para vos, anciana madre, unos lazos plateados para que nos recuerden la gran sabiduría y experiencia que hay

en vos.

Mientras la anciana agradecía con un gesto las cintas, el resto ya empezaba a estar expectante de para quién sería el próximo paquete que extraía de las sombras y cuál sería el mensaje.

—Para vos, lady Scandy, unos lazos amarillos que nos hablan de su alegría a todas horas.

—Y, para Florence, la bella Florence, unos lazos blancos como la pureza que la rodea.

Pese a que todos
sonreían

observando los diferentes lazos a nadie se le escapaba que Margaret era la última dama en la sala y que parecía que

no iba a recibir ningún presente. Martin sabía que era imposible que su amigo hubiese tenido ningún descuido. Lo que quisiera demostrar con eso estaba cargado de sentido. Miró a Margaret, cuya expresión parecía imperturbable. Sus ojos se desviaron también, sin quererlo, a Prenty, quien parecía mirar a Charles deseando que no le hiciera una ofensa así, pero también temeroso ante lo que, claramente, parecía que iba a ocurrir. Y, efectivamente...

—¡Oh! Se me olvidaba —dijo Charles con exagerada afectación—. A vos, Margaret, os regalo algo muy diferente, pues bien saben todos que los regalos deben agradar más a quien los

recibe que a quien los hace y tengo la sensación que no sois igual de fácil de contentar que las damas aquí presentes.

Martin sabía que Charles estaba disfrutando de lo lindo con la expectación que estaba generando en todos los presentes, Margaret incluida, que lo miraba con el pulso acelerado, según pudo ver de su escote, donde no pudo evitar poner los ojos y observar el movimiento que el nacimiento de sus senos blancos producía.

Charles se movió con lentitud sólo unos pasos a su izquierda y, levantando la mano, mostró una estantería de la biblioteca que estaba iba del techo al suelo y tenía unos cincuenta centímetros

de ancho, pero estaba completamente vacía.

—Os regalo esta parte de mi biblioteca —y esperó unos segundos mirando uno a uno a todos los invitados hasta volver a cerciorarse de que estaba generando el suspense adecuado—, y el primer libro con el que podréis ir llenándola.

Y le tendió un bulto envuelto en una elegante tela de terciopelo rojo y que a todas luces era un libro que pesaba bastante.

Margaret se lo puso sobre las piernas y lentamente retiró la tela. Apareció una edición muy probablemente antigua. Ella paseó sus

dedos temblorosos sobre el título serigrafiado y abrió con lentitud la tapa para mirar los créditos del interior. Después levantó la vista y Martin se dio cuenta de que lo que había en su mirada se parecía mucho al agradecimiento y a la emoción.

Prenty se incorporó desde su asiento y dijo en voz alta:

—¿Los viajes de Gulliver?

—La primera edición —susurró Margaret, y Prenty volvió a sentarse, aunque cualquiera hubiese dicho que había caído absolutamente derrotado en su asiento.

Margaret volvió a mirar a Charles directamente a los ojos y vocalizó un

«gracias» que se hizo más íntimo por cuanto claramente iba dirigido sólo a él.

—Pero —se oyó a Florence decir—, ¡la estantería no va a poder llevársela cuando vuelva a la casa de los Scandy!

La absoluta verdad de esas palabras todavía provocó que la constatación de que algo distinto estaba ocurriendo allí, más allá de la simple entrega de unos presentes, se hiciera más evidente.

—Bueno —dijo Charles—, lo cierto es que Margaret se va a quedar un tiempo ayudando a mi hermana Elisabeth.

—Pero... ¿Y Lucinda? —esta vez era lady Scandy quien hablaba.

—Ya te explicaré, querida —respondió

el conde de Scandy—.

Charmington y yo tenemos un trato. Pero ahora no debe preocuparte en exceso, todavía tenemos por delante un verano completo.

—Señores —dijo entonces Margaret —, estoy derrotada. Me iré a descansar.

Aquella pareció la señal que estaban esperando todos para levantar la velada. Martin miró de nuevo a Charles, quien parecía absolutamente feliz y exultante, mientras palmoteaba las espaldas de su primo el Marques y de Michael de Ressay, quien también parecía estar absolutamente sonriente. Él, sin embargo, se sintió derrotado y entonces se acordó de Mr. Prenty, quien se dirigía

también hacia la puerta con los hombros caídos. Al final, pensó, al profesorcillo y al doctorcillo se les colocaba en su lugar.

CAPÍTULO 15

Nada había mejorado durante aquel mes, ni siquiera el tiempo. Pese a que ya estaban en julio, aquel verano parecía que no iba a mostrar el sol más de cuatro o cinco horas, y llovía casi a diario.

Sin embargo, eso no era lo que más enfurecía a Martín. Él se pasaba casi todo el día fuera de casa, yendo y viniendo al hospital y, cuando llegaba por las noches, era ya tan tarde que todos habían cenado. Se los encontraba

casi siempre en la biblioteca, disfrutando de un rato de tranquilidad, al son de los compases que Elizabeth tocaba en el piano y de la lectura de algún libro por parte de Margaret, que parecía embelesar a todos. Martin se sentía absolutamente desplazado en aquellas veladas, a excepción de cuando estaban los niños todavía despiertos. En esas ocasiones, disfrutaba con la cháchara de ambos, que se dedicaban a explicarle la excursión del día. Él mostraba interés no fingido, preguntándoles por los detalles, y le parecía encantador cómo se explicaban aquellas criaturas que, con total inocencia en el caso de Arthur y con

curiosidad en el caso de Lucinda, descubrían en cada salida algo nuevo. Era extraña la confianza que había adquirido con aquellas personitas. Se le sentaban cada uno en una pierna y hablaban al unísono, le explicaban secretos al oído y, cuando empezaban a cansarse, normalmente Arthur el primero, se tumbaban sobre su pecho y acababan durmiéndose en su regazo.

Era en ese momento, cuando los niños debían irse a dormir, cuando Martin tenía que soportar las continuas atenciones de Charles sobre Margaret aunque, a veces, era también el marqués de Cien quien parecía cortejarla sin ningún tipo de rubor. Todos los allí

presentes parecían aceptar la situación, incluso los Scandy, desde el momento que no debían preocuparse por la reputación de nadie al haber aceptado que Margaret pasaría a prestar sus servicios a Elizabeth.

Para colmo, se habían celebrado dos bailes en aquella lujosa mansión.

Cientos de invitados aparecían ataviados con sus mejores ropas y, de ellos, casi la mitad eran hombres solteros o libertinos en busca de diversión. En un juego evidente para todo el mundo, Martin reconocía en todos las miradas que dirigían a Margaret. Los hombres se la rifaban sin ningún tipo de miramiento y había

llegado a oír hablar de apuestas.

Margaret estaba entre los trofeos más deseados. Mientras tanto, las mujeres la detestaban. La envidia las corroía y la respuesta más obvia era el desprecio, que procuraban demostrar siempre que podía. Martin había visto palidecer a Margaret en más de un momento cuando había sido expresamente marginada y apartada de un círculo determinado. Pero su reacción todavía agravaba la situación, puesto que buscaba entonces de nuevo la compañía de algún sujeto masculino.

El comportamiento de Charles en esos eventos todavía era peor. No dudaba en agenciarse los vales y hacía

absoluta ostentación de su influencia sobre ella pero, al mismo tiempo, parecía permitir que otros hombres la cortejasen y todo se convertía en un juego interminable en el que Martin sólo veía la encantadora sonrisa de ella repartida a diestro y siniestro, sin ningún tipo de recato y, cuanto más la veía sonreír, más le hervía la sangre.

La sensación que tenía era que había vuelto atrás en el tiempo y él era el pobre desgraciado que se limitaba a mirar por la ventana mientras los demás se divertían. Cuántas veces había imaginado, soñado, aspirado, a estar en la misma sala de baile que Margaret y poder bailar con ella como un

aristócrata, y ahora que en teoría podía hacerlo, se encontraba con todo un cortejo de pretendientes contra los que supuestamente debía competir. Sin embargo, no estaba dispuesto a hacerlo y no podía más que sentir su estómago retorcerse mientras se negaba a sí mismo la humillación de suplicarle un baile cuando ella parecía estar encantada con todo aquel cortejo.

Aquel día era domingo y, dado que el número de enfermos había remitido, Martin había decidido que no iría a Oakwood. Pese a que sabía que no era educado, demoró su aparición en el salón de almuerzos esperando que no tuviera que verse con nadie. Sin

embargo, se encontró una actividad nada normal, con todos los habitantes de la casa recogiendo viandas en paquetes.

—¡Doctor Golsmith! ¡Estáis por aquí! ¿No habéis ido al hospital hoy? —era lady Scandy quien había intervenido, provocando que todos se girasen al unísono.

—Lo cierto es que había decidido tomarme hoy un día de descanso —respondió él.

—¡Perfecto! —dijo entonces el marqués de Cien—. Entonces nos va acompañar a la excursión. Hoy parece que no va a llover y tenemos que aprovecharlo.

Todos parecieron estar de acuerdo y,

aunque Martin intentó disuadirlos para poder quedarse en la casa tranquilo y solo, fue imposible resistirse a la carita de los niños suplicándole que también fuese con ellos.

En unos minutos, toda la comitiva había iniciado el camino hacia los bosques más cercanos liderados por una Margaret resuelta y alegre que parecía disfrutar sólo con la brisa. El resto de los integrantes la seguían sonrientes y poco más tarde iniciaron una canción que hizo las delicias de los niños. Iban todos caminando pero, tanto Martin, como Charles de Charmington y el marqués de Cien, llevaban los caballos por si Elizabeth, ya en avanzado estado

de gestación, requería alguna atención urgente. No era posible llevar cerca el carromato porque se dirigían a una zona en la que no era posible su acceso; sin embargo, siempre podían avanzarse a buscar ayuda suplementaria si fuera preciso.

Martin empezó a encontrarse extrañamente muy a gusto. Era, seguramente, el primer día que se notaba relajado y que no sentía su estómago como si fuese una piedra. El día transcurrió entre nubes y sol, lo que fue de agradecer después de tantas lluvias, y pudieron comer al aire libre los alimentos que el servicio había preparado, mientras Margaret, de nuevo,

recitó una poesía.

Al volver, el cansancio empezó a hacer algo de mella en todos ellos pero, sobre todo en los pequeños, quienes, de nuevo, prefirieron la compañía de Martin normalmente caminando, aunque, en algún momento, se montaron en el caballo.

Estaban sólo a un par de millas de la casa y debían atravesar el arroyo que, por efecto de las aguas, se había transformado en un río embravecido y muy impactante. Ya lo habían atravesado a la ida y desde el puente de piedra se habían asomado todos y habían lanzado ramas de árboles para observar, no sin cierto estupor cómo, con una rapidez

insólita, desaparecían río abajo. Las aguas de un color marrón como efecto de todo lo que arrastraban se movían con rapidez y las rocas del lecho provocaban remolinos y rápidos.

Antes de llegar al puente oyeron ya el rugido del agua y los niños aplaudieron felices, de nuevo, por lo que para ellos era una aventura.

—¡Mirad! —gritó entonces la pequeña Lucinda—. ¡Allí hay otro puente!

Efectivamente, unos metros más abajo, se veía un puente colgante hecho con tablones y cuerdas con un aspecto bastante más romántico que el sólido puente de piedra por el que con

anterioridad habían pasado.

—¿Podemos ir por ahí? —preguntó Arthur con los ojos muy abiertos por la emoción.

—No creo que sea prudente —respondió el conde de Scandy—, lo veo un tanto endeble.

—Lo que está claro es que los caballos no pueden pasar —intervino entonces el conde de Charmington—. Algunos deberán ir por aquél.

—¿Estáis valorando sinceramente el pasar por ahí? —dijo entonces el marqués de Cien—. Yo diría que habrá que guardar el equilibrio.

—Lo que está claro es que tendremos que hacerlo poco a

poco. No creo que aguante el peso de todos nosotros —dijo Margaret con un brillo en los ojos que delataba que, para ella, también era un reto apasionante.

—¡Sí, Sí! —exclamaron los niños, que detectaron la duda en los adultos lo que significaba que, casi con total seguridad, iban a atravesarlo.

Finalmente, decidieron que Martin, Charles de Charmington y el marqués de Cien atravesarían el puente de piedra debido a que iban con los caballos y que les acompañarían Elizabeth, y los Scandy con la anciana madre. Sin embargo, los niños, acompañados de Florence, Michael de Ressay y Ron, irían por el puente colgante.

Martin ya había pasado al otro lado cuando, dejando el caballo atado a un árbol, esperó al otro lado del puente colgante la llegada de los más aventureros. El primero que había iniciado la marcha fue Ron junto con el pequeño Arthur, y que ya llegaba al final cuando Florence con el vizconde Ressay accedieron al mismo. A Florence se la veía temerosa, motivo por el cual Michael tuvo a bien tomarla de la mano.

Era el turno de Margaret, que llevaba de la mano a Lucinda y empezaron a cruzarlo con paso firme cuando, de pronto, una de las cuerdas de sujeción se rompió y las vieron desplomarse al tiempo que el puente

cedía quedando suspendido en el lado donde ya se encontraban el resto de la comitiva. El grito que se oyó había surgido de Lucinda pero, a partir de aquel momento, los llantos y gritos de lady Scandy se confundían con los de la anciana madre y con los del pequeño Arthur, que sólo sabía llamar a su madre con verdadero temor.

Martin sujetó al pequeño en sus brazos impidiendo que se abalanzase hacia el precipicio de la misma forma que el conde de Scandy hacía lo propio con su mujer, que miraba aterrorizada a su hija que se cogía con toda la fuerza que podía a la cuerda suspendida, justo por debajo de Margaret.

Todos estaban bastante conmocionados y parecía que ninguno atinaba a saber qué debían hacer. El vizconde fue el primero en asomarse y observó cómo, tanto Margaret como Lucinda, hacían todo lo que podían para mantenerse aferradas a la cuerda, aunque parecía algo bastante difícil porque estaba húmeda y resbaladiza.

—¡Vamos a izarlas! —gritó Michael mientras ya empezaba a coger un extremo de la misma y poner toda su fuerza para ello.

Se le unió Charles de Charmington y el marqués de Cien, mientras Martin seguía conteniendo al pequeño Arthur y procurando ocultarle aquella escena.

Parecía que lo conseguían cuando la cuerda empezó a deshacerse ante sus propios ojos.

—¡No soporta el peso de las dos! — exclamó Charles con horror.

En ese momento Martin vio cómo Margaret levantaba la vista y miraba el punto exacto donde la cuerda se abría. Los ojos de Margaret se desplazaron, como si fuera a cámara lenta, directamente sobre los ojos de Martin, después miró al pequeño Arthur y bajó la vista hacia Lucinda, que la miraba a ella con los ojos cubiertos de lágrimas. Volvió a mirar a Martin muy fijamente y el tiempo pareció que se había detenido e incluso que todo sonido había

desaparecido. Él, de pronto, comprendió qué iba a pasar y abrió los ojos desmesuradamente mientras que su boca no pudo proferir sonido alguno, aunque vocalizó con claridad un «No». Pero no tuvo ningún efecto. Margaret abrió las manos desasiéndose de la cuerda e incluso se impulsó con los pies sobre la roca para impedir que, con su caída, se llevase a la niña por delante. Horrorizados, todos vieron cómo se hundía en aquellas aguas turbias.

El cerebro de Martin se puso de nuevo en marcha como si se tratase de un mecanismo perfecto. Cogió al niño y se lo entregó a Florence mientras, con rapidez, se lanzaba a buscar a su caballo

y montándose de un salto cabalgó a velocidad de vértigo a través del bosque siguiendo el curso del río.

Michel aprovechó la falta de peso para rápidamente alzar a la pequeña que, en unos segundos, sin casi poder reaccionar, se vio en brazos de su padre. Mientras tanto, Charles, viendo la reacción de su amigo, se subió a su caballo y ambos jinetes se lanzaron a una cabalgata trepidante que debía ir esquivando ramas y rocas con pericia.

La carrera se mantuvo durante, como mínimo, una milla río abajo y, en algún momento, pudieron ver todavía el vestido de Margaret surgiendo de las aguas. Finalmente, la pendiente se

suavizó y eso provocó que el río perdiera la fuerza mientras se desbordaba en el área en la que el bosque ya había acabado dando lugar a una zona de prados verdes.

El cuerpo inerte de Margaret llegó flotando justo en el mismo momento en que lo hacían los jinetes. Martin desmontó de un salto y corrió a través del agua hasta que la alcanzó y la giró para impedir que su cara siguiera sumergida. La arrastró hacia la orilla donde la esperaba Charles, y sin dilación le tapó la nariz y empezó a insuflarle aire a través de su boca enmarcada en unos labios que mostraban un color violeta que delataba

un grave pronóstico.

Charles de Charmington se mantuvo al lado de Martin sin saber qué hacer y durante unos minutos lo observó haciendo desmedidos esfuerzos. Estaba a punto de detenerlo, a la vista de la absoluta falta de reacción por parte de Margaret, cuando el pecho de ella se infló y empezó a toser escupiendo agua de su interior lo que provocó que, inmediatamente, Martin la colocase de lado para ayudar a la salida del líquido.

Al hacerlo, Charles se percató de que el hombro de ella estaba dislocado y así se lo hizo saber a Martin, quien seguía actuando con total profesionalidad, muy probablemente

acostumbrado a reaccionar así en situaciones graves durante sus años de guerra. Martin se aseguró de que a Margaret ya no le quedaban restos de agua en el interior que le impidiesen respirar, aunque sabía, porque no era el primer ahogamiento que veía, que podrían pasar días hasta que su cuerpo eliminase todo resto, normalmente, a través de convulsos vómitos.

Le miró el hombro que Charles le había señalado y colocándola de nuevo de espaldas al suelo, lo estiró en una determinada posición. Se detuvo un momento y la miró comprobando que ella seguía inconsciente. Eso ayudaría dado que lo que estaba a punto de hacer

iba a causar un gran pero rápido dolor. Giró el brazo y lo tensó haciendo que la articulación volviese a su lugar. El rostro de Margaret se crispó y seguidamente, despertando unos segundos, volvió a toser convulsamente.

Martin volvió a ponerla de lado y esperó hasta que vio que ella volvía a perder la consciencia. La colocó de nuevo con la espalda reposando en el suelo y empezó a palparla buscando otras lesiones sobre las que tuviera que actuar: cabeza, cuello, abdomen... todo parecía en su sitio hasta que desplazó la vista a sus piernas y observó que el vestido estaba manchado de sangre. Levantó la falda y vio que la pierna

derecha tenía una herida profunda que dejaba ver el hueso. Seguramente había sido alguna de las rocas afiladas. Debía cerrarla cuanto antes, pero allí no podía hacerlo. Además, la temperatura estaba bajando y las ropas mojadas iban a representar otro grave problema.

Se abrió la chaqueta y se arrancó parte de su camisa para hacerle un torniquete a la altura del muslo impidiendo así que la hemorragia continuase.

—Tienes que ir a buscar el carro. Tráelo lleno de mantas. Y avisa a los sirvientes que vayan preparando agua hirviendo y toallas limpias.

Charles se puso en pie para

obedecer inmediatamente, sin embargo, todavía atinó para quitarse su propia chaqueta.

—¿Quieres ponérsela?

—Sí —respondió Martin escuetamente—. Ayúdame también a subirla a mi caballo. Avanzaré lo máximo que pueda para ir a tu encuentro.

Así lo hicieron y, mientras Martin veía cómo Charles desaparecía galopando a toda velocidad hacia la casa, él inició la marcha por el mismo camino, pero intentando que Margaret no se resintiese por el movimiento del caballo. La tenía así, en brazos, sintiendo su cuerpo frío por efecto del

agua e inerte como consecuencia del desmayo que padecía, y notó cómo un miedo interior le atenazaba.

No debieron transcurrir más de diez minutos cuando, habiendo accedido al camino, Martin vio aparecer el carro espoleado con fuerza por Charles y poco después regresaban de nuevo, habiendo cubierto a Margaret con todas las mantas, pero manteniéndola Martin con fuerza entre sus brazos para así evitar que se golpease por el camino y procurarle mayor calor.

En la casa ya habían preparado la habitación de Margaret con un gran fuego y dos doncellas, junto con la Sra. Right, la desvistieron para evitar que le

continuase bajando la temperatura como consecuencia de aquellas ropas todavía empapadas. Martin había ido corriendo a buscar sus instrumentos y nada más llegar inició la intervención en la pierna, explorando primero los daños reales en nervios y musculatura, limpiando todo posible resto de tierra o piedras del río y cosiendo por capas aquella profunda herida. Mientras lo hacía, pidió a la Sra. Right que estuviera atenta a las reacciones de Margaret y, de observar que recobraba el conocimiento, debía suministrarle láudano.

Mientras tanto, a la casa ya habían llegado el resto de los habitantes absolutamente consternados. Michael de

Ressy llevaba en brazos al pequeño Arthur que, de vez en cuando, seguía temblando bajo los efectos de un llanto apagado pero continuo. Todos se dirigieron a la biblioteca esperando tener noticias de lo que en la habitación de arriba estaba sucediendo y dejaron pasar, primero los minutos y luego hasta tres horas más, que fue lo que tardó Martin en aparecer por la puerta.

Su aspecto mostraba el tremendo estrés al que se había visto sometido, sin embargo, seguía conservando una especie de calma y profesionalidad en su expresión. A la pregunta muda de todos, Martin empezó a relatar, como si estuviese en su hospital ante un grupo de

enfermeras, el estado de la paciente.

—Por el hombro no debemos padecer. Los hombros dislocados sólo producen molestias durante un tiempo determinado pero, con un simple reposo, curará del todo y sin secuelas. La herida de la pierna no ha afectado de manera importante ni a nervios ni a musculatura. Eso es bueno y, muy posiblemente, tampoco tenga mayores consecuencias que la inmovilidad durante un tiempo y una recuperación lenta, a excepción de que la herida pueda infectarse, lo que habrá que evitar con una limpieza diaria.

—Martin se detuvo un momento y dirigió la vista hacia la ventana sin que mirase nada determinado, como

buscando las palabras oportunas para continuar—. Las consecuencias del ahogamiento son distintas. No creo que haya sido demasiado tiempo para que la falta de oxígeno pueda haberle provocado daños, sin embargo, la ingesta de aguas turbias, unido a la baja temperatura de las mismas, pueden ocasionar problemas importantes de salud. Hay que esperar, sin embargo. El tiempo es el que va a marcar la actuación a hacer. Lamento no poder decir nada más.

Todos quedaron algo desolados ante las noticias. Era ya tarde y decidieron irse a descansar cada uno a su habitación, haciendo que el servicio

serviese a cada uno un pequeño refrigerio. Lucinda se negó a dormir sola y fue a la habitación de sus padres. El pequeño Arthur, sin embargo, parecía ya resignado a no ver a su madre, pese a las continuas veces que lo había pedido y, absolutamente agotado, se durmió y lo llevaron a su habitación.

La noche se presentaba larga y tensa. Todos lo sabían. Pero, sobre todo lo iba a ser para Martin, que se metió de nuevo en la habitación de Margaret y se propuso observar al detalle la evolución, aunque era consciente que eso no iba a evitar que alguna enfermedad infecciosa apareciese. Cuando empezó a clarear, Martin bajó al

comedor para intentar comer algo. Sabía que era importante mantenerse fuerte y descansado, aunque notaba su estómago como una piedra y un estado de excitación que le había impedido descansar durante toda la noche.

Sentados alrededor de la mesa ya estaban Charles y Michael, así como Ron y Elisabeth. El resto de los habitantes, con toda probabilidad, dormía.

Todos alzaron la vista al oírle entrar, pero sólo murmuraron un saludo sin pretender insistir en recibir más noticias que el doctor no parecía dispuesto a dar. Comieron en silencio hasta que, pasados unos minutos, Elisabeth se levantó y

dirigiéndose a la puerta de salida, pasó por detrás de Martin y, en un gesto poco adecuado, le acarició el cabello. Él se conmovió ante aquella muestra de cariño y de solidaridad, pese a que eso también denotaba que su implicación en el caso era evidente que traspasaba la mera profesionalidad. Algo inquieto, miró a sus amigos, reconociendo en sus miradas también esa evidencia. En ese momento entró la Sra. Right corriendo y acalorada.

—La fiebre, doctor —pronunció jadeante—. La fiebre ha aparecido.

Martin se levantó de un brinco provocando, incluso, que la silla cayese estrepitosamente y se lanzó escaleras

arriba. Todos los demás sólo pudieron atinar a levantarse, pero poco más podían hacer. Se iniciaba ahora otra fase que, como ya les habían advertido, podía ser mucho más complicada.

Efectivamente, minutos más tarde, el joven doctor volvió a bajar las escaleras. Sus pasos esta vez, sonaron con más fuerza y decisión. Acababan de llegar al comedor el resto de los habitantes de la casa, que habían sido advertidos de las últimas noticias.

—Está confirmado —se oyó la voz grave de Martin—. Es pulmonía. Todos deberían abandonar la casa. Sobre todo, los niños y Elizabeth con urgencia. Y, cuando digo todos, digo todos. Incluyo

al servicio, aunque debo reconocer que yo necesitaría un par de personas que pudieran auxiliarme.

La consternación ocupó la mente de todos los que estaban allí presentes. Debían huir prestos pero, también, les atenazaba la pena por la situación de Margaret.

—Yo me quedo, querido —dijo entonces la anciana madre—. No será el primer enfermo infeccioso que curo en mi vida. Tengo experiencia y le podré ser de mejor ayuda que cualquier doncella atemorizada ante el riesgo de contagio.

Martin la miró estupefacto. La bondad de aquella mujer era inaudita

para alguien de su posición social.

—Yo también me quedo y ya somos dos. No necesitamos pedírselo a nadie del servicio.

Aquel era Charles de Charmington. Martin se lo agradeció con la mirada. A él tampoco le apetecía servirse de la necesidad y disciplina del servicio para pedirles que se quedaran. Sin embargo, también le traspasó por un momento la sombra de los celos al interpretar que el interés de su amigo era evidente, dada la confianza y cercanía que habían mostrado en los últimos días.

A partir de ahí se inició un caótico ir y venir de paquetes, maletas, personas y carruajes, intentando huir lo más

rápidamente posible de aquella casa.

Se decidió que se desplazarían todos a Oakwood. Estaba suficientemente cerca para mantenerse informados de cómo iba todo en la mansión. Además, la cercanía del hospital tranquilizó a Ron respecto de la situación de su esposa a la que ya no le quedaba tanto para dar a luz y ante la imposibilidad de contar con el mejor amigo y médico de la familia para atenderla. Por último, el marqués de Cien manifestó que tenía allí a uno de sus mejores amigos y compañeros de armas, lord Greats, quien les acogería en su casa.

Lo más difícil, sin lugar a dudas, fue llevarse al pequeño Arthur quien, al

evidenciar que se iban sin su madre, empezó a llorar y patalear. Sólo consiguió calmarlo el vizconde de Ressay quien asumió el papel de cuidador y llevándolo en brazos fue de los primeros en subirse al carruaje cuando el sol ya empezaba a ponerse.

Charles de Charmington y la anciana madre los despidieron a todos al pie de la escalera y se prometieron mutuamente darse noticias de cualquier novedad que se produjese en un sitio u otro.

Después, la casa quedó en un silencio sepulcral y ambos decidieron subir a la habitación de Margaret para acordar con Martin cómo iban a ser los

turnos de guardia de la enferma.

—Yo me haré cargo —dijo Martin en un primer momento—. Sólo necesitaré que, de vez en cuando, puedan quedarse para descansar unos minutos. Estoy acostumbrado.

—Ni hablar, jovencito —respondió con firmeza la anciana madre—. No os voy a negar el dudoso honor de hacer las guardias nocturnas, porque sé por experiencia que los peores momentos de la enfermedad pueden aparecer en esas horas y porque ya no tengo edad para trasnochar alegremente. Sin embargo, vos iréis a descansar durante el día y dormiréis, como mínimo, cinco o seis horas. El Conde de Charmington se

quedará conmigo en las guardias diurnas y nos hará el apoyo de suministros si lo necesitamos.

Martin no quiso discutir con aquella sabia anciana. Sabía que era, sin duda, la mejor disposición.

—¿Cómo va a ser? —preguntó entonces Charles— ¿Qué será normal y que no será normal? ¿Cómo sabremos cuando alarmarnos y qué hacer?

—Las enfermedades infecciosas tienen todas una evolución similar. — Era Martin quien hablaba, aunque su voz sonaba extrañamente calmada, como si estuviese impartiendo una conferencia —. Un proceso de subida, un momento máximo que es el más peligroso, y un

proceso de bajada. Tanto la subida como la bajada pueden durar entre veinticuatro horas y cinco días. Sin embargo, si la subida es muy lenta, las posibilidades de complicación son más altas, puesto que el enfermo debe enfrentarse al momento más peligroso cuando su cuerpo ya está demasiado mermado después de muchos días. Por el contrario, la bajada es mejor cuanto más lenta. Se garantiza una recuperación más estable. Debemos procurar que la fiebre no suba demasiado con cataplasmas y esencia de sauce y que la saturación de sus pulmones no llegue a bloquearlos, con baños de vapor caliente e infusión de jengibre. Eso es

todo lo que podemos hacer.

Martin había hablado con una aparente ausencia de sentimientos. Como si describiese un proceso químico absolutamente ajeno a su persona. Sin embargo, Charles lo conocía suficientemente. Sus ojos delataban una preocupación subyacente y profunda.

Cenaron por turnos y cuando la anciana madre se decidió irse a dormir, no sin antes hacer prometer a Martin que a las cinco de la mañana la avisaría para sustituirlo, Charles todavía quiso quedarse un momento con su amigo, que ya se había instalado en un pequeño sillón junto a la cama de Margaret.

—Martin, tengo que decirte algo.

El joven sólo levantó la vista y lo miró invitándole a continuar.

—Martin —volvió a repetir Charles de Charmington mientras tragaba saliva denotando su intranquilidad—. Tienes que saber que entre Margaret y yo no había nada.

Martin lo miró de arriba abajo.

—Charles, cállate.

—No, Martin. Quiero que lo sepas. La convencí para que participase en esa apariencia. Yo...

—He dicho que te calles. Ni te he pedido explicaciones ni las quiero. Y ahora no quiero hablar. Vete a dormir. Mañana me tienes que sustituir y te quiero fresco y preparado.

El tono no dejaba lugar a dudas. La conversación había acabado.

CAPÍTULO 16

—¡Charles! ¡Despierta! ¡Te necesito!

La voz de Martin había sonado fuerte, rotunda y desesperada. Charles se levantó de un golpe y corrió hacia la habitación de Margaret. La anciana madre ya estaba allí, con toallas húmedas en la mano que intentaba poner sobre la frente de la enferma. Sin embargo, parecía una tarea imposible. El cuerpo de la joven se convulsionaba fuertemente y todos los esfuerzos por mantenerla estable eran inútiles. No vio a su amigo hasta que por detrás oyó su potente voz de nuevo.

—¡Necesito llenar la bañera de agua lo más fría que se pueda!

Lo había dicho mientras en sus manos ya había dos grandes cubos cargados de agua, que con rapidez vació en la bañera que se encontraba en la habitación. Charles se los cogió y se lanzó escaleras abajo a buscar más agua del pozo.

Martin, aprovechando que su amigo ya estaba ayudando, se acercó a Margaret mojando previamente una toalla grande con el agua que acababa de vaciar en la bañera y le cubrió la máxima cantidad de cuerpo con la misma, mientras que ejerció una fuerza controlada sobre los hombros para reducir al máximo las convulsiones. Margaret estaba inconsciente, aunque

tenía los ojos abiertos como efecto de todo el shock que estaba sufriendo.

Jadeaba fuertemente, de manera que a Martin no le hizo falta el fonendoscopio para captar el bloqueo de sus pulmones. Él había visto a mucha gente morir y aquella reacción estaba muy cerca de la muerte. Sólo pensarlo sintió una tremenda quemazón en la garganta y opresión en el pecho. También él moriría. No iba a soportarlo.

Charles llegó con dos cubos más totalmente cargados y los vació rápidamente en la bañera. Martin sabía que no podía esperar mucho más.

Todavía cubierta con la toalla, alzó en brazos a Margaret y la sumergió lo

máximo que pudo en el agua, pese a que todavía atinó a que la herida de la pierna pudiese quedar fuera. El riesgo de infección en caso de humedad era mayor. La anciana madre aprovechó para volver a mojar la toalla y, esta vez, casi sin escurrir, se la colocó en la cabeza al tiempo que se la sostenía impidiendo así que las convulsiones le provocasen lesiones contra las paredes de la bañera aunque, como consecuencia del enfriamiento de la temperatura, parecían haber disminuido un poco.

Dos cubos más fueron abocados mientras Margaret todavía estaba en el interior. La impresión de la temperatura helada tuvo un efecto inmediato en la

enferma que, de golpe, recobró la consciencia. La vieron cómo se aferraba al brazo de Martin con el que sujetaba su nuca y, extrayendo una fuerza de su interior que parecía imposible que tuviera, se incorporó y miró fijamente a Martin a los ojos.

—¿Cuidarás de Arthur? —dijo con una voz ronca y jadeante.

Martin hundió la mirada en aquellos ojos verdes intentando reconocer los últimos estertores de la muerte, aquellos que provocaban una aparente mejoría absoluta. Lo que vio, sin embargo, era una especie de serenidad interior, que casi le asustó más. Parecía dispuesta a morir sin plantar más batalla.

—No —contestó con firmeza—.

¿Me oyes, Margaret? ¡No!

Un atisbo de duda, mezclado con cierto temor, atravesó la mirada de ella. Fue sólo un momento porque, de inmediato, cerró los ojos y volvió a perder la consciencia.

La anciana madre y Charles habían presenciado la escena y se habían quedado helados. Negarle a una moribunda un deseo, tal vez, podía parecer algo terriblemente cruel. Martin sintió las miradas recriminatorias sobre él, pero no le importó. Él no iba a colaborar a que Margaret abandonara la pelea que estaba teniendo contra aquella pulmonía. No se lo iba a poner fácil y le

daba lo mismo tener remordimientos, porque acababa de decidir que, si ella moría, él también lo iba a hacer.

—Trae un par de cubos más —ordenó a su amigo.

Esta vez no hubo más reacción aparente por parte de ella, sin embargo, claramente las convulsiones habían cedido y la fiebre parecía remitir. Martin sabía que no debía confiarse, puesto que podía ser sólo el efecto del agua. La respiración de ella seguía siendo agónica.

—Deberíamos cambiar las sábanas por unas secas y limpias para poder ponerla cuando la saquemos de la bañera

Inmediatamente, tanto la anciana madre como Charles se movieron hacia el lecho mientras Martin se quedó sosteniéndola y controlando su respiración. Se dio cuenta en ese momento de que el camisón lo tenía pegado al cuerpo por efecto del agua y que, además la transparencia era total. Sin embargo, no cabían los recatos en ese momento. Empezó a quitarle el camisón.

—Charles, ponte una toalla seca sobre los brazos. La sacaré y la tomarás tú.

Así lo hicieron aunque, nada más ponerla sobre los brazos de su amigo, la anciana madre la cubrió con otra toalla y

entre los dos consiguieron secarla totalmente. Charles entonces la depositó en la cama y la cubrieron con las sábanas y una colcha no demasiado voluminosa. La temperatura de la habitación ya era suficiente para evitar que se enfriase gracias al efecto de la chimenea y no debían cubrirla excesivamente para evitar que subiera de nuevo la temperatura.

Se turnaron para ir cubriéndole la frente, las muñecas y la nuca con toallas húmedas y, en el fuego, pusieron a hervir otro poco con esencia de eucalipto y jengibre, cuyos vahos procuraron que ella respirase colocándoselos muy cerca.

Así fueron pasando los minutos. El tiempo jugaba a su favor. Martin notaba su corazón palpar con fuerza. No quería tener falsas expectativas, pero parecía que el momento más crítico había sido superado.

—Váyase a dormir, señora —se dirigió a la anciana madre—. Debe descansar para poder sustituirme mañana.

—No. Me quedaré en este diván —respondió ella—. Será suficiente.

Martin se lo agradeció en silencio. Lo cierto es que todavía estaba aterrizado. Miró hacia Charles.

—Descansa tú también, amigo —le dijo, agradeciéndole su presencia.

No quería pensar demasiado en los motivos que llevaban a Charles a estar allí. Tres días antes le había confesado que Margaret y él no habían tenido nada que ver, pero él no se lo creía. Conocía a su amigo y sabía el efecto que le producían las mujeres bonitas, y Margaret era una de las más bellas que había conocido.

No podía ni debía reprochárselo, puesto que no le debía ningún tipo de fidelidad, ya que Margaret no le pertenecía. Eso no significaba que no sintiese una punzada en su corazón cada vez que los había visto juntos, intimando por encima de lo que el decoro aconsejaba. Pero había apretado las mandíbulas y

conservado la calma. No quería ni debía romper una amistad de años. Él debía casarse con Florence y Margaret también tenía todo el derecho del mundo a buscarse sus diversiones. A fin de cuentas, ella era una mujer muy apasionada y nadie tenía por qué recriminarle que buscara consuelo a su situación de viuda.

Intentó apartar de nuevo esos pensamientos de su mente. Debía concentrarse ahora en salvarla. Parecía tan débil y tan pequeña en aquella cama. Le humedeció los labios, que tenía secos y resquebrajados por efecto de la fiebre. Ella reaccionó inconscientemente

buscando esa humedad y él se sintió fuertemente conmovido.

Los minutos siguieron avanzando y, cuando ya empezaba a clarear en el exterior, Martin se percató de que sus acompañantes se habían quedado totalmente dormidos. Aunque la respiración de Margaret parecía mucho menos ruidosa, se levantó con cuidado para volver a calentar el agua con el que hacer los vapores. Se quedó un rato ensimismado mirando cómo el líquido alcanzaba la temperatura. El fuego que había debajo producía ese efecto hipnótico.

Para acabar, puso unas gotas de la esencia de eucalipto y esparció ramas

de jengibre en el interior y cogiendo el mango con un trapo lo acercó hasta la cama de ella y lo depositó en la mesita que habían colocado lo más cerca posible.

En ese momento la vio y se quedó petrificado. Ella estaba totalmente consciente y su respiración era rítmica, aunque todavía sonora. Sus ojos se clavaron en los de ella y sintió como si todo su interior se desvaneciera al ritmo de un corazón que bombeaba con fuerza. La mirada de ella era de una intensidad que lo transportó de golpe a aquellos momentos en el refugio. Margaret abrió un poco los labios. Parecía como si quisiera decirle algo, aunque todo

estaba concentrado en el brillo de sus ojos verdes. Parecían dos enamorados absolutamente embelesados.

—¿Está consciente?

La voz de la anciana madre rompió el encantamiento. Martin enfrió de inmediato la mirada al tiempo que ella la retiraba y la desplazaba hacia la mujer. Charles también se despertó en ese momento.

—¿Está bien?

Martin, sin responder, empezó a actuar con total profesionalidad. Le tomó el pulso, la temperatura, y la auscultó con el fonendoscopio, empujándola con cuidado para que se girase sobre su brazo para poder

auscultarle también la espalda. Cuando terminó la volvió a extender con la espalda sobre la cama. Les palpó el cuello y por detrás de las orejas.

Mientras tanto, la anciana madre y el conde de Charmington se mantenían a una distancia prudente para permitirle todo el espacio de actuación. Margaret, sin embargo, parecía aturdida mentalmente y muy débil físicamente.

—Margaret —le dijo con suavidad—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué ha pasado? —La voz de ella fue casi como un susurro apenas inaudible.

Martin la miró con preocupación. Después se dirigió a sus dos

acompañantes como buscando confirmación.

—¿No recuerdas nada? —le preguntó.

Margaret respiraba todavía con dificultad. Mantuvo la vista perdida en un punto ciego de la habitación. Parecía que quería recordar, pero el esfuerzo se reflejaba en su expresión y los ojos se le cerraban.

—¿El río? —se atrevió a decir Martin—. ¿El puente?

Esas simples palabras fueron el detonante. Ella alzó la barbilla para mirarlo directamente a los ojos y, aunque en un primer momento parecía que dudaba, de su boca jadeante

surgieron las palabras:

—¡Lucinda! ¿Lucinda?

—Tranquila. Relájate. Lucinda está bien. Tu acción estúpida y loca la salvó.

A Martin le habían salido las palabras casi sin pensarlas y al instante se arrepintió de haberlas pronunciado. Sin embargo, eso pareció ser suficiente para que ella dejase ir una profunda inspiración y cayese de nuevo en un estado de inconsciencia que, esta vez, podía ser también de descanso.

A partir de ese momento, y aunque durante dos días más Margaret se mantuvo casi todo el tiempo inconsciente, los cuidados que profesaban a la enferma tenían mejores

resultados. La fiebre sólo se presentó en alguna ocasión más y sin ser demasiado alta. La respiración, cada minuto que pasaba, era más estable y regular. El color de la piel volvía a un rosa pálido alejando aquel amarillento tan cercano a la muerte.

Mantuvieron los turnos, aunque la tensión era mucho menor, de manera que los cuidadores también podían descansar mucho mejor. Charles de Charmington hizo llegar un mensaje a todos los demás anunciando las buenas nuevas. Les pedía que continuase en Oakwood hasta nuevo aviso, pero sí que enviasen a alguien del servicio para hacer más llevadera toda la situación,

incluyendo la propia atención a ellos que, desde hacía demasiados días, sólo habían comido algunos sándwiches.

La anciana madre empezó, incluso, a dedicar los días de vela a la lectura en voz alta de la historia de David Copperfield, conocedora de que a Margaret le apasionaban los libros y, pese a que no estaba despierta, la mujer aseguraba haberle visto modificar su expresión con algunos de los párrafos más emocionantes.

La tercera noche Margaret abrió los ojos de nuevo. Lo hizo sin aspavientos, como si sólo hubiese estado durmiendo una pequeña siesta. Al principio, le costó distinguir lo que había a su

alrededor, pero la ventana tenía los postigos abiertos y, aunque era totalmente de noche, la luz de una luna potente y radiante iluminaba toda la habitación.

Repasó todos los contornos de los objetos de su alrededor y reconoció su propia habitación. Al llegar al sofá que había junto a la ventana se dio cuenta de que había alguien estirado. No podía reconocerlo porque el propio respaldo del sofá impedía que le diera la luz de la luna.

Notó sus labios reseco y de pronto se dio cuenta de que tenía una sed horrible. Tanta, que la garganta le ardía. Miró a su izquierda y sobre la mesita de

noche, junto a la cama, distinguió una jarra de agua y un vaso.

Intentó incorporarse un poco apoyando las manos para hacer fuerza. Aunque pensarlo había sido muy fácil y los primeros movimientos casi automáticos, pronto se dio cuenta de que la realidad era otra cosa. Sus brazos parecían incapaces de aguantar su propio peso y se sentía muy débil. Cambió, por tanto, de estrategia rodando un poco sobre su propio costado para acercarse más al lado donde estaba el agua, y desde esa posición consiguió que su hombro izquierdo se posase sobre la cama y la mitad de su cuerpo se alzase de ella. Alargó entonces el brazo

derecho hacia la mesa, aunque lo notó muy pesado y sintió además un dolor agudo en el hombro, así que volvió a depositarlo sobre su cuerpo, intentando descansar.

No hubiera imaginado nunca que un movimiento tan simple le estuviese generando ese tremendo cansancio. Por eso no pudo contener algunos jadeos y empezó a notar cierto dolor en el pecho. Hubiera querido desistir, pero la sed era cada vez más tenaz.

Se impulsó un poco más para estar más sentada que acostada. De esa forma podría serle más fácil coger la jarra. Pese a ello ya estaba imaginando que levantarla y verter agua en el vaso no

iba a ser nada fácil, puesto que estaba llena y debía pesar bastante.

—¿Qué haces? ¿Qué necesitas?

Sus esfuerzos no habían conseguido llegar al agua, pero sí despertar a su acompañante. La voz había sonado grave, y Margaret estaba tan concentrada en sus propias y escasas fuerzas que ni siquiera la reconoció en un primer momento.

Sin embargo, no hubo ninguna duda de quién era la persona que en un segundo estaba junto a aquel lado de la cama. Martin la estaba mirando con una expresión que denotaba cierta preocupación.

—Tengo sed —dijo Margaret.

Al hablar, la sequedad de su boca fue todavía más hiriente y la primera sensación de tranquilidad que había experimentado cuando había abierto los ojos, se disolvió totalmente y notó de nuevo como si todo su cuerpo quisiera volver a las profundidades del sueño en el que había estado sumergida.

Oyó cómo Martin cogía la jarra y vertía el agua en el vaso. Sintió cómo se sentaba a su lado en el pequeño hueco que su cuerpo dejaba. Notó el roce de su cuerpo. Abrió los ojos entonces y le vio portando un vaso.

Seguidamente puso una mano por detrás de su nuca sosteniendo el peso de su cabeza para ayudarla en la acción de

beber.

—Hazlo poco a poco
—le recomendó.

Margaret se hubiera bebido toda el agua de un solo trago, pero intuyó que era mejor obedecer. Además, estaba tan cansada que incluso tragar le estaba suponiendo más esfuerzo del que nunca hubiera creído.

Cuando acabó, él volvió a dejarla con suavidad sobre la cama y el vaso en la mesita de noche.

—Respira. Relájate.

Se levantó de la cama, pero empezó a arreglarle las sábanas con un gesto casi paternal. Margaret le miró mientras lo hacía y su corazón aumentó la

velocidad.

—Estabas durmiendo —dijo ella.

Era una afirmación. La constatación de un hecho, pero había sonado a pregunta.

—Sí, lo siento. No me había dado cuenta de que te habías despertado.

—No, no... —Se mordió el labio inferior—. Quiero decir que me sabe mal haberte despertado. —Hablar le costaba un esfuerzo enorme y la respiración se le agitó—. Pero no entiendo por qué estás aquí. Sería mejor que pudieras dormir en tu habitación.

Fue decir esas palabras y arrepentirse al instante. No sabía por

qué estaba hablando así. No quería sonar desagradecida. Era evidente que él estaba cuidando de ella.

—No te preocupes. Es lo más conveniente. Y estoy bastante acostumbrado. Soy médico

Margaret respiró profundamente cerrando por un momento los ojos. Notó de nuevo el dolor en el pecho.

—¿Qué te duele?

Tal vez, su expresión la había delatado. Pero la pregunta le hizo pensar sobre sí misma y repasó mentalmente cómo se sentía.

—Un poco el pecho al respirar. Me siento cansada. ¿Tengo algo en la pierna?

Aunque él estaba de lado a la ventana y sólo tenía un lado de la cara iluminada, Margaret pudo ver que sonreía.

—Has tenido una pulmonía. Has estado muy enferma. El cansancio es por eso, pero se te pasará. Sólo has de comer bien unos días. En la pierna tienes una herida. Es profunda, pero está totalmente cerrada y la recuperación también creo que será fácil con algunos ejercicios.

—¿Cuántos días llevo enferma?

—Mañana será el octavo día.

—¿Octavo? —La cabeza le daba vueltas. Ocho días habían desaparecido de su existencia y no recordaba

absolutamente nada. De pronto, la imagen de su hijo llorando mientras la veía colgada en el puente se le apareció en su mente—. ¿Dónde está Arthur?

—No te preocupes. Está con los Scandy en Oakwood. No era seguro que nadie se quedara aquí. La pulmonía es muy contagiosa.

—¿No hay nadie?

—Nadie salvo Charles, la anciana madre y yo. De todas formas, hemos pedido que venga alguien del servicio. Ahora que empiezas a estar mejor es necesario que alguien nos haga bien de comer. Ninguno de los que nos hemos quedado somos cocineros.

La voz de Martin sonaba amable.

Era como recordar al amigo que dejó en Gloucester. Lo miró a los ojos. Seguía de pie junto a su cama. Invitarlo a sentarse hubiera sido indecoroso. Sin embargo, hacía unos minutos él lo había hecho con total naturalidad cuando le había acercado el agua. Todavía recordaba el calor de su cuerpo junto a su pierna.

—Os he causado a todos demasiadas molestias.

Martin le dirigió una mirada profunda. Ella se quedó inmóvil, capturada por sus ojos.

—Lo que hiciste fue una tontería — dijo Martin.

—Yo... la cuerda... —Margaret

tragó saliva—. Estoy muy cansada.

—Duerme. Mañana empezarás a comer.

Así fue a partir del día siguiente. El servicio llegó a primera hora de la mañana y preparó de inmediato sabrosas y consistentes comidas. La anciana madre se mostró como una maravillosa enfermera. Atenta, amable y, al mismo tiempo, firme en su insistencia porque Margaret comiera.

También estaba Charles de Charmington. Su actitud era muy distinta a la de días anteriores. Durante las primeras jornadas, sólo aparecía como ayudante de cualquier otro cuidador. En

un segundo plano. Como si se avergonzase de estar allí. Si tenía que dirigirse a Margaret directamente, la trataba con una delicadeza increíble. Siempre atento a cualquier necesidad que pudiera tener pero, al mismo tiempo, cauto y respetando siempre que todos sus acercamientos, comentarios o atenciones fueran de la más exquisita de las correcciones. Cuando coincidía con Martin parecía incluso querer difuminarse y sólo atendía los requerimientos de su amigo sin avanzar. Era curioso verlo así, porque su naturaleza impulsiva y su innato liderazgo eran algo arrollador y Margaret sabía que toda aquella

contención era un tributo a su amigo.

Dos días más tarde, se levantó una mañana totalmente soleada. Con un azul intenso en el cielo que Margaret miraba desde su cama. La doncella la acababa de ayudar a bañarse y la había vuelto a acostar con un camisón que olía a limón.

—¿Podrías abrir la ventana? —
pidió ella.

—No sé si debo, señora. Se lo preguntaré al doctor.

—¿Qué tenéis que preguntarme?

Era Martin, que en ese momento entraba en la habitación dispuesto a reconocerla, como cada mañana. Ya no se quedaba toda la noche velándola, pero sí que demoraba hasta muy tarde su

retirada a la habitación de al lado, cuando comprobaba que ella ya dormía profundamente, y era el primero en aparecer por las mañanas.

—Le he pedido que abra la ventana —intervino Margaret—, hace un día tan bonito.

Él la miró. Recordó la pasión que ella sentía por sus paseos al aire libre.

—Vamos a hacer otra cosa.

Se dirigió hacia la cama y con mucho cuidado abrió el embozo que la cubría. La incorporó un poco y, cogiendo la colcha superior, le cubrió los hombros. Entonces, sin tiempo para que ella pudiera pensar un momento, la alzó en sus brazos.

—Ayúdeme a cubrirla del todo —le dijo a la doncella, quien presta se acercó y, recogiendo la colcha que colgaba, cubrió la máxima parte del cuerpo de la enferma.

Margaret se había quedado atónita ante el gesto. Tener su cuerpo tan cerca. Oler su aroma. Oír los latidos de su corazón. Sentir el calor de sus manos sobre su pierna y sobre sus costillas. Ella tenía que ayudar y reaccionó echando sus brazos alrededor del cuello de Martin.

Descendieron la escalera y a mitad de camino se encontraron con Charles de Charmington.

—¿Ocurre algo? —preguntó el

conde extrañado.

—El aire libre le va a hacer bien. Pide que sirvan el almuerzo en la terraza.

Charles la miró, pero ella retiró la vista. Se sentía avergonzada ante el escrutinio. Sin embargo, se hubiera quedado en su regazo toda la vida. Allí parecía que su debilidad desaparecía y la tranquilidad y el bienestar ocupaban su lugar.

Al llegar a la terraza, Martin todavía dudó un instante sobre dónde colocarla. Finalmente, optó por uno de los sofás que parecían más cómodos. Así que se arrodilló y la depositó con mucho cuidado.

Se miraron directamente a los ojos. La distancia entre ellos era de apenas unos centímetros. El corazón se le disparó de tal forma que no podía creer que él no lo oyera. Demoró el contacto visual unos segundos más. Le hubiera gustado perderse en aquellos ojos grises, como cuando lo tenía a su lado, en el refugio del bosque de Gloucester, después de haber hecho el amor y haberlo tenido sólo para ella. Él bajó la vista hasta su boca y ella la entreabrió ligeramente. Le hubiera gustado tanto sentir sus labios. Aunque sólo fuera un beso rápido, como el que le dio antes de partir hacia Canterbury. Sin embargo, él acabó incorporándose y retirándose, y

Margaret no pudo leer nada en sus ojos porque Martin se encargó de no permitírsele, desviándolos de su campo de visión.

El servicio entró en ese momento, seguidos de Charles de Charmington. —Encárgate de que se lo coma todo —dijo Martin a su amigo y se metió de nuevo en la casa con rapidez, sin dar tiempo a decir nada más.

Charles se sentó en el sillón que había justo al lado de Margaret.

—¿Dónde iba? —le preguntó.
—No lo sé —respondió Margaret y de inmediato se sintió como si hubiese sido abandonada.

Se quedaron ambos en silencio. Ella

respiró profundamente. Quería aprovechar la oportunidad de estar al aire libre. Hacía muchos días que no había podido hacerlo.

—Margaret —Charles había bajado la voz casi en un susurro—. Tengo el título de propiedad de su casa en Boston. Está en la biblioteca. En el interior de Los viajes de Gulliver. Podéis cogerlo cuando deseéis.

Margaret lo miró. Aquel hombre que la había sometido al desprecio, que la había convencido para que tirase su prestigio por la borda, la miraba ahora casi a hurtadillas, avergonzado o arrepentido.

—Charles, no debes sentirte mal. —

Ella lo trató con mayor familiaridad de la que había utilizado él, pero sentía que había nacido una amistad entre ellos—. Nada de lo que ha ocurrido ha sido culpa tuya.

—Si hubierais muerto, lo habríais hecho creyendo todo el mundo algo que no sois.

—Eso no es tampoco vuestra responsabilidad. En todo caso es la mía. Os agradezco todo lo que habéis hecho. De verdad. —Margaret recuperó el tratamiento cortés, ya que él también lo hacía.

—El título de propiedad es vuestro, Margaret. Aunque debo deciros que creo que vuestro sitio todavía está aquí. Por

eso me atrevo a pedirlos que no os marchéis, por favor.

—Lo haré, Charles. En cuanto pueda hacer venir a Arthur. Vos y yo sabemos que no tiene ningún sentido que me quede.

El conde puso sus manos sobre su propia frente y la masajeó con las palmas como si quisiera quitarse algo de su interior.

Margaret se movió para incorporarse y quedarse sentada. Levantó una mano y la depositó sobre la cabeza de Charles. Él levantó la vista y le tomó la mano.

—Lo siento —susurró.

—No hay nada que sentir —volvió a

repetir ella.

En ese momento, Martin apareció por la puerta. Se soltaron las manos rápidamente, aunque sólo hacerlo Margaret se arrepintió. El gesto veloz podía generar más dudas que si lo hubiesen hecho con naturalidad. Sin embargo, Martin pareció no haberse percatado o no haberle dado ninguna importancia.

—¡Charles! —dijo algo nervioso—. Hemos recibido aviso de Oakwood. Elizabeth va a tener al bebé.

CAPÍTULO 17

Hasta hacía poco había permanecido en un estado de tranquilidad y paz como nunca. Se sentía mucho más fuerte y restablecida, pese a que la pierna todavía no le permitía moverse con fluidez. Sin embargo, ya habían pasado cinco días desde que Martin y Charles habían partido con rapidez hacia Oakwood para asistir a Elizabeth en el parto, y la espera le estaba generando ya cierta ansiedad.

Martin le había prometido que tan sólo estaría fuera un par de días y ella sabía que la promesa era cierta cuando la había hecho. Se notaba. Había dado mil instrucciones tanto a la doncella

como a la anciana madre sobre los cuidados que debían practicar a la enferma durante su ausencia y, aun así, hizo prometer que cualquier cambio le sería comunicado de inmediato.

Margaret reconoció la duda en sus ojos cuando, al final, emprendió la marcha y la miró directamente a los ojos para decirle «Hasta pronto».

La razón del retraso no era el parto, ni ninguna mala noticia relacionada con ese acontecimiento. Habían recibido una nota de lady Scandy dirigida a su madre, en la que le explicaba que el parto había ido bien y que había nacido un niño grande, fuerte y guapo. Tanto la anciana madre como Margaret creyeron que, el

carruaje que apareció al día siguiente de recibir esa nota, transportaría al doctor Golsmith, y Margaret tenía incluso la esperanza de que trajese con él a Arthur. Sin embargo, se trató de un error del cochero, que confundió la casa de los Charmington con una mansión cercana, y desde entonces nada se había sabido de Oakwood.

Aquella mañana, Margaret había salido al jardín como casi cada día, acompañada de la anciana madre, para respirar aire puro. Normalmente, al final de la mañana se les unía Mr. Plenty que, desde que se había enterado del accidente, había venido cada día para estar informado de su estado de salud,

aunque no alargó sus visitas quedándose con las mujeres, hasta que Martin y Charles se fueron.

Mientras Margaret leía, la anciana madre trabajaba en un bordado que representaba, justamente, el paisaje que tenían frente a ellas en ese momento. Así sentadas vieron aparecer al jinete que transportaba el correo y aquella vez no fue ninguna falsa alarma, si no que la anciana madre recibió nota escrita de su hija.

—La leeremos en voz alta, querida.

*Querida madre,
Acabo de leer vuestra
última carta y me he
sentado inmediatamente*

para poder responder y daros noticia de nuestra vida aquí en Oakwood. Efectivamente, el niño de lady Sonset está en perfecto estado, no debéis preocuparos por él. Es un niño robusto que está comiendo muy bien y todos creemos que en menos tiempo de lo habitual, va a corretear por los alrededores.

Lucinda también está muy guapa. Ha empezado a asistir a

clases de canto con una niña vecina nuestra e hija de unos marqueses muy jóvenes a quienes el marqués de Cien conocía.

Arthur también la acompaña porque no soporta estar alejado de nuestra hija. Yo creo que este angelito ha llegado a creer que Lucinda es su hermana. En cualquier caso, sí es cierto que echa en falta a su madre y ya le he transmitido al conde de

Charmington la
necesidad de que lo
lleven con vosotras
como sería natural y
recomendable. En
realidad, estábamos
contemplando la
posibilidad de regresar
todos, ahora que
sabemos que no existe
ya peligro de contagio
ninguno. Sin embargo,
tienes que saber que el
retraso en estos planes
tiene su origen en un
feliz acontecimiento que
ya hace demasiado

*tiempo estábamos
esperando.*

*Florence se ha casado.
Lo hizo el sábado
pasado. Supongo que
serás consciente de que
la rapidez indica que ha
habido cierto escándalo
de por medio, pero nada
que una boda no haya
podido solucionar,
aunque, eso sí, ha
provocado que el
marqués de Fanthom
haya tenido que venir
mucho más pronto de lo
razonable. Quiero verte*

*y explicártelo todo con
pelos y señales. Espero
poder hacerlo en breve.
Os echo mucho en falta,
madre, y Lucinda
también.
Recibid un afectuoso
saludo de vuestra hija.*

La anciana madre depositó la carta sobre la mesa, se quitó las gafas y miró directamente a Margaret. La joven tenía la vista clavada en el suelo. Desde que había oído las noticias de Florence, no quería levantarla. Era demasiado evidente el impacto que la noticia le había causado. Estaba segura de que

incluso tenía lágrimas en los ojos y no podía permitir que esos sentimientos estuvieran a la luz.

Ya estaba. Ya había acabado todo. Martin, al fin, se había casado. Eso era lo que sabía Margaret que iba a ocurrir desde que llegó a Londres. Se lo habían dicho. Los había visto juntos. Formaba parte de los planes de Charmington. Aquello era lo que había deseado para cumplir con su parte del plan y poder irse a Boston de nuevo con su hijo.

Y, sin embargo, el dolor que sentía en su interior era tan agudo que creía que no podría respirar. Saberlo definitivamente en brazos de otra mujer para toda la vida equivalía a cerrar toda

esperanza. Unas esperanzas que en ningún momento se había atrevido a verbalizar, ni siquiera a reconocer en su interior pero, estaba claro, por sus sentimientos actuales, que sí que habían estado allí todo el tiempo.

Se preguntó si Martin habría sentido ese mismo dolor cuando se enteró que ella se iba a casar con Maine. Recordó su mirada cuando fue a verlo a la casita del jardinero y no la dejó hablar. La trató con dureza y, sin embargo, ella no podría ahora hacer aparecer de su interior ninguna fortaleza. Si alguien la hacía hablar rompería a llorar y eso es algo que no se había permitido hacía demasiado tiempo.

—...¿no le parece, Margaret?

La anciana madre le había estado hablando y ella ni siquiera la había oído. Levantó la vista y se encontró con el amable rostro de aquella mujer. Intentó balbucear una respuesta, pero se le hizo un nudo en la garganta.

—Pequeña, creo que necesita descansar un poco.

Margaret asintió con la cabeza y poco después se encontraba en su habitación y sólo pudo desplomarse en la cama. La doncella que la asistía la arropó y le preguntó si necesitaba algo más.

—Sólo dormir, gracias —respondió ella.

Cerró los ojos. No debía llorar. No debía abandonarse a la tristeza. Si lo hacía no iba a poder parar. Debía racionalizarlo, recordar que eso era lo que había estado esperando todo ese tiempo. Martin debía ser feliz. Se lo merecía. Ella tenía a su hijo Arthur. Lo mandaría a buscar y harían las maletas inmediatamente. Se irían a Boston y allí reharían su vida. El negocio de madera que habían dejado no daba demasiado, pero con esfuerzo ella suponía que podría levantarlo. Había sido administrado pésimamente por su marido, quien jamás atendió a sus consejos. Margaret no entendía demasiado de negocios pero, pese a

ello, durante toda su estancia en América había escuchado las conversaciones de otros hombres de éxito mientras cenaban en su casa, había leído todos los documentos que el abogado les había tramitado y había aplicado el sentido común. Se sentía valiente y con capacidad. Se aferraría a ese sentimiento y todo iría bien.

A la mañana siguiente, una nueva Margaret se levantó de la cama y supo que aquel iba a ser de nuevo el principio de una vida distinta. Reconocía esa sensación. Fue la misma que la hizo decidir volver a Inglaterra cruzando el océano sola con su hijo. La experiencia no había salido como, tal vez, había

imaginado; sin embargo, no podía olvidar que, gracias a la misma, ya tenía la casa de Boston a su nombre, sin deudas. Suficiente.

Le pidió a la anciana madre que escribiera a su hija para pedirle que enviaran a su hijo Arthur a Canterbury lo más rápidamente posible. Desde allí, y a sólo un par de horas, se encontraba Dover, donde tomaría un barco a Lisboa y desde Lisboa directa hacia su hogar.

Miró a la mujer que la había cuidado durante todo ese tiempo con tanto cariño y pensó en confesarle sus planes. Sin embargo, finalmente, optó por callárselos. No quería que nadie la hiciese dudar y era muy probable que

aquella mujer pretendiese disuadirla.

Aquel día transcurrió con la tranquilidad habitual; sin embargo, al día siguiente, llegó Mr. Prenty. Le alegró verlo. Se despediría de él, aunque tampoco le haría partícipe de sus planes. Era muy consciente de que aquel hombre se había enamorado de ella. Si podían conservar la amistad era porque su absoluta timidez le había impedido declarársele. Margaret lamentaba ser egoísta con aquel hombre. Su actitud le mantenía próximo, pero sin alentarle en exceso. Necesitaba un amigo, alguien que pudiera distraerla y le hiciese buena compañía. Eso era Mr. Prenty para ella. Tenía una excelente conversación, sabía

recomendarle lecturas y la trataba con respeto, cosa que, últimamente, por culpa del juego que se había traído con Charles de Charmington, había perdido de la mayoría de seres del sexo masculino.

Dedicaron unas horas a la lectura y análisis del manifiesto político del joven Karl Marx y que estaba causando furor en la mayoría de los entornos culturales. La anciana madre se reía viéndoles discutir, aunque les confesó que no entendía la mayor parte de sus argumentos.

Llegó la hora de comer y estaban todavía tan animados que le pidieron al maestro que se quedara con ellas y,

como el día acompañaba, decidieron quedarse en la terraza permitiendo, como dijo la anciana madre, que el sol hiciese estragos en sus cutis.

—No se preocupe —dijo Margaret —, la temporada ha acabado para nosotras.

—La temporada, hija mía, acabó hace mucho más tiempo para mí — confesó la anciana madre entre risas.

—¡Oh señora! —respondió con galantería Mr. Prenty—. Si yo os encontrase en una fiesta no dudaría en pedir os el primer baile.

—¿Tal vez para asegurar que no moría de vieja a lo largo de la noche?

Todos se echaron a reír

sonoramente. Lo mejor de aquella situación y de aquel lugar era que todas las normas de cortesía habían desaparecido, de la misma manera que Margaret se sentía mucho más tranquila y cómoda. Haber tomado la decisión de partir inmediatamente hacia América había apagado sus sentimientos en relación a la boda de Martin.

De pronto, oyeron el ruido que hacía un carruaje que ya se vislumbraba al inicio del camino de acceso a la mansión. Se trataba de un coche de alquiler. Cuando sólo estaban a unos pocos metros de la entrada principal donde ellos estaban sentados, Margaret pudo ver la carita de su hijo asomándose

por la ventana de la portezuela.

—¡Arthur! —se levantó de un golpe e intentó correr olvidando que su pierna todavía requería de cierta recuperación.

La falta de respuesta de su extremidad la obligó a detenerse súbitamente e incluso sentarse en el suelo. El niño salió entonces presuroso del carruaje sin casi dar tiempo a que se detuviera, y se lanzó sobre los brazos de su madre. Ella lo recogió con evidente alegría, besándole en la cara, en la frente y en las manos, mientras que al mismo tiempo le acariciaba y lo abrazaba alternativamente, como si tuviera miedo que se le acabase en aquel momento. Madre e hijo parecían tener

ojos sólo para ellos mismos y haberse olvidado de dónde estaban o si tenían público. Era una escena enternedora, aunque no habitual entre la rígida moral inglesa.

Pasados unos minutos, ambos parecieron recuperar la calma, pese a que Arthur no parecía dispuesto a perder el contacto ni un segundo con su madre y se quedó pegado a su cuerpo, haciendo descansar su cabecita sobre el hombro de ella y, demostrando en ese momento, un cansancio tan lógico, dado que había viajado durante más de tres horas, como profundo, puesto que parecía estar a punto de quedarse dormido.

Margaret inició entonces el

movimiento para levantarse manteniéndolo igualmente abrazado a ella. Sabía que era mimarlo en exceso, pero no le importaba. Sin embargo, la pierna todavía no le obedecía suficientemente y, por un momento parecía que iba a desplomarse de nuevo sobre sí misma.

Un brazo fuerte la sostuvo justo en el último instante y la ayudó a incorporarse. Estaba justo a su espalda y no podía ver su cara. Sin embargo, le alcanzó un aroma y, sobre todo, sintió un calor allí donde sus manos tenían contacto con su cuerpo que no fue desconocido.

Se giró y le vio. Era Martin. Sus

miradas quedaron por un momento atrapadas. Margaret tembló involuntariamente, pero también de manera imposible de contener. Él pareció interpretar ese temblor como una nueva posibilidad de que cayese y todavía apretó más su abrazo. Sólo el niño se interponía entre ellos con una distancia que no era en absoluto apropiada.

—Señora. —La voz del mayordomo sonó fuerte y fue detonante suficiente para que ambos se separasen dando, al unísono, un paso atrás, aunque no dejaron de mirarse directamente a los ojos—. ¿Deshago el equipaje del señorito?

—No, no —dijo entonces Margaret—. Déjelo sólo en su habitación. Ya le diré qué debemos hacer.

El gris de los ojos de Martin se oscureció y apareció un rictus en la expresión de él que Margaret no supo descifrar.

—¡Doctor Golsmith, que alegría tenerlo aquí entre nosotros! —Era la anciana madre quien hablaba en ese momento—. ¿A qué debemos esta fantástica visita?

—Debía ir a Dover y creímos oportuno que pudiera acompañar al niño, dado que había sido reclamado por su madre

La voz de Martin sonó profunda y

las palabras fueron pronunciadas con cierta cautela. Margaret notó entonces cómo su hijo había caído en un sueño implacable y, apartando la vista de él, buscó a la doncella. Ésta notó la petición y se acercó presta a recoger a Arthur de los brazos de su madre.

—Déjele que duerma todo lo que quiera.

—Claro que sí, señora.

La doncella se llevó a Arthur y Margaret pensó que ya no sabía qué hacer con sus brazos que, pese a que se habían apartado, todavía podrían alzarse y experimentar el contacto físico con Martin. Era como si, de pronto, la necesidad de sentir su calor fuese

imprescindible.

—¿Se quedará con nosotros a tomar el té, doctor Golsmith?

De nuevo era la anciana madre quien había hablado. Él giró por un momento la cabeza para mirar a su interlocutora, luego miró al Mr. Prenty recreándose un poco más de lo que sería aconsejable, hasta el punto que el maestro claramente se incomodó e hizo un leve movimiento por el que cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

Martin, entonces, pareció darse cuenta de la incorrección de su mirada y la desvió primero para mirar hacia el carruaje y luego se detuvo directamente en los ojos de Margaret. A ella el

corazón le golpeaba con fuerza y volvió a pensar erróneamente que sólo alargando un momento la mano, podría tocarle el brazo.

—No —se oyó entonces la voz de Martin—, debo continuar mi viaje hasta Dover. Les deseo que pasen un buen día.

Y haciendo un breve saludo con la mano se dirigió hacia el carruaje para subir de nuevo en él.

—De acuerdo, doctor, como gustéis. Espero que tengáis un buen viaje —dijo la señora con un tono de voz que denotaba cierto malestar por el comportamiento brusco y parco de Martin—. ¡Ah! Y felicidades por la buena nueva.

Martin se giró entonces, con una pierna ya en el estribo del carruaje y con una expresión de extrañeza. Margaret se dio cuenta entonces que no le había llegado a decir ni una sola palabra ni siquiera a modo de saludo.

—Es cierto... —balbuceó—.
Disculpad mi incorrección. Muchas felicidades.

Él la miró volviendo a fijar sus ojos grises teñidos de una sombra oscura sobre ella. Pareció dudar un momento pero, al fin, se subió al carruaje y desde allí, sin acabar de cerrar la puerta murmuró un «gracias».

El cochero intuyó que era el momento de irse e inició el movimiento

de riendas para que los caballos entendiesen que debían marchar. Margaret tragó saliva. Martin se iba y ella sólo le había tartamudeado unas palabras.

—¡Y dele recuerdos a Florence!

El carruaje ya había empezado a trotar cuando Margaret había formulado estas palabras, así que no tenía muy claro que la hubiese oído. Se quedó contemplando cómo se iba haciendo cada vez más pequeño pero, incluso antes de perderlo de vista, se obligó a girarse y dirigirse de nuevo hacia sus acompañantes. Notó que la anciana madre la observaba, pero evitó mirarla porque dudaba que pudiera mantener la

compostura si notaba algún rastro de compasión. Se dirigió entonces a Prenty, quien tenía la vista fija todavía en el horizonte, siguiendo el rastro del carruaje.

De pronto, el rostro del maestro se contrajo en una mueca de sorpresa. Margaret se giró hacia donde él miraba y, efectivamente, también se sorprendió cuando vio el carruaje dirigirse de nuevo hacia ellos.

En unos pocos minutos, volvía a detenerse y, abriéndose la puerta, descendió Martin con paso firme.

—Debo hablar un momento con vos —dijo dirigiéndose a Margaret—. A solas.

Margaret sólo pudo balbucear su consentimiento, pero se había quedado petrificada.

—Yo marcharé. —Era Mr. Prenty quien hablaba. La determinación con la que lo había dicho no daba opción a ningún cambio—. Señoras, ha sido un placer.

Y, sin esperar a que le devolvieran el saludo, se dirigió caminando hacia los establos donde había guardado su caballo. Al pasar junto a Martin le dirigió un escueto saludo con la mano que él devolvió de la misma manera.

Después, Martin empezó a caminar hacia Margaret, a quien tomó del codo para introducirla en la casa. Entraron en

la pequeña sala de estar que había justo a la derecha y, al hacerlo, Martin inmediatamente la soltó y se situó junto a la chimenea, en el punto más alejado que pudo de ella, que se había quedado inmóvil en medio de la habitación como si fuera incapaz de reaccionar. Se mantuvieron unos segundos en silencio, pero en seguida él lo interrumpió.

—¿Por qué me habéis felicitado?

—¿Cómo?

—Hace un momento... antes de irme... me habéis felicitado.

—Sí, claro... es lo que se suele hacer. —Y ante el silencio interrogativo de él—: Quiero decir, cuando alguien se casa se le felicita, ¿no?

Él la miró de arriba abajo. Parecía sopesar cada una de las palabras que tenía que decir.

—Yo no me he casado.

Ella dio un respingo. Los pensamientos se agolpaban sin orden ninguno en su cabeza. Veía a Florence, recordaba la voz de la anciana madre leyendo la carta...

—Florence se ha casado con el vizconde de Ressay —continuó él.

Margaret abrió la boca, pero las palabras no aparecían. Dudaba si debía compadecerse de él, preguntar qué había ocurrido o alegrarse por la noticia.

—Creía que me habíais felicitado por mi nombramiento.

—¿Nombramiento?

—Como director de los servicios sanitarios de la isla de Malta

—¿Malta? —Se sentía como una idiota. Todos sus comentarios eran contestados con una pregunta—. ¿Os vais a vivir a Malta?

Martin pareció dudar sobre si debía continuar con aquella conversación. Dirigió la vista hacia la ventana y respiró profundamente. Después, volvió la cabeza sobre ella.

—De eso quería hablar con vos.

Margaret ladeó con suavidad la cabeza, indicándole que continuase. Lo cierto era que ella apenas podía hablar. Las noticias que estaba recibiendo la

estaban golpeando sin parar y no era capaz de procesarlas y mucho menos valorarlas. ¿Por qué tenía que hablar Martin con ella de su marcha a Malta?

—Margaret, sé que hace tres años vuestra decisión no fue fruto de un cálculo matemático ni de una valoración materialista—. Las palabras fueron pronunciadas muy lentamente; sin embargo, ella se quedó perpleja. La referencia a su pasado común hasta ahora había sido tabú—. El orgullo es el que, a veces, nos lleva a interpretaciones erróneas, puesto que no queremos reconocer que, tal vez, otros eran mucho mejores candidatos por sus propias características. —Inspiró

profundamente—. No sois una mujer pragmática. Sois apasionada, impulsiva y valiente. Sin embargo, creo que podréis coincidir conmigo en que esos valores no siempre os pueden llevar a tomar las mejores decisiones. Tal vez haya llegado el momento de tomar una decisión mucho más calculada. Sois joven, pero tenéis un hijo. Sé que os gusta el trabajo al que os dedicáis, pero es absolutamente dependiente de un elemento que os es ajeno y juega en vuestra contra, la edad de vuestros pupilos. Dentro de unos años tendréis que buscar nuevo alojamiento y eso, con un niño a cuestas, no será fácil. Más adelante, incluso, el problema sea

justamente vuestra propia edad.

Margaret seguía perpleja. No tenía ni idea de a dónde la iba a llevar aquella conversación y, ante la duda, prefirió callar y esperar a que él finalizase su discurso. Ni siquiera era capaz de contradecirle en sus argumentos por muy erróneos que los considerase.

—Necesitáis estabilidad — prosiguió él—, y sobre todo, la necesita vuestro hijo. Pero también sé que, para vos, determinadas cuestiones son importantes: la posibilidad de seguir disfrutando de vuestra libertad, de leer lo que os plazca, de cultivar amistades que os aportan conocimientos y

cultura... Yo puedo facilitaros todo eso, porque yo también valoro las mismas cosas, vos lo sabéis. Y, con sinceridad, no me apetece irme solo a Malta. No es que allí no vaya a encontrar nuevas amistades, pero empezar una vida totalmente solo es cansado y más si voy a estar en el ojo del huracán de la sociedad maltesa y sus hijas casaderas.

»Si vos aceptaseis, yo no os coartaría en absoluto vuestra libertad. Ningún tipo de libertad. Ni siquiera os haría nunca ninguna pregunta. Sólo os pido discreción y, por supuesto, no estarías obligada a cumplir con las obligaciones maritales.

Ya estaba dicho. Soltó un bufido

justo al acabar las últimas palabras, como si hubiera estado conteniéndolo todo el rato. Le había dado muchas vueltas desde que recibieron la nota pidiendo que Arthur volviera. Ver a Prenty tomando el té tranquilamente le había hecho dudar, puesto que aquel maestro era claramente un pretendiente que le podía brindar la estabilidad que ahora él le ofrecía. Pero tuvo la confirmación de que debía hacerlo en el momento exacto en que la oyó pedir al mayordomo que no deshiciera el equipaje de su hijo. Estaba convencido de que había tomado la decisión de marchar. No sabía dónde. Pero lo que estaba claro es que se iba de su lado y

que, con toda probabilidad, no la volvería a ver jamás. Tenía que reaccionar con rapidez.

—¿Me estáis proponiendo matrimonio?

Margaret lo estaba mirando con cierta incredulidad. No parecía ofendida ni enfadada, sólo extrañada y cautelosa.

—Sí. Pero, en realidad, es un acuerdo —respondió Martin.

Ella le retiró la mirada y echó a andar hacia la ventana. Martin sentía el corazón como si lo tuviesen en un puño. Sabía que estaba valorando la propuesta. Eso era mucho. Sin embargo, tenía un miedo atroz. Las posibilidades de que lo despachase con cajas

destempladas era muy alta. Pero no se le había ocurrido otra opción. Era su última oportunidad. La que te hace actuar de manera desesperada.

Margaret se giró. El sol de la tarde se reflejaba en su espalda y confería a su pelo cobrizo mayor brillo. Los ojos, aquellos ojos de color verde esmeralda, se clavaron sobre sus ojos con firmeza.

—Acepto.

Martin aspiró primero profundamente, pero cuando dejó salir la respiración lo siguiente que le sobrevino fueron unos jadeos quedos que intentaban recoger aire al ritmo que estaba marcando su corazón desbocado. Debía mantener la calma.

—Interesaría hacerlo cuanto antes —respondió él, que no se atrevía a volver a hablar del matrimonio por no romper el encantamiento—. Mañana mismo podríamos celebrarlo en Dover.

—Me parece bien —dijo ella.

—De acuerdo.

Y salió rápidamente de la habitación dejándola allí. Tenía miedo de que si se quedaba ella pudiera repensárselo.

CAPÍTULO 18

Desde la ventana vio cómo descargaban el equipaje del conde de Charmington. Un ligero temor le atenazó el corazón. Tal vez no había sido acertado hacerlo llamar. Cuando le envió aquella escueta nota de su puño y letra no dudó, ni por un instante, que Charles se lanzaría a embarcar en el primer barco a Malta. Y, efectivamente, eso había pasado. Sólo había transcurrido un mes desde que le envió la misiva. Un simple «Martin no sabe que os escribo, pero creo que os necesita». Pero, ahora, no tenía muy claro si aquello había sido una buena idea porque, entre otras cosas, no sabía

si había sido sincera. ¿Lo necesitaba Martin o lo necesitaba ella?

Imaginó que el Conde había desembarcado y había enviado el equipaje a la casa mientras él directamente iba a ver a Martin. Si le decía la verdad sobre el motivo de su visita, no sabía cómo reaccionaría. Tal vez se enfadara y eso era lo último que ella deseaba.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No era frío externo. Era cierto que estaban en Navidad, pero los inviernos en aquella isla eran casi tan calurosos como el verano de Inglaterra. No. El frío estaba en su interior.

Miró hacia el horizonte. El sol se

estaba poniendo y confería al ambiente un halo mágico. Desde su magnífica casa en Ta'Xbiex, Margaret podía ver los Jardines de Hastings, situados en el lado oeste de La Valetta, donde Martin iba cada día a trabajar atravesando la bahía de Marsamxett.

Margaret sabía que la razón por la que Martin había comprado aquella casa, era por darle a ella mayores comodidades. Se trataba de una construcción inmensa de dos plantas con la entrada principal situada en uno de los vértices y confiriendo al conjunto la magnificencia que ofrecían las construcciones clásicas. Pero aquellas proporciones sólo eran posibles en las

afueras de la capital de Malta. La Valetta era una ciudad con encanto, pero sus calles eran estrechas y sus casas pequeñas.

Debía, sin embargo, atravesar ella también la bahía tres y cuatro veces por semana, puesto que la sociedad maltesa celebraba bailes sin parar y sin atender ningún calendario estacional. Pero, si no era para atender a la sociedad, Margaret prefería no acceder a ella. Aquella ciudad era un continuo bullicio comercial y militar, mientras que donde ella se encontraba tenía menos densidad de población y podía salir cada día a pasear con Arthur, accediendo a la costa y bordeándola mientras tenía frente a

ella Manoel Island. Los paisajes nada tenían que ver ni con Inglaterra ni con Estados Unidos, pero no le desagradaban. El mar tenía ese atractivo especial que hacía que nunca produjera cansancio mirarlo.

Mientras tanto, en la ciudad, Charles de Charmington accedía al Hospital General de Malta con paso decidido. Sabía que su amigo tenía allí su despacho principal y sospechaba que todavía se encontraría allí trabajando. Un ujier de la puerta le estaba acompañando sin dejar de hacer reverencias.

Al llegar al piso principal, el ujier lo dejó en manos de un joven que se

presentó como el asistente del doctor Golsmith y le pidió que esperase en una pequeña sala. Momentos más tarde, fue el propio Martin quien salió a recibirlo.

Ambos amigos se dieron un primer abrazo sin formular palabra. Habían pasado sólo cuatro meses desde la última vez que se vieron, pero su conversación aquel día había derivado en una discusión acalorada. Charles sabía que su amistad era más fuerte que esas diferencias, pero también era cierto que sentía que aquella vez había tensado en exceso la cuerda.

—¿Tu equipaje? —preguntó Martin.

—Ya lo envié a tu casa, Martin. No te preocupes.

Martin se dirigió hacia un pequeño mueble que había cercano a la ventana y sacó dos vasos y sirvió dos whiskys.

—¿Estás enterrado en un mar de papeles? —dijo Charles, señalando hacia la mesa.

—Lo cierto es que este trabajo es aterrador —suspiró Martin—. Puedo dedicar tan sólo unos minutos a la medicina de verdad. La mayoría del tiempo estoy resolviendo papeleo, luchando con los proveedores y buscando financiación.

—¿Te arrepientes, entonces, de haber aceptado este trabajo?

—No lo sé. Todavía es pronto.

Martin prefirió eludir la respuesta.

Su planteamiento iba más allá de las funciones específicas que debía realizar. Tenían que ver también con su decisión de venir a aquella ciudad y, por tanto, de estar allí con Margaret.

—Has venido en el momento ideal. Mañana por la noche se celebra el baile más importante de toda Malta en el Palacio del Gran Maestre. Es una construcción impresionante. La habrás visto desde el puerto.

—¿Y el baile es interesante por dónde se celebra?

Martin lanzó una sonora carcajada. Sabía en qué estaba pensando Charles.

—Ves con cuidado, amigo. Las mujeres aquí parecen ser muy liberales,

pero tienen todas detrás una madre muy celosa.

Siguieron hablando durante un rato de cuestiones intrascendentes. El conde de Charmington le relató unas cuantas anécdotas del viaje que había realizado por el centro de Europa y Martin se centró, sobre todo, en los pequeños momentos en los que podía realmente ejercer de médico confesándole, incluso, que por las noches, al acabar su trabajo, si no tenía otras obligaciones se iba a las zonas más pobres de La Veletta para atender a los enfermos que no podían costearse ir al hospital.

—¿Cómo está Michael? —fue Martin quien inició los temas más

espinosos.

—Feliz. No puede negarse. Florence también lo está y por partida doble. Está embarazada.

—Me alegro.

Martin lo había dicho sonriendo y lo cierto era que se sentía bien por ellos. Cuando saltó el escándalo, él había increpado a su amigo, pero lo hizo por un dudoso sentido del honor. La verdad era que él no amaba a Florence y que, además, aquella última temporada la había descuidado continuamente.

—¿Por qué no le escribes y le dices que venga a visitarte? Se sentiría mucho mejor, aunque él sabe que le quieres.

Se quedó callado, sopesando la

propuesta. Le apetecía mucho ver a Michael, pero se sentía culpable ante Florence y, además, estaba Margaret. ¿Cómo se tomaría ella que apareciese su antigua pretendida?

—No lo sé. Ya veremos. Se está haciendo tarde, ¿vamos a casa?

Charles asintió con la cabeza. Hasta ese momento ni siquiera habían mencionado a Margaret. Pero llegaba el momento de la verdad. El conde de Charmington imaginaba que algo extraño estaba pasando. La nota de Margaret lo delataba. Pero no se había atrevido a iniciar esa conversación. Martin nunca quiso escucharle cuando intentó explicarle por qué ambos habían hecho

ver que tenían una relación.

El barco que les cruzó la bahía los dejó justo en el inicio de la llamada Rampa de Ta'Xbiex, donde estaba la casa que Martin había comprado.

Subieron caminando y disfrutando de las vistas que la noche ya iniciada estaba ofreciendo.

—¡Caramba! —dijo Charles al ver aquella impresionante mansión—. Te gusta vivir bien ¿eh?

Martin sonrió de nuevo mientras abría con sus propias llaves la casa. Al entrar, un enorme vestíbulo circular se presentó ante ellos y unas escaleras paralelas se elevaban a cada uno de los lados. Por debajo de cada una de ellas,

se podían vislumbrar unos pasillos que se abrían en ángulo y cuya profundidad delataba las dimensiones de aquella casa. Desde el que se abría a mano derecha se oyeron unos pasos corriendo.

—¡Martin! —La voz aguda de un niño se avanzó, aunque muy pronto un Arthur bastante más alto que el que recordaba Charles de Charmington, se lanzó a los brazos del doctor Golsmith.

Charles se quedó estupefacto ante aquella muestra de cariño. El niño, que conservaba tanto su pelo rubio y ojos grises como su vehemente oratoria, se había lanzado a explicarle sin parar cómo había diseccionado a una rana y había descubierto que el corazón tenía el

tamaño de una punta de alfiler.

Martin lo estaba mirando muy atento, pero con una gran sonrisa en la boca y todo ello sin dejar de tenerlo en sus brazos.

Era una escena que, con facilidad, podía ser la de un padre feliz con su hijo. Charles pensó que aquella era la primera vez que veía en su amigo un atisbo de felicidad. Hasta ahora le había parecido un hombre muy cansado y tenso.

Mientras Charles estaba pensando en todo ello, Margaret apareció en lo alto de la escalera. Llevaba un vestido color burdeos con bordados de marfil en el escote realzando su pecho, del que se

podía observar el nacimiento. El vestido se ceñía a su espigada cintura para abrirse después con una suave caída hasta los pies. Al iniciar la bajada, se la veía tan majestuosa e imponente que quitaba la respiración.

Martin se dio cuenta de que su mujer estaba allí por la expresión de Charles y eso le generó un dolor sordo en la boca del estómago. La miró y la vio descender. Se había puesto aquel vestido que realzaba todavía más su melena rizada y cobriza. Martin se preguntó si lo habría hecho para recibir a Charles.

—¡Mami! ¡Mami! Ya le he explicado a Martin lo que he hecho con la rana —

dijo Arthur mientras se zafaba del abrazo de él para acudir junto a su madre.

Margaret sonrió también al niño y le cogió de la mano cuando lo tuvo a su lado.

—Y, Arthur, esa necesidad de explicar cómo has abierto en canal a una pobre rana, ¿te excusa de haber sido un maleducado con nuestro invitado?

El niño palideció y, girándose, pareció que era la primera vez que se daba cuenta de que el Conde estaba allí. Se soltó de su madre y con la mano extendida como si fuera todo un caballero fue a tenderla al invitado. Charles le correspondió con el mismo

formalismo.

—Señorito Arthur, veo que no me recuerda.

Dio un respingo y lo miró directamente a la cara. Entornó los ojos y se le notó cómo buscaba en su interior aquel rostro que claramente había empezado a reconocer. De pronto abrió los ojos como platos.

—Vos sois quien se quedó cuidando a mi mamá junto con el doctor —respondió.

Charles sonrió. Era evidente que aquel capítulo de su existencia había impactado a aquella criaturita, tanto que era lo único que recordaba de todos los días y las excursiones realizadas era

aquel momento. Le acarició la cabeza y se dirigió hacia su madre.

—Margaret, estáis preciosa.

—Gracias, Charles, siempre tan galante. Os agradezco que hayáis venido a visitarnos.

—Y yo os agradezco a vos que me deis cobijo en vuestra casa sin haber esperado una invitación.

Era una forma de confirmarle que la misiva que había recibido de su parte iba a permanecer en el más estricto de los secretos.

En ese momento, una doncella apareció para llevarse a Arthur a dormir y permitir así que los adultos pudiesen cenar.

Se dirigieron al comedor, donde la comida ya estaba preparada, y se sentaron los tres dejando presidir la mesa al invitado. La conversación la monopolizaron el Conde y Margaret, hablando sobre todo de política mientras que Martin había caído en un silencio que no era tan incómodo como extraño. Era como si él no estuviera allí, aunque Charles intentó en varias ocasiones hacerlo participar.

Al finalizar la cena, y mientras se dirigían a la biblioteca para tomar el té, Martin les comunicó que debía irse.

—¿Ahora? —dijo Charles—. Son casi las diez de la noche.

Margaret, sin embargo, permaneció

en silencio. No le preguntó dónde iba ni le pidió que se quedara.

Solos por tanto en la biblioteca, Charles inició inmediatamente el interrogatorio que debía conducirle a entender qué estaba pasando.

—¿Qué ocurre, Margaret? ¿Por qué no sois una pareja de recién casados que bebe los vientos el uno por el otro? ¿Por Dios! Ni siquiera os miráis.

—¿Creéis que es feliz, Charles? — Margaret optó por evitar la respuesta y dirigir ella la charla hacia lo que le interesaba.

—¿Feliz? Margaret, ese concepto es demasiado abstracto. ¿Sois vos feliz?

—No estamos hablando de mí,

Charles. Os pedí que vinierais porque sois su amigo, no el mío, y es a Martin a quien creo que debe atenderse.

—¿No somos amigos, Margaret?

Ella balbuceó y se sonrojó. Tal vez había sido demasiado descortés. Lo cierto es que aquel hombre, que había podido ser muy desagradable con ella, finalmente se comportó como un verdadero caballero.

—Lo siento, Charles. No quise decir...

—Sí, lo quisisteis decir. Pero no pasa nada. Os preocupa si Martin es feliz, ¿no es así? Pues empezad comportándoos como una esposa. Miradle a los ojos y recibidle con un

beso cuando aparece por esa puerta.

—Charles, no es tan fácil.

—¿Qué no es fácil? ¿No sabéis besar?

—Él no quiere y yo no puedo forzarlo —inspiró hondo—. Charles, cuando decidimos casarnos, en realidad... En realidad, se trataba de un acuerdo.

—¿Cómo que un acuerdo?

—Dejadlo correr, Charles. No era eso lo que quería decir. Yo... yo creo que Martin no es feliz, aunque cuando está con Arthur se le ve bien... —

¿Sabe que es su hijo?

Charles la había interrumpido para lanzarle a bocajarro aquella pregunta. Margaret jamás le había hablado a nadie

de aquello. Absolutamente a nadie.

—Yo... ¿por qué decís...?

—Oh Margaret, por favor. ¡Es su vivo retrato!

—Los niños son todos muy parecidos unos a otros —balbuceó.

—Bien, será eso —

dijo

Charmington enfadado—, y si mi amigo no es capaz de verse en el espejo de ese niño, digo yo que, al menos, sabrá contar ¿no? El cumpleaños de Arthur es en abril. ¿Martin no ha hecho cálculos?

—Podría ser un parto avanzado —se atrevió a decir ella.

—No me toméis por tonto. Yo conocí a Maine, os lo recuerdo.

Margaret cerró los ojos. No quería tener esa discusión. Lo único que le interesaba era saber si el mejor amigo de Martin consideraba que él era o no feliz. Necesitaba conocer aquello si quería saber qué decisión debía ser la correcta.

—Charles, por favor, sois el mejor amigo de Martin... Tal vez el único, puesto que no sé qué ocurrió con el vizconde de Ressayre ni he podido hablar de ese tema en esta casa. Soy la esposa de Martin Golsmith, pero creo que mi marido no es feliz y, pese a que os aseguro que he intentado muchas cosas durante este tiempo, no he conseguido mis propósitos. Martin es una caja

totalmente cerrada. Sólo vos podéis abrirla. Ayudadme y le ayudaréis.

Al día siguiente, Margaret no vio ni a Charles ni a Martin durante todo el día, pero no le preocupó. Sabía que el Conde había aceptado al fin ayudarla en su objetivo y que no se iba a despegar de Martin para atenderlo.

A la noche, mientras se preparaba para el baile benéfico de Navidad que era el gran acontecimiento de Malta, les oyó llegar. Ella odiaba ir a aquellas celebraciones; sin embargo, al menos aquel día, con Charles podría hacerse más llevadero.

Apareció en el vestíbulo justo cuando ellos también habían bajado.

Ella llevaba un vestido dorado con un brocado que simulaba flores y que partiendo del escote se espigaba hacia la cintura. El vuelo de la falda era espectacular y con cualquier movimiento parecía refulgir.

Martin ni la miró. Charles, por el contrario, le prestó su brazo mientras le hacía una reverencia.

—Querido amigo, espero que me permitáis bailar con Margaret al menos una pieza.

El joven doctor lo miró con agresividad y luego la miró a ella. Charles se preocupó. Tal vez no debería haber hecho aquella insinuación cuando todavía tenía la creencia de que él había

estado con Margaret.

No entendía nada. Había estado con su amigo todo el día y lo veía tranquilo, aunque también era verdad, nada motivado. Cuando llegaba a su casa y estaba con Margaret no apreciaba tampoco una actitud demasiado diferente. Parecía como una de aquellas recientes máquinas que cumplían segundo a segundo con el cometido que les habían asignado. Sin embargo, había determinadas cuestiones que hacían emerger un connato de ira sin causa real aparente. Poco después desaparecía, pero Charles intuía que quedaba latente.

Al llegar al palacio descendieron del carruaje y Charles pudo percatarse

de que ellos eran en todo momento la atracción del baile. Las autoridades los saludaron con vehemencia y, mientras entraban, se veían las miradas de la mayoría de invitados que buscaban ser saludados. La orquesta estaba ya afinando los instrumentos. Los tres se colocaron en una esquina de la sala.

En ese momento las primeras notas de un vals resonaron y varias parejas empezaron a salir al centro. Charles se retiró un paso atrás permitiendo que, como rezaba la costumbre entre un matrimonio, Martin sacara a Margaret a bailar. Sin embargo, lo que vio le dejó estupefacto. Su amigo se giró y se dirigió al bar, donde servían copas de

champán. Con una de éstas en la mano, pareció que iba a volver pero, en realidad, se la ofreció a una señora más bien mayor que estaba sentada en uno de los divanes. Cuando Charles se giró para interrogar a Margaret, se dio cuenta que a su alrededor había, como mínimo, veinte hombres haciéndole a ella reverencias y combatiendo por ser los primeros en sacarla a bailar. Abrió la boca como si fuera un pez fuera del agua y oyó que ella decía:

—Lo siento, señores. Hoy es el invitado de mi marido, el conde de Charmigton, con quien voy a bailar. ¿No es así, Charles?

Él no pudo más que balbucear una

afirmación y cogiéndola del brazo la llevó al centro de la pista. Miró hacia su amigo y vio que había aparecido de nuevo aquella mirada iracunda. ¿Qué estaba ocurriendo? Si le ofendía que él bailase con su mujer ¿por qué se había ido? ¿Por qué hacía aquella muestra de desprecio y repudio? ¿Qué necesidad había? ¿Qué hacían todos aquellos energúmenos disputándose a Margaret, una recién casada?

—¿Qué ocurre, Margaret? ¿Por qué te ha repudiado en público?

—No lo sé. Lo hizo el primer día. No ha bailado jamás conmigo —inspiró profundamente—. Hazme un favor, averigua en cuanto están las apuestas. La

última vez que oí alguna cosa, se hablaba de diez mil chelines.

—Si la apuesta sigue es porque tú no...

La mirada de ella fue suficiente para acallarlo.

—Lo siento —le dijo entonces—. Pero, ¿tiene él alguna amante?

—Creo que no —
respondió

Margaret—, aunque no puedo saberlo con seguridad, sale mucho por las noches y no tengo muy claro dónde va.

Ahora ya sabes mucho de lo que está ocurriendo. ¿Puedes ayudarme a despejar la incógnita? Charles, yo estoy dispuesta a luchar por esto, pero no

puedo entenderle. Es exquisitamente correcto conmigo en todo momento menos cuando venimos al baile y, noche tras noche, adopta ese papel. Sin embargo, quiere que le acompañe a todo tipo de recepciones y en ese momento, se comporta como un perfecto marido. Al llegar a casa, de nuevo, es alguien distante...

Ella se interrumpió. Tampoco iba a hacerle saber a Charmington que no habían consumado el matrimonio. A fin de cuentas, eso era parte del trato, pero le avergonzaba infinitamente tener que hablar de ello.

—Charles —prosiguió—. Yo sé que Martin buscaba en esencia el título de

conde, pero creo que no ha medido bien las consecuencias de sus actos porque...

—¿De qué título hablas, Margaret? Martin no es conde.

—Sí lo es —respondió ella—, tiene derecho al título por su matrimonio conmigo.

—Cierto, tiene derecho, pero renunció a él.

—¿Cómo? —Margaret clavó la vista en Charles. Si no fuera porque él seguía guiándola se hubiese quedado quieta en mitad del salón de baile—. Fue al notario.

—Sí. Fue al notario. Pero lo hizo para renunciar. Yo mismo tuve que enviar una carta avalando que él estaba en sus

cabales. Lo cierto es que el notario estaba algo extrañado.

A Margaret todo le daba vueltas. Ahora ya no entendía nada. Ahora todo se precipitaba.

Martin, mientras tanto, observaba cómo Charles bailaba con Margaret. Veía su mano sobre su cintura justo donde la espalda acababa. Imaginaba que sus piernas se estaban rozando con cada giro del vals. Les veía además que estaban manteniendo una conversación que parecía muy intensa. De pronto se dio cuenta que las mandíbulas le dolían de tanto apretarlas.

Una cosa era verla bailar con todos aquellos mequetrefes de tres al cuarto

que noche a noche se le acercaban.

También había aceptado y asumido que alguno de aquellos imbéciles la visitara en su casa, como la vez que llegó a ver el carruaje de lord Asthton en la parte trasera y sólo pudo alegrarse que ella hubiera recordado que en su momento le pidió discreción. Pero, Charles, no.

Charles otra vez. Sentía rugir todo su interior y como si un fuego lo estuviera devorando. Recordó que la noche anterior los había dejado solos. No pudo soportar más ver esa connivencia entre ambos durante la cena. Ahora los veía bailar y veía a dos seres que se compenetraban a la perfección. Hasta el punto de que la distancia entre ellos no

era nada apropiada. Los miraba y los veía cada vez más apretados y la mano de él, tal vez, había bajado más de lo que era oportuno. Miró a su alrededor y vio a todos los tipos que noche tras noche perseguían a Margaret mirar a la pareja y apreciar lo mismo que él. Entre ellos, lord Asthton, quien se permitió mirarle y hacerle un gesto que parecía indicar que ambos aquella noche habían salido perdiendo. Le entraron ganas de ir hacia allí y estrangularlo. El fuego de su interior estaba quemándole. ¿Qué le estaba pasando? Había logrado controlar durante todo aquel tiempo sus sentimientos y ahora su amigo había venido a removerlos. ¿Qué hacía allí?

¿Se quería llevar a Margaret?

Por fortuna, la música dejó de sonar. Vio cómo se dirigían juntos a donde estaba él con una copa en la mano.

—Martin —dijo el conde de Charmington—. ¿Vas a pasar toda la noche sosteniendo una copa?

—Es mucho más decente que restregarme con alguna mujerzuela —y al pronunciar estas palabras miró directamente a los ojos a Margaret.

Ella palideció. Notó cómo le temblaba el labio inferior. Y seguidamente hizo un gesto que le descomponía: se lo mordió levemente.

—Ese gesto, Margaret, es demasiado lascivo incluso para ti.

Guárdatelo para los momentos de intimidad.

Lo dijo como escupiéndolo.

Margaret abrió mucho los ojos.

—¡Maldita sea, Martin! ¡Salgamos al jardín! —Era Charles quien había hablado.

Margaret se giró y empezó a caminar hacia el otro extremo de la sala, intentando alejarse de aquella situación. En el último momento, decidió que se iría. Sabía que eso iba a generar una serie de murmuraciones, pero no se podía quedar allí. No podía después de haberse enterado de lo que se había enterado.

Mientras tanto, Martin notó cómo Charles pretendía empujarlo fuera.

—¡No! —le gritó—. ¡Déjame en paz! ¡Desaparece de mi vista! No entiendo cómo siempre hemos sido amigos. Mañana quiero que recojas tus cosas y te largues de mi vista.

Y, sin darle tiempo para replicar, Martin cruzó el salón, mientras todos los invitados se giraban, y se dirigió hacia la salida.

—Señor, su carruaje acaba de llevárselo su mujer. —Era el mayordomo de salida quien hablaba.

Así que Margaret también se había ido.

—Sí, sí... No se encontraba bien.

Por eso me voy yo también. —Era mejor conservar las apariencias, aunque su enfado era mayúsculo—. Pídame un carruaje de alquiler, por favor.

CAPÍTULO 19

—Martin, tenemos que hablar.

Martin levantó poco a poco la cabeza y la miró directamente a los ojos. Su mirada reflejó un destello que podía corresponder tanto a sorpresa como a prevención. Parecía un animal esperando frente a otro sin acabar de decidir si tenía frente a sí a su víctima o a su depredador. Había llegado tan sólo hacía unos minutos y, ante el silencio de la casa, creyó que ella se habría ido a dormir y se dirigió a su habitación para

intentarlo. Sin embargo, poco después había oído la puerta y, por primera vez en todos aquellos meses de convivencia, vio que era Margaret la que accedía a sus aposentos.

—¿Sí?

Margaret sintió deseos de echar a correr y no detenerse en muchas horas. Pero ya había empezado. Y cuando lo había visto llegar después de ella del baile había decidido que aquello no podía continuar por más tiempo. Era ese el momento, aunque su corazón se estaba desgarrando.

—Creo que lo mejor será que nos divorciemos.

Ya estaba dicho. Sin ambages. No

sabía cuán fuerte había sonado su voz. Si se le había escuchado con nitidez o si había dejado entrever todos los sentimientos que se acumulaban en su interior. Pero, en cualquier caso, no había bajado la vista. No la había retirado de aquella mirada fría como el acero.

Martin se movió ligeramente, aunque Margaret apreció que no había avanzado un solo paso. Fue sólo un movimiento de su cabeza que se había ladeado, como si mirándola de soslayo pudiera atravesarla con más rapidez.

—¿Divorciarnos?

Su voz sonó suave pero no había duda que podía ser sólo la antesala de

algo mayor, puesto que se adivinaba contención, cautela, premeditación, cálculo. Margaret tembló al oírla. No sabía si era temor. Fue algo físico que no pudo contener, pero al menos seguía en pie.

—Dime, querida —Martín siguió hablando con la misma cadencia de voz

—, ¿qué parte de nuestro acuerdo se supone que yo he incumplido?

—¡Oh no! No eres tú, soy yo. —Se precipitó ella a responder. No podía ser verdad. No podía él creer que ella le estaba recriminado nada—. Estaba pensando que fueras tú quien lo pidiera. Yo no me opondré en absoluto. Nada te pediré. No eres tú. —Volvió a repetir y

ahora sí que era consciente que su voz temblaba.

Martin entrecerró los ojos como si con aquel gesto pudiera entenderla mejor o penetrar en su interior. Margaret empezó a sentirse extraña. ¿No era tan evidente? ¿Cómo podía haber dudado él de cuáles eran sus pretensiones?

—Yo no puedo... no debo recriminarte nada. No se trata de eso. Sé que lo estás haciendo todo con una corrección absoluta. Sé que Arthur ha encontrado en ti... —Era incapaz de acabar una sola frase. Estaba aterrorizada. La conversación no estaba yendo como había imaginado. ¿Había ella interpretado mal las señales?—.

Bueno, yo... ¡un acuerdo tiene que ser beneficioso para ambas partes! Y yo... yo tengo claro cuáles son mis beneficios, quiero decir los de Arthur... y sin obligaciones... pero, tú... vos... Yo pensé al principio que era el título de conde, pero, si no es así... ¡Dios mío! No sé qué estoy haciendo mal.

—¿Qué te hace pensar que estás haciendo algo mal?

Martin seguía utilizando aquel maldito tono de voz mientras ella perdía la compostura y sólo sentía ganas de echar a correr.

—¡Oh! ¡Por favor! No me hagas esto. Está claro que tal y como están las cosas yo tengo todos los beneficios y

ninguna obligación, al menos conocida. No sé qué debo hacer. Y tú... tú estás cada día más huraño, más triste.

La voz de Margaret rayaba el sollozo. Martin se estremeció. ¿Era posible que ella se estuviera preocupando por su felicidad? ¿Qué le hubiera estado observando? Margaret parecía a punto de desmayarse. Sus labios temblaban y su mirada brillante por unas lágrimas que pugnaba por retener, parecía lanzar súplicas. Tuvo que contenerse mucho para no avanzar los tres pasos que les separaban y abrazarla para que dejara de temblar, hundir sus manos en su pelo, darle calor. Cerró los puños hasta que sus uñas se

clavaron en el interior de sus manos y el dolor le hizo ver las cosas de otra forma. No debía engañarse. Ella le estaba pidiendo el divorcio. Su excelente educación le hacía disfrazar la petición de manera que el honor de él pudiera quedar indemne. Pero, al final, lo que subyacía era claramente el deseo de Margaret por abandonarle. Tal vez, Charles le había pedido que se fuera con él. No se lo iba a poner tan fácil.

—Creo que fui muy claro con mis peticiones. —Martin respiró hondo—. Y creo que sería injusto decir que no las has cumplido. No tengo ninguna queja. Compareces en los actos sociales como mi esposa. Gobiernas la casa como tal

ante todos mis sirvientes. Me haces compañía cada vez que ceno o almuerzo en esta casa. Eso era todo: acto de presencia.

—¿Presencia? Tú no soportas mi presencia.

Lo dijo casi como un exabrupto. No por ello pretendía lanzar ninguna queja, pero la contundencia con la que salió de sus labios fue demoledora. Parecía que había estado ahí, agazapado y, tal cual apareció, aquellas lágrimas que hasta ese momento se habían contenido brotaron de sus ojos sin ninguna limitación.

—¿Quién te ha dicho eso? —Martin mataría a alguien. Lo destrozaría con sus

propias manos. ¿Quién podría haberle dicho algo tan horrendo y tan malvado? ¿Habría sido Charles? Verla además llorar le resultaba tremendamente doloroso.

Margaret pareció que iba a hablar pero, al fin, levantó ligeramente la barbilla y acortó con paso firme, sin dejar de mirarle directamente a los ojos, la distancia que los separaba. Y lo hizo tan rápidamente, con tanta determinación, que Martin no tuvo tiempo de reaccionar y, cuando llegó a su altura, cuando sólo unos centímetros separaban sus cuerpos, ella alargó la mano y la puso sobre la de él.

El contacto de su piel suave y cálida

erizó hasta el último vello de Martin. Inmediatamente él dio un paso atrás y retiró la mano. La de ella quedó suspendida un momento en el aire con cierto aire de abandono. El corazón de Martin parecía a punto de desbocarse, hasta el punto de que su respiración se agitó visiblemente. No podía hacerle esto. No podía tenerla tan cerca. No podría contenerse si...

—¿Ves? —La voz de Margaret sonaba trémula. Sus lágrimas seguían brotando, pero sus labios pretendían fingir una sonrisa entre amable y conformada—. No hace falta que nadie me lo diga. Noto hasta cuando contienen la respiración si estoy demasiado cerca

de ti.

Margaret dio entonces un paso atrás. Mientras lo miraba, intentaba transmitirle todo su agradecimiento. No quería dañarlo. Él se había comportado como un verdadero caballero. Lo había intentado. Pero todo era demasiado evidente y ella no podía soportarlo más. Le amaba. Le amaba con desesperación y era demasiado duro ver esa expresión de desagrado continuo, saberse la protagonista de su malhumor constante. Martin se merecía ser feliz. Ella nunca podría ser la musa de su felicidad. Le resultaba demasiado despreciable. — Prepararé las maletas y esta tarde ya podremos irnos.

Se giró para dirigirse hacia la puerta. Sabía que era la última vez que iba a estar con él. Le dolía el corazón sólo de pensarlo y sentía una opresión en el pecho como si estuviera a punto de estallar. Era la segunda vez que lo sentía. Siempre era él el protagonista. Su corazón había quedado enredado en sus manos y nunca, nunca más le había sido devuelto Pero él no la amaba. Él sólo pretendía cumplir con una obligación que se había autoimpuesto, seguramente porque, como le había dicho el conde de Charmington, había adivinado lo de Arthur.

Justo cuando colocó la mano sobre el picaporte de la puerta oyó su voz.

—Espera, Margaret.

Había sonado como un susurro hasta el punto que casi dudó de que fuera cierto y no parte de su deseo.

—Espera un momento —volvió a repetir esta vez mucho más claramente—. Has de saber algo.

Martin se sentía débil. Sólo ver cómo Margaret se iba le había generado el más profundo de los miedos. Y el miedo le hacía sentirse impotente, vulnerable hasta extremos insospechados. Ella quería el divorcio. Sus palabras transmitían tristeza. Tal vez era sólo conmiseración, pero la situación ya era bastante humillante, no importaba algo más. No, si con ello

conseguía que se quedase. No podía soportarlo. Debía ser más explícito. Tal vez era cierto que ella no había comprendido el alcance total de aquel acuerdo, cuáles eran sus verdaderos motivos. Haber creído que el título de conde era lo que le había guiado podía haber confundido su intuición natural. Tal vez, si se lo explicaba. Tal vez, si le suplicaba.

Margaret esperaba ante la puerta. Mirándolo de lado. Todavía con la mano en el picaporte, como si siguiese dudando si lo que tenía que hacer era marchar o permanecer. Se giró hacia la ventana para no tener que soportar su mirada.

—Cuando tuviste el accidente estuviste muy cerca de morir —había empezado a hablar como si de un relato ajeno se tratase. No era así. No debía ser así—. Yo creí que morirías y me di cuenta... vi claramente que no podría volver a... —Nunca antes había sido tan incapaz de formular un discurso. Temblaba. Notaba la mirada de Margaret sobre su espalda. Su respiración se había vuelto más acompasada, por lo que intuía que las lágrimas habían desaparecido. Eso le hacía sentirse algo mejor pues no soportaba verla llorar sabiendo, además, que él podía ser la causa de su dolor—. Quiero decir que, los meses

que habíamos pasado en Londres y después en Canterbury, no habían sido buenos o no habían sido los mejores de mi vida pero, al menos, eran infinitamente más soportables que los tres años anteriores en los que no supe nada de ti, en los que no podía ver tu rostro ni oír tu voz. En Canterbury o en Londres podía saber que nada te ocurría. Por eso se me ocurrió proponerte el matrimonio. Habría hecho lo que fuera. Sé que es humillante. Sé que no es lo que tú esperas de un hombre... Pero es verdad que, aunque necesito tu presencia, no puedo... no puedo estar demasiado cerca de ti. Me resulta difícil contener el deseo de... Yo te prometí...

Notó un ligero roce y reconoció su olor. Al girarse la vio. Lo estaba mirando con los ojos encendidos. Era tan preciosa. Margaret todavía avanzó un paso más. Sus caderas estaban casi rozándose. Su miembro se endureció mientras veía cómo el nacimiento del pecho de ella marcaba un ritmo de respiración acelerado y sus labios, brillantes y humedecidos, estaban ligeramente abiertos. Pensar en hundirse en ellos todavía resultó más doloroso para esa parte de su cuerpo.

—Margaret —su voz surgió de las profundidades casi como un susurro—. Por favor, no podré resistirme.

Ella abrió un poco más los ojos y

sus pupilas parecieron agrandarse más.
Su boca, su preciosa boca, sonrió.

—No te resistas.

Las palabras surgidas de sus labios parecieron como el sonido de la pistola de una carrera y como si él fuese un caballo más, se lanzó sobre su boca, hambriento, ávido, mientras sus manos cogían su cara y sus dedos pulgares acariciaban sus mejillas. Ella dejó escapar un leve gemido y, de nuevo, ese sonido levantó todas las barreras y apretándola junto a sí, deslizó las manos por su espalda hasta llegar al final y recoger sus nalgas apretándola sobre su miembro hinchado. Mientras con una mano continuaba presionándola, la otra

ascendió hasta uno de sus pechos y lo apresó. Ella puso sus manos por detrás de su nuca y desplazándolas hacia arriba y hacia abajo parecían querer peinar su cabello. Martin no dejaba de apresarla con su boca, jugando con su lengua, succionando sus labios. Su cuerpo buscaba más ávidamente el contacto con el cuerpo de ella. Cada centímetro de su piel. Sus piernas y caderas. Sus movimientos provocaron el desplazamiento de ambos hasta que la tuvo pegada a la pared y al notar el contacto frío del mármol, por un momento quiso recuperar la cordura. Dejó de besarla aunque la distancia continuaba siendo de apenas unos

centímetros, cerró los ojos y puso sus manos sobre la pared. Las caderas, con su miembro duro sobre las caderas de ella, sin embargo, permanecieron ahí, aunque él parecía no querer siquiera realizar el más leve de los movimientos.

—Dios mío —susurró jadeante—.

Lo siento.

Margaret sentía cómo su vulva estaba poderosamente hinchada mientras una sensación de estar licuándose por dentro rayaba casi lo doloroso. La pérdida del contacto de las manos de Martin sobre su cuerpo también suponía una falta de calor insoportable. Miraba su rostro. Sus párpados. Veía su boca levemente abierta intentando recuperar

la respiración. Acercó sus labios a los de él y le besó con ternura. Él lanzó un gemido y apretó sus ojos como si algo le doliera. Ella se deshacía de ternura ante la contención de él y su sufrimiento. ¿Cuándo se daría cuenta que sólo debía pedirle perdón por no tocarla, por no besarla, por no hacerle el amor allí mismo? Volvió a besarlo, aunque esta vez apresó con sus labios su labio inferior y succionó ligeramente recordando aquellas tardes en la cabaña. Deslizó sus brazos hasta colocar sus manos en cada lado de las caderas de él y generó un ligero movimiento hacia ella como si así pudiera conseguir que la penetrase.

Él entonces abrió los ojos y la miró con una mirada profunda y al mismo tiempo desesperada. Era como si intentase comprender si aquello, efectivamente, significaba lo que parecía. ¿Estaba Margaret pidiéndole que siguiese? ¿Era sólo deseo? Y, ¡qué más daba! Si no continuaba, él moriría. Margaret también lo miró directamente a los ojos. No quería hablar. Temía que si lo hacía se desharía el embrujo y él de nuevo la despreciaría. No le importaba despertar en él sólo pasión. Era cierto que le había confesado la necesidad de estar con ella, pero no había mencionado la palabra amor. Tampoco lo hizo durante los meses que estuvieron

en Gloucester. Sabía que entre ellos siempre había habido, como mínimo, una tremenda atracción y necesidad física. Pero ella lo amaba de tal manera que eso ya le bastaba. Como le hubiera bastado aquellos años atrás. Ni un ápice de pasión había desaparecido. Más bien al contrario, ahora percibía con claridad cómo había aumentado. Seguramente él tenía razón. La pasión sólo desaparece transformándose en un sentimiento más profundo cuando está alimentada y satisfecha.

Margaret abrió ligeramente los labios, le miró fijamente y de nuevo, con sus manos en las caderas de él, lo empujó hacia sí.

Fue suficiente. Martin se lanzó sobre ella de nuevo. Parecía haber aceptado que aquello tenía que seguir hasta el final. Sin dejar de besarla le desabrochó el corpiño mientras ella también lo hacía con su camisa. Las cuatro manos se desplazaban por los cuerpos sin un aparente orden pero con la suficiente eficiencia para conseguir, en pocos minutos, que el torso de él estuviera desnudo restregándose sobre los pezones de ella que se aparecían erectos y deseosos de contacto; o que el pantalón de él estuviese ya muy cerca de caer mientras que la falda de ella sí lo había hecho y sus muslos cubiertos sólo hasta la mitad con unas medias que

contrastaban con su blanca piel pareciesen como si estuvieran hechos de porcelana.

Con una respiración profunda, Martin recuperó algo de tranquilidad. No quería que, después de tanto tiempo, fuese todo demasiado rápido. Habían sido más de tres años deseando aquello. No iba a agotarlo en un segundo. Se separó unos centímetros y desplazó con marcada lentitud sus ojos sobre el cuerpo de ella. Margaret, por un momento, se sintió cohibida pero rápidamente el sentimiento desapareció para saberse tremendamente deseada. Él la cogió en brazos y la llevó hasta la cama. La depositó con suavidad y le

acabó de quitar muy lentamente la ropa que faltaba mientras no dejaba de mirarla y, de vez en cuando, la besaba con ternura en los labios.

Cuando la tuvo totalmente desnuda, volvió a admirarla. La besó en la boca, en la mejilla, en el cuello y descendió hasta uno de sus senos. Mientras tanto, con una mano le acarició el muslo, subiendo desde la rodilla hasta el centro mismo de sus piernas. La notó tan mojada, tan dispuesta a recibirlo, que por un momento pensó en penetrarla inmediatamente. Pero se contuvo. Si así lo hacía no podría garantizar que ella pudiera quedar totalmente satisfecha. Empezó a masajearla con movimientos

circulares que se ocupaban de rozar primero levemente y poco a poco, con mayor consistencia, su clítoris. Mientras tanto, sus dedos se introducían en ella ligeramente. Oyó sus gemidos y percibió cómo levantaba la cadera y tensaba los músculos de sus piernas. Con su boca se dirigió hacia el otro pecho mientras los movimientos de su mano se hacían cada vez más precisos. Subió de nuevo con pequeños besos hasta su boca. Quería sentir directamente en su aliento el jadeo de ella cuando llegara al orgasmo. Le mordisqueó el labio inferior y no pudo dejar de sonreír cuando ella elevó el sonido de sus quejidos de placer. Elevó el ritmo de su mano y de pronto lo

percibió, la tensión de las piernas se acrecentó y su clítoris empezó a latir mientras su boca lanzaba gritos de placer que él parecía querer atrapar con sus besos.

Entonces ella abrió los ojos y lo miró. Martin pensó que aquel podría ser un buen momento para morir. Aunque su deseo siguiese ahí. Tal vez mayor. Pero ver esa mirada en ella era una de las mejores recompensas. Margaret lanzó un suspiro y alzó una de sus manos para acariciarle el pelo y empujando levemente desde su nuca atrapó su boca en un profundo beso. Mientras lo hacía, lo giró para recostarlo en la cama y quedar ella ligeramente en posición

dominante. Desplazó sus manos hasta los pantalones de él e introdujo una de las manos hasta llegar a tocar su pene. Caliente. Estaba muy caliente. Suave. Parecía terciopelo. Se desplazó para poder quitarle con facilidad la ropa que le quedaba. Martin parecía entre ansioso y temeroso. Verlo desnudo y con esa expresión en su cara todavía generó mayor deseo en Margaret. Hacía tanto tiempo que no le tenía a su disposición. Bajó con lentitud la cabeza mientras su mano masajeara los testículos de Martin. El pene se movió casi como si tuviera vida propia hacia arriba.

Margaret sabía qué quería. Quería atraparlo en su boca, sentir su

aterciopelado tacto en sus labios, besarlo tiernamente pero también introducirlo hasta el fondo de su garganta. Se relamió los labios mientras lo pensaba y al hacerlo escuchó el gemido de Martin. Lo miró desde allí. Él la estaba mirando, con la boca entreabierta, consumiéndose de deseo, suplicándole que lo hiciese. Y, sin dejar de mirarle directamente a los ojos, abrió la boca y paseó el prepucio de él por sus labios. De inmediato él cerró los ojos y lanzó un tímido quejido seguido de un largo suspiro. Pronunció su nombre «Margaret» con tal profundidad que ella volvió a sentir su vagina totalmente empapada. Volvió a pasear el

pene de él sobre sus labios y empezó muy poco a poco a penetrar en su boca, cada vez un poco más, paladeando su sabor con la lengua y cuando lo introdujo todo inició el movimiento de salida y de nuevo de entrada, compensando el movimiento de su boca con su mano para tenerlo siempre atrapado por ella.

Martin jadeaba, y oírlo la hizo sentirse más excitada y con más ansias. Él posó sus manos sobre su cabeza sintiendo así de manera más vívida sus movimientos como si no fuera bastante notar su boca en su miembro a punto de estallar. Él sabía que si continuaba no podría contenerse más y la quería a ella,

totalmente entregada, gozando al mismo tiempo. Por eso, le susurró: «Por favor, detente, quiero estar dentro de ti». Margaret obedeció al instante, deslizando todo su cuerpo por encima del de él, de manera que sus pechos quedaron a la altura de su boca. Martin no perdió la oportunidad y sacó su lengua para chupar sus pezones mientras depositaba sus manos sobre las caderas de Margaret para guiarla hacia su pene erecto. Cuando notó su vulva en la punta de su pene sintió tanta ansia que separó su boca del pecho por temor a hacerle daño y la miró directamente a los ojos. Sin separar sus miradas, muy poco a poco se fue introduciendo en ella.

Centímetro a centímetro hasta que ella no pudo más, cerró con fuerza los ojos y lanzó un grito ahogado y él levantó las caderas para introducirse del todo.

Sentirse en su interior cálido le pareció un sueño. Ella empezó a moverse saliendo y entrando y al entrar, con un pequeño movimiento circular, sabía que masajeaba su clítoris. Seguía con los ojos cerrados y él aprovechó para mirarla embelesado. Parecía una diosa. Ella no había pronunciado más palabras que las de «No te resistas». No le había dicho siquiera que lo deseaba y mucho menos podía él esperar de ella que lo amase, aunque sólo fuese un poco. Pero estaba claro que él estaba a

su servicio, que la seguiría hasta el fin del mundo, que se fundiría en ella y dejaría de ser quien era sólo por ella. Los movimientos de ella empezaron a ser más rítmicos y fuertes y él, pese a que quería resistir un poco más, sabía que ya no le quedaban demasiadas fuerzas para conseguirlo. Era literalmente imposible. Sin embargo, todavía pudo oír cómo Margaret lanzaba un grito y, sin ser más consciente de nada, se abandonó totalmente y sintió cómo se iba y cómo toda su fuerza se licuaba en el interior de ella, con todos sus sentidos concentrados en un solo punto, como si el mundo entero girarse en ese centro.

Ella se recostó sobre su pecho respirando todavía fuertemente y Martin paseó sus manos por su espalda mientras también intentaba restablecer su respiración.

Pasaron así unos minutos. Sin moverse. Sin decirse nada. Martin empezó a recobrar la consciencia. ¿Qué significaba lo que acababa de pasar? Él había conculcado el acuerdo. Era cierto que ella se lo había pedido pero, de pronto, temió que la estrategia de Margaret fuera buscar motivos por los que podían deshacer el trato. Era retorcido, pero Martin se sentía tan vulnerable que le parecía que todo era posible. Detuvo sus manos pensando que

quizá ella lo consideraba intrusivo. Se quedó muy quieto, esperando hasta que notó que la respiración de ella se había vuelto demasiado profunda. Se había dormido.

Margaret había tenido un segundo orgasmo y creyó que moriría de placer cuando notó que él también llegaba al suyo justo tras ella. Se sintió poderosa al oír cómo Martin se derrumbaba y se entregaba totalmente. Y cuando se recostó sobre él, todas las noches en vela, todo el estrés acumulado, todas sus ansiedades y llantos, se disolvieron y, como si se tratase de una sesión de hipnosis, tener su oído sobre el corazón de él y oír cómo sus latidos volvían a la

normalidad, la sumió en el sueño más profundo que recordaba en muchos meses, tal vez, incluso en años.

CAPÍTULO 20

Martin se había ido de su cama con las primeras luces del alba. Lo hizo en silencio y con mucho cuidado procurando no despertarla, aunque antes de irse todavía se quedó unos minutos observándola mientras dormía. Estaba tan relajada... Su respiración rítmica y acompasada podía verse en el pecho. Se había quedado dormida totalmente desnuda, como le ocurría en el refugio de Gloucester, y él pudo pasear su vista por sus redondos senos, su abdomen liso y aquellas piernas de terciopelo que tan

sólo unas horas antes le habían rodeado las caderas.

La luz del día no le estaba ayudando a despejar sus dudas. Seguía teniendo un terror atroz en su interior. Él había incumplido el acuerdo y ahora ella podía dejarle con motivos. Analizaba cada uno de los minutos del día anterior y sólo sabía que había pasado de sentir la ira más lacerante que nunca antes había sentido a aquel miedo por perderla, similar al que sintió cuando en Canterbury estuvo a punto de morir.

Ese pánico se transformó en una cobardía absoluta y por eso había decidido huir de la habitación. Si Margaret le volvía a decir que se iba, él

acabaría llorando como un niño y suplicándole que no lo hiciera. Así que sólo le quedaba una cosa: marcharse y pasar el día fuera para darle tiempo a ella a hacer las maletas. Cuando llegase por la noche, ella no estaría y él podría derrumbarse sin testigos.

Subió de dos en dos las escaleras que le llevaban a su despacho, intentando llegar cuanto antes para refugiarse allí, aunque al llegar ya vio en el rostro de su asistente que algo no iba bien.

—Señor —le dijo—, os esperan dentro. Según me ha dicho el vigilante, llegó esta madrugada y casi a puñetazos se introdujo en su despacho y no nos ha

permitido que lo movamos de allí.

El asistente no había mencionado de quién se trataba, pero Martin no necesitaba que se lo dijeran. Sabía perfectamente que estaba hablando de Charles. A fin de cuentas, lo había echado de su casa y no le había dejado opción de dónde dormir. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando unió en su mente la imagen de Margaret mientras tenía un orgasmo sobre él y la de ellos dos bailando el día anterior. La ira volvía a aparecer.

Accedió al despacho y se encontró a Charles con un vaso de whisky en la mano.

—Algo pronto para empezar a beber

—le dijo a modo de saludo.

El conde de Charmington se giró lentamente y lo miró con desprecio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Déjame en paz, Charles. Ha sido un error que vinieras.

—No. Yo creo que no. Era necesario que viniera para darte un par de puñetazos si es necesario.

—No te atrevas a amenazarme, Charles. No lo hagas después de haber visto todo el mundo cómo te arrimabas a mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Ahora te preocupa tu mujer? Entonces ¿por qué la has repudiado en público?

—¿Repudiado? ¡No seas mentecato! Sólo fui un tanto descortés con ella, pero nadie nos oyó.

—¿De qué hablas? Yo estoy hablando del repudio.

—Pero, ¿qué repudio? No te entiendo —Martin estaba empezando a perder los estribos y pensaba que le iba a costar mucho controlarse y no darle él los puñetazos de los que hablaba.

—¡Dios mío, Martin! ¿De verdad no sabes de lo que te hablo? ¿Tú no sabes que cuando un matrimonio va a un baile, la primera danza siempre la deben bailar los esposos? ¿No sabes que si el marido no lo hace y la deja para que cualquier otro pueda hacerlo mientras él

se pasea por el salón o corteja a otras damas, lo que está indicándole a la sociedad entera es que ha decidido repudiarla y la ofrece al mejor postor? ¿No sabes que tu esposa está en esa puja? ¡Dios mío! Lamento decir esto, pero eres realmente un patán. Has conseguido dinero y has subido en el escalafón social, pero eres un verdadero idiota en normas sociales. Y has sometido a tu mujer, a una verdadera condesa, al escarnio público y a la vergüenza del repudio sin ningún motivo más que tu absoluta ignorancia.

Martin se quedó sin habla. Miraba a su amigo con los ojos desorbitados. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había sido tan

estúpido? Él creía que estaba siendo totalmente respetuoso y, lejos de eso, había sido quien la había sometido a una de las mayores vergüenzas. Se pasó las manos con desesperación por la cabeza. Era realmente un patán. Jamás, por mucho que se lo propusiera, podía ser como todos aquellos aristócratas de cuna. Tenían normas y códigos sociales no explícitos y desconocidos para él.

Charles se había callado, pero sus manos temblaban. Martin deseó recibir el puñetazo que intuía provocaban aquellos temblores. Había sido tan estúpido.

Recordó la conversación de la noche anterior con ella. Ahora sí que estaba

convencido de que le iba a dejar. No sólo había incumplido el acuerdo acostándose con ella. Lo había hecho desde el principio sometiéndola a aquel repudio.

El miedo volvió a instalarse en su interior. Sin embargo, esta vez, no podía dejarse vencer por él. Tendría que volver a su casa y arrodillarse ante Margaret para pedirle que le perdonase.

—¿Dónde vas? —le preguntó Charles todavía con mucha rabia en el tono.

—A por Margaret —le contestó—. Tengo que explicárselo.

—Si vas, deberías estar dispuesto a asumir que ella te abandone. Hoy

mismo. Sin esperar un segundo más.

—¿Eso te ha dicho? —Martin temblaba sólo de pensarlo. Sus temores de que el divorcio que le había pedido la noche anterior tenía como origen la presencia de Charmington se hacían realidad.

—No. Pero eso no significa que no lo haya decidido ya —le contestó Charles con dureza.

—¿Serás tú quien la acogerá? —espetó Martin con voz temblorosa.

—Te equivocas otra vez —respondió Charles—. Ella no necesita que nadie la acoja. Tiene dónde ir. Siempre lo ha tenido. La casa de Boston es de su propiedad, te lo puedo asegurar.

Y también tiene un negocio de maderas que, en los últimos meses, está dejando bastantes beneficios. Mi querido y estúpido amigo. Vas a tener que suplicar mucho si pretendes que se quede a tu lado.

La cabeza de Martin le daba vueltas. Su amigo tenía razón. Iba a tener que suplicar.

—¡Señor! —Era su asistente quien entraba en ese momento sin llamar a la puerta—. Ha habido un accidente, señor. ¡Un terrible accidente!

—¿Qué ocurre?

—Las atarazanas del puerto se han derrumbado. Dicen que hay decenas de hombres bajo los escombros.

Martin se abalanzó hacia la puerta. Sabía por experiencia que en casos de aplastamiento la velocidad con la que se atendiese a las víctimas era crucial. Todos sus pensamientos se concentraron a partir de ahí en ese objetivo.

Charles le siguió y, al llegar al puerto, el escenario que vislumbraron era casi esperpéntico. Gritos y llantos se oían por doquier. Las mujeres buscaban a sus maridos y, aunque ya había allí algunos de los servicios médicos, el caos era la nota dominante.

Martin, acostumbrado a dirigir, se colocó en un pequeño promontorio y realizó una primera inspección visual de todo lo que estaba ocurriendo. Una vez

hecho un primer diagnóstico de la situación, organizó a los hombres que había a su alrededor en patrullas con cometidos diferentes. Unos organizarían la búsqueda de supervivientes. Otros retirarían cascotes. Algunos debían garantizar que las víctimas eran trasladadas rápidamente al hospital o atendidas allí mismo, en los locales que de manera habitual guardaban las mercancías, que también ordenó despejar para que sirvieran de hospital improvisado. También organizó a las mujeres que, sobre todo, prestaron apoyo en los servicios médicos. A Charles de Charmington lo colocó al frente de una de las patrullas de

inspección de los restos y él se dedicó a examinar a todos los heridos que surgían de entre los cascotes para determinar si debían ser trasladados al hospital o atendidos allí mismo, cosa que hacía él también cuando se trataba de algo muy grave.

Estuvieron todo el día trabajando bajo un tiempo que, para colmo, se había levantado inclemente, con ráfagas de viento y lluvia continua.

Al finalizar el día, empapados y sucios, se sentaron en una piedra y Martin escuchó el resumen que su asistente le hacía llegar.

—Doce muertos y cuarenta y seis heridos, doctor. De los heridos, quince

han sido atendidos aquí por la gravedad de sus heridas. Vos mismo habéis intervenido quirúrgicamente a nueve. Todos están ya en el hospital general recuperándose. Se teme por la vida de cinco de ellos.

—Gracias, Sam —le dijo.

Miró a su amigo, sentado sobre una piedra, y se sentó a su lado. Reflejaba un gran cansancio. Estaba cubierto del polvo gris de las piedras y tenía las manos totalmente sangrantes, lo que demostraba que muchos de los cascotes los había quitado con sus propias manos.

—Charles —murmuró. Y cuando su amigo alzó la vista—: Muchas gracias.

No sólo por esto —y lo dijo señalando a las ruinas—. Gracias por todo y espero que algún día me perdones. No sé qué me ocurre... cuando os veo juntos, yo...

—Martin, maldita sea. Te lo dije una vez y te lo repetiré hasta morirme. Nunca me he acostado con Margaret. Jamás. Le propuse que te lo hiciéramos creer para conseguir que tú reaccionases y abandonases a Florence. Margaret, sin embargo, creyó que lo hacía para ayudarte a olvidarla si la creías alguien no aconsejable. Al final, instalé en tu interior de tal manera la llama de los celos que voy a acabar lamentándolo.

Martin le estaba mirando fijamente a los ojos. ¿Sería cierto?

—¿Estáis bien? —era la voz de
Margaret.

Alzaron los dos al unísono la vista y la vieron allí de pie, cubierta de polvo, pero también con restos de sangre en el vestido.

—Pero... —Martin
balbuceó—.

¿Qué haces tú...? ¿Por qué...?

—Estoy aquí desde hace más de cuatro horas. Me incorporé al grupo de mujeres que ayudaban en el primer servicio técnico de allí abajo —dijo señalando uno de los locales donde habían trasladado a los primeros heridos—. Sé que no me habéis visto ni un solo momento, aunque nos hemos cruzado en

más de una ocasión. Me ha parecido increíble el grado de concentración absoluto sobre los enfermos.

El último comentario iba dirigido directamente a Martin, que seguía mirándola con la boca abierta. Hacía unas horas la había dejado sobre su cama, descansando plácidamente. Su piel suave y aterciopelada estaba sobre sus sábanas. Ahora estaba allí, de pie frente a ellos. Con expresión de cansancio, pero al tiempo de orgullo satisfecho. Con la cara pintada de polvo negro, mientras refulgía aquel brillo en los ojos que Martin había visto en muchos hombres después de una batalla victoriosa, Con un vestido roto y sucio,

pero una elegancia natural en la postura. No sabía en cuál de las dos escenas estaba más bonita.

—Margaret —tragó saliva—, yo no sabía nada del repudio, ni de lo que significaba.

La expresión de ella cambió sustancialmente. Se volvió cauta y recelosa. Parecía como si no quisiera hablar del tema. Miró a Charles que, sentado sobre una piedra algo más baja que la de Martin, le devolvió la mirada.

—Yo... en realidad lo que no podía era estar tanto tiempo tan cerca de ti sin que... Evitar el baile parecía lo más prudente. —Martin seguía hablando y su tono era tan tierno que Margaret tuvo

ganas de abrazarlo.

—Lo que quiere decir este imbécil —era Charles quien intervenía ahora—, es que no sabía que no bailar contigo tuviera esa interpretación para todos, como casi que, con toda seguridad, tampoco sabe lo que significa bailar tres vales seguidos.

La expresión de Martin de absoluta sorpresa e ignorancia, mirando a su amigo ante el último comentario, era suficientemente evidente. Margaret la reconoció y, sin darse cuenta, soltó una carcajada franca, sincera y llana. No sólo era reconocerle esa ingenuidad. Es que, además, suponía la confirmación de que en ningún momento pretendió

repudiarla, de que era cierto que su evitación continua respondía justamente a un sentimiento contrario: el deseo.

Martin, ante la carcajada, la volvió a mirar azorado. Ella quiso devolverle, sin palabras, el agradecimiento que sentía. Le tendió las dos manos para que él se las tomara.

—Doctor, necesito que alguien me lleve a casa.

La reacción de él no se hizo esperar. Se levantó de un brinco asiéndole las manos para, seguidamente, empezar a caminar con su mano pegada a su brazo, mientras entrelazaban sus dedos. Sin embargo, se percató de que Charles se había quedado sentado. Se detuvo y

mirándole le dijo:

—¿También te tendré que suplicar a ti para que accedas a volver a mi casa?

Charles le sonrió e inmediatamente se levantó y, cuando los tres amigos llegaron a la casa, ya eran tocadas las once de la noche. Le pidieron al servicio que les preparase sólo unas pequeñas viandas que comieron sin pronunciar palabra, ya que no habían ingerido bocado en muchas horas. Mientras tanto, les estaban preparando los baños.

Justo cuando iban a subir para poder bañarse y descansar, oyeron la voz de la niñera y, antes de que ninguno pudiera reaccionar, el pequeño Arthur apareció

ante ellos con los ojos todavía enrojecidos por el sueño y un osito de peluche en sus brazos.

—¡Oh! Lo siento, señora —dijo la niñera toda consternada—. No me hace ningún caso. Lleva toda la noche agitado.

—¿Qué ocurre, Arthur? — dijo entonces Margaret, agachándose para estar a la altura del niño—. ¿Por qué no estás durmiendo?

—¿Qué ha pasado, mami? ¿Por qué no estabais aquí? Se oían gritos desde la casa. ¿Por qué estáis sucios?

—Cariño, no te preocupes. Está todo bien. Ha habido un accidente en el puerto, pero ya ha pasado. Aquí no

ocurrirá nada.

—¿Ha habido heridos? ¿Se ha muerto gente? La doncella lloraba... — dijo Arthur con algún que otro puchero.

—¡Dios mío, señora! Lamento que... Estábamos todos tan conmocionados. — Fue de nuevo la niñera quien intervino.

—No ocurre nada, Sra. Lloyd —y dirigiéndose a su hijo—: Sí, Arthur. Ha habido heridos, pero recuerda que aquí está Martin. Es nuestro doctor. El mejor médico del mundo, ¿recuerdas, cariño? Él ha estado cuidándolos. No debes preocuparte más. Debes irte a dormir. Si no, mañana estarás muy cansado.

El niño levantó la vista hacia Martin con admiración.

—¿Quieres que te lleve a la habitación y te lea un cuento? —Era Martin quien hablaba tendiéndole ya los brazos—. No sé si soy tan buen médico como dice tu madre, pero te aseguro que sí sé leer los cuentos más apasionantes.

Y aupándolo sobre sus brazos, se dirigió hacia las escaleras. Margaret y Charles también les siguieron para irse cada uno a sus habitaciones donde una bañera caliente les esperaba.

La sensación del agua caliente sobre la piel le resultó a Margaret absolutamente relajante. Recordó, sin embargo, que cuando se había despertado aquella mañana y no le había visto a su lado se asustó. Lo buscó por

toda la casa y, al darse cuenta que no estaba en ningún sitio, no pudo más que preguntar al mayordomo. Éste le confirmó que Martin había salido con las primeras luces del alba. Margaret pensó en ir a verle a la ciudad. Después dudó. Aquella noche había sido maravillosa, pero también era cierto que no habían pronunciado más que unas pocas frases. Se habían amado, sí, pero ¿cuánto de aquello podía estar respondiendo sólo a un deseo físico?

Ella le amaba. Le amaba con

desesperación y, aunque sólo hacía unas horas estaba dispuesta a abandonarle, lo

hubiera hecho por otorgarle la felicidad que ella veía que le estaba robando. Martin le había confesado su tremendo deseo. Un deseo que había puesto por encima de su orgullo y su raciocinio o, ¿era algo más? ¿Qué significaba aquello de que el acuerdo sólo intentaba evitar su marcha?

Pensó que tenía que ir a verlo. Que tenía que hablar con él. Que debía confesarle toda la verdad. La verdad de todos aquellos años, desde aquella conversación inconclusa en la pequeña casita del jardinero. En ese momento, un enorme estruendo se escuchó desde la casa. Se asomó a la ventana y vio una enorme nube de polvo elevarse desde el

puerto. Supo entonces que algo grave había ocurrido en La Valette y no dudó un instante en ir hacia allí.

Horas más tarde estaba sintiendo aquella agua cálida. Se había quitado los restos de polvo, suciedad e incluso sangre, pero en su retina todavía pululaban las imágenes grotescas del sufrimiento humano. Y, en medio de todo aquel caos, Martin había estado dirigiendo a los grupos de ayuda, actuando con precisión, resolviendo problemas, atendiendo a los enfermos e, incluso, llegó a verle atendiendo delicadamente a una mujer que lloraba sin consuelo. En ningún momento se fijó en su presencia, pese a lo cual ella no se

sentía mal. Todo lo contrario. Se había maravillado con la minuciosidad con la que sus ojos localizaban aquello sobre lo que se requería sus artes y descartaban todas aquellas otras cosas que pudieran distraerlo del objetivo esencial. Se sintió orgullosa de él. Tanto como cuando aquella misma noche había cogido a Arthur en brazos y se lo había llevado a leerle un cuento.

Salió de la bañera y se puso un sencillo camisón de seda blanca con un encaje alrededor del escote que, al subir hacia sus hombros, se convertía en unos delgados tirantes. Se miró al espejo. Ya no era aquella joven bonita y alegre, pero sabía que todavía podía ofrecerle

mucho a Martin si él la dejaba.

De pronto lo decidió. Iría a verle aquella misma noche e intentaría hablar con él o intentaría seducirle. Le daba lo mismo. Era demasiado lo que echaba de menos sus manos sobre su cuerpo, y lo que había ocurrido la noche anterior sólo había hecho que incrementarlo. Se puso encima una bata también de seda blanca y salió de la habitación intentando no hacer ruido.

Las estancias de Martin estaban al otro extremo de la galería. Desde el primer día él había ordenado esa distribución y Margaret no se atrevió a contradecirle. Ahora eso suponía que debía pasar por delante del cuarto de su

hijo y también del de Charles, además de exponerse a que cualquiera de los criados la viese. Pero era muy tarde e imaginó que todos estarían ya dormidos

Al llegar a la puerta, ésta estaba entornada. Su voluntad empezó a flaquear. Tal vez todavía estaba siendo atendido por alguno de los criados, aunque Martin no era muy amigo de ese tipo de asistencias personales por cuanto le incomodaban esas excesivas atenciones. Entró con cuidado. La habitación estaba a oscuras, pero se veía la luz de las velas que salían del vestidor. En ese momento oyó también el sonido del agua. Él todavía se estaba bañando. Pensó que debía volver más

tarde y, cuando se giró para salir, se tropezó con la mesita de noche.

—¿Hola? —se oyó la voz de Martin.

—Soy yo —balbuceó ella.

Un tremendo silencio ocupó los siguientes momentos. Margaret se sintió desfallecer.

—Lo siento —volvió a decir—. Ya hablaremos mañana.

—¡No! ¡Espera!

Y entonces oyó el sonido del agua al abandonar él la bañera y se quedó quieta. Le temblaba todo el cuerpo. No sabía si de miedo, de emoción o de vergüenza. Entonces Martin apareció por la puerta del vestidor. Llevaba puesta una bata y parecía haberse

secado rápidamente, puesto que su pelo todavía goteaba.

—No te vayas —le dijo él.

A Margaret se le olvidó todo lo que quería decirle. Sólo podía mirarlo a los ojos y sentir que quería perderse en él. Notó todos los poros de su piel sólo al recordar que estaba desnudo y los pezones se le endurecieron tanto que hasta la seda del camisón le molestaba. La vulva parecía haberse engrandado y una conocida humedad se instaló en la parte alta de sus muslos.

Aunque seguía temblando empezó a caminar hacia él a través de la habitación y, mientras lo hacía, optó por jugárselo todo y se quitó la bata y

después el camisón, quedándose totalmente desnuda frente a él.

Martin la miró con los ojos encendidos. Repasó cada centímetro de su cuerpo y entonces él también se abrió la bata y la dejó caer.

Le tomó la cara con las dos manos y levantándola sólo un poco le dio un beso en los labios. Fue sólo un ligero contacto, pero Margaret empezó a jadear con sólo notarlo. Entonces él siguió besándola con besos cortos y tiernos, en la cara, en el cuello, en los hombros y, cuando llegó a los pechos, primero posó su boca en la piel suave de los senos redondos para, seguidamente, paladear su pezón y acariciarlo con la lengua.

Margaret creía estar en la cumbre del deseo con tan sólo aquellos besos, pero aún le quedaba mucho que sentir. Martin se arrodilló frente a ella y siguió besando un camino imaginario que sólo él conocía y que pasaba por su abdomen, por su vientre y después por sus caderas. En ese momento, aprovechó además para deslizar sus dos manos por las piernas de ella, subiendo desde los tobillos con suavidad, pasando por detrás de sus rodillas y masajeando los muslos hasta llegar a sus nalgas. En ese momento, Margaret notó su aliento sobre su vulva y creyó deshacerse. La lengua sustituyó a los besos y mientras le acariciaba las nalgas, la boca de él

empezó a succionar y su lengua inició un movimiento lento y circular sobre su clítoris.

Margaret tiró la cabeza hacia atrás y empezó a gemir sin control. El placer que sentía era indescriptible. Las piernas empezaron a temblarle. Si no fuera porque él la sostenía desde sus nalgas se hubiese caído. Martin notó, sin lugar a dudas, su estado de excitación e incrementó el movimiento de su lengua mientras que, desde detrás, las manos se volvieron más invasivas y los dedos de una de ellas se introdujeron en su vulva.

Ella ya no gemía si no que lanzaba gritos ahogados hasta que, de pronto, el orgasmo estalló y la lanzó a un placer

que parecía no acabarse en oleadas. Margaret tuvo que cogerse al cabello de él para no caerse allí mismo y finalmente lanzó un último grito que no pudo reprimir, pese a que en el silencio de la noche temió que se hubiera oído hasta el sótano de la casa.

Martin la notó laxa e, incorporándose, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama. La depositó con cuidado y, tendiéndose a su lado, empezó entonces a acariciarla con suma delicadeza. Parecía querer mecerla con suavidad más que cualquier otra cosa y repasó así con sus manos todas sus curvas. Desde las piernas y las caderas hasta la espalda y los hombros. Parecía

evitar las zonas más erógenas, pero eso no servía con ella y con él, porque sólo un par de minutos de aquel intenso orgasmo, Margaret notó cómo todo su cuerpo volvía activarse.

Abrió los ojos y empezó ella también a acariciarle. Inició el recorrido por el torso de él, pero rápidamente quiso llegar a tomar su pene erecto. Su calor le produjo un cosquilleo inmediato entre sus muslos y cuando le oyó gemir a él, ella sólo pudo responder jadeando.

Aunque ella se había puesto de costado para tomarlo, él se movió para volverla a tumbar de espaldas. Le asió la mano con la que ella le había cogido su miembro y uniéndola a la otra se las

colocó por encima de la cabeza sin que pudiera moverlas, aprisionadas por la mano de él, aunque sin hacerle daño.

Entonces él tomó la boca de ella con su boca e introduciendo su lengua pareció más saborearla que besarla. Sólo él sabía besarla así. Como si se la estuviera comiendo y no pudiera dejar de hacerlo nunca. La mano libre de él cogió uno de sus pechos y lo masajeó con toda la palma, para seguidamente, haciéndola descender todo lo ancha que era bajó, por su vientre y llegó a su vulva, que ya estaba de nuevo absolutamente húmeda. Introdujo primero un dedo y luego otro en su interior mientras que puso el pulgar

sobre su clítoris y empezó a masturbarla. Mientras tanto, la boca de él se movía a un pecho y a otro y cuando oía que los jadeos de ella se hacían más sonoros se lanzaba sobre su boca como si así quisiera atraparlos.

Margaret sabía que iba a tener otro orgasmo y aunque el deseo la estaba dominando pensó que él también debía estar sintiendo aquella agonía.

—Martin —susurró—, entra en mí.

—No —respondió él con la voz ronca de deseo—, esta noche será todo tu placer.

—Por Dios, Martin, no aguantaré ni un segundo más. Entra en mí.

Él ya no contestó o, más bien por

toda respuesta, volvió a besarla con pasión en la boca mientras incrementó de tal manera el movimiento de su mano que Margaret no pudo contenerse ni un momento más y volvió a correrse. Esta vez no pudo gritar porque él no se lo permitió al tenerla aprisionada bajo su boca, pero su cuerpo se retorció mientras sus caderas se lanzaban al baile al que la había sometido la mano de él.

Cuando Martin notó que los espasmos habían acabado le soltó las manos sujetas sobre su cabeza y le permitió que las bajase. Le acarició la cara y la cabeza y le dio un beso en la sien. Ella, que había tenido que cerrar

los párpados ante aquel intenso placer, los volvió a abrir y lo miró a los ojos. Lo que vio en ellos la conmovió. Parecía amor. Verdadero amor. Pero no se atrevió a confirmarlo con preguntas. Aquello era demasiado bonito para interrumpirlo con palabras.

Margaret puso sus manos sobre la cara de él. Le acarició las mejillas con los pulgares y acercó su cuerpo. Notó su miembro duro y sonrió. Abrió la boca y le besó introduciendo su lengua en la boca. Oyó cómo su respiración se intensificaba. Sin embargo, las manos de Martin parecía que la apartaban y de nuevo notó como si él pretendiese darle placer con ellas.

Detuvo el beso bruscamente y lo miró a los ojos de nuevo. El amor que creía haber visto en un primer momento, parecía haberse evaporado y en su lugar la había sustituido aquella mirada de dolor con la que le había confesado su ignorancia sobre los actos que la llevaron al repudio.

Margaret volvió a cogerle la cara con ambas manos y, resistiendo su fuerza, se colocó sobre él. Martin cerró un momento los ojos y cuando los abrió seguía aquella mirada de dolor que intentó apartar rápidamente.

—Me vas a hacer el amor —dijo ella con voz suave—. Me vas a hacer el amor y tú tendrás uno de los mayores

placeres que hayas tenido nunca. Entrarás en mí porque será lo único que puedas y debas hacer. Y me penetrarás una y otra vez hasta que tu semen llene todas mis paredes.

Él la miró con los ojos muy abiertos, pero el amor volvió a aparecer en ellos. Abrió un momento la boca como si fuera a protestar, pero Margaret ya sabía que había ganado la partida. Entonces se retiró de encima de él y mientras hacía descansar su espalda sobre la cama, lo condujo con cuidado sobre su cuerpo.

Martin se colocó entre sus piernas. La punta de su pene estaba justo en la puerta de entrada de su vulva. Entonces la penetró muy poco a poco mientras la

miraba a los ojos. Ella notó cómo se introducía en su interior y de nuevo el deseo empezó a consumirla y, sin dejar de mirarla, Martin inició los movimientos rítmicos.

Margaret estaba mucho más sensible justamente por haber tenido dos orgasmos, y notar el pene de él introducirse acompasadamente en su interior provocó que las oleadas de placer estuvieran a punto de aparecer, pero quiso contenerse. Quería que él tuviera el orgasmo prometido. Apretó su vulva para acoger mejor el pene de él y disfrutó con aquella caricia continua que las embestidas le producían. Los dos se movían al unísono y subieron de ritmo e

intensidad a medida que los jadeos de él y los gemidos de ella parecían corearlos. De pronto, Margaret notó un ligero temblor en él y su gemido ronco y profundo le indicó que se estaba deshaciendo en ella. Entonces, de golpe, sin poder controlarlo, su clítoris también se estremeció de placer y lanzó un nuevo grito.

CAPÍTULO 21

Martin había acabado de desayunar cuando Charles apareció en el comedor. El sol ya había alcanzado una altura considerable, pero es que no había podido resistirse a hacerle el amor a Margaret otra vez aquella misma mañana. Recordar los dulces momentos

que habían pasado durante toda la noche y esa misma madrugada, le producía escalofríos de placer que debía controlar en público.

—¿Te vas? —preguntó Charles.

—Sí, he de ir a ver cómo siguen los pacientes. Alguno estaba muy grave. Ya he descuidado bastante mis obligaciones.

—Puedo acompañarte si tú quieres —le dijo su amigo con cierto tono de cautela.

Martin lo miró. Creyó adivinar cuáles eran las reticencias de su amigo. No quería quedarse en la casa con Margaret si con ello podía molestarle. Agradeció internamente esos cuidados. Ciertamente, se habían despertado en

Martin toda una serie de sentimientos que también estaban demasiado cerca de los celos; pero Charles le había asegurado que nunca había estado con Margaret y, en cualquier caso, lo que estaba teniendo con ella en esas últimas horas parecía tan real, auténtico y exclusivo que no quería ensuciarlo o perturbarlo con celos absurdos.

—Si me acompañas serás bien recibido, aunque no sé si en todo momento podré atenderte. Pero si prefieres quedarte aquí, me parecerá lógico. Ayer fue un día muy duro y no sé cuánto tardaré en volver. —le respondió.

Charles pareció dudar un momento, pero al fin respondió.

—Me quedaré un rato más y hacia mediodía iré a buscarte. Si todavía te queda trabajo, comeremos juntos.

—Excelente idea.

Pasó todo el día en el hospital. Los enfermos no habían empeorado durante la noche, ni siquiera las víctimas más graves, con lo que parecía que el pronóstico podía ser bueno. Al llegar el mediodía se dirigió a sus oficinas y comprobó que, efectivamente, su amigo Charles ya le estaba esperando.

Comieron en un restaurante cercano y dedicaron todo el tiempo a que Charmington explicase con todo lujo de detalles los seis meses en los que había viajado por Europa. En el último

momento, le confesó que en Paris había conocido a una mujer que le había causado más impresión de la que se empeñaba en reconocer. Sin embargo, Martin prefirió no insistir.

Al llegar de nuevo al Hospital Central todo el mundo parecía nervioso. El motivo no era más que el hecho de que el Gobernador Civil había decidido no sólo mantener el baile que ya hacía tiempo había sido convocado para aquella misma noche, si no que había decretado que, por cada asistente al mismo, entregaría una importante cantidad de dinero que se destinaría a la reconstrucción de los astilleros. Además, aquel baile iba a servir para

recaudar más fondos en la medida que se organizarían toda una serie de pruebas que permitiesen a la alta aristocracia de Malta demostrar su carácter solidario. Ambos amigos decidieron, por tanto, regresar a casa de Martin e informar a Margaret de las últimas novedades.

Martin, sin embargo, empezó a mostrarse inquieto. Acudir a un baile cuando había sido en estos acontecimientos donde ella había tenido que padecer la vergüenza pública de su rechazo le recordaba su falta. Por eso, cuando se lo dijeron a ella, Martin quiso confesar cuáles serían sus intenciones.

—Margaret, esta noche, intentaré

remediar en lo que pueda mi...

—¡No! —exclamó ella—. Oh, no, Martin. No debes hacerlo. Eso... sería peor. De verdad, no te preocupes.

—¿Por qué ha de ser peor? Yo quiero demostrarle a todo el mundo que nunca te repudié.

—Charles —suplicó Margaret hacia el amigo—, explícaselo tú.

—Martin, después de un repudio no hay vuelta atrás —intervino el conde de Charmington.

—Pero a mí no me importa. De verdad.

No pasa nada. No necesitamos demostrar nada a nadie —quiso añadir

Margaret.

—¿Por qué no hay vuelta atrás?

¿Qué maldita norma no escrita de vuestras absurdas costumbres aristocráticas impide que un hombre demuestre que sí ama a su mujer?

Margaret lanzó un suspiro. Oír de Martin aquella confesión tan franca y directa, era más de lo que esperaba de él. Se hubiera conformado con tenerlo a su lado sólo para que él saciase su deseo. Pero reconocer que la quería era tocar el cielo con los dedos.

—Si haces eso nadie pensará que el repudio fue un error. Lo único que provocarás es que, a partir de ese momento, seas tú quien caiga en desgracia. Serás tratado como un... — Charles miró a Margaret por un

momento, como pidiendo permiso para seguir—... como un cornudo.

—Pero, ¿no hay una puja? —respondió Martin—. ¿No significa eso que no...?

Calló sonrojado. Había prometido que nunca haría preguntas al respecto. Y no las quería hacer, pero mucho menos debía hacerlas delante de Charles por amigo que éste fuera. A Martin no le importaba el pasado de Margaret. Sólo le importaba su presente y su futuro. Sólo le importaba que ahora pudiera ser suya.

—Un hombre sólo tiene un motivo por el que repudiar a su mujer. Por eso el repudio público significa que ella

está abierta a ciertas atenciones. El hombre ya es un cornudo cuando inicia el repudio, pero salva su honor de esta forma. Si después corteja de nuevo a su dama, lo pierde definitivamente.

—Y, ¿por qué había de importarme?
—insistió Martin.

—Porque sí —ahora era Margaret quien respondía—. Tu honor es muy importante. El mío no se limpiará por ello. No tenemos por qué caer en desgracia social los dos. Yo no lo necesito. Tú sí. Trabajas en aquella ciudad y has de relacionarte cada día con todos ellos.

—Pero...

—Amigo mío —era Charles de

nuevo quien hablaba—, ha pasado suficiente tiempo para que las consecuencias del repudio para Margaret estén bastante solapadas. Lo único que lo entretiene es la alta cantidad que ha alcanzado la puja, pero yo creo que pronto todos esos libertinos y mujeriegos encontrarán alguna que otra diversión más apasionante. Margaret te está aconsejando bien. Ella sabe cómo tratar este tema.

—Nunca he bailado contigo —dijo Martin mirando fijamente a Margaret a los ojos.

Margaret calló. Sabía qué estaba pensando. Sabía que cuando habían compartido su amor en Gloucester él

sólo había podido mirar escondido desde la ventana aquellas noches en los que su padre organizaba las fiestas que le iban a entregar a otro hombre y recordaba cuando, un día, él le confesó lo que hacía y ella le prometió que alguna vez bailarían un vals en medio de una gran sala de baile y rodeados de invitados que los envidiarían tanto como se escandalizarían. Habían reído imaginándolo. Ahora, años más tarde, otras circunstancias les obligaban a continuar mirándose mutuamente sin poder bailar su primer vals.

—Vamos a vestirnos. Llegaremos tarde y es por una buena causa —
Margaret quiso así cerrar la discusión.

Charles subió entonces las escaleras, aunque fue consciente de que tanto Martin como Margaret se quedaban en el salón todavía mirándose a los ojos. Cerró la puerta de su habitación para permitirles el grado de intimidad que necesitaban.

—Lo siento —volvió a decir Martin—, yo...

—Por favor, no vuelvas a pedir perdón. Yo también debería hacerlo. Ha habido demasiados malos entendidos en nuestra relación, y eso no siempre es sólo imputable a una sola de las partes.

—Pero quiero que sepas que no he pretendido preguntar nada. Quiero decir que... se me ha escapado pero, de

verdad que me es igual lo que haya ocurrido y tampoco te exigiré respuestas ahora. Yo... quiero que te sientas cómoda y libre.

—Espera, espera... ¿Qué quieres decir con que no exigirás respuestas?

—Yo te prometí que nunca... El acuerdo fue que...

—¿Qué acuerdo? —Margaret alzó algo más la voz. Le parecía increíble lo que estaba oyendo dos minutos después de que él hubiese confesado que le amaba—. No tenemos ningún acuerdo. No hay acuerdo. ¿Lo has entendido? Puedes hacerme todas las preguntas que tú... Debes hacerme preguntas. Házme las ahora, todas, por favor.

—Margaret, de verdad te lo digo.

No me importa, yo...

—Has dicho que me amabas.

—Con toda mi alma.

—Si me amas de verdad, debes preguntarme. Si me amas de verdad, debes recordar que no tenemos ningún acuerdo entre nosotros. Sólo tenemos un compromiso mutuo: amarnos y decirnos la verdad. Hazme una pregunta. Dime qué quieres saber. Dímelo, por favor. Lo necesito.

Margaret respiraba con dificultad de la emoción que la embargaba. No quería perder a su marido. No quería perder a su amigo. Y no quería perder a su amante. Pero no podía soportar que él

continuase viéndola como parte de un trato.

Martin la miró intentando expresar con su mirada todo el amor que sentía por ella. Entendía qué le estaba pidiendo, pero temía que pudiera incomodarla con sus preguntas y era tan frágil lo que habían construido hasta el momento.

—Sólo... —respiró hondo—, sólo quiero saber si le amabas.

Él no dijo a quién se refería. No hacía falta. Aquella era la pregunta original. La que liberaba todos los fantasmas.

—Martin —dijo ella—, ven un momento al sofá. Siéntate conmigo.

Se tomaron de la mano. Ambos temblaban. Aquello les iba a reencontrar con su pasado.

—Mi padre se enteró de lo nuestro —empezó a hablar—. Se lo dijo tu padre —y esperó unos segundos mientras aclaraba sus recuerdos y conseguía engarzar un discurso inteligible—. Él, mi padre, lo preparó todo para que yo no pudiera negarme. Me llevó ante mi madre. Le quedaba tan poco de vida... Ella ya había sido informada. Por eso me pidió como último deseo antes de morir que debía casarme.

Martin se llevó una de las manos a sus labios para besárselas. Ya tenía

bastante. Podía entenderlo. No quería cuestionarse nada más.

—Espera, Martin —dijo ella—. Tú sabes que yo estaba preparada para esa eventualidad. Tú y yo lo habíamos hablado muchas veces. Las continuas fiestas formaban parte del plan de mi padre. Aquello no era una novedad o no lo era de una manera especialmente importante. Era cierto que aquella noche era ya la última, pero yo había estado sometida a esa presión durante todo el verano y siempre había sabido que era un deseo de mi madre y que ella se moría. Llámame egoísta, pero no estaba dispuesta a sacrificar toda mi vida por un matrimonio que sólo deseaban mis

padres y, si no estaba dispuesta a aceptarlo cuando llegué de Estados Unidos, mucho menos lo estaba desde que te había conocido. Yo quería que llegara el invierno y... ¡maldita sea! Esperaba que aquella enfermedad de mi madre tuviera un desenlace rápido y, aunque imaginaba que todos sufriríamos, yo soñaba con que reharía mi vida y que podría dedicarme a lo que quería y si podía hacerlo a tu lado, mucho mejor. Sé que eso no me coloca en el pedestal de la mejor hija y por ello me siento en parte culpable, pero yo sólo había tenido contacto con mis padres un par de meses al año. No se me podía pedir una fidelidad absoluta.

Margaret notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Estaba desnudando su alma ante él, mostrándose tal como era. Con sus más escondidos defectos. Tal vez estaba arriesgando demasiado. En ese momento, notó la caricia de sus dedos sobre su mejilla. Clavó su mirada sobre sus ojos y encontró de nuevo el amor en aquel gris profundo.

—El caso es que me creí muy lista —prosiguió—. Con absoluta tranquilidad le prometí a mi madre y a mi padre que aceptaría la primera propuesta de matrimonio que se me hiciese a partir de aquel momento. ¡Tonta de mí! Lo tenía todo planificado.

Sólo debía dejar pasar aquella noche y provocar que tú me lo pidieras al día siguiente. Reía sólo de imaginar la cara de mi padre. Yo sabía que él había dado su consentimiento a los Maine, pero creía tenerlo todo controlado. Así que me agazapé en la sala de visitas viendo cómo llegaban todos los invitados hasta que vi el carruaje de los Maine y, entonces, salí y mientras se atendía a los padres de Robert, yo me lo llevé a un aparte.

Tomó aire y lo soltó poco a poco, notando cómo le temblaba todo el cuerpo.

—Le dije que sabía de su interés por mí y que éste estaba por encima de mis

no demasiados buenos modales, pero que, sin perjuicio de agradecersele, debía saber que yo... que yo no era virgen. Me miró sorprendido. Creí que lo había conseguido. Ningún noble aceptaría esa confesión salvo que estuviera muy enamorado y Robert de Maine no estaba enamorado de mí, eso yo sí lo sabía. Pero todo pareció derrumbarse cuando me tomó de las manos y me manifestó que eso no le importaba. No me lo podía creer. Así que utilicé el último argumento, el que sabía que iba a ser demoledor. Le confesé que, casi con toda seguridad, estaba embarazada.

Margaret esperó un poco, dejando

que la información calase en la mente de Martin. Él la miraba ahora más curioso que preocupado. Ella apartó la vista y la dejó fija en la ventana, mirando el paisaje, mientras continuaba.

—Entonces me confesó su verdad. Robert era homosexual. No sentía ningún tipo de inclinación por las mujeres. Aquel matrimonio era también una imposición por parte de su familia, que había descubierto sus inclinaciones sexuales y le obligaban a renunciar a las mismas contrayendo matrimonio. Mi confesión no sólo no me apartaba de ser una candidata perfecta si no que, al contrario, me hacía la mejor. Nuestro matrimonio no tendría por qué ser nunca

consumado y, sin embargo, a ojos de cualquiera podría dar sus frutos. Me prometió que nunca me incordiaría, que me permitiría toda la libertad que quisiera y que él sería sumamente discreto con sus verdaderos amantes.

Volvió a detener un momento el discurso. Los recuerdos se le apelmazaron en su mente y pareció además revivir todos aquellos momentos como si hubiese vuelto allí mismo.

—Le supliqué que no me lo pidiera — prosiguió ella—. Que eso no nos haría felices a ninguno de los dos. Pero ya estaba hecho. Había cometido el peor de los errores. Había dado a aquel pobre infeliz una salida increíblemente

adecuada a su infortunio. Así que lo hizo público. Mi padre me miró con suficiencia cuando yo consentí a la petición. Desconozco si él sabía la verdad sobre Robert, pero sí me juré a mí misma que él no iba a verme sufrir. Así que puse la mejor de mis sonrisas desde ese momento.

Calló de nuevo. Se notaba liberada. Seguía mirando a través de la ventana. No se atrevía a mirar a Martin. Se sentía tan estúpida. Y todavía le faltaba la última confesión.

—Fui a tu casa a pedirte que vinieras conmigo. Que nos siguieras. Que fueras mi amante. Si mi marido podía tenerlos, por qué no yo.

Notó cómo se estaba sonrojando. Confesar que no sentía verdadero afecto por sus padres había sido como desnudarse y ahora, además, se atrevía a decirle que estaba dispuesta a pedirle poco más que una vida de total licencia. Ella nunca había sido alguien normal en cuanto al respeto por las normas sociales.

—No te dejé hablar —susurró él.

—Tal vez, aunque lo hubieras hecho, hubiese sido peor. Desde luego aquello no me convertía en la más pudorosa de las mujeres, aunque también era cierto que hasta entonces, mi comportamiento no había sido tampoco el más modélico.

—Mi pequeña... —Martin estaba

conmovido—. Me habría sentido halagado y, si lo hubiera hecho, tal vez habríamos conseguido que realmente no hubieras tenido que yacer nunca con tu marido y hubiéramos sido siempre sólo tú y yo.

Margaret tardó unos segundos en asumir lo que Martin le estaba diciendo.

—No, Martin. Robert y yo nunca... Robert era absolutamente incapaz con una mujer.

—Pero, ¿Arthur?

De pronto, Martin pareció darse cuenta. Palideció y sus manos temblaron.

—¿Estabas de verdad embarazada?
¿No era mentira?

—No —respondió Margaret.

—¿Arthur es...? —Martin sólo podía balbucear.

—Arthur es tuyo, Martin. Yo nunca he estado con otro hombre que no fueras tú. Ni durante mi matrimonio ni después.

El corazón de Martin golpeaba con fuerza. Recordó entonces que el cumpleaños de Arthur era en abril. Qué estúpido se sentía. Cómo había podido no darse cuenta de algo como eso.

—¡Dios mío, Margaret! ¿Mi hijo?

Estaba embargado por la emoción. No sabía si echarse a llorar por no haberlo reconocido en el primer momento o ser infinitamente feliz por saber que aquella personita sobre la que

ya sentía verdadera devoción, no sólo era hijo de su amada si no que era de su propia sangre. Margaret se levantó y se dirigió hacia la ventana. Se sentía tan avergonzada. En ese momento temía que Martin se enfadara por no haberle confesado la verdad desde el principio. Martin se levantó y situándose tras ella y la abrazó desde la espalda.

—Margaret, mi amor —le susurró al oído.

Y entonces notó sus convulsos movimientos llorando.

—Ssshhh mi niña. No llores. Calma, calma.

—Lo siento... yo...

—No tienes nada que sentir. Yo he sido

el culpable de esta situación. No te concedí el beneficio de la duda ni la posibilidad de que me explicases nada.

¡Dios mío, Margaret! Me sentía tan dolido que fui incapaz de pensar con claridad y no lo he podido hacer hasta ahora. He sido un completo idiota una y otra vez. Y ni siquiera puedo decirte que te fui fiel. Lamentablemente yo sí estuve con otras mujeres. En todas ellas te buscaba, te lo prometo, pero...

—No hubiera esperado otra cosa. —

Margaret se giró para mirarlo a la cara —. Martin, yo no estuve con otro hombre, pero no te voy a engañar. Ese comportamiento no estuvo guiado por ninguna promesa interna de fidelidad.

Me conoces. Las circunstancias fueron las que... Mi marido no sólo fue un homosexual, fue también un jugador, alcohólico y vividor. Y el principal prescriptor de sus juergas era su padre mientras que, al mismo tiempo, tenía el peor de los olfatos para las inversiones y estaban a falta, padre e hijo, de la capacidad y la constancia que requiere el trabajo. Pronto me di cuenta de que los Maine, en realidad, estaban absolutamente arruinados y con su ruina, se llevaron toda mi hacienda cuando mi padre murió y yo heredé. Me limité a seguir viviendo y respirando. No le pedía nada más a la vida. Y, llegó un momento en que Arthur lo ocupaba todo

en mí y sólo con él me sentía feliz. Un año y medio más tarde, Robert apareció desangrado en un callejón de Boston. Muy probablemente, víctima de una reyerta. Su padre ya estaba enfermo, pero a partir de ese momento, su estado empeoró y aunque intenté cuidarlo lo mejor que pude, pocos meses después también falleció. El médico dijo que su hígado no había soportado tanto alcohol.

Martin le tomó la cara con sus manos y la miró fijamente a los ojos.

—Margaret, eres la mujer más valiente que he conocido nunca. Te has enfrentado sola con entereza a las peores condiciones. Y todavía tuviste la capacidad de venir a Inglaterra a

empezar una nueva vida por tu hijo, por nuestro hijo —corrigió rápidamente—. Te amo. Te quiero. Por ser como eres. Por ser la madre de mi hijo. Por ser la mujer más bella e inteligente que existe sobre la tierra. Nunca dejé de quererte. Siempre noté que estabas instalada en mi corazón. Y ahora, mi maravillosa esposa, vamos a vivir la vida que se nos había negado. Nunca más habrá entre nosotros ni silencios, ni malos entendidos. Siempre estaré contigo y, a partir de ahora, voy a ser el hombre que debería haber sido hace tiempo. Tu amante, tu amigo, tu servidor. Y voy a empezar ahora mismo. Te subiré a tu habitación y después de hacerte el amor,

te vestiré como si fuera tu doncella.

Y así fue como algo más tarde se volvían a encontrar en el vestíbulo de la casa con el carruaje apostado en la puerta esperándolos. Margaret vestía un elegante vestido en color crema con unos bordados florales al final de su vaporosa falda. El escote en forma de barca realzaba su estilizado cuello y espalda.

Martin le tendió el brazo y no se lo soltó ni un solo momento hasta que llegaron al baile. Allí, en la entrada, esperaban el Gobernador Civil con su mujer saludando a todos los asistentes. El palacio rebosaba luz y parecía que no faltaba ni un solo miembro de la alta

sociedad.

Martin vio cómo, una vez más, su presencia avivaba los comentarios de todos los invitados, pero también cómo, por encima de todo, estaban ya aquellos cuervos negros esperando que, una vez más, dejase a su mujer con los primeros compases de la música.

—¡Señoras y Señores! —era el Gobernador quien había alzado la voz por encima del murmullo general—. Estamos aquí esta noche después de una terrible desgracia que ha asolado nuestra ciudad. Las pérdidas económicas son muy altas y podrán serlo mucho más si no reconstruimos con rapidez el astillero. Pero, lo más

doloroso, han sido las pérdidas humanas que han dejado niños sin padre, viudas desconsoladas. Y también tenemos enfermos que, desgraciadamente, no podrán volver a ganarse su sustento en mucho tiempo. Por eso, señoras y señores, les he convocado hoy aquí. Como saben, por cada uno de los hoy asistentes, el Gobierno entregará hasta cien chelines para la reconstrucción. Como somos hoy aquí doscientas personas, significa que ya hemos empezado esta obra social con veinte mil chelines. Pero no vamos a tener suficiente y les pido, por ello, la máxima solidaridad. Y lo haremos buscando el reto. Les pido, señores, que permitan

esta noche que cada baile con sus mujeres se transforme en una obra solidaria. Las mujeres se colocarán en un lado. Los hombres en el otro. E iniciaremos una puja por bailes que se doblará si la escogida es otra persona que no sea su propia esposa.

Empezaremos por cinco chelines por baile. Hay más de cien señoras hoy en la sala y bailaremos toda la noche sin parar. Con un poco de su parte, cada señora puede suponer unos cinco mil chelines y por tanto, podremos llegar a los cincuenta mil.

Por toda la sala los murmullos y risas se extendieron. Martin, sin embargo, notó cómo su corazón le

oprimía en el momento en que tuvo que dejar ir a Margaret a uno de los lados. Al parecer, la broma del Gobernador iba a convertir en normal la actitud que él siempre había tenido con ella.

Miró a Margaret y la vio sonriente. Lo estaba mirando a él. Charles se acercó a su oreja y susurró: «Yo bailaré con ella. Nadie más la tocará». Martin agradeció el gesto de su amigo. Sabía por qué lo hacía. Sabía de qué le habían advertido. Y, sin embargo, lo tenía decidido.

—Un momento, por favor —la voz de Martin sonó fuerte y vigorosa, y todo el mundo calló para prestar atención, como siempre hacían con la autoridad

del joven doctor—. En mi caso, y por motivos que a nadie se le escaparán, voy a saltarme las reglas del juego.

La expectación creció y el silencio se hizo mucho más evidente.

—Dígame, lord Asthon —Martín seguía hablando con total seguridad—. ¿En cuánto está la puja por mi mujer?

Unos murmullos apagados recorrieron la sala. Lord Asthon se ruborizó y buscó con la mirada la ayuda de alguien, pero lo que encontró fueron más bien ironía y burla.

—En quince mil chelines, señor —contestó.

—Pues bien. —Martín miró a Margaret, que tenía los ojos abiertos

como platos, aunque con una expresión que él sabía no era totalmente de rechazo ante lo que estaba pasando—. Triplico esa cantidad si puedo bailar todos los bailes únicamente con mi esposa.

Los murmullos se convirtieron entonces en auténticas voces de alarma.

—Y no sólo eso. —Ahora Martin tenía una expresión triunfante en sus ojos mientras seguía mirando a Margaret fijamente—. Pagaré cinco mil chelines más si esta fantástica orquesta toda al menos tres vales seguidos.

En ese momento, toda la sala se transformó en una algarabía. Algunas mujeres, las más mayores, fingieron

algún que otro desmayo. Otros reían. Martin sólo tenía ojos para Margaret y no quería más que mirarla a ella. Con paso decidido, se acercó a ella y sólo le retiró la vista un momento cuando, con marcada autoridad, miró hacia la orquesta. El director se había quedado pasmado mirando toda la escena, pero al notar la vista clavada en él del doctor, la desvió hacia el Gobernador pidiendo permiso. Martin también hizo lo mismo. —Sin duda alguna, doctor —dijo entonces el Gobernador—. Es el acto más solidario que me he encontrado en mucho tiempo. Muchas gracias.

Y eso fue suficiente para que las primeras notas del vals sonaran.

Martin tomó entonces a Margaret por la cintura y, en ese momento, le embargó un nerviosismo propio de un colegial. Ella lo notó y fue tal la emoción que sintió que se pegó a su cuerpo más de lo que las normas de decencia aconsejaban, aunque fuese en un matrimonio para poder susurrarle.

—Al final lo hemos conseguido. Bailaremos un vals rodeados de miradas escandalizadas.

—No. Es mucho peor —respondió él algo más seguro—. Bailaremos tres vales aunque, como ya sabes, no sé qué he provocado porque no sé qué significa.

Margaret soltó una carcajada. A su

lado, otras parejas ya habían empezado a bailar, pero seguían siendo el objetivo de todas las miradas y, efectivamente, del escándalo.

—Bailar tres vales seguidos, querido mío, significa que la mujer está dispuesta a ser seducida aquella misma noche.

Martin levantó una ceja y, mientras seguían dando vueltas al compás de aquel vals, notó cómo su miembro se endurecía.

—¿Puedo entonces albergar esperanzas, mi amada esposa?

—No sólo esperanzas —respondió Margaret notando también cómo su pulso se aceleraba—, es una promesa.

Esa noche vais a gozar como nunca lo habéis hecho —y se pasó al trato respetuoso para continuar jugando con él.

—Es imposible lo que me prometéis, mi dulce señora. Todas las veces que os he poseído han sido como subir al cielo para quedarme en él.

—Pues hoy, no sólo lo parecerá. Estaremos en ese cielo.

Siguieron dando giros sin dejar de mirarse y ser conscientes de cada parte de su cuerpo que rozaba el del otro.

—Y decidme, mi ángel —era de nuevo Martin quien hablaba—. Ahora que estamos ambos condenados al ostracismo social, ¿qué os parece si

buscamos otra plaza donde escandalizar
a la sociedad?

—¿Lo dices de verdad, Martin?

Margaret estaba emocionada. Nunca se le hubiera ocurrido pedírselo porque sabía que aquel cargo era muy importante, pero si de verdad él estaba dispuesto a cambiar de ciudad, podrían realmente vivir una nueva vida.

—Nada me gustaría más, Margaret. Quiero que, para nosotros, este sea el inicio de nuestra vida real. La que siempre tendríamos que haber tenido.

—No sé si...

—Dímelo. Pídemelo. Sólo quiero complacerte.

—Podríamos irnos a Estados

Unidos. Me han dicho que en la costa oeste las oportunidades son continuas. Allí todo el mundo está iniciando su vida. En un nuevo mundo. Donde no hay normas sociales. Donde no importan los títulos nobiliarios.

—Nos iremos a la costa oeste, mi vida.

El resto de la noche, como había prometido Martin, no se separaron ni un momento.

AGRADECIMIENTOS

Dos agradecimientos para esta primera novela:

En primer lugar, a Eva, mi compañera ciclista, quien me introdujo, entre pedalada y pedalada, en la novela

romántica y que no dudó en animarme a escribir.

En segundo lugar al equipo de Selección RNR, porque me han dado esta oportunidad, porque han sido amables y pacientes y porque sus correcciones y consejos han sido transmitidos con respeto y cariño.

Si te ha gustado

El doctor

te recomendamos comenzar a leer

La alianza

de Jimena Cook

I

El viaje fue largo y duro. Aquellos hábitos, de los que solo me desprendía para dormir, me asfixiaban; cada vez que me quitaba el velo de la cabeza me sentía liberada. «¡Uff!», suspiré.

El barco atracó en el puerto. Tenía que pensar cómo me alejaría de aquel fraile y de las dos monjas con las que había compartido la travesía. Apenas había intercambiado palabras con ellas, aunque las religiosas no cesaban de explicarme nuestra misión.

—Estas tierras nos dan la posibilidad de que los isleños de las tribus que viven en la selva se conviertan al cristianismo. Debemos

evangelizar a través de la caridad y la ayuda a estos hombres y mujeres. Atrás quedaron el convento y nuestras costumbres, ahora tenemos que centrarnos en ayudar a los aborígenes — dijo sor Lucía.

No daba crédito a lo que estaba escuchando, me adentraría en una selva con seres salvajes, dos monjas y un fraile... «Decididamente, tengo que huir».

—¡Vaya, vaya...! Estoy pensando..., hermana Lucía, que a lo mejor me puedo quedar aquí, en el puerto, y así podré serles más útil facilitando el suministro de alimentos...

—¡No! —respondió sor Teresa—.

¿Acaso no le informó la madre superiora de su misión?

—¡Sí, sí!, por supuesto, era solo una opinión, nada más.

Ambas me miraban sorprendidas, me alejé disimuladamente hasta la baranda del navío contemplando aquel puerto sucio, con mucho trasiego de marineros, comerciantes y prisioneros. Estos últimos personajes me llamaron la atención, me fijé en esos hombres encadenados, delgados, que apenas podían caminar. Dos marineros les flagelaban para que bajasen del navío a más velocidad. Estaba indignada, no podía soportar la agresividad con la que alzaban la fusta sobre sus cuerpos. Un

hombre alto, fuerte, de piel dorada y pelo oscuro y ondulado, llamó mi atención, era bastante atractivo.

Descendía en paralelo a los prisioneros dirigiéndose a tierra firme, daba órdenes a los marineros para que los amenazasen con sus varas y desalojaran el barco rápidamente. Intuí que era británico, entendía a la perfección el idioma que hablaba. Mi nana Alice me lo enseñó, ella era de Londres y había huido de sus tierras hacia Cádiz, nunca me dijo los motivos.

Ese hombre debía ser el capitán de la embarcación, su altivez y la soberbia con la que miraba a los reclusos me encolerizaron.

Bajé del navío sin esperar al fraile ni a las dos hermanas. Me acerqué con rapidez y decisión al inglés. Escuchaba los gritos de los marineros hacia los prisioneros, no pude contenerme. Me puse frente a él quien en un principio me ignoró, aquello me enfureció aún más.

—¿Le resulta divertido, caballero?
—dije enojada.

Me miró, sus grandes ojos grises me analizaron sin entender mi comentario.

—No comprendo a qué se refiere, hermana. —Hizo una mueca.

—¿No lo entiende? Pues está muy claro. —Miré a los prisioneros—. ¿Por qué los maltratan? Aunque sean reclusos se merecen respeto, ¿no cree?

Me observó atónito.

—¿Respeto? —respondió sorprendido—. ¿Acaso sabe lo que han sido capaces de hacer estos hombres? Muchos de ellos son asesinos.

—¿Y...? ¡Qué más da lo que hayan hecho! ¡Van a cumplir su condena! Usted no es quién para maltratarlos.

Giró su rostro para mirar a uno de sus hombres, levantó los hombros con una sonrisa irónica.

—Con todos mis respetos, hermana, no quiero ser grosero con usted, pero dedíquese a sus oraciones y sus cometidos de monja, que yo me ocuparé de los míos.

Me ignoró, empezó a carcajearse

con uno de sus marineros. Aquel comentario me encolerizó, me puse delante de él y lo miré fijamente.

—¡Caballero! Yo me ocuparé de mis cometidos, como usted muy bien ha dicho, pero le recuerdo que, así como usted trate a los demás, será tratado en algún momento de su vida. —Me recogí la falda del hábito con la intención de girar y marcharme, pero antes tenía que decir una última palabra—. Y, por cierto, sí, ha sido un auténtico grosero, aunque es lo mínimo que se puede esperar de un inglés.

Me marché. Ya estaban en tierra las dos hermanas y el fraile Lucas, mirándome y haciendo gestos para que

me acercase a ellos. Mientras me alejaba escuché las risotadas de aquellos británicos, me di la vuelta para observarlos.

—¡Hermana! ¿Qué hace hablando con esos hombres? —preguntó sor Lucía.

—¡No soporto ver cómo los maltratan! —respondí.

—Ese no es asunto nuestro, sor Carmen —apuntó el padre Lucas.

—Yo no lo veo así, padre, esos hombres son crueles y...

—¡Hermana Carmen! —me interrumpió sor Teresa—, nosotras no estamos para juzgar, ni para responder, ni para cuestionar las palabras y

decisiones del padre Lucas.

—¡Pues qué bien! —susurré.

—¿Qué dice, hermana? —me increpó sor Teresa.

—Nada, nada, pensaba en voz alta.

—Los tres me miraban perplejos—.

Decía que... entonces..., ¡vámonos ya!

Me quedé atrás mientras ellos avanzaban hacia un carro. Un sacerdote alto, de pelo rubio y ojos claros, nos esperaba junto a lo que supuse sería nuestro medio de transporte. «¡Otro fraile! Perdóname, Dios mío, pero no sé *cómo voy a poder soportar esto*».

Mi madre siempre se había empeñado en involucrarme en las tareas de la iglesia, rezos diarios del rosario,

obras de caridad. Me obligaba a hacer todas aquellas actividades, las oraciones y misas diarias, pero siempre aprovechaba esos momentos para evadirme y pensar en las aventuras que me gustaría hacer. Envidiaba a mi hermano que, a pesar de tener que sumarse a muchas de las prácticas religiosas diarias, se le exigía menos que a mí. Tenía momentos para entrenar con su espada y con el capitán de la guardia de mi padre, algo que envidiaba. Fernando, que me conocía muy bien — no solo éramos hermanos sino cómplices en todo—, me enseñaba a escondidas a luchar y pelear como un hombre, era nuestro secreto. Si en algún

momento mis padres hubiesen sospechado algo, nos habrían separado, situación que jamás habría superado, le necesitaba a mi lado.

Amaba mi libertad, quería ser un guerrero como los hombres de armas de mi padre, que siempre estaban en los campos de batalla y volvían de las guerras como auténticos héroes. Era muy buena con la espada. Sonreí al recordar las luchas imaginarias que inventábamos mi hermano y yo. Lo amaba y lo echaba mucho de menos.

Y ahora me encontraba en esa isla, alejada de mi tierra y mi gente, con dos monjas y dos sacerdotes como compañeros de viaje.

—¡Hermana, dese prisa! —dijo sor Lucía.

El padre Lucas saludó al sacerdote y después nos miró a las tres.

—Les presento al padre Paul, él nos llevará a las colonias donde se encuentran los hombres y mujeres a los que venimos a ayudar. —Nos miró—.

Sor Lucía, sor Teresa y...

Me apresuré a pronunciarlo.

—Sor Carmen.

—Sí, sor Carmen, ya no me acordaba...

Finalizadas las formalidades nos subimos las tres en la parte interior del carro y el padre Lucas se ubicó delante, junto al padre Paul, este último llevaba

las riendas del caballo.

Sor Teresa me miró.

—Lo curioso, hermana Carmen, es que no la haya visto por el convento. Ni su nombre ni usted me resultan familiares.

—Bueno... Lo cierto es...

Sor Lucía me interrumpió.

—Claro que sí, hermana Teresa, lo que ocurre con Carmen es que desde que llegó al convento ha estado ayudándome con los enfermos. Hemos tenido que visitar muchas casas y cuidar a toda esa pobre gente desvalida; además, la hermana ha estado enferma bastante tiempo y quedó recluida en su celda durante una larga temporada.

Sor Teresa frunció el ceño y se puso a observar el camino por el que íbamos. La otra monja me miró, sonrió y agarrándome la mano con dulzura me guiñó un ojo.

Yo no sabía si aquel gesto era porque me había descubierto, pero lo que estaba claro era que había mentido por mí.

El camino era pedregoso, cada vez el paisaje se iba haciendo más angosto hasta que nos adentramos en una selva de difícil acceso. Los árboles de gran tamaño apenas dejaban penetrar la luz del sol, se notaban la humedad y el calor en el ambiente.

El carro se detuvo, llegamos a una

explanada. No vi a nadie por los alrededores, pero en cuestión de segundos comenzaron a aparecer a nuestro alrededor, como si hubiesen salido de la nada. Numerosos niños muy delgados, de piel tostada por el sol y ojos negros, nos rodearon; no llevaban ni calzado para proteger sus pies ni ropa para tapar sus cuerpecitos de las picaduras de insectos, reptiles, incluso de la intensa luz solar. El padre Paul bajó del carro y les acarició sus cabecitas, resultaba divertido ver cómo todos esos niños sonrientes lo abrazaban. El padre Lucas lo siguió y, *a posteriori*, nosotras. Los niños se nos acercaron, estaban sorprendidos por

nuestras ropas. «Normal, ¿a quién no le asombraría ver a tres mujeres, con este calor, tapadas desde la cabeza hasta los pies?».

—¡Sígueme!

Los chavales mayores se hicieron cargo de los caballos, el resto nos acompañaron.

El campamento consistía en tres casas bajas de madera, muy sencillas y humildes, un pequeño espacio con varios troncos posicionados en el suelo (supuse que serían para sentarse), y una gran mesa de madera con una cruz en el centro, donde imaginé que se celebrarían las misas.

Esparcidas por aquel terreno

arenoso rodeado de una frondosa arboleda, había muchas chozas hechas de paja y troncos de madera, inestables, antihigiénicas y, a mi parecer, muy incómodas.

Todo lo que veía era nuevo para mí, jamás pensé que pudiese vivir gente en esas condiciones. Lo que más me sorprendió fue que hombres, mujeres y niños iban completamente desnudos. Me ruboricé al verlos. Nunca había visto a un hombre desnudo, jamás imaginé que lo que tantas veces escuché mencionar a las doncellas de la casa de mis padres cuando hablaban de hombres y se reían a escondidas, era de esa forma; no obstante, mi curiosidad no me permitía

apartar la vista de aquellos cuerpos.

Sor Lucía se acercó a mí y me susurró:

—¡Hermana Carmen! Una monja no mira así a los hombres.

Le sonreí y desvié la vista a otro lugar.

Nos dirigimos a una de las casas. El padre Paul se giró hacia nosotras.

—Hermanas, este lugar será donde ustedes duerman y coman. La caseta que está a continuación es la del padre Lucas y la mía. La construcción de al lado es la escuela que hace las veces de enfermería. El pequeño porche es donde los niños aprenden a leer y escribir. De la escuela y evangelización nos

encargaremos el padre Lucas y yo, dos de ustedes se ocuparán de la enfermería y otra hermana de los suministros de alimentos y ayuda a las familias.

Los días transcurrían muy lentamente, acababa agotada. Por las mañanas rezábamos, y después acompañaba a sor Lucía a la enfermería y la ayudaba con los pacientes, en su mayoría niños. Me indignaba que no se les surtiese de calzado y ropas, ya que a pesar de la falta de higiene en la alimentación y bebida (lo que provocaba enfermedades), había otras que se podían evitar como las picaduras y mordeduras de insectos y reptiles.

Aquello me fastidiaba y no podía disimular mi malestar.

—¡No lo entiendo!

—¡Carmen! De nada sirve protestar, a nadie le interesa esta gente, solo a nosotros —dijo sor Lucía.

—Sí pero, ¡algo se podrá hacer!

—Además, no sé cómo repetírtelo, no puedes estar quejándote siempre, la hermana Teresa se va a dar cuenta de que no eres una monja y el padre Lucas también. Y el padre Paul... bueno... él...

—La miré.

—Él, ¿qué?

—Él ya lo sabe, se lo dije en confesión. —Hizo una pausa—. Sí, ¡no me mires así! Mentí y tenía que

confesarme.

Le sonreí, aquella mujer madura, con cara de bondad, se había hecho querer desde el primer momento. En cierto modo me sentía culpable, la estaba forzando a actuar de una forma poco apropiada para una monja, y todo por protegerme y cubrir mi propia mentira.

—Gracias, hermana —dije divertida.

—A ver si tú también te confiesas, te hará muy bien.

Levanté el rostro.

—¡No! Bastante tengo con soportar los rezos y misas de la mañana, tarde y noche. Si me viera mi madre, con el hábito y orando tanto, estaría muy

contenta y orgullosa de mí.

—Querida, tienes que hablar con el padre Paul, él te ayudará a marcharte de aquí, este no es lugar para una joven como tú.

—¿Y adónde iría? Tú sabes que no puedo regresar a Cádiz, mi familia me obligaría a ir a Dover, a tierras de ingleses, a casarme con un hombre al que no conozco y que seguro que es un ser despreciable. Solo de pensarlo me dan náuseas.

—¡Carmen! —me regañó sor Lucía —, ¡no puedes hablar así de las personas que no conoces! Las juzgas. Además, jovencita, no está nada bien lo que hiciste. ¿Te imaginas cómo deben

estar tus padres? Piensa durante un segundo en el daño que les has causado con esa idea alocada de escapar.

—Sí, puedo imaginármelo.

—¿Y?

—No me arrepiento de nada. —Le sonreí, me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla—. Mis padres solo piensan en agradar a la corona y en la riqueza que obtendrán con mi boda. Me casan con un miembro perteneciente a la nobleza británica. En mi familia nadie me quiere, a excepción de mi hermano. Él sí que sabía que tenía pensado marcharme.

—¡Ay! Eres incorregible.

—¡Ja, ja, ja! Sí, lo soy, ¡y me

encanta! —La abracé.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer contigo? —dijo mientras sonreía.

Aquella tarde el padre Paul me llamó para hablar con él. La conversación iba a ser difícil, ya que era consciente de que él sabía que yo no era una monja. Fui hacia la zona donde estaba plantado un huerto. Allí estaba aquel hombre con toda su paciencia enseñando a los aborígenes a cultivar patatas y otros tubérculos y raíces comestibles. Estaba de rodillas, secándose constantemente con un pañuelo la frente y las gotas de sudor que le caían por el rostro. El calor era agobiante y los rayos de sol quemaban

la piel. Levantó la mirada y con una sonrisa me saludó.

—¡Carmen!

—Padre Paul, ¿quería verme?

—Sí, es verdad, quería hablar contigo. —Me sonrió.

Se levantó, dio unas indicaciones a los adultos que estaban con él y me guio hacia afuera del huerto. Empezamos a caminar sin rumbo por los alrededores del campamento.

—Estoy preocupado por usted.

Por el secreto de confesión él no podía decirme claramente lo que sabía y pensaba al respecto. Lo ayudé.

—Padre, dígame lo que me tenga que decir, usted sabe mi verdadera

identidad, que no soy monja.

Me miró serio.

—Pero, ¿por qué? ¿No se da cuenta del problema que tiene? Su familia la estará buscando y está muy lejos de ellos, la habrán dado por muerta.

—Tengo mis motivos. Mi padre solo quiere poder y agradar a un lord inglés con mi boda, algo que no entiendo. Me utilizan, se apropian de mi libertad para sus artimañas políticas. ¡No estoy dispuesta!

—Bueno, no se altere, mi intención no es enfadarla. Al fin y al cabo, en estos momentos nada se puede hacer, y yo no voy a ser quien le diga cómo tiene que actuar. Es una decisión que tiene que

tomar usted. En fin..., yo quería hablar de otro asunto. —Me miró fijamente—. Dentro de dos días tenía previsto partir a la región de las Montañas Azules, donde se asienta la tribu Katoomba. La hermana Alice y el padre Jorge están allí, ayudando y evangelizando a los lugareños. —Hizo una pausa—. Pero como en todo, hay un problema: el dinero. No hay medios para poder hacer todo lo que queremos, ellos viven en condiciones más precarias que las de este campamento.

—Padre, ¿qué es lo que me quiere decir? —Estaba impaciente, tantos rodeos me ponían nerviosa.

—Una dama inglesa muy vinculada a

la iglesia anglicana va a donar mucho dinero para las colonias, en especial para la región de las Montañas Azules, y puesto que a mí me resulta imposible acompañar la expedición que irá hasta allí, ya que han surgido inconvenientes que me obligan a permanecer en el campamento, he pensado en usted para que vaya en mi lugar y acompañe a la dama inglesa en esa travesía.

—¿Yo? Pero...

El sacerdote me miraba fijamente.

—Usted no puede estar mucho tiempo aquí, la he observado y sé que esto es como una cárcel. Creo que le vendrá bien un viaje por estas tierras, hablar con personas que no sean monjas

ni frailes. Puede que esta experiencia le aclare sus ideas.

La verdad es que tenía razón, aquella situación me asfixiaba, me sentía oprimida, enjaulada en mitad de la nada.

—Puede que tenga usted razón. ¿Y cuándo me marcho?

Me sonrió.

—La doncella y un capitán inglés, junto con algunos de sus hombres, estarán aquí en dos días. Irá con ellos.

—Hizo una pausa—. Le daré un sobre que tendrá que entregar al padre Jorge, ahí hay una carta y unos documentos muy valiosos, protéjalos y no lo abra usted, ni se lo muestre a nadie. Son de vital importancia para la Iglesia, nadie más

salvo usted, el padre Jorge y yo debe saber que los llevará en la expedición. Se los entrego porque confío plenamente en usted. ¿Puede hacerlo, Carmen?

Lo miré extrañada. Por supuesto que podía confiar en mí, un documento de la Iglesia no me provocaba ninguna curiosidad.

—Padre, nadie sabrá de su existencia.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

[Promoción](#)